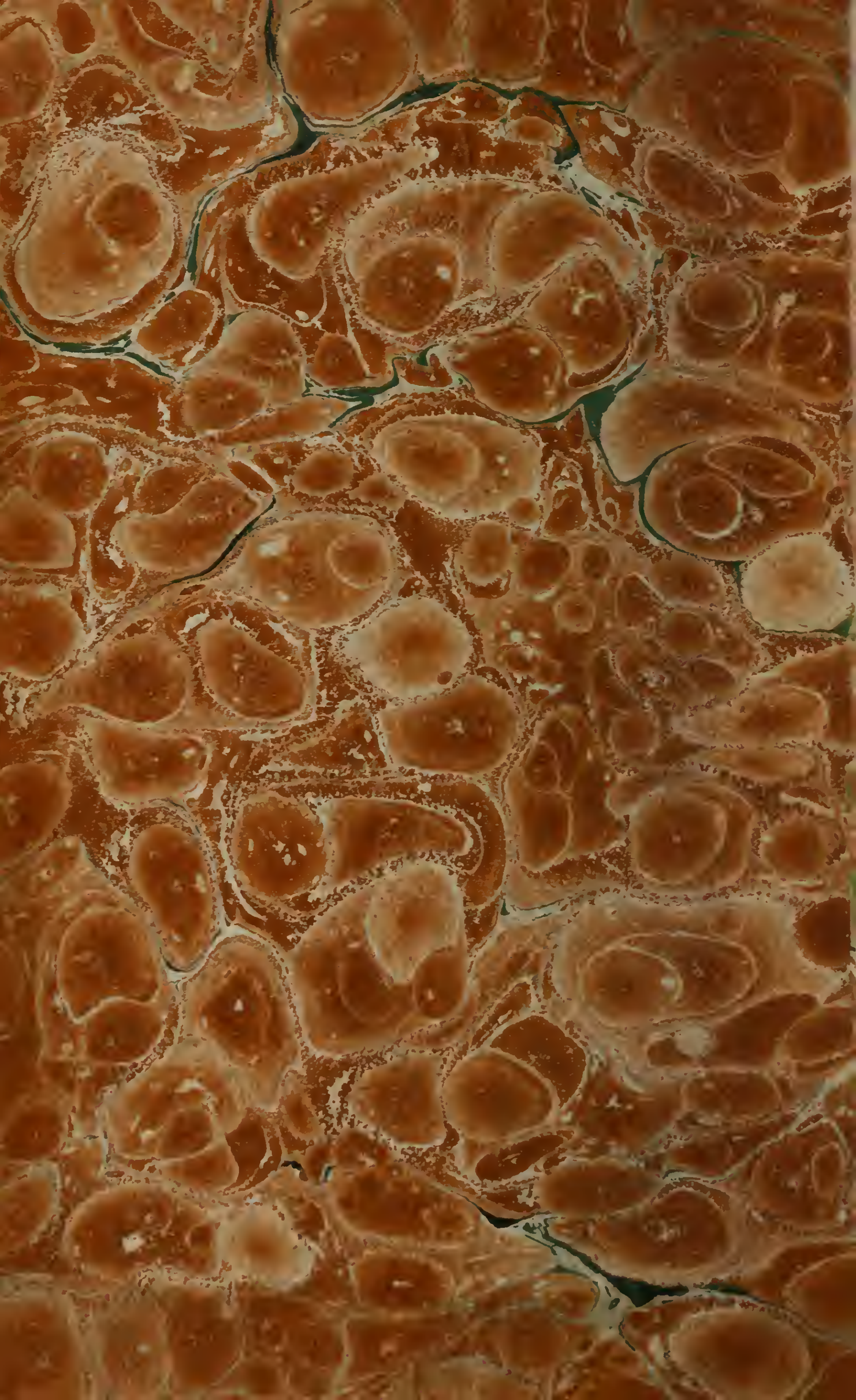
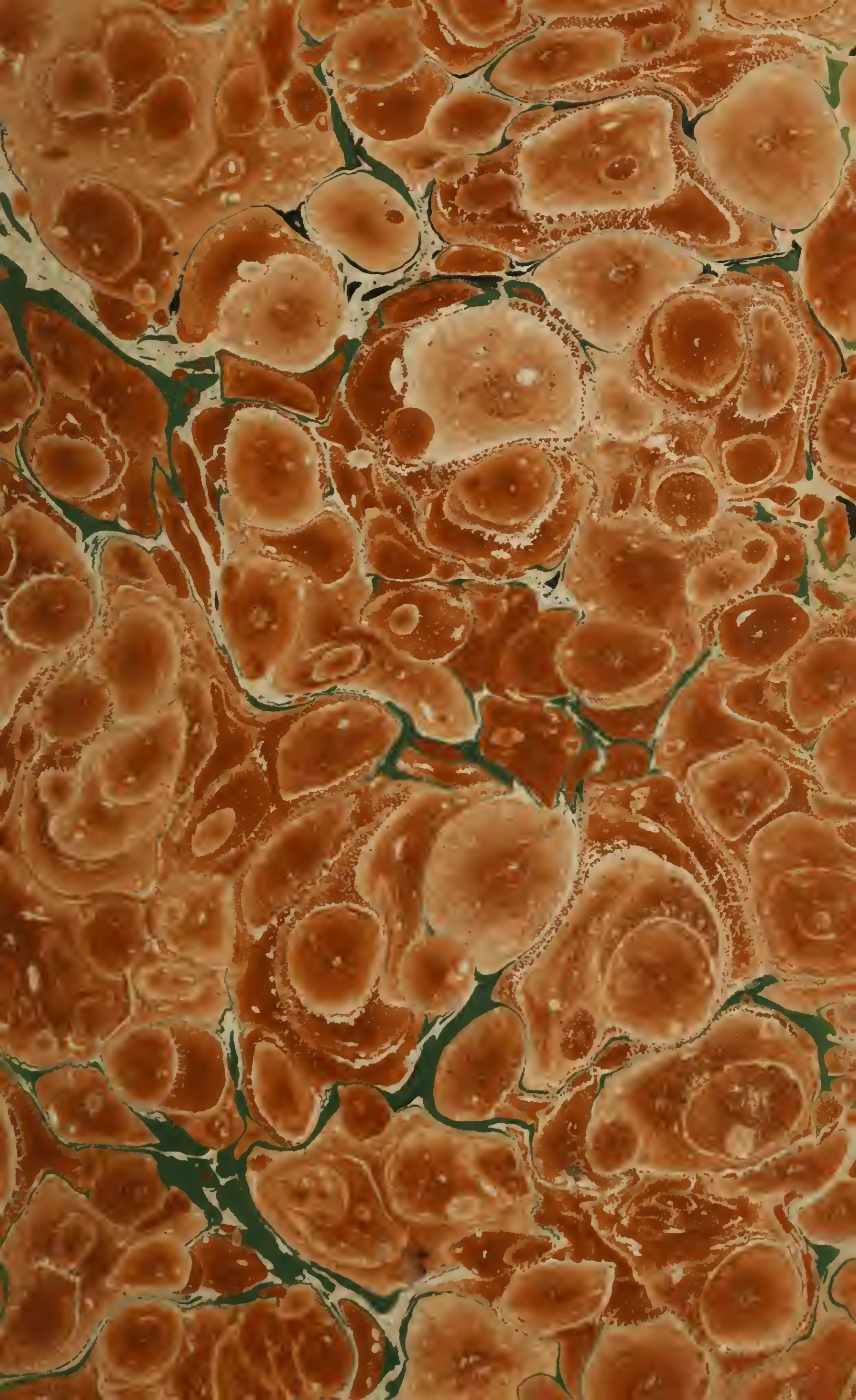






TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO IX.

LELIA.—ESPIRIDION.

II.



LELIA.

—

ESPIRIDION.

POR

JORGE SAND.

Traducidas

LA PRIMERA POR J. TIÓ,
Y LA SEGUNDA POR J. DE LUNA.

TOMO II.



Barcelona.
IMPRENTA DE JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

—

1843.

SEXTA PARTE.

LIV.

El cardenal.

Ya veis, señora, que vuestros deseos se realizan antes aun de lo que podíamos pensar. La dolorosa enfermedad que va á privaros de vuestra venerable abadesa será orígen de muchas variaciones. En medio de todas las mudanzas de empleos y dignidades que ha de haber es difícil que no halleis la ocupacion que deseais y que conviene á vuestra hermosa inteligencia.

— Monseñor, respondió Lelia, yo no reclamo mas que medios para ser útil, pero estos medios no son tan sencillos como pensábamos. Toda buena intencion encuentra aquí nobles simpatías sin duda alguna; pero tambien desconfianzas obstinadas, y una oposicion funesta. La que no es la primera no es nada, y lo que tengo que pediros, monseñor, despues de haberlo reflexionado bien, es ó no ser nada ó ser la primera.

— Hermana, hablais como una reina, dijo sonriendo el cardenal: quisiérais colocaros en un trono; pero en nuestro sistema electivo no puedo mas que haceros subir lo mas

rápidamente posible los grados de las jerarquías.

— Yo no lo entiendo así, monseñor, pues nunca consentiré en luchar con pequeños intereses ó mezquinas pasiones. ¿Bien me concedereis que no soy buena para tal género de reyertas?

— Lo comprendo, señora. Yo por mí sé lo que he tenido que sufrir en mi carrera mucho mas vasta, y concibo que os denegueis á tacañerías de tan poca monta como las que indicais. ¿Pero estais segura de hallaros en via de buen deber, cara sor Anunciata, cuando rehusais el servicio de vuestra inteligencia á la comunidad de que haceis parte? Entiendo que no lo rehusais absolutamente; ¡pero servireis para los intereses de la iglesia con tal que esta os dé el lugar mas eminente que puede conceder á una mujer! ¡Abadesa de las camaldulenses! Pensad, señora, que sea cual fuere vuestro orgullo, y sea cual haya sido vuestra posicion en el mundo, es algo lo que pedis.

— Es algo, si yo soy capaz de algun bien, y sino, es nada, monseñor. ¿Es acaso la púrpura de vuestro vestido la que os hace superar al comun de los sacerdotes? ¿Qué quereis que haga de una cruz de oro y de un báculo de plata, sino se agrega á esos frívolos joyeles algun medio de elevar mi alma? ¿No los he poseido mas preciosos por ventura, y no podia contentarme con tal vanidad como la mayor parte de las mujeres?

— Es verdad, señora: por esto sereis abadesa.

— Decidme que lo soy, monseñor, sino quereis que os responda que no le seré jamás.

— ¡Sor Anunciata, sois extraordinariamente imperiosa!

— Si, monseñor, porque á lo pueril y mezquino de esas cosas le profeso tanto desprecio como vos mismo. No temo pedir lo que se me puede rehusar, porque tampoco recibiré por ello pesadumbre, ni yo he venido aquí para dar carrera alguna á mi ambicion, sino para huir del mundo y vivir recogida. No soy buena para detalles de mensaje ni para ocupaciones subalternas, las cuales no quiero, por-

que las desempeñaria mal, ya quisiese poner en ellas órden, lo cual me ocasionaria insuportables contradicciones, ya las mirase con negligencia, lo cual estrecharia el círculo de mis ideas y abatiria mi carácter.

—No, no por cierto, respondió el prelado con emocion. Esa grande inteligencia y ese gran carácter son sagrados para mí, porque tal vez yo solamente los comprendo: yo tengo almenos la vanidad de haber sido el primero en adivinarles, y vigilo sobre esos dones del cielo con el celo de un padre ó de un hermano, porque son tesoros de que me ha hecho depositario el Señor y de los cuales me pedirá cuenta algun dia. Yo cuidaré pues de que sirvan para su gloria. ¡O Lelia! ya sé que podeis mucho, y tambien haré mucho por vos, estad segura de ello.

—Vamos á ver.

—Hoy sereis aquí la segunda y mañana la primera.

—¿Es decir que seré ministro de una voluntad extraña hasta que la muerte acabe con esa voluntad? No, monseñor.

—¡Cómo! sereis la dispensadora de las limosnas, la madre de los pobres y el refugio de los afligidos, pudiendo derramar á manos llenas el oro entre los objetos de vuestra solicitud.

—Esto tambien podia hacerlo antes de traer aquí mis riquezas. ¿No hice todo el bien que se podia con el dinero? ¿No es ese un placer de que estoy ya cansada? ¿Y aunque esto me conviniese, está sometido por ventura á la que llaman tesorera el empleo de las riquezas de este convento?

—Ni la misma abadesa puede gastar nada sin consentimiento superior.

—Pues ya podeis entender, monseñor, que no es esto lo que yo quiero, porque no solo pretendo dar pan á los pobres, pues quiero dar instruccion á los ricos, para que sus hijos reciban el pan de vida, esto es de ideas y principios que nunca se ha pensado en darles. Para estos habeis abierto escuelas liberales, y alentando el desarrollo de su inteli-

gencia, procurado con ardor la moralizacion de sus trabajos. Vos ya comprendeis que yo haria lo mismo por sus hijas, puesto que me disteis esta idea, exigiéndome las promesas de ocuparme en ello con ánimo, decision y perseverancia. Pero tambien sabeis mis condiciones: no quiero empleos intermediarios, ni un postulato entre el dulce reposo de la jerarquía mas obscura y los cuidados de la mas elevada.

—Pues bien, señora, sereis abadesa, pero no olvideis cuanto nos arriesgamos y pensad que los dos solos hacemos secretamente un cisma en la Iglesia, la cual no comprende bien su mision como no se nos oculta. Las llaves de San Pedro no están siempre en las mas hábiles manos: yo no sé si abren las puertas del cielo, pero creo que cierran las de la Iglesia, y que quitan al catolicismo toda grandeza, toda luz y distincion intelectual. Preocupándose con el frívolo y peligroso cuidado de guardar en su integridad la letra de los últimos concilios, se ha olvidado el espíritu del cristianismo, que era enseñar lo ideal á los hombres y abrir de par en par el templo á todas las almas, teniendo cuidado de poner en el centro las mejores. Pero se ha hecho por el contrario de tal manera que la plebe grosera se ha sentado al pie del altar y el senado intelectual está en pie junto á la puerta, y en tal mal modo que se retira y no quiere entrar ya mas. Ahora bien, ¿pensais, hermana, que nosotros que queremos dar á cada cual su lugar correspondiente y subordinar la ignorancia á los consejos de la razon y la supersticion á la enseñanza de la verdadera piedad, triunfaremos de un cuerpo tan estrechamente unido como esa comunion malhadada que quieren llamar Iglesia?

— Lo ignoro, monseñor, y si un instante lo he creido es porque vos os habeis empeñado en hacérmelo creer.

— ¿De este modo me tranquilizais, señora, viéndome tan receloso? Algunas veces sucumbe mi alma bajo el peso del tedio y del temor. ¡Quizás despues de una vida de trabajos asiduos y de penosas fatigas me echarán como á un servi-

dor inútil ó me dejarán de lado como á un aliado peligroso! ¿Hallaré tan solo en vuestra alma como en la mia duda y languidez en estas horas de presentimiento? ¿No me ha de consolar de los males que sufre mi corazon una amistad santa y grande?

La monja y el prelado se miraron fijamente con una calma que infundió algun sobresalto en las almas de entrambos, y luego, como dos águilas que antes de atacarse erizan sus plumas y miden sus fuerzas, permanecieron entrambos en la defensiva. Lelia se abstuvo de manifestar al príncipe de la Iglesia que se trataba entre ellos de relaciones mas serias de lo que él pensaba, y el cardenal comprendió por su parte que ni la ambicion de mandar á sus compañeras ni la admiracion que tenia derecho de esperar de ella no podrian equipararse á las austeras ideas y á las frias resoluciones de la religiosa. Retiró pues en seguida con toda la prudencia y dignidad de un general experimentado y como vencedora cuerda y cortés, Lelia fingió no haber comprendido su ataque. Aquella mirada bastó para fijar para siempre su posicion relativa, pues era la primera que despues de un año de turbacion y de incertidumbre habia osado clavar el prelado en los ojos negros de Lelia. Hasta entonces habia temido perder su confianza y que se fuese del convento, pero una vez encadenada para siempre, aunque ambiciosa tal vez, le pareció menos temible. Mas al primer choque conoció que á ejemplo de los grandes vencidos su orgullo aumentaba en las cadenas.

Monseñor Aníbal no era un hombre ordinario, pues si tenia pasiones fuertes tenia tambien una alma grande para abrigarlas. Los objetos de su codicia, una vez poseidos, podian convertirse en objetos de menosprecio; pero resistiéndose á su deseo no tenian que esperar un cobarde despecho. Era el hombre de su tiempo y de ningun modo del tiempo pasado, lleno de vicios y de magnificencias, de debilidad y de heroismo. Pegado á los bienes y goces terrenales por la educacion y la costumbre, tenia con todo el instinto y el

culto de lo ideal. No se dirigia á él por senderos rectos, es verdad, porque ya no podia; pero en medio de una carrera desordenada, se habia apoderado de él y le animaba á grandes cosas el presentimiento del porvenir que habia traslucido como una inspiracion profética. Las malas aciones empañaban aun el brillo de su vida, pero no le obstruian el paso. Quien no le veía mas que por un lado podia despreciarlo; mas Lelia que le habia conocido bien desde luego desconfiaba de él sin temerlo y le estimaba sin aprobarlo.

— Monseñor, continuó ella, despues de una larga pausa: no sé que es lo que tendríamos que temer en una empresa tan desinteresada. No sé si me engaño, pero lo repito, yo nada veo en el exterior de nuestro papel cuya posesion pueda deslumbrarnos y darnos que sentir por su pérdida. Trátase de poner en práctica una fe que existe en nosotros: á vos, que hace años que trabajais sin descanso, os sostiene la esperanza, y por lo que á mí hace, como no he probado nada, ni debo temer ni confiar. Estoy pronta á caminar por el camino que señaleis, y si no tengo buen éxito, paréceme que nada tendrá que ver mi dolor con la conducta del clero conmigo. Mas arriba será menester buscar el orígen de nuestras lágrimas, monseñor, si no hallamos en las simpatías sociales algo que nos haga olvidar los sistemas eclesiásticos.

— ¡ Lelia! dijo el prelado alargándola la mano con una dignidad franca y leal, teneis razon, sois mas fuerte que yo, y cada vez que os veo, se eleva mi alma por su contacto con la vuestra. En cierto modo yo valgo mucho menos de lo que pensais, pues temo estar mas sujeto de lo que vos me haceis el honor de creer, á las ambiciones humanas; pero conozco que aun puedo desprenderme de ellas y no me sonrojaré de deber este grande ejemplo al superior saber de una mujer. Contad conmigo; sereis abadesa.

— Como querais, monseñor, porque eso es lo que menos me ocupa, y á fe que no me hubiera tomado la libertad de pediros este rato de conversacion, si no hubiese tenido que

implorar otra gracia mas importante á vuestra Eminencia.

— ¡ Todavía mas ! pensó el cardenal, y á pesar suyo un resto de esperanza hizo chispear su profunda pupila. Hermana, la dijo, vos teneis gran confianza en mí y yo os lo agradezco.

— Si; tengo gran confianza en vos, respondió Lelia en tono grave, porque se trata de ser grande, generoso, y atrevido, y vos lo sereis.

— ¡ Cómo ! dijo el cardenal, cuyos ojos se pusieron mas brillantes todavía al ver una ocasion en que satisfacer su noble vanidad.

— Trátase de salvar á Valmarina, respondió Lelia, y esto lo podeis y lo quereis tambien.

— Lo quiero, respondió Aníbal vivamente; pero ¿ sabeis, señora, que ahora corre riesgo mi vida? Si no me sale bien mi pensamiento, no solo soy un príncipe desgraciado, si que tambien un ciudadano condenado; o para hablar mas sencillamente, añadió riendo, un hombre ahorcado.

— Es cierto, monseñor, ya lo he pensado.

— ¡ Lelia ! ¡ Lelia ! exclamó el cardenal, andando con agitacion, ¡ mucho me estimais y debo estar orgulloso !...

Estas palabras las pronunció tristemente; pero eran la expresion de un sentimiento sencillo, respetuoso, y sin doblez:

— ¿ En dónde está Valmarina ? añadió en tono decidido.

— Allende esa barranca, respondió Lelia, señalando con el dedo la direccion de la ventana.

— Ahora no le persiguen y por lo mismo no hay tiempo que perder.... es necesario que salga de la frontera.

— Monseñor, pasando por la selva no hay mas que cuatro leguas de camino.

— ¡ Si, pero necesita un pasaporte !

— Pero en compañía vuestra y en vuestro mismo coche no lo necesita para nada.

El cardenal hizo un gesto de sorpresa y luego se sonrió confuso de ver como Lelia trataba con él, de poder á poder,

al mismo tiempo que le ponia en un mundo nuevo, encumbrándole á su propia vista.

—¿Y á qué hora debo acudir á la cita? preguntó con aire tierno y alegre á la vez.

— Hay una persona de quien vuestra Eminencia puede fiarse, respondió Lelia, y por esa persona he sabido esta mañana que el proscrito, no hallándose ya en seguridad en su asilo, irá á verla esta noche.

— ¡ Y qué persona es esa!

— Aquí está su billete.

Tomólo el cardenal y leyó lo siguiente. « Mi estimada santa; el que tú llamas Trenmor me ha hecho pedir asilo para esta noche. Corre peligro en la ermita; pero no está seguro en mi casa, á donde vienen personajes que lo pudieran encontrar y reconocerle. Temo sobre todo. »

El cardenal leyó de una mirada el nombre del personaje temido y la firma de la carta.... y resistiéndose á un movimiento convulsivo que le hubiera hecho ajar la carta entre sus manos, y mirando á Lelia con una indignacion mezclada de terror, la dijo en voz trémula:

— Señora, ¿es esto un juego?

— No es hora de juegos esta, monseñor. Valmarina está en peligro y yo os lo entrego. Esa mujer es mi hermana, mi propia hermana, y os la entrego tambien.

— ¡Hermana vuestra! Esto es imposible.

— Abyecta y grande á la vez, tiene la generosidad de callarlo; pero yo que nunca me he dado la menor pena para agradar al mundo, no lo callo. No puedo hablar de ella sin sufrir, porque la he amado, pero lloro por ella sin avergonzarme.

— ¡Bueno pues! esta vez tambien triunfais, dijo el cardenal volviendo á Lelia el billete que esta quemó en seguida. Teneis valor y no negais verdad alguna. Todo lo cortais fria y segura como la cuchilla de la justicia, Anunciata: ¿pero quién ha de rebelarse contra vos?

— Aníbal, dijo Lelia, dándole á su vez la mano, quered-

me como yo os quiero.

—Si, hermana mia, respondió el cardenal apretándola la mano con fuerza, á media noche estaré en casa de la.... en casa de vuestra hermana, y mi coche y mis caballos me aguardarán fuera de las puertas de la ciudad. Mañana por todo el dia sabreis el resultado de mi expedicion, si no sucumbo en ella.

—No lo querrá Dios, respondió Lelia.

—Pero debeis decirme toda la verdad, dijo el cardenal volviendo atrás cuando iba á salir.... Yo puedo y debo saberlo todo, Lelia.... Si me tratais.... si me matais á medias.... paréceme que podré aborreceros. Confesaos voluntariamente, puesto que acabais de confesarme á mí á pesar mio. ¿Valmarina estaba aquí por vos?

— Si, monseñor.

—¿Os ama?

—Como un hermano.

—¿Como yo á vos, por ejemplo?

Lelia titubeó y dijo:

—Como yo á vos, monseñor.

—¿Pero le habeis amado, sin embargo?

—Nunca de otro modo que ahora.

Calló un instante el cardenal y luego añadió.

—En conciencia, sor Anunciata, decidme que pensais de las preguntas que os estoy haciendo.

—Pienso que buscais una nueva ocasion de ser generoso y magnífico. Sois algo vano, monseñor.

—Con vos, es verdad, respondió Aníbal.

Miróla algunos instantes en silencio, y su rostro expresaba una ardiente pasion, aunque sin esperanza y sin ruegos. Luego, por una transicion de ideas fácil de comprender, pero en tono que no podia menos de satisfacer á Lelia, dijo:

—¡Ah! olvidaba que quereis ser abadesa, para lo cual voy á trabajar en seguida. Y salió precipitadamente.

LV.

Hermana, no puedo haceros saber una buena noticia por mí mismo, pero alegraos con la certeza de que vuestro amigo está en salvo, y de que en adelante sabreis facilmente noticias suyas. Enviadme si quereis las cartas que le remitais, las cuales haré yo que las reciba cuanto antes, pues considero que os será agradable el estar en correspondencia desde vuestro retiro con aquel hombre respetable.

Si, Lelia, llenóme de tristeza y de respeto aquel desgraciado que trabaja por la virtud y huye de la gloria con tanta solicitud como ponen otros para alcanzarla. Quiso revelarme su secreto y contarme su juventud, su crímen y su desventura. ¡Admirable delicadeza de un corazon que no quiere admitir el afecto de nadie sin merecerlo por medio de una confesion austera! ¡Extraño y magnífico destino de un penitente que quisiera confesar lo que cualquiera otro ocultaria, y que al revés de todos los hombres degradados por la sociedad descubre cosas que nadie se atreveria á revelar traidoramente! Si, ese hombre busca la vergüenza, el sufrimiento y la expiacion con una espantosa perseverancia, y sin ser cristiano tiene todo el fervor, toda la abnegacion, y el entusiasmo todo de los primeros fieles. Es un ejemplo vivo de la profunda é inagotable fuente de divinidad que salta del seno del alma humana; es una protesta enérgica contra la debilidad y grosería de los humanos juicios; ha abdicado su propia vida y no respira mas que en la humanidad, pues todos sus pensamientos son para la gran familia de los desgraciados. Á ella consagra sus trabajos, sufrimientos, vigilias, deseos, raptos de su inteligencia y pulsaciones de su corazon, y sin embargo la mas sencilla recompensa le espanta, y le turba la muestra mas legítima de aprobacion ó

aprecio. Al principio cualquiera creeria que este es un modo digno de habilitarse para la sociedad; pero cuando se profundizan sus pensamientos, se ve que el exceso de su humildad es un exceso de orgullo, noble y pio sin embargo. Conoce á los hombres que le han hecho sufrir cruelmente, y por esto ni aprecia sus sufragios ni desea sus simpatías, de suerte que á no compadecerlos por un sentimiento profundo de amor y de piedad que le es propio, los despreciaria. Se ha decidido á servirles, porque halla en su conducta para con él la prueba de su ignorancia y su extravío, y lo que ellos no pueden hacer por él, quisiera que supiesen hacerlo unos con otros.

—Mirad, me decia al pasar rápidamente los bosques protegidos por las tinieblas, aunque todo el trabajo de mi vida no sirviese mas que para reconciliar completamente con Dios y con la familia humana á un criminal de aquí á algunos siglos, ¿no fuera bastante recompensa? Dios pesa las acciones de los hombres en una balanza equitativa; pero como en las leyes de su perfeccion la idea de justicia implica la de piedad y de generosidad, ha hecho para nuestros crímenes infinitamente mas lijero uno de los platos de la balanza en comparacion del que debe llevar nuestras expiaciones. Un grano de trigo puro echado en el primero hace subir montañas de iniquidad puestas en el otro, y ese grano bendito yo lo he sembrado. En la tierra es muy poco; pero es mucho en los cielos, porque allí está la fuente de vida que hará germinar, fructificar y multiplicarse aquel grano.

¡Ó Lelia! El ejemplo de ese hombre me ha hecho dar una mirada sobre mí mismo, y aunque príncipe de la tierra que bendigo á los hombres prosternados cuando me ven pasar, que levanto la hostia sobre la cabeza inclinada de los reyes, que ando por caminos sembrados de flores arrastrando púrpura y oro como si fuese de sangre mas pura y de raza mas excelente que la comun de los hombres, me he hallado bien pequeño, frívolo y ridículo al lado de aquel proscrito que camina de noche, perseguido, asechado co-

mo una fiera, y amenazado de continuo con el cadalso, si no por el puñal pagado del primer asesino que reconozca su rostro. Ese hombre lleva el idealismo en su alma y la humanidad en sus entrañas, y yo no tengo en mi seno mas que sentimientos de orgullo, el tormento de una ambicion vulgar y la mancilla de mis vicios.

¡Lelia! me confesásteis, y yo os doy gracias por lo bien que hicísteis: paréceme que quedaré purificado de mis faltas si os descubro mi alma toda entera. Atended: nosotros nos ponemos de rodillas ante un simple sacerdote y le contamos nuestros pecados; pero esto no es confesarse, porque, poderosos como somos, no olvidamos que aunque estemos de rodillas delante de aquel subalterno, él está prosternado en espíritu ante el brillo de nuestros títulos y escucha temblando lo que le decimos con arrogancia, con miedo de oir la confesion de nuestras faltas porque teme verse obligado por su ministerio á reprendernos. De este modo es el juez quien se turba y espanta, mientras el penitente que sonrie por su angustia es el verdadero juez y el soberbio despreciador de la debilidad humana. Si por ventura nos confesamos con iguales nuestros, procuramos apartar de nuestra confesion todas las circunstancias particulares que puedan servir para alimento de la intriga ó de arma para la envidia. En medio de tan mezquinas preocupaciones, ¿cuál es el alma bastante pia y qué arrepentimiento es bastante fervoroso para subir á Dios libres de todo pensamiento terrestre? No, Lelia, yo no me he confesado jamás en espíritu y en verdad, y sin embargo nadie está mas penetrado que yo de la grandeza y sublimidad de ese sacramento, que hubiera librado á Trenmor del horror del presidio, si hubiesen dado alguna luz á las leyes sociales el espíritu de la penitencia cristiana y la santidad de la absolucion religiosa. ¡Oh! ¡si, yo comprendo la importancia y el beneficio de esta augusta institucion, y hubiera querido fortalecerme por ella renovando mi alma en las saludables aguas de su nuevo bautismo! Pero yo no podia, porque necesitaba un confesor dig-

no de mi arrepentimiento y no lo he hallado, porque en el clero siempre he visto juntos la inteligencia y el orgullo ó la intriga, el candor y la supersticion ó la ignorancia. Cuando el penitente es capaz del sacramento, el confesor no lo es, y cuando el confesor es digno de quitar al alma sus impuras cadenas, el cautivo no merece su libertad. Para consagrar el misterio sublime de la absolucion debieran asociarse dos almas igualmente creyentes é igualmente llenas del sentimiento divino. Por esto, Lelia, ya que me falta un sacerdote y no hallo un hombre santo, paréceme que puedo invocar una hermana ó una madre si así quereis, porque aunque seais mas jóven que yo de muchos años, sois mas fuerte y teneis mas saber que yo, que me siento trémulo y sumiso como un niño ante vos, á pesar de que comienza á devastarse ya mi frente. Confesadme pues; puesto que no temísteis decirme cara á cara que yo era un pecador, consentid en bajar al fondo de mi conciencia, y si hallais un dolor ó remordimientos sentidos absolvedme, pues me parece que el cielo ratificará vuestra sentencia y que por primera vez quedará purificada mi alma.

Decidme todo lo que pensais y condenadme segun el rigor de vuestra justicia. ¿Soy por ventura hipócrita porque cedo á unos arrebatos de que como hombre me avergüenzo y que debo ocultar como sacerdote? Si tal creyese me causaria horror á mí mismo, pero en verdad no creo que se me pueda atribuir semejante dictado. En el tiempo en que vivimos, esta conducta que estoy muy lejos de querer justificar, ¿es la de Tartufo en el siglo XVII? No puedo creerlo. El falso devoto de los siglos pasados era un ateo, y yo no lo soy. Burlábase de Dios y de los hombres, pero yo, aunque no tenga miedo del uno ni de los otros, no por esto venero menos al Eterno y dejo de amar á mis semejantes. No hay mas sino que yo he examinado el fondo y analizado la esencia de la religion cristiana, y creo haberla comprendido mejor que todos esos que se llaman sus apóstoles. La creo progresiva y mejorable por permiso y voluntad de su

mismo divino autor, y aunque sepa que soy hereje, segun el modo de ver de la Iglesia actual, estoy seguro en mi conciencia de la pureza de mi fe y de la ortodoxia de mis principios. Por tanto, no soy ateo si violo los mandatos de la Iglesia, porque esos mandatos son insuficientes para el tiempo en que vivimos y la Iglesia tiene derecho y poder para reformarlos, puesto que debe arreglar sus instituciones á los derechos y necesidades progresivas de los hombres. Así lo ha hecho de siglo en siglo desde su institucion: ¿porqué pues se ha de detener en medio de su marcha providencial? ¿Porqué habiendo sido la expresion de los *perfeccionamientos* sucesivos de la humanidad y marchado gloriosamente en frente de la civilizacion, se ha dormido al fin de su jornada sin acordarse del dia de mañana? ¿Se creerá haber llegado su fin? ¿Qué es lo que la detiene así, el vértigo del orgullo ó el agotamiento de sus fuerzas? ¡Ah! muchas veces os he dicho que pienso, presiento, creo, busco y espero con impaciencia la hora de que dispierte, y no quiero salir de su seno ni ser excluido de su comunion, porque no pienso que un cisma salido de ella y que enarbole un nuevo estandarte pueda entrar en la nueva via del progreso religioso. Para hacer un cisma declarado es preciso separarse del cuerpo de la Iglesia, apartar lo pasado de lo presente, y por consiguiente perder todos los beneficios, ventajas y frutos de aquel tiempo pasado, rico, pujante y glorioso. La humanidad, habituada á andar por el camino ancho y recto de la Iglesia, no puede caminar por senderos si lo divide en fracciones y por intervalos, sintiendo siempre, tanto en las instituciones religiosas como en las civiles, la precision irresistible de la unidad. Para la sociedad se requiere un culto solo é indivisible, y la Iglesia católica es el único templo bastante grande, antiguo y sólido para contener y proteger la humanidad. Para todas esas naciones esparcidas sobre la haz de la tierra, que no tienen mas que una fe incierta y ritos groseros, todavía el catolicismo es la sola moral redactada con suficiente claridad y asaz simple-

mente formulada en su sublimidad para endulzar las feroces costumbres é iluminar las tinieblas del entendimiento. Ninguna filosofía moderna se ha constituido en el punto en que la Iglesia se halla, ni puede derramar sobre la infancia de las naciones una luz tan pura. Yo creo por lo mismo en el porvenir y en la vida eterna de la Iglesia católica y no quiero separarme de los concilios, á pesar de que lo que han hecho lo miro como insuficiente é incompleto, porque ninguna nueva autoridad podrá llevar jamás un carácter tan sagrado. A pesar de mi admiracion por Lutero y de mi simpatía por las ideas de reforma, no me habria jamás alistado bajo su bandera, aunque hubiese vivido en la grande época de su generosa insurreccion. Paréceme que desde entonces habria comprendido que consumando su divorcio con los grandes poderes consagrados por los siglos, el protestantismo firmaba su sentencia de muerte en el dia mismo de su nacimiento. Si, creo que la Iglesia, decrépita y agonizante en apariencia, oculta bajo sus cenizas y rescoldo una chispa de eterna vida y quiero que todos los trabajos y esfuerzos de la fe y de la inteligencia tiendan á reanimar esta chispa y hacer brillar de nuevo la llama sobre el altar. Quiero conservar la omnipotencia del papa y la infalibilidad del concilio, á fin de que nuevos concilios revisen la obra de sus antepasados y reformen el vestido del culto para que venga bien al talle de hombres que han crecido y se han hecho mas robustos.

Entre las reformas que quisiera ver discutir y consagrar, os citaré una de las que mas me han ocupado desde que soy clérigo, y es la abolicion del celibato entre los sacerdotes. No creais, Lelia, que me hayan incitado mis pasiones individuales ó las sordas reclamaciones del clero jóven. Nosotros que encontramos difícil y terrible el voto no le guardamos con bastante fidelidad, para que tengamos necesidad de una sancion pública para nuestras infidelidades. He buscado mas arriba la causa de los peligros é inconvenientes funestos que se adhieren al celibato, y la he hallado en la historia. He visto que el poder, la inteligencia y las luces se conservaban

en las castas sacerdotales de las antiguas religiones por motivo del matrimonio de los sacerdotes y de la educacion particular, que creaba dignos sucesores de dignos padres en las personas de sus hijos. He visto la Iglesia cristiana guardando el trono intelectual sobre los monarcas de la tierra, mientras no salió de su seno, pero pronunciada la sentencia del celibato para sus miembros, puso en un peligro su existencia, y es maravilloso que no haya sucumbido ya á él, pero sucumbirá por fin sino rescinde esta ley fatal. Lo hará sin duda alguna, porque comprenderá que reclutando sus levitas en todas sus clases, introduce en su seno los elementos mas diversos, mas heterogéneos é inconciliables, y por lo mismo falta el espíritu de cuerpo, la unidad y la Iglesia. La Iglesia no es ya una patria en que la herencia encadena las almas y bautiza las iniciaciones; es un taller en que cada jornalero va á recibir el pago de su trabajo sin perjuicio de faltar secretamente á sus promesas. De ahí se origina la hipocresía, vicio abominable que repugna á toda alma honrada, y sin el cual no se habria podido sostener el clero como lo ha hecho hasta ahora bien ó mal, al través de mil desórdenes, de mil mentiras y de mil bajezas, cuyo secreto ha debido guardar la Iglesia en vez de buscarlo y castigarlo: prueba innegable de debilidad y de disolucion.

He debido dar esta explicacion para justificarme en cierto modo. No creo en la santidad absoluta del celibato, porque si Jesucristo predicó su excelencia no consagró su obligacion, y aun su excelencia la predicaba á hombres embrutecidos por el abuso de goces groseros para cuya enseñanza y civilizacion habia venido al mundo. Si concedió á sus apóstoles una autoridad eterna, fue porque en las previsiones de su infinita sabiduría conocia que habia de llegar un dia en que el celibato fuese nocivo á su obra divina y en que los sucesores de los apóstoles tendrian que abolirlo. Este dia ha llegado ya, y la Iglesia no tardará en proclamarlo, pero entretanto faltamos á nuestros votos. ¿Merecemos

excusa? Sin duda que no, porque nuestra santa doctrina lo es de una perfeccion ideal hácia la cual debemos dirigirnos de continuo á toda costa, y en nuestro caso consistiria la perfeccion, hallándonos en tan difícil estado, en sacrificar nuestras inclinaciones y en vivir irreprensibles esperando la sancion de nuestros legítimos instintos. Esta miserable debilidad que no me deja obrar así, la repruebo y me acuso de ella. Condenadla, santa mia, pero no me confundais con esos vulgares é impúdicos libertinos que de ella se vanaglorian, ni con los cabardes embusteros que la niegan. Á esos mojigatos nadie los cree. Por poco que sintamos algo en el alma, conoceremos que no vivimos en el mundo para pasear por las calles con el rostro flaco y amarillento y los ojos clavados en el suelo, para causar terror y respeto á los hombres como los fanáticos de la India y los monjes de la edad media. Demos de barato semejantes austeridades, y sobre todo la crédula veneracion que se granjeaban en otro tiempo: otros son los trabajos que debemos hacer, otra la enseñanza que se ha de dar, otro el desarrollo en que debe procurarse. Instigadores de la vida somos ó debemos ser al menos, y no guardianes de la tumba.

¡Y sin embargo direis que callamos nuestras flaquezas! No tenemos valor para proclamar este derecho que nos arrogamos individualmente, y cuyo audaz ejercicio seria un enérgico llamamiento de nuevas instituciones, lo cual no podemos hacer porque no queremos separarnos del cuerpo de la Iglesia ni perder los derechos de ciudadanos en las asambleas de la ciudad santa. Soportamos el sufrimiento y la pena de esta falsa posicion en que nos pone la terquedad ó la incuria de nuestras leyes, y no por eso somos hipócritas, porque ahora hallaríamos mas aliento para nuestros desórdenes, que antipatía é intolerancia en otro tiempo por nuestras flaquezas. Yo os lo aseguro, que conozco bien al mundo y á los hombres que fallan sobre la opinion: prefiérense en nosotros á la feroz austeridad las costumbres livianas y disolutas si se quiere, porque nuestros desvíos

marcan la embriaguez del progreso, mientras su virtud no atestigua mas que una retrógada tenacidad.

No me acuseis de débil, en nombre del cielo, hermana mia, porque ahora mas valor se necesita para callar que para descubrirse: acusadme de flaco ó débil bajo otros aspectos, consiento en ello; si, decidme que no soy discípulo práctico del idealismo, y que vivo en contradiccion conmigo mismo. Paréceme que podeis volverme á la virtud, la cual por vos amo mas y mas cada dia, ¡ noble pecadora, retirada á la Tebaida para contemplar y profetizar! Habladme, dadme valor y rogad por mí, puesto que Dios os quiere.

¡Adios! Acabo de recibir autorizacion para proponeros para abadesa á vuestra comunidad, y esta proposicion equivale á una órden. Ya sois princesa de la Iglesia, señora; servidla pues, ya que podeis y debeis. Todo vuestro sexo tiene la vista clavada en vos.

LVI.

Dios recompensará vuestros trabajos dando calma á vuestras noches y á vuestros dias gran fuerza. No os doy gracias, monseñor, porque no quiero atribuir á condescendencia de la amistad lo que vuestros nobles instintos os prescribian. Entre los hombres teneis una hermosa reputacion, pero alcanzais mas grande gloria en el cielo, y ante esta yo me inclino.

Á muy delicadas preguntas quereis contestacion, y pedisme parecer sobre cosas que exceden el alcance de mi entendimiento. Procuraré sin embargo hacerlo; no porque acepte el imponente carácter de confesor que quereis darme, sino porque debo manifestar sinceramente mi corazon ante el vuestro, por la admiracion que vuestro carácter me inspira.

No me atrevo á reprenderos por muchas de las cosas que quereis que juzgue, pero me aflige el veros en ellas en contradiccion con vos mismo, y esto lo conoceis así, puesto que no quereis defenderos, sino solo excusaros. Si, sois excusable sin duda; presérvenos Dios de desconocer la libertad sagrada de nuestra conciencia y el derecho de revisar las instituciones religiosas que Jesus nos encomendó como una obligacion incesante, para engrandecerlas, y no para inmovilizarlas; pero este derecho de la conciencia tiene sus límites en la aplicacion individual, y tal vez cesaria desde luego y sin esfuerzo vuestra contradiccion si pensáseis seriamente en fijar estos límites. Paréceme que cuando nuestras acciones no van acordes con nuestros principios puede deducirse que los principios no son seguros. Á lo menos, para los hombres de vuestro temple la certidumbre de las ideas debe gobernar tan imperiosamente los instintos, que una vez establecido el principio del deber, sea su práctica fácil y hasta necesaria, y no se vea la posibilidad de faltar á ella. Veamos ahora, monseñor, si no es un gran mal el usar de antemano de una libertad que la Iglesia no ha sancionado, cuando se persiste en permanecer en el seno de la Iglesia, y si los hombres que no juzgan mas que por los hechos, tendrian ó no facultad de acusaros de esa doblez que tanto temeis y que tan poco mereceis, bien conocido el fondo de vuestra alma.

En un sentido, monseñor, sois mucho menos católico que yo, y en otro lo sois mucho mas. Yo sigo la fe romana por sistema y por una especie de conviccion que no puede ser tachada de hipocresía, puesto que estoy resuelta á conformarme á todas sus instituciones. Vos por esta parte faltais, violando sus mandatos, á pesar de estar ligado con la Iglesia con quien estais casado por inclinacion, por decirlo así, mientras que yo no he contraido con ella mas que un matrimonio de razon. Creeis en su porvenir y no concebis el progreso de la humanidad mas que en ella y por ella. Os hiere, contraria é irrita; veis sus faltas, señalais sus defectos,

indicais sus errores, pero no por eso la amais menos, y preferis sacrificar á su obstinacion el reposo y (perdonadme si soy franca) hasta la dignidad de vuestra conciencia, mas bien que no reñir con esa esposa exigente á quien amais.

No sucede así conmigo. Permitidme, monseñor, que continúe este paralelo entre nosotros dos, pues lo necesito para explicarme bien. Yo he vuelto sin fervor y sin transporte alguno al gremio de esta Iglesia que en otro tiempo servia con un candor entusiasta. El perfume de mis años juveniles, la ciega confianza y la exaltada fe no pueden entrar otra vez en mi alma: yo ni lo pienso siquiera, y estoy tranquila porque creo haber hallado, sino la verdadera sabiduría, á lo menos el camino recto hácia mi progreso individual, abrazando, á falta de otra cosa mejor, esta forma particular de la religion universal. He buscado la expresion mejor formulada de ese culto de idealismo que yo necesitaba, y aunque aquí no la he hallado perfectamente, la he visto sin embargo superior á todas las demás y me he refugiado en su seno sin pensar en su porvenir. Por poco que dure, monseñor, durará mas que nosotros, y la existencia moral de la humanidad se sostendrá por medio de socorros providenciales que no podemos prever tan facilmente como vos creeis. Yo no me fio en mis instintos, pues me ha atormentado demasiado la duda para dirigir una mirada investigadora sobre las futuras generaciones: temeria espantarme aun, y prefiero prosternarme humildemente rogando á Dios que me alumbre para cumplir los deberes de mi efímero destino. Haré lo que pueda; será poco, pero, como dice Trenmor, Dios hará que fructifique el grano si le juzga digno de su beneficio. No dejo de conocer que estamos en la transicion de un dia que oscurece á un alba que se ilumina incierta todavía, y tan pálida que casi andamos en tinieblas. Yo he tenido grandes ambiciones de certeza que la fatiga y el valor han enfriado; mas espero en silencio y quebrantado el corazon, resuelta á lo menos á abstenerme del mal y abdicando la esperanza de todo goce propio porque

la corrupcion de los tiempos y la incertidumbre de las doctrinas han convertido en ilegítimos todos nuestros derechos y hecho irrealizables todos nuestros deseos. Hace algunos años que no teniendo conviccion fija sobres los deberes civiles y religiosos, y viendo bien los defectos de estas dos legislaciones, sin saber en donde hallar el remedio, osé buscar en mi luz la experiencia y me abandoné al mas noble instinto de mi alma que fue el amor; pero aquella experiencia fue funesta, porque sacrifiqué mi reposo en este mundo y mi fuerza social, que era la pureza de mi reputacion. ¿Qué me importa la opinion de los hombres? Yo buscaba el ideal, y creí estar en buen camino para hallarlo, porque sentia agitarse en mi corazon mis facultades mas nobles, como el afecto, la fidelidad, la confianza y la abnegacion; pero no fuí secundada porque no podia serlo. Los hombres de mi tiempo pensaban, sentian y obraban segun su antigua ley, y mi ley nueva, toda de instinto y de adivinacion, no podia ser comprendida ni desarrollada. Sucumbí á la pena, y quebrantada por la desesperacion, divagué largo tiempo en un laberinto de votos y de esperanzas contrarias, hasta que próxima á sucumbir á la tentacion de una nueva prueba, recobré la fuerza y la luz á la vista de la flaqueza y del obcecamiento. Entonces me atreví á creer que habia andado mas aprisa que la humanidad y que debia pagar la pena de mi impaciencia. El himeneo, tal como yo lo concibo y como yo lo habria exigido, no existia aun sobre la tierra, y tuve que retirarme en el desierto, y esperar que los designios de Dios llegasen á sazon. Tenia á la vista el deplorable ejemplo de una hermana dotada como yo de un gran instinto de independencia y de una inmensa necesidad de afecto, sumergida en los abismos del vicio por haber osado buscar la realizacion de su sueño. Yo no tenia eleccion entre su suerte y la que acabo de abrazar, por esto estoy en el claustro; mas es preciso que tengais presente, monseñor, que el claustro es quien me ha adoptado y no la Iglesia. Nunca será objeto de mis pensamientos ni blanco de mis

trabajos la gloria de una casta, pues lo que me ocupa y atormenta es la salud de la mitad del género humano. Mal he dicho. La humanidad entera es quien me desvela, porque los hombres sufren tanto como las mujeres la falta del amor, y lo que en su lugar ponen, que es la ambicion, el desórden ó el dominio, les crea sufrimientos y profundas penas cuya causa desconocen y buscan. Creen que estrechando nuestros lazos reanimarán nuestro fuego, y por el contrario se extingue cada dia mas, sin pensar que bastaria quitarnos su yugo brutal para hacernos voluntario y sagrado este mismo yugo. Pero ya que ellos no quieren hacerlo nosotras debemos obligarles. ¿Pero cómo lo alcanzaremos? ¿será acaso precipitándonos cada dia en los brazos de un ídolo que al dia siguiente romperemos? ¡No! porque en este caso nos quebrantaríamos nosotras mismas ¿Armaremos una lucha escandalosa en el seno del himeneo? ¡No! porque las leyes nos rehusan su proteccion, y nuestros hijos se han inmolado frecuentemente en semejantes luchas. ¿Nos entregaremos al desórden, engañando á nuestros dueños y faltando de continuo á los objetos de nuestro efímero deseo? ¡No! porque extinguiríamos mas y mas la sagrada llama que acabaria por desaparecer del mundo: nos haríamos tan ateas en amor como los hombres, y no tendríamos razon entonces si nos quejábamos de estar sujetas al imperio de la fuerza.

No hay mas que un medio para recobrar nuestra libertad, y consiste en revestirnos de un justo orgullo y en colgar como las hijas de Sion, nuestras arpas en los sauces de Babilonia y rehusar el cántico de amor á los extranjeros, nuestros opresores. Viviremos con el duelo y las lágrimas, es cierto; nos sepultaremos vivas y renunciaremos á los santos goces de familia, lo mismo que á la embriaguez del deleite, pero guardaremos la memoria de Jerusalen y el culto del idealismo. Por ende protestaremos contra la impureza y grosería del siglo, y obligaremos á esos hombres ahitos luego de sus abyectos placeres á hacernos nuevo lu-

gar á su lado y á presentarnos en dote la misma pureza en lo pasado y la misma fidelidad para lo futuro que ellos exigen de nosotras.

Esto es lo que yo pienso, monseñor. Con esta intencion he querido ser la primera en colgar mi arpa, muda en adelante para los hijos de los hombres, y creo que otras mujeres discretas, siguiendo mi ejemplo, vendrán á llorar conmigo en las colinas. He querido tener autoridad entre estas mujeres á fin de hacerlas comprender la importancia y solemnidad de su voto, y en esto, monseñor, no me aparto del espíritu del cristianismo y remonto el monástico á su primitiva institucion. Recordad las edades turbulentas y desgraciadas que precedieron y siguieron á la revelacion del Evangelio, poco esparcida aun y mal formulada: acordaos de los essenienses que Plinio nos pinta congregados á orillas del mar Caspio: « ¡ nacion fecunda en donde nadie nace ni muere, raza solitaria, compañía de palmeras! » Pensad en los padres del desierto, en las santas mujeres cenobitas, en San Juan el poeta inspirado, en San Agustin ahito de mundanos gozes y hambriento de la vida celestial! El tedio que condujo á la Tebaida á los discípulos de lo ideal, la inquietud que los hacia divagar en los jardines solitarios y el ascetismo que los tenia contenidos en sus ermitas, ¿ no provenian de la imposibilidad de vivir de la misma vida que las funestas generaciones á cuyo seno los habian lanzado? ¿ Querian por ventura fijar por principio absoluto, universal y eterno la excelencia de la virginidad y la necesidad del desprendimiento? Sin duda que no, porque bien sabian que la humanidad no puede ni debe querer su suicidio; pero se inmolaban en holocausto ante el Señor, á fin de que los hombres, testigos de su agonía memorable, entrasen en sí y sintiesen la necesidad de convertirse.

El claustro me parece ahora lo mismo que entonces un refugio contra la tempestad y un asilo contra los lobos devoradores. El claustro, puesto bajo la proteccion de la Igle-

sia, debe reconocer su autoridad y practicar su disciplina, y puede y debe componerse, no ya de doncellas desgraciadas por la naturaleza ó por la fortuna, sino de vírgenes y viudas escogidas. Otra mision existe todavía, y estriba en dar una educacion piadosa á un número mayor, sin poner traba alguna, para tener una enseñanza que las mujeres no pudiesen jamás echar en olvido y de la cual pudieran sacar la fuerza y dignidad que necesitan en el curso de la vida. Tal vez pueden dárselas principios mas bien desarrollados que los que hasta aquí han recibido, pues de estos últimos parece que sacan poco fruto por lo poco que los recuerdan. Estoy convencida de que sin apartarse de la doctrina apostólica se pueden obtener mejores resultados que los que hasta ahora se han obtenido. El monasterio de que ahora me haceis superiora fue fundado por una santa doncella, cuya vida és para mí un manantial de meditaciones llenas de encanto y fecundas en buena doctrina. Hija y hermana de rey, dejó su calzado de oro y de seda al salir del umbral de su palacio, y vino aquí á pie desnudo á vivir de raices de plantas que crecen junto á las fuentes entre rocas y peñascos. Arrobada en éxtasis hácia al cielo, desdeñó el esplendor de la fortuna y el brillo del poder é hizo servir su dote para reunir compañeras en torno suyo, al mismo tiempo que empleaba los dones de su inteligencia en enseñarlas el desprecio de los hombres pérfidos y la abstinencia de groseros placeres. ¡ Oh ! sin duda que para saber esas cosas tambien habia intentado amar.

Ahora bien, siguiendo el ejemplo de aquella princesa verdaderamente augusta, quisiera yo enseñar á las mujeres engañadas como deben buscar consuelo y remontarse bajo el abrigo del Señor, y á las jóvenes ignorantes y crédulas como deben conservarse castas y altivas en el seno del himeneo. Se las habla demasiado de una dicha posible y sancionada por la sociedad, se las engaña haciéndolas creer que á fuerza de sumision y de afecto se logra obtener de sus esposos una reciprocidad de amor y de constancia; se

las obceca. Ya no se las debe hablar mas de dicha, sino de virtud, y enseñarlas como se conserva la altivez con la dulzura, como se hermanan la firmeza y la paciencia, y como concuerdan el saber, la prudencia y el afecto. Sobre todo debe hacerse que amen á Dios con tanto ardor, que sea él su mayor consuelo en los engaños que las amagan, á fin de que burlada su confianza y quebrantado su amor, no se las busque en el desórden la única ventura que se las ha hecho comprender y para la cual se las ha dispuesto. Es necesario en fin que estén prontas á sufrir y á renunciar toda esperanza en la tierra, porque toda esperanza es frágil y toda promesa falsa a no ser de Dios. Creo que es este el espíritu de la Iglesia. ¿Porqué pues no producen ya mas frutos semejantes preceptos?

Ya veis, monseñor, que sin mirar tanto como vos por los intereses de la Iglesia me inclina mi lógica á servirla mejor que vos. ¿De qué procede esta diferencia? No quiera Dios que piense yo elevarme sobre vos, que poseeis medios que yo no alcanzo en tanto grado, como son la energía del carácter, el poder de la voluntad, la luz de la ciencia, el ardor del proselitismo y la fuerza de la conviccion; pero vos quereis conciliar dos cosas inconciliables, la proteccion de la Iglesia y vuestra independencia, y me temo que la Iglesia se muestre poco favorable á los derechos que quereis restablecer. No me es lícito juzgar vuestras reclamaciones contra el celibato eclesiástico, porque por mi parte no me siento dispuesta á aprobarlas, no viendo claramente en la Iglesia el porvenir del mundo y hallando solamente que la Iglesia sirve á ese porvenir. En tal sentido paréceme que apresuraria su pérdida aflojando su austeridad, único apoyo de las almas que el torrente del siglo no arrastra hácia el abismo. Trenmor cree que de las ruinas de esta religion saldrá otra nueva que conservará lo que está tiene de inmortal y descubrirá nuevos horizontes. Cree tambien que esta religion dará á todos sus miembros la investidura de la autoridad pontifical, conviene á saber el derecho de

exámen y de predicacion. Todo hombre será ciudadano, esto es esposo y padre, y al mismo tiempo sacerdote y doctor de la ley religiosa. Posible es esto; pero entonces, monseñor, ya no habrá catolicismo ni tampoco Iglesia. Si esta llega á no ser ya necesaria luego será peligrosa, y en tal caso ¿ quién la echará de menos ? Noble prelado, su gloria os preocupa mucho porque vuestra misma inteligencia necesita gloria y quiere brillar con la de la Iglesia; pero separad por un instante con el pensamiento vuestra gloria personal de la del cuerpo, y vereis que no os queda mas camino que seguir que el de la insurreccion contra sus decretos. En este caso sois un mal sacerdote y un grande hombre.

Pero vos no quereis separaros del cuerpo, y sin embargo no podeis ya reprimir vuestras pasiones, y aceptais un papel hipócrita mereciendo una acriminacion que os es amargamente sensible, antes que abandonar la casta sacerdotal. En este caso sois un gran prelado y no mas que un hombre ordinario. Sacrificad vuestras pasiones, monseñor, y sereis desde luego lo que la sociedad y el cielo os han hecho: un gran hombre y un gran prelado.

LVII.

Los muertos.

Levantándome todos los dias muy temprano, mucho antes que amanezca, me paseo, entre tinieblas, sobre las largas losas llenas de epitafios que abrigan un sueño sin fin, y á veces me sorprendo que bajo con la idea á las fosas, en donde me tiendo en paz para descansar de la vida. Unas veces me abandono al sueño de la nada, tan dulce á la abnegacion de la inteligencia y á la fatiga del corazon, y no viendo ya en aquellos huesos que piso mas que reli-

quias caras y sagradas, busco un lugar entre ellos y mido con la vista la losa de mármol que cubre el lecho mudo y tranquilo en que descansaré luego, y mi espíritu toma de él posesion deliciosamente.

Otras veces me dejo seducir por las supersticiones de la poesía cristiana, y me parece que mi espectro volverá á pasearse lentamente bajo estas bóvedas habituadas á repetir el eco de mis pasos. Alguna vez pienso tambien que ya no soy mas que un fantasma que debe volver al sepulcro al llegar la aurora, y miro el tiempo pasado y aun el presente como una vida de que me separa ya la tumba.

Hay un lugar que miro con predileccion bajo los hermosos arcos bizantinos del claustro, y es un sitio del jardin en que la losa sepulcral se oculta bajo la aromática yerba en donde la pálida rosa se inclina sobre las calaveras esculpidas en los ángulos de la piedra. Una adelfa gigantesca ha invadido el lijero arco de la última puerta del patio, y redondea sus ramas pomposas bajo la bóveda de la galería. Las losas se cubren con sus hermosas flores, que al menor soplo del viento saltan de su estrecho cáliz sobre el lecho mortuorio de *Francesca.*

Francesca era abadesa antes de la que me ha precedido, y murió centenaria con todo el poder de su virtud y de su genio. Segun dicen era tan santa como sabia. Aparecióse á María del Fiore algunos dias despues de su muerte, en el momento en que esta tímida novicia iba á orar sobre su sepulcro. La pobre jóven se espantó de tal manera, que murió ocho dias despues, medio sonriendo medio consternada, y diciendo que la abadesa la habia llamado y mandádola que se preparase para morir. Fue enterrada á los pies de Francesca á la sombra de las adelfas.

Allí quiero que me entierren tambien, pues hay una losa sin inscripcion que será levantada para mí y luego sellada, entre la mujer religiosa y fuerte que suportó cien años el peso de la vida y la mujer devota y tímida que sucumbió al menor soplo del viento de la muerte, entre esos dos ti-

pos tan amados mios, la fuerza y la gracia, entre una hermana de Trenmor y otra hermana de Stenio.

Francesca era aficionadísima à la astronomía por la cual habia hecho estudios profundos, y se burlaba algun tanto de la aficion de María á las flores. Dícese que cuando la novicia le enseñaba por la noche lo que habia hecho de dia en el jardin, la anciana abadesa levantando su descarnada mano hácia las estrellas la decia siempre con voz firme y segura: *mi jardin está allá arriba.*

Heme complacido muchas veces en interrogar á las ancianas del convento y en recoger estos detalles sobre dos existencias que van á perderse luego en la noche del olvido.

Esta desaparicion completa de los muertos es una cosa triste. El cristianismo corrompido ha inspirado hácia ellos una especie de terror mezclado de odio, sentimiento fundado tal vez en la asquerosa forma de nuestras sepulturas y en la necesidad de separarse bruscamente y para siempre de los despojos de aquellos á quien amamos. Los antiguos no tenian este miedo pueril, y yo me deleito en verlos llevar en brazos la urna que contiene un pariente ó un amigo, que contemplan con frecuencia, que invocan en los mayores apuros, y que les sirve para consagrar todos los actos enérgicos: aquella urna hace parte de su herencia, la ceremonia de las exequias no se confia á mercenarias manos, porque el hijo no mira con horror el cadáver en cuyo vientre se engendró, no deja que le toquen manos impuras, cumple por sí mismo este último deber y por sí mismo derrama los aromas, emblema del amor, sobre los restos de su madre venerada.

En las comunidades religiosas he hallado algo de ese respeto y de ese antiguo afecto á los muertos. Ponen la mortaja manos fraternales, y adórnase con flores la frente del cadáver, expuesto todo el dia á las miradas de despedida: el sarcófago está colocado en medio de la morada, en el seno de los hábitos de la vida, porque el cadáver debe dormir pa-

ra siempre entre seres que dormirán mas tarde á su lado, y todos los que pasan por encima de su tumba le saludan como si aun viviese. El reglamento protege su recuerdo y perpetúa él homenaje que se le debe. La *regla*, cosa tan excelente y tan necesaria á la criatura humana, imágen de Dios sobre la tierra, religiosa preservadora de los abusos y generosa guardiana de los buenos sentimientos y de los antiguos afectos, se hace la amiga de los que ya no tienen amigos, porque recuerda cada dia en las oraciones una larga lista de muertos que no poseen ya sobre la tierra mas que un nombre escrito sobre una losa y pronunciado en el *memento* de la noche. He encontrado esta costumbre tan hermosa, que he hecho restablecer muchos antiguos nombres que se habian quitado para abreviar la oracion, y exijo la estricta observancia, procurando al mismo tiempo que el enjambre de novicias atraviese el claustro en silencio y con el mayor recogimiento, cuando vuelve con algazara del paseo.

Por lo que toca al olvido de los hechos de la vida, llega aquí para los muertos mas pronto que en cualquiera otra parte, y esto proviene de la falta de posteridad. Toda una generacion de religiosas se extingue casi al mismo tiempo, porque la falta de acontecimientos y las costumbres uniformes prolongan en general la vida en proporciones casi iguales para todos los individuos. Las longevidades son notables, pero la vida acaba toda de una vez. Los intereses ó el orgullo de familia no dan preferencia á nombre alguno, y no existiendo la rivalidad de clases, la igualdad de la tumba es solemne y completa. Esta igualdad borra pronto las biografías porque la regla prohibe escribirlas sin una canonizacion en forma, y esta prohibicion es un pensamiento de fuerza y de prudencia, que pone un freno al orgullo, que es el vicio favorito de las almas virtuosas, é impide que la humildad de los vivos aspire á la vanidad de la tumba. Así es difícil que al cabo de cincuenta años conserve la tradicion algun hecho particular de alguna religiosa, y esto hace que seme-

jantes recuerdos sean mucho mas preciosos.

Sin embargo, como esta prohibicion no me alcanza á mí, voy á haceros mencion de Inés de Catania, cuya novelesca historia he oido contar aquí. Novicia llena de fervor y en vísperas de unirse con el celeste esposo, fue llamada otra vez al mundo por la inflexible voluntad de su padre. Casada con un anciano señor francés y conducida á la corte de Luis XV, cumplió su voto de virginidad segun la carne y segun el espíritu, á pesar de que su gran belleza la merecia esclarecidos adoradores. Por último, al cabo de diez años de destierro en la tierra de *Canaan*, recobró su libertad por muerte de su padre y de su esposo y volvió á consagrarse á Jesucristo. Al llegar al convento por el camino de la montaña venia ricamente vestida, seguíala un numeroso cortejo, y una muchedumbre de curiosos se agrupaba para verla entrar. La comunidad salió del claustro y en procesion hasta la última reja, con banderas desplegadas y presidida por la abadesa, cantando el salmo: *In exitu Israel de Ægypto.* Abrióse la reja para recibirla, y entonces la bella Inés quitándose del pecho un ramillete, lo echó sonriendo por encima de los hombros como el primero y último gaje que el mundo podia recibir de ella; luego quitó con vivacidad la cola de su manto de manos del niño moro que la llevaba, y pasó rápidamente la reja que se volvió á cerrar en seguida y para siempre detrás de ella, mientras la abadesa la recibia en sus brazos y las demás monjas estampaban en su frente un beso de alianza. El dia siguiente hizo una confesion general de los diez años que habia pasado en el mundo, y su santo director halló tan puro y tan hermoso aquel tiempo pasado, que la permitió continuar el tiempo de su noviciado desde donde lo habia dejado, como si aquellos diez años de interrupcion no hubiesen sido mas que un dia, dia tan casto y ferviente que no habia alterado la perfeccion en que estaba su alma, cuando en víspera de tomar el velo fue conducida á otros altares.

Fue una de las religiosas mas sencillas y humildes que

ha habido en este convento, siendo su piedad dulce, alegre y tolerante, inalterable su serenidad y elegantes sus costumbres. Cuéntase que era muy aliñada en su traje, y que habiéndola reprendido el confesor por esta vanidad, le respondió sencillamente en estilo de su tiempo, que ella no lo conocia, y que se hacia *brava* sin saberlo, por la costumbre que habia contraido de hacerlo en el mundo para contentar á sus parientes; que por lo demás no la sabia mal que la hallasen de *buen ayre*, porque el sacrificio de una juventud brillante todavía y el de una belleza muy celebrada era mas honroso para el celeste esposo de su alma, que el de una belleza marchita y de una vida próxima á su fin. En esta historia he hallado una gracia muy suave.

Trenmor, es menester que sepais que encanto tiene la costumbre y cuales son los goces de una contemplacion que nada turba. Esta criatura grande que habeis visto sin patria y sin quererla, vendiendo y revendiendo de continuo sus casas, quintas y tierras, en la impotencja de no poder tomar afecto á lugar alguno, esta alma viajera, que no hallaba asilo bastante vasto y que escogia por tumba tan pronto la cima de los Alpes como el cráter del Vesubio, como el seno del Océano, se ha aficionado por fin á algunas toesas de tierra y á algunas piedras unidas entre sí, y esto de tal manera, que le fuera dolorosa la idea de ser sepultada en otra parte. Ha concebido por los muertos tan dulce simpatía, que algunas veces les tiende los brazos y exclama en medio de las noches:

— ¡ Ó manes amigos, almas simpáticas, vírgenes que habeis andado en silencio como yo sobre las tumbas de vuestras hermanas, vosotras que habeis respirado esos perfumes que yo respiro tambien, y saludado á esa luna que me sonrie! ¡ vosotras que tal vez habeis conocido tambien las borrascas de la vida y el tumulto del mundo! ¡ vosotras que habeis aspirado al reposo eterno y presentido ya su sabor en el mundo al abrigo de estas bóvedas sagradas y bajo la proteccion de esta cárcel voluntaria! vosotras sobre to-

do que os ceñísteis la auréola de la fe y pasásteis de los brazos de un esposo invisible á los de un esposo inmortal, castas amantes de la esperanza, fuertes esposas de la voluntad, decidme; ¿ me bendecis de continuo y rogais mucho por la que se complace mas con vosotras que con los vivos? ¿ Sois vosotras las que con incensarios de oro derramais por la noche los perfumes? ¿ Sois vosotras las que cantais esas melodías del aire? ¿ Sois vosotras las que por una santa magia haceis tan hermoso, atractivo y consolador este rincon de tierra, de mármol y de flores, en donde descansamos todas? ¿Cómo lo habeis hecho tan precioso y deseable, que todas las fibras de mi corazon se adhieren á él, que toda la sangre de mi corazon á él propende, que mi vida me parece demasiado corta para gozarlo, y que yo quiera en él un pequeño espacio para cuando se separe de mis huesos el soplo de la divinidad?

Entonces pensando en las pasadas turbaciones y en la serenidad presente, las tomo por testigos de mi sumision. ¡ Ó manes santificados! les digo, ¡ ó hermanas vírgenes! Inés la bella, dulce María del Fiore, docta Francesca, venid á ver como mi corazon abjura su antigua hiel y como se resigna á vivir en el tiempo y espacio que Dios le señala; ved y luego id á decir al que contemplais sin velo: Lelia no maldice el dia que vos la mandásteis llenar y camina hácia su noche con el espíritu de sabiduría que vos amais: no se apasiona ya por ninguno de los instantes que pasan, ni procura detenerlos ni se cansa en abreviarlos. Vedla aquí en una marcha regular y continua, como la tierra que cumple su rotacion sin sacudimientos y que ve cambiarse de la noche á la mañana la constelacion celeste, sin detenerse bajo signo alguno, sin quererse enlazar con los brazos de las hermosas Pléyades, sin huir del dardo ardiente del Sagitario y sin retroceder ante el descabellado espectro de Berenice. Se ha sometido y vive, cumpliendo su ley, no temiendo ni deseando morir, y sin resistirse al órden universal. Lelia mezclará su polvo con el nuestro sin pesadumbre, y toca ya

sin espanto nuestras manos heladas. ¿Quereis, Dios bueno, que acabe su purgatorio y que al rayar del dia nos siga á donde nosotras vamos?

Entonces me parece que en la brisa que lucha con el alba hay voces débiles, confusas y misteriosas que suben y bajan, se remontan y caen, esforzándose en llamarme de debajo de las lápidas; pero que aun no pueden vencer el obstáculo de mi vida. Deténgome un instante y miro si mi blanca lápida se levanta y si la centenaria, en pie á mi lado, me enseña ya á María del Fiore suavemente adormida en el primer escalon de nuestra catacumba. En tal momento hay ciertamente extraños ruidos en el seno de la tierra y paréceme oir suspiros bajo mis pies. Pero todo huye y todo calla desde que desaparece la estrella del polo. La débil sombra de los cipreses que la luna dibujaba sobre las paredes, y que balanceada por el airecillo parecia dar vida y movimiento á las figuras pintadas al fresco, se borra poco á poco; la pintura se queda inmóvil, y á la voz de los pájaros se sucede la de las plantas. La alondra se dispierta en su jaula, y cortan el aire sonidos llenos y distintos, mientras los grandes lirios blancos del jardin se dibujan en el crepúsculo y se irguen inmóviles de placer bajo el abundante rocío. Aguardando al sol, páranse todas las inquietas oscilaciones y se desprenden del velo fastástico todos los reflejos inciertos. Entonces es cuando los espectros se evaporan en el aire blanquecino, y á los ruidos inexplicables se sucedenarmonías puras. Algunas veces el postrer soplo de la noche sacude la adelfa, agita sus ramas, se mece sobre su cabeza florida y cae como un débil suspiro, como si María del Fiore, arrancada de su lugar por Francesca, se apartase con esfuerzo del árbol querido y volviese al dominio de los muertos con algun tanto de despecho y de pesadumbre. Cesa toda ilusion: las cúpulas de metal empiezan á enrojecerse con los fuegos de la mañana; la campana forma en el aire un ancho sulco en donde se precipitan todos los ruidos dispersos y flotantes; los pavos reales bajan de las cornisas

y sacuden largo rato su plumaje humedecido sobre la brillante arena de los caminos del jardin; gira sobre sus goznes con ruido la puerta del dormitorio, y el Avemaria, cantado por las novicias, resuena por la bóveda de la anchurosa escalera. Para mí no hay cosa mas solemne que este primer sonido de la voz humana al rayar del dia, porque todo es grande y produce efecto, porque los menores actos de la vida doméstica tienen conjunto y unidad. Este cántico matutino, despues de todas las divagaciones y todos los entusiasmos de mi insomnio, hace pasar por mis venas un estremecimiento de placer y de miedo. La regla, esta profunda ley cuya excelencia profundizaria mas cada dia mi entendimiento, aunque mi imaginacion poetiza un poco demasiado su rigidez algunas veces, recobra luego sobre mí su imperio, olvidado durante las horas ilusorias de la noche. Entonces apartándome de la losa de *Francesca* en donde permanezco inmóvil y atenta durante todo ese trabajo en que se renueva la luz y despierta la naturaleza, remuévome como la antigua estatua que se animaba y hallaba en su seno una voz al lucir el primer rayo del sol. Lo mismo que ella entono yo el himno de alegría y camino en frente de mi rebaño cantando con fuerza y arrobamiento, mientras las vírgenes, divididas en dos hileras regulares, bajan por la ancha escalera que conduce á la iglesia. He observado siempre en ellas un movimiento de terror cuando me ven salir de las sepulturas para verme delante de ellas con los brazos abiertos y alzados los ojos al cielo. Cuando sus espíritus yacen bajo la pesadumbre del sueño, y el sentimiento del deber lucha en ellas contra la debilidad de la naturaleza, se admiran de verme tan llena de fuerza y de vida, y á pesar de todos mis esfuerzos para disuadirlas, ellas se obstinan en creer que yo converso con los muertos en el jardin debajo de las adelfas. Véolas palidecer cuando cruzando sus blancas manos sobre la púrpura de sus escapularios, se inclinan doblando la rodilla ante mí, y se estremecen involuntariamente cuando, despues de haberse

levantado, se ven obligadas una tras otra á tocar mi velo al revolver del ángulo de la pared.

LVIII.

Contemplacion.

Una de las puertas de mi habitacion da sobre las peñas, y dan la vuelta á la escarpada roca que sostiene esta parte del edificio unos escalones arruinados por el tiempo y el musgo, que despues de algunas rápidas rampas, establecen comunicacion entre el convento y la montaña. Es el único lugar por donde puede subirse á nuestra fortaleza; pero es espantoso, y despues de la santa, nadie se ha atrevido á exponerse. Los escalones formados en la roca de un modo desigual, presentan mil dificultades, y el escarpamiento á donde por ellos se sube, como no ofrece ninguna especie de punto de apoyo, causa vértigos.

Yo he querido saber, en el retiro y la inaccion, si habia perdido ó no el valor ó fuerza física y me aventuré una noche á la luz hermosa de la luna á bajar por esos escalones. Llegué sin pena á un lugar en que desmoronándose la montaña parecia haberse llevado el trabajo de los cenobitas. Suspendida un instante entre el cielo y el abismo, me estremecí al pensar que tenia que retroceder, y que volverme de espaldas por consiguiente. Hallábame sobre una plataforma en que mis pies tenian apenas espacio para estar juntos, y me estuve largo rato inmóvil á fin de habituar mis ojos á suportar aquella situacion, y pensé en el imperio de la voluntad por una parte, y por otra en el de la imaginacion sobre los sentidos. Si hubiese cedido á la imaginacion me habria arrojado en el fondo del abismo que parecia atraerme por medio de un iman; pero la fria voluntad dominaba mis terrores y me mantenia firme sobre mi angosto pedestal.

¿No podria proponerse este ejemplo á los que dicen que las tentaciones son irresistibles y que toda prohibicion que se le impone al hombre es contraria á la voluntad de la naturaleza y criminal para con Dios? ¡ Ó Pulqueria ! en aquel instante pensé en tí y comparé los vanos placeres que te han perdido con aquel error de los sentidos que yo suportaba al borde del precipicio y que me impelia á abreviar mi angustia abandonándome al sentimiento de mi debilidad. Comparé la virtud que te habria preservado con el instinto conservador de la vida y con la fuerza de raciocinio que lucha en el hombre con la molicie y el miedo ¡Oh ! ¡Cómo ultrajais á Dios y de qué modo despreciais sus dones los que tomais por la mas noble y mas sana parte de vuestro ser esa debilidad que os impone como correctivo de la fuerza que os hubiera engreido demasiado!

Observando con atenta vista todos los objetos circunvecinos, descubrí la continuacion de la escalera en la roca desgajada bajo de la plataforma, y llegué á ella sin gran trabajo, porque lo que á primera vista era imposible se hizo fácil con la reflexion, y luego me hallé fuera de peligro en la montaña. Yo conocia ya de vista aquellos sitios inaccesibles por donde me paseo cinco años ha mentalmente, sin pensar en dirigir allí mis pasos. Pero de aquella enorme cresta que corona el monte y cuyos agudos dientes rasgan las nubes, yo no habia visto mas que las partes exteriores. ¡ Pero cuál fue mi sorpresa cuando al pisarla vi que podia penetrarse en sus flancos por unas hendiduras que á lo lejos no presentaban ni espacio siquiera para dar paso á una avecilla ! No vacilé en entrar, y por entre los desmoronamientos del basalto, la red de las plantas parietarias y las asperezas de un paso incierto, llegué á unas regiones que ninguna vista humana ha contemplado, ni pies de viviente alguno recorrido, desde que la santa iba allí á recogerse para orar lejos de todo ruido exterior y de todo humano contacto.

Por aquí anda válida la voz de que el espíritu de Dios la

arrebataba cada noche sobre aquellas sublimes cumbres, que un ángel invisible la remontaba sobre sus escabrosidades, y desde entonces ningun habitante ha osado profundizar el milagro que obró la fe solamente: la fe que los espíritus mezquinos apellidan debilidad, supersticion é ineptitud; la fe, que es la voluntad unida á la confianza, magnífica facultad dada al hombre para traspasar los límites de la vida animal y para repeler hasta lo infinito los del entendimiento.

La montaña truncada cerca de su cima por la erupcion de un volcan apagado en las primeras edades del globo, presentaba á mi vista un recinto de ruinas volcánicas, cerrado por los desiguales terraplenes de sus dientes y desquebrajaduras. Una ceniza negra, polvo de metales vomitados por la erupcion, montones de escorias quebradizas que la vitrificacion preserva de la accion de los elementos, aunque crujen bajo las plantas como huesos esparramados; una sima llena de escombros, cubierta de musgo y rodeada de paredes naturales de una lava roja que parece ladrillo; las gigantescas cristalizaciones del basalto, y en todas partes sobre los minerales las chispas y placas de una lluvia de metales en fusion que arrojó en otro tiempo una tempestad salida de las entrañas de la tierra; enormes líquenes fuertes y enjutos como la piedra que los nutre, y aguas que no se ven y se oyen murmurar bajo las rocas: tal es el lugar salvaje en donde no ha estampado sus huellas ningun ser humano. Hacia tanto tiempo que yo no me habia hallado en el desierto, que tuve un momento de espanto al aspecto de aquellas ruinas de un mundo anterior al hombre. Una angustia inexplicable se apoderó de mi y no pude resolverme á sentarme en el seno de aquel caos, pareciéndome que era la morada de algun poder infernal enemigo de la paz del hombre, y continué caminando y trepando hasta que llegué á las últimas puntas que forman en torno del anchuroso cráter una orgullosa corona de caprichosas flores.

Desde allí volví á ver los espacios de los cielos y de los

mares, la ciudad y las fértiles campiñas que la rodean, el rio y los bosques, los promontorios y las hermosas islas, y el volcan, único gigante que levantase su cabeza sobre la mia, única boca viviente del canal subterráneo en donde se han precipitado todos los torrentes de fuego que hirvieron en los flancos de aquella comarca. Las tierras cultivadas, los cortijos y las casas de campo que cubren las amenas grupas de los oteros se perdian á lo lejos y confundíanse entre los vapores del crepúsculo. Pero á medida que se despejó el dia en los horizontes marítimos, los objetos fueron mas distintos y luego pude ver que el suelo era aun fecundo y que aun existia la humanidad. Sentada en aquel trono aéreo, á donde tal vez no llegó jamás la santa; parecióme que acababa de tomar posesion de una region rebelde al hombre, y que el inmundo cíclope que amontonó aquellos peñascos para precipitarlos sobre el valle, y que sacó el fuego del infierno de sus incógnitos reservatorios para consumir las tiernas producciones de la tierra, habia caido derribado por la cólera de un Dios vengador. Hasta creí que yo acababa de imponerle el último sello de vasallaje, poniendo la planta sobre su cabeza herida por el rayo. No bastaba que el Eterno hubiese permitido que la raza privilegiada cubriese con sus triunfos y trabajos todo aquel suelo disputado á los elementos, era necesario que una mujer trepase hasta su última cima, altar desierto y silencioso del derribado Titan; era preciso que el pensamiento humano, águila que abarca en su vuelo lo infinito y posee el tesoro de los mundos, se posase encima de aquel atrevido altar y replegase sus alas para mirar al suelo y bendecir la tierra en un fraternal arrebato, creando de esta manera por primera vez una simpática relacion del hombre al hombre, en medio de los abismos del espacio.

Volviéndome entonces hácia la region desolada que acababa de recorrer, procuré darme cuenta á mí misma del cambio que se habia realizado en mis gustos al mismo tiempo que en mis hábitos. ¿Porqué en otro tiempo no me

hallaba jamás bastante lejos de los lugares habitables? ¿Porqué me gusta ahora aproximarme á ellos? Yo no he descubierto en el hombre virtudes nuevas ni cualidades ignoradas hasta ahora: la sociedad tampoco me parece mejor que cuando la dejé: así de cerca como de lejos, veo siempre los mismos vicios y la misma lentitud siempre en reconstruirse segun sus necesidades nobles y reales. En cuanto á las bellezas materiales de la naturaleza, no he perdido aun la facultad de apreciarlas, porque en las almas poéticas nada extingue el sentimiento de lo bello, y lo que las parece mortal al principio desarrolla en ellas facultades ignoradas y recursos inagotables. Sin embargo, en otro tiempo no habia caverna asaz inaccesible, ni landa bastante inculta, ni playa bastante estéril para cansar la fuerza de mis pies y la avidez de mi celebro: los Alpes eran demasiado bajos y sobrado angosta la mar para mi deseo. Las inmutables leyes del equilibrio universal fatigaban mi vista y apuraban mi paciencia. Asechaba los aludes, y para mí nunca arrastraban bastante nieve ni abetos, ni retumbaban segun mi deseo sobre los ecos de las neveras. La tempestad nunca llegaba asaz pronto ni tronaba como yo queria, pues hubiera deseado llegar á las nubes, y rasgarlas con estrépito. Habria querido asistir á algun nuevo diluvio, á la caida de alguna estrella ó á algun cataclismo universal, y hubiera gritado de gozo abismándome con las ruinas del mundo y proclamando entonces á Dios tan fuerte como lo habia concebido mi pensamiento.

El recuerdo de aquellos dias impetuosos y de aquellos deseos insensatos es el que me hace estremecer ahora al aspecto de los lugares que recuerdan los antiguos trastornos del globo terráqueo. El amor del órden que se me reveló cuando huí del mundo, proscribe el placer que sentia entonces oyendo el bramido del volcan y viendo rodar los aludes. Cuando me sentia débil por mi sufrimiento, no buscaba en los atributos de Dios mas que la cólera y la fuerza; pero ahora que estoy apaciguada, conozco que la fuerza

consiste en la calma y la dulzura. ¡Oh! ¿cómo te has revelado á mí, bondad increada? ¡Cómo te bendigo en el menor sulco verde que tus miradas fecundizan! ¡Cómo me identifico con esta buena tierra en que tu semilla frutifica! ¡Cómo comprendo tu infatigable mansedumbre! ¡Ó tierra, hija del cielo, cómo te ha enseñado tu padre la clemencia, á tí que no te secas bajo los pasos del impio, y que te dejas poseer por el rico como si esperases con seguridad el dia que te restituirá á todos tus hijos! Entonces te adornarás sin duda con nuevos atractivos, y mas risueña y fecunda, realizarás tal vez esos ensueños poéticos que anuncian las nuevas sectas, y que se remontan como misteriosos perfumes sobre esta edad de duda, extraña mescolanza de altaneras negaciones y de tiernas esperanzas.

Arrobada en la contemplacion de aquella noche sublime, la ví correr, declinar y concluirse. Á media noche se habia ocultado ya la luna, y me era imposible retirarme porque no tenia luz para andar por aquel laberinto de escombros, y aunque estuviese brillante el cielo con sus estrellas, ocultaban las tinieblas las profundidades del cráter. Esperé pues que blanquease el horizonte una débil luz, y cuando esta pareció se hizo la tierra tan hermosa que no podia sustraerme de aquel espectáculo que á cada instante variaba y se embellecia á mis ojos.

Las pálidas estrellas del Escorpion se sumergieron en la mar á mi derecha: ninfas sublimes é inseperables hermanas, parecian enlazarse una con otra, y arrastrarse convidándose á los castos deleites del baño. Los inumerables soles que esmaltan el espacio se hacian mas raros y brillantes, y aunque todavía no amanecia, el firmamento tenia ya un tinte mas blanco como si se hubiese echado un velo de plata sobre el profundo azur de su seno. Refrescaba el aire, y el brillo de los astros parecia reanimarse con la brisa, como una llama que el viento agita antes de apagarla. La estrella de la Cabra subió roja y brillante por mi derecha por cima de grandes selvas, y la via láctea se borró sobre

mi cabeza como un vapor que se va á los cielos.

Entonces el empíreo pareció una cúpula que se destacaba oblicuamente del suelo, y el alba empezó á repeler hácia delante las estrellas perezosas. Mientras el viento las apagaba de una en una, las que se obstinaban en quedar parecian mas claras y hermosas siempre. Héspero se esclarecia y avanzaba con tanta magestad que parecia imposible destronarlo, y la Osa bajaba hácia el norte su curva gigantesca. La tierra no era mas que una masa negra cuyo áspero contorno cortaban al horizonte algunas cumbres de montaña. Los lagos y los arroyos se vieron luego sucesivamente como manchas y líneas sinuosas de plata mate sobre la mortaja de la tierra; pero á medida que sucedió al alba el aurora, todas aquellas aguas tomaron alternativamente los cambiantes reflejos del nácar. El azur cuyos infinitos tintes borraban la transicion del blanco al negro, fue largo rato el único color que pudieron ver los ojos en la tierra y en el cielo. El oriente se enrojeció largo tiempo antes que se viesen en el paisaje forma y color; por último, lo primero que salió del caos fue la forma. Destacáronse los contornos de los primeros términos, y luego los demás sucesivamente hasta los mas lejanos, y cuando se descubrió todo el dibujo, brilló el color sobre el follaje y la vegetacion pasó lentamente por todos los tintes que la son propios, desde el azul oscuro de la noche hasta el verde brillante del dia.

El momento mas suave fue el que precedió inmediatamente á la aparicion del disco del sol, pues la forma habia alcanzado toda la gracia de su desarrollo. El color todavía pálido tenia un hechizo inexplicable, y los rayos subian á manera de llamas detrás de los cortinajes que formaban los chopos que aun no recibian su luz y se dibujaban oscuramente sobre aquel inmenso horno. Pero en la region situada entre el oriente y el sur era donde la luz derramaba con preferencia sus prestigios que iban siempre en aumento. La oblicua claridad se deslizaba entre las zonas de colinas, bosques y jardi-

nes, y las masas alumbradas en sus bordes se veían lijeras y diáfanas mientras que su centro todavía oscuro indicaba su densidad. ¡ Cuán hermosos eran los árboles ! ¡ Cuán delicados los esbeltos chopos, cuan redondos los robustos algarrobos, y cuán muelles los mirtos y los citisos ! La verdura no ofrecia mas que un tinte uniforme, pero la transparencia suplia la riqueza de los tonos ; de segundo en segundo la intensidad de la luz penetraba en todas las sinuosidades y en las partes mas profundas. Detrás de cada cortina de follaje parecia que se hubiese corrido un velo, y otros cortinajes mas graciosos y mas frescos subian como por encanto á la par que parecian levantarse los ángulos de una pradera, matorrales, arbustos y quebradas, llenas de césped y de cañas. Sin embargo en el fondo de las tierras y en los cruzamientos de los tallos habia aun dulces misterios, menos profundos que los de la noche y mas castos que los del dia. Detrás de los blanquizcos troncos de las viejas higueras, no se veían las cavernas de los pérfidos faunos, hallábanse, si, los púdicos albergues de las silenciosas amadríadas. Los pajarillos, apenas bien despiertos, solo dejaban oir uno que otro tímido canto : cesó la brisa, y ni una hoja se movia siquiera en lo mas alto de las copas de los pobos, y las flores cargadas de rocío contenian aun sus perfumes. Este momento ha sido siempre el que yo he preferido de todo el dia, porque ofrece la imágen de la juventud del hombre en que todo es candor, modestia, suavidad.... ¡ Ó Stenio! ¡ es el momento en que tu pálida hermosura y tus límpidos ojos se me aparecen como en otro tiempo !

Pero de golpe se movieron las hojas y atravesaron el espacio bandadas de pájaros, habiendo como un estremecito de gozo ; el viento sopló de la parte de oeste y la cima de los bosques pareció inclinarse ante el dios.

Del mismo modo que un rey precedido de su brillante corte deslumbra luego con su presencia el brillo de las pompas que le anunciaron, así el sol, subiendo sobre el horizonte, hizo palidecer la púrpura derramada por su camino. Lan-

zóse para su carrera con esa rapidez que nos sorprende siempre, porque es el único instante en que nuestra vista comprende claramente el movimiento que nos arrastra y que parece echarnos bajo las ardientes ruedas del celeste carro. Bañado un momento en los abrasados vapores de la atmósfera, flotó y saltó de un modo desigual en su forma y en su marcha, como un espectro de fuego pronto á pasar y desvanecerse, pero fue un vacilamiento rápidamente disipado: redondeóse, y su seno pareció reventar para proyectar á lo lejos la gloria de sus rayos. Helios antiguo, sacudia al salir del mar sobre la playa su ardiente cabellera y cubria las olas con una lluvia de oro; sublime creacion del único Dios, da vida á los mundos prosternados.

El color hasta entonces incompleto y vago, recobró todo su esplendor con el sol y los bordes argentinos de las masas de follaje se tiñieron de un verde oscuro por un lado y por un otro de un verde esmeralda brillantísimo. La parte de paisaje que yo examinaba con preferencia cambió de aspecto, y cada objeto tuvo dos faces, una oscura, y clarísima la otra: cada hoja fue una gota de la lluvia de oro, y los reflejos de púrpura marcaron luego la transicion de la claridad al calor. La blanca arena de los senderos se hizo amarillenta, y en las masas parduzcas de las rocas, lo moreno, lo amarillo, lo leonado y lo rojo manifestaron sus pintorescas mezcolanzas. Las praderas absorvieron el rocío que las blanqueaba y se mostraron frescas y verdes de tal manera, que pareció no existir otra verdura. Hubo en todas partes matices en vez de tintes, y en todas las plantas oro en lugar de plata, rubíes por púpura, y diamantes en donde perlas. La selva perdió poco á poco sus misterios, porque el dios vencedor penetró en las mas humildes guaridas y en las mas sombrías densidades, y vi abrirse las flores en torno mio y ofrecerle todos los aromas de su seno.... Apartéme de aquella escena que aun convenia menos que la otra á la disposicion de mi alma y al capricho de mi destino. Era la imágen de la juventud ardiente, no ya la de la pacífica ado-

lecencia, era la excitacion fogosa para una vida que yo no he vivido ni debo vivir. Saludé la creacion y volví la vista sin amargura ni ingratitud.

Habia pasado algunas horas de delicias y de ello tenia que dar humildes gracias á Dios, que ha hecho infinita la hermosura de la tierra á fin de que cada ser halle en ella la felicidad que le es propia. Algunos seres no viven mas que durante breves instantes, otros se despiertan cuando los demás duermen, y los hay que no existen mas que parte del año. ¡Cómo pues! ¿Una criatura humana condenada á la soledad no ha de poder renunciar sin cólera á algunos instantes de la embriaguez universal, cuando participa de todas las delicias de la calma? No, no me quejé, y bajé de la montaña, deteniéndome para mirar de trecho en trecho los cielos abrasados y para admirarme del poco tiempo que habia pasado desde que yo habia visto reinar la húmeda palidez de la luna.

Ninguna humana lengua podria contar la variedad mágica de ese camino en que el tiempo arrastra el universo: el hombre no puede definir ni describir el movimiento que él llama tiempo, porque todas sus faces tienen el mismo nombre en sus idiomas y cada minuto requeria uno diferente, porque el que viene es diverso del que pasó, y porque cada instante que procuramos marcar por medio de números, transfigura la creacion y obra innumerables revoluciones, en mundos innumerables. Así como ningun dia se parece á otro dia y ninguna noche á otra noche, del mismo modo ningun momento del dia ó de la noche, se parece al que le precede ó al que le sigue. Los elementos del gran todo tienen en su conjunto el órden y la regla por invariables condiciones de existencia, y al mismo tiempo la inagotable variedad, imágen de un poder infinito y de una actividad infatigable, preside á todos los detalles de la vida. Desde la fisonomía de las constelaciones hasta la de los rostros humanos, desde las olas del mar hasta los tallos de las yerbas de los prados, desde el incendio inmemorial que devora los

soles, hasta las indecibles variaciones de la atmósfera que envuelve los mundos, no hay cosa alguna que tenga existencia propia, y que no reciba en cada período de su duracion modificaciones sensibles ó insensibles á la percepcion del hombre.

¿Quién ha visto salir el sol dos veces de un modo exactamente igual? El hombre que se preocupa con sucesos tan miserab.es y que se recrea en tantos espectáculos indignos de él, ¿no debiera hallar sus verdaderos placeres en la contemplacion de lo que es realmente grande y perdurable? Ninguno de nosotros ha dejado de guardar algun recuerdo de un hecho completamente pueril, y no hay quien conserve la memoria de esos momentos de inefable placer en que la naturaleza se hace amar por sí misma y en que el sol le encuentra fuera del círculo de una egoista individualidad y perdido en ese fluido de amor y bienandanza que embriaga los seres cuando vuelve la luz. Gozamos, como quien dice á pesar nuestro todos esos bienes inapreciables que Dios nos prodiga, y los dejamos pasar sin dirigirles mas que palabras fútiles y baladíes, y no estudiamos su carácter, dando un mismo precio confuso y vago á los diferentes matices de nuestros radiantes dias. No señalamos como un acontecimiento feliz el placer de una noche de contemplacion y el esplendor de una mañana sin nubes, y aunque todos hemos tenido un dia en que el sol se nos ha aparecido mucho mas bello que los demás dias de nuestra vida, apenas lo hemos notado y no nos acordamos ya. ¡Ó *movimiento!* ¡Viejo Saturno, padre de todos los poderes! tú eres el que los hombres todos hubieran debido adorar bajo la figura de una rueda; pero han preferido dar tus atributos á la fortuna, porque es la única que preside sus acciones y vuelve el reloj de arena de su vida. No es el curso de los astros el que arregla sus pensamientos y necesidades, no es el órden admirable del universo el que les hace hincar las rodillas y palpitar los corazones, son, si, los frágiles juguetes de que está lleno el cuerno de tu abundan-

cia. Tú le derramas y ellos se inclinan para recoger algo en el fango, mientras riela en torno suyo una fuente abundante y límpida de felicidad y de calma que sale de todos los poros de la creacion.

LIX.

Lelia, he leido ávidamente el resumen de las nobles y tiernas emociones de vuestra alma en los años que estamos separados. ¡Bendito sea Dios porque estais tranquila! yo tambien lo estoy; pero triste, porque hace tiempo que soy inútil. Os lo he callado hasta ahora para no alterar vuestra preciosa serenidad, pero ya puedo deciros ahora que he pasado todo este tiempo en cadenas, y esto en una tierra extraña á las querellas políticas que me han expulsado del pais en donde estais, en una tierra de refugio y de supuesta libertad. Fuí tenido por sospechoso y bastó la sospecha para que la hospitalidad se convirtiese para mí en tirania Por último he podido escaparme de la cárcel y voy á continuar mi tarea. Sin duda que hallaré aquí simpatías como en las demás partes, porque aquí tal vez mas que en otros lugares hay grandes sufrimientos, terribles penas y espantosas iniquidades.

Vuestra narracion, y las pinturas que haceis de la vida monástica me han valido en el seno de mi miseria horas deliciosas y meditaciones muy poéticas. Yo tambien, Lelia, he tenido en mi calabozo dias de felicidad á pesar de la suerte y á despecho de los hombres. En algun tiempo habia deseado mucho la soledad, porque en los dias de angustia y de remordimiento sin fruto, habia creido huir de la presencia de los hombres; pero recorrí en vano una parte del mundo. La soledad huye de mí, y el hombre ó su influencia inevitable ó su despótico poder sobre la creacion me persi-

guieron hasta el fondo del desierto. Mas en la cárcel he hallado esta soledad tan saludable y tan en vano buscada. En esta calma se ha abierto otra vez mi corazon para los encantos de la naturaleza, y cuando ya no bastaban á mi admiracion cansada los mas hermosos paises que alumbra el sol, ahora un pálido rayo entre dos nubes, un quejido melodioso del viento por la playa, el ruido de las olas, el grito melancólico de las aves nocturnas, el canto lejano de una niña ó el perfume de una flor criada á duras penas en la grieta de una pared, son para mí goces vivísimos y tesoros inapreciables. ¡ Cuántas veces he contemplado con delicias, por entre la estrecha reja de una tronera, la escena inmensa y grandiosa de la mar agitada, que arroja sus convulsivas olas y sus largas y espumosas crestas de uno á otro horizonte! ¡ cuán hermosa era entonces esa mar vista por entre los hierros de mi encierro! ¡ cómo estrechaban con transporte mis ojos clavados en aquella celosa abertura la inmensidad que ante mí se desplegaba! ¿ Por ventura no era aun mia toda aquella mar que abarcaba mi vista, y por donde divagaba mi pensamiento libre y vagabundo, mas rápido, sutil y caprichoso en su celeste vuelo que las golondrinas de largas alas negras que tocan la espuma al vuelo y se mecen dormidas en el viento? ¿Qué me importaban entonces la cárcel y las cadenas? Mi imaginacion cabalgaba sobre la tempestad como las sombras evocadas por el arpa de Osian. Despues he atravesado en un lijero buque la misma mar en donde mi alma se habia paseado tantas veces, y, si he de decir verdad, creo que me pareció mucho menos hermosa. Los vientos eran pesados y perezosos segun mi deseo, las olas tenian reflejos menos brillantes y no tan graciosas ondulaciones, y el sol era al salir menos puro, y menos sublime al ponerse. Aquella mar que me sostenia no era la misma que habia mecido mis ensueños, la que solo me pertenecia á mí, y de la cual habia gozado solo en medio de esclavos encadenados.

Ahora vivo lánguidamente y sin esfuerzos, como el con-

valeciente despues de una violenta enfermedad. ¿Habeis sentido esa deliciosa pesadez del alma y del cuerpo tras los dias de delirio y de pesadillas, largos y rápidos á la vez, en que devorado uno por ensueños y fatigado de sensaciones incoherentes y bruscas no ve el tiempo que pasa ni las noches que siguen á los dias? Entonces, si habeis salido de ese drama fantástico que produce la fiebre para volver á la vida tranquila y calmosa, al idilio y á los dulces paseos bajo un sol templado entre plantas que dejásteis en gérmen y encontrais en flor, si habeis andado lentamente, débil todavía, por la vera de un arroyo negligente y pacífico como vos, si habeis escuchado vagamente todos esos ruidos de la naturaleza, perdidos largo tiempo y casi olvidados en un lecho de dolor, si por fin habeis recobrado suavemente la vida por todos los poros y una á una todas las sensaciones, ya podeis comprender lo que es el reposo despues de las tempestades de mi vida.

Pero no tenemos ya derecho para detenernos mas de un dia á orillas de nuestro camino, porque el cielo nos condenó al trabajo y yo mas que cualquier otro estoy sentenciado á cumplir una larga peregrinacion. Hay en el reposo delicias infinitas; pero no podemos dormirnos en tales deleites, porque nos darian la muerte: recibámoslas de paso como oasis en el desierto ó como preliminar de los placeres del cielo; pero nuestra patria en el mundo es una tierra inculta que debemos conquistar, civilizar y redimir de la esclavitud. Yo no lo olvido, Lelia, y ya me pongo en camino deseando que sea con vos la paz del cielo.

LX.

El canto de Pulqueria.

Cuando me levanto de mi voluptuoso lecho para mirar las

estrellas que blanquean sobre el celeste azur, tiemblan mis rodillas al frio de las mañanas de invierno. Pesan sobre el horizonte espantosas nubes como moles de bronce, y el alba hace vanos esfuerzos para apartarse de sus lívidos flancos. El astro del Boyero lanza un postrer rayo rojizo á los pies de la Osa boreal, cuyas siete palidecientes antorchas apaga una á una la luz del nuevo dia. La luna continúa su curso y baja lentamente fria y siniestra desde las alturas del zenit hácia las almenas de sombríos edificios: la tierra empieza á mostrar pendientes trabajadas por la lluvia y lucientes con un reflejo como el del estaño: los gallos cantan con voz acre, y el ángelus que saluda á la fria aurora parece anunciar á los muertos que se dispierten en sus mortajas y no á los vivos en sus moradas.

¿Porqué abandonas tu miserable lecho apenas caliente por algunas horas de mal sueño, labrador mas pálido que el alba del invierno, mas triste que la tierra inundada y mas seco que el árbol desnudo de sus hojas? ¿Por qué miserable costumbre persignas tu angosta frente arrugada antes de hora, al toque de la campana católica? ¿Por qué imbécil debilidad aceptas por única esperanza y único consuelo los ritos de una religion que consagra tu miseria y perpetúa tu servidumbre? Te haces sordo á la voz de tu corazon que te grita: ¡Valor y venganza! y bajas la frente por esa lúgubre vibracion que proclama en los aires tu sentencia eterna: ¡Debilidad, abatimiento, terror! ¡Bruto indigno de vivir! ¡mira como la naturaleza es ingrata y cruel, como el cielo te da á despecho la luz y como la noche se va lentamente de tu hemisferio desolado! Tu estómago vacío é inquieto es el único móvil que te gobierna todavía y que te mueve á buscar un mezquino pasto, sin discernimiento y sin fuerza, sobre un terreno agotado por tus groseros trabajos, por tus brazos pesados é inhábiles, que solo el hombre pone aun en movimiento como los martillos de una máquina. ¡Vé á triturar la piedra de los caminos, menos dura que tu celebro, para que mis nobles caballos no se desuellen los pies

en su orgullosa carrera! ¡Vé á estercolar el limoso sulco, á fin de que un trigo puro sirva para el pan de mis perros, y para que mendiguen con avidez sus restos tus hambrientos hijos! ¡Vé, raza enferma y degradada, ama á los gusanos que te roen! ¡vegeta como la yerba infecta de los pantanos! ¡arrástrate sobre tu vientre como el gusano en el lodo! ¡Y tú, sol, no te muestres á esos reptiles indignos de contemplarte! ¡Nubes de sangre que os rasgais cuando él se acerca, desatad vuestros pliegues sobre su radiante faz y derramaos sobre la tierra de Egipto hasta que este pueblo abyecto haya hecho penitencia y lavado la mancha de su esclavitud!

¿No me respondes, mi jóven amante? ¿no me escuchas? Tú frente reposa hundida en una blanca almohada. ¿Temes enseñarme lágrimas generosas? ¿Lloras sobre el dia repugnante que empieza y sobre la raza envilecida que se despierta? ¿Sueñas sangre y libertad? ¿Gimes de dolor ó de cólera? —¿Duermes? Tu cabellera en sudor está bañada, y tus espaldas se ablandan por las fatigas del amor. Abate tus miembros y tu pensamiento una languidez inefable. ¿No tienes por ventura vigor y fuerza mas que para el placer? —¡Cómo! ¿duermes? ¿Bástale el deleite á tu juventud y no tienes mas pasion que la de las mujeres? ¡Extraña juventud, que no sabes ni en que mundo ni en que siglo te ha puesto el destino! Todo tu pasado es ambicion, tu presente todo placer, y todo tu porvenir impunidad. Pues bien, si de este modo eres indiferente y de tal suerte desprecias las desgracias ajenas, dame algun tanto de esa fria cobardía. Gástese en nuestros delirios toda la fuerza de nuestras almas y todo el ardor de nuestra sangre. ¡Vamos! ¡abramos nuestros corazones! ¡pongamos una cortina entre la luz y nuestros vergonzosos goces! ¡Soñemos bajo la influencia de un lascivo calor con el dulce clima de la Grecia, los deleites antiguos y el pagano desenfreno! ¡Suden y sufran para comer un pedazo de pan negro bañado con lágrimas el débil, el pobre, el oprimido y el simple de

corazon: vivamos nosotros en orjías y el ruido de nuestros placeres sufocará sus quejidos! Griten los santos en el desierto, vuelvan á hacerse apedrear los profetas, crucifiquen otra vez á Jesus los judíos, ¿eso qué importa? ¡vivamos nosotros!

Ó sino, ¿lo quieres? Muramos, asfixiémonos; quitémonos la vida por cansancio como tantos otros amantes se la han quitado por fanatismo amoroso. Es menester que nuestra alma perezca bajo el peso de la materia ó que nuestro cuerpo, devorado por el espíritu, se sustraiga al horror de la condicion humana.

¡Todavía duerme! y yo, yo no podria hallar un momento de calma cuando el contraste de la riqueza de otro y mi riqueza infame viene á llenar de remordimientos mi corazon. ¡Ó cielo! ¡qué bestia es ese jóven que ayer hallaba yo tan hermoso! ¡Miradlo, estrellas vacilantes que huis en la inmensidad, y ocultaos para siempre de su vista! ¡No entres en este cuarto, sol, ni alumbres esta frente marchita por el desórden, que no ha tenido jamás ni un pensamiento de acriminacion ni una maldicion para la Providencia olvidadora!

Y tú, vasallo, víctima, monton de harapos; tú, esclavo, trabajador, mírale, mírame pálida, descabellada y desolada en esta ventana.... míranos bien á los dos: ¡un jóven rico y hermoso que paga el amor de una mujer, y una mujer perdida que desprecia hombre y dinero! ¡Cata ahí los seres á quienes sirves, temes y respetas!... ¡Recoge pues los instrumentos de tu trabajo y la cadena de tu presidio y hiere! ¡aplasta á estos parásitos que comen tu pan y roban hasta tu lugar al sol! ¡Mata á este hombre que duerme mecido por el egoismo, y mata tambien á esta mujer que llora porque no puede salir del vicio!

LXI.

El ermitaño vió entrar un dia en su ermita á un jóven que apenas reconoció, porque sus vestidos, maneras, porte, voz y hasta las facciones se habian demudado, y todo en el se habia desnaturalizado, por decirlo así, para tomar el reflejo de una civilizacion extranjera.

Cuando Stenio hubo tomado parte en la frugal cena de Magnus le tomó el brazo y bajó con él á la orilla del lago. Deseaba ver otra vez aquel lugar inculto, aquellos grandes cedros inclinados sobre el precipicio, las arenas plateadas por la luna y el agúa inmóvil en donde se reflejaban las estrellas con tanta calma como en otro cielo. Gustábale el murmullo de los insectos en los juncos y el vuelo silencioso de los murciélagos que describian círculos misteriosos sobre su cabeza. Su alma buscaba un pensamiento de esperanza ó un sonris del destino en el albergue del ermitaño, en el borde de la barranca y hasta en el fondo del lago. Como hacia rato que su frente estaba tranquila y su lengua muda, Magnus creyó que Dios se compadecia de él y que habia abierto para aquel adolorido corazon el tesoro de sus divinas esperanzas; pero de improviso le detuvo Stenio á la luz pura y clara de la luna y le dijo penetrándole con su mirada cínica.

—Monje, cuéntame tu amor á Lelia, y como despues de hacerte ateo y renegado, te hizo volver loco.

—¡Dios mio! exclamó el pálido cenobita fuera de sí, ¡apartad de mí este cáliz!

Stenio prorrumpió en una amarga carcajada, y quitándose de un modo irónico el sombrero, exclamó.

—Yo os saludo, ermitaño lleno de gracia; segun veo la concupiscencia no se aparta de vos, porque á la menor pre-

gunta se os clavan mil puñales en el corazon. No hablemos mas de ello. Yo pensaba que la señora abadesa de las camaldulenses era ya un personaje bastante grave para no turbar la imaginacion de nadie, aunque fuese la de un sacerdote. Decidme, Magnus, ¿la habeis vuelto á ver desde que está allí? Y esto diciendo señalaba el convento cuyas cúpulas plateadas por la luna eran algo mas altas que los cipreses del cementerio.

Magnus hizo un gesto negativo con la cabeza.

— ¿Y qué haceis tan cerca del campo enemigo? dijo Stenio, ¿porqué habeis puesto vuestra tienda bajo sus baterías?

— Hacia ya un año que estaba yo aquí, respondió Magnus, cuando supe que *ella* vivia en en el convento.

— ¿Y desde entonces habeis resistido al deseo de pasar esta barranca y de ir á ver por el ojo de la llave si la abadesa es hermosa todavía? ¡Muy bien! os admiro y apruebo. Vivid con vuestra ilusion y vuestro amor, padre, porque os bastaria ver á la que habeis amado tanto para curar. ¿Pero en dónde estaria vuestro mérito si curáseis? Vamos, ganad el cielo, puesto que el cielo se hizo para los engañados. Por lo que á mí toca, añadió con voz del todo espantosa y lúgubre, ya sé que no hay nada verdadero en los ensueños del hombre, y que una vez descubierta la verdad, solo resta la paciencia del tedio, ó la resolucion de desesperarse; y cuando he dicho otras veces que el hombre podia complacerse en su fuerza individual, mentia para los demás y para mí; porque el que llega á la posesion de la fuerza inútil y al ejercicio de un poder sin valor y sin objeto, no es mas que un loco de quien nadie debe fiar.

En los ensueños de mi juventud y en los éxtasis de mi mas lozana poesía, cerníase sobre mí un fantasma de amor. ¿Qué te has hecho, Lelia, mi ilusion, mi poesía, mi elíseo, mi ideal? ¿Á dónde fue tu lijero espectro? ¿en qué ilusorio éter se ha desvanecido tu inmaterial esencia? ¡Oh! es que mis ojos se han abierto, y viendo que eras imposible, la vi-

da se me ha aparecido desnuda y del todo cínica, hermosa á veces, repugnante con frecuencia, pero siempre semejante á sí misma, tanto en su belleza como en su horror; limitada siempre y de continuo sujeta á leyes imprescriptibles que la fantasía del hombre no puede superar. Y á medida que esa fantasía se ha gastado y destruido (esa fantasía de lo irrealizable que por sí sola poetiza los dias del hombre y le encadena algunos años á sus frívolos placeres), á medida que mi alma se ha cansado de buscar en un sin fin de mujeres el beso extático que solo Lelia podia dar, y en el vino, la poesía y la alabanza, la embriaguez que una palabra de amor de Lelia debia reasumir, he llegado á saber.... escuchadme, Magnus, y que os aprevechen mis palabras. He llegado á saber que la misma Lelia es una mujer como las demás, que sus labios no pueden dar un beso mas suave, y que sus palabras no tienen mas poderosa virtud que el beso y las palabras de otros labios. Ahora sé lo que Lelia es, del mismo modo que si la hubiese poseido: sé que lo que la hacia tan bella, pura y divina era yo, era mi juventud. Pero á medida que mi alma se ha agostado, Lelia se ha agostado tambien, y véola tal cual es, pálida, con los labios enjutos y con la cabellera entretejida con esos primeros hilos de plata que nos invaden el cráneo como la yerba invade el sepulcro, y con aquella indeleble arruga en la frente que la vejez imprime primero con mano indulgente y lijera y luego con uña profunda y cruel. Pobre Lelia, ¡cuán trocada estás! Cuando te veo en mis sueños, con los diamantes y galas de otros tiempos, no puedo menos de reirme amargamente y de decirte: —Te está muy bien el ser abadesa, Lelia, y el tener mucha virtud; porque á fe mia ya no eres hermosa, y si me invitases al celeste banquete de tu amor, te pospusiera á la jóven bailarina Torcuata ó á la alegre cortesana Elvira.

Pero al fin y al cabo, Torcuata, Elvira, Pulqueria, Lelia, ¿qué sois ya para embriagarme, para atarme á ese yugo de hierro que me ensangrienta la frente y para colgarme de

esa horca en donde mis miembros se han quebrantado? Enjambre de mujeres de blondos cabellos, de trenzas de ébano, de pies de marfil, de morenas espaldas; doncellas púdicas, meretrices alegres; vírgenes de tímidos suspiros, mesalinas de frente de bronce; todas las que yo he poseido ó soñado, ¿qué haria yo de vosotras en este momento? ¿Qué secreto podríais revelarme? ¿Me daríais las alas de la noche para dar la vuelta al universo? ¿me revelaríais los secretos de la eternidad? ¿haríais bajar á las estrellas para servirme de corona? ¿alcanzaríais siquiera que se abriese para mí una flor mas bella y mas suave que las que nacen en la tierra del hombre? ¡Cuán impúdicas sois y cuán falsas! ¿Qué tienen vuestras caricias, pues que tan grande precio las dais? ¿De qué divinos goces teneis el secreto para que nuestros deseos os embellezcan de tal manera? ¡Ilusion y ensueño, vosotros sois los reyes del mundo! Cuando se apaga vuestra antorcha el mundo es inhabitable.

¡Pobre Magnus! ¡cesa de devorar tus entrañas, deja de golpearte el pecho para concentrar el rapto indiscreto de tus deseos! ¡No ahogues mas tus suspiros cuando Lelia se te aparezca en tus sueños! Deja, hombre infeliz, porque eres tú el que la hace hermosa y deseable; indigno altar de una llama tan santa, se burla de tu suplicio, porque sabe demasiado que nada tiene que darte en cambio de tanto amor. Mas hábil que las demás, en vez de entregarse se vela, se rehusa y divinízase. ¿Mas, crees que se recataria de este modo si su cuerpo fuese mas hermoso que el de las mujeres que se compran? ¿Huiria su alma de la expansion del cariño, si su alma fuese mas vasta y mas grande que la nuestra?

¡Mujer, tú no eres mas que mentira! ¡hombre, no eres mas que vanidad! ¡filosofía, solo eres sofisma! devocion, ¿qué eres mas que flaqueza?

LXII.

Don Juan.

Durante aquellos años que habian dispersado como hojas de otoño seres en otro tiempo tan unidos, Stenio se habia alejado de las riberas que encanta el sol, fuese por tedio de sus ocupaciones ó por necesidad de evadir las sospechas políticas, y habia venido á ver en nuestro frio pais las maravillas de sus invenciones, el lujo de sus placeres, y acaso tambien los orgullosos sofismas de su filosofía. Stenio era rico y no le faltaron el fausto, el ruido, los espectáculos, el juego, el desórden y todos los medios de abusar del dinero y de la vida; pero lo que mas le agradó fue el hallar un mundo á propósito para su egoismo y una raza del todo semejante, tanto por instinto como por gusto, á lo que él se habia vuelto por debilidad ó por desesperacion. Maravillóse de ver proclamar por principio y practicar sistemática y razonablemente lo que él habia hecho hasta entonces por delirio y despecho. Oyó justificados por profesores, desde lo alto de su filosofía, todos los caprichos, malos deseos y malas fantasías, so pretesto que el hombre no tiene mas guia que su razon, ni mas razon que su instinto. Entre nosotros aprendió todas las maravillas de la psicología, todas las sutilezas del eclecticismo y toda la ciencia y moral del siglo: á saber, que debemos examinarnos atentamente, sin cuidarnos unos de otros, y hacer en seguida cada cual lo que mas le acomode, con tal que lo haga con talento. Stenio dejó pues de ser loco y fue agudo, elegante y frio. Frecuentó los salones y los cafés, luciendo en estos los modales de un gran señor y haciéndose en aquellos el calavera. Las prostitutas le hallaron hechicero y las damas original. Siguió estrictamente las modas, gastó su ingenio en los albums, y fue ins-

pirado cada noche, cantando ante trescientas personas; despues de lo cual discutia sobre el genio, la ciencia, la religion, la política, las artes y el magnetismo, y á media noche iba á cenar con meretrices.

Cuando se hubo arruinado, cayó enfermo, tuvo esplin, le abandonó el ingenio y dijo que queria hacerse saltar la tapa de los sesos. Un hombre eminente en los negocios de estado, creyó comprenderle y quiso comprarle la musa, pero á este insulto volvió en sí Stenio y se alejó profundamente ofendido para volver á su pais devorado de tristeza, llevando por fruto de sus viajes una grande leccion, que consistia en saber que un hombre sin dinero es despreciable á los ojos de los ricos, y que es necesario ocultar la pobreza como una vergüenza cuando no quiere acabarse por salir infame.

Halló que habia habido un gran cambio en la provincia, porque el cardenal Aníbal y la abadesa de las camaldulenses habian hecho una especie de revolucion en los hábitos y costumbres. El prelado atraía un gran gentío á sus sermones, y en las camaldulenses sobre todo era donde iba á oirle lo mas selecto de las clases elevadas, porque su elocuencia parecia remontarse sobre sí misma en aquel recinto privilegiado y ante un público escogido. Fuese por la presencia de la abadesa detrás del velo del coro, ó por la confianza que le inspiraba un auditorio mas simpático y menos numeroso que el de las basílicas, el cardenal se sentia verdaderamente inspirado y sabia encubrir bajo las mas ingeniosas formas místicas el fondo incisivo y penetrante de su liberalismo. Por su parte la abadesa celebraba conferencias teológicas en el interior del convento, en donde eran admitidas las madres, hermanas y amigas de las jóvenes educadas en el monasterio. Estos cursos eran seguidos con asiduidad y no producian menos efecto que los sermones del cardenal. Lelia era la primera mujer que se habia oido hablar con claridad y elegancia sobre materias abstractas, y la inteligencia de las mujeres que la escuchaban descubria

un mundo nuevo. Lelia sabia acomodárselas á sus ideas sin azorar sus preocupaciones y sin poner en desconfianza su devocion. Hallaba donde apoyarse en la moral cristiana, para predicarlas lo que habia tomado con tanto empeño, esto es, la pureza del pensamiento, la elevacion de los sentimientos, el desprecio de las vanidades tan funestas á las mujeres y la aspiracion hácia un amor infinito tan poco conocido ó comprendido por ellas. Habíase apoderado insensiblemente de sus almas, y el catolicismo, que hasta entonces no habia sido para ellas mas que un negocio de forma, comenzaba á echar profundas raices en sus convicciones. Preciso es tambien confesar que la moda coadyuvaba al éxito del proselitismo, y la fe católica echaba sus postrimeros rayos. Habíanse consagrado á reanimarla grandes inteligencias ávidas del ideal, pero no sirvieron mas que para precipitar la caida de la Iglesia; porque esta las hizo traicion, las repelió y permaneció sola con su obcecacion y la indiferencia de los pueblos.

Cuando Stenio entró en el retrete de Pulqueria, lo halló convertido en oratorio: en lugar de la estatua de Leda habia otra de mármol de la penitente Magdalena; un magnífico collar de perlas se habia convertido en un rosario terminado por una cruz de diamantes; en vez del sofá habia un reclinatorio para orar, y la preciosa copa de Benvenuto, metida en una cuenca de lapiz-lázuli estaba transformada en una pila de agua bendita.

Stenio se frotaba los ojos cuando la Zinzolina volvió del sermon. Entró vestida de terciopelo negro, cubierta la cabeza con una mantilla, con un libro forrado con piel de zapa y ganchos de plata bajo el brazo, y una gran cruz de oro al cuello. — Stenio se echó sobre el reclinatorio y lanzó una carcajada. — ¿Qué difraz es ese? exclamó; ¿de cuándo acá somos devotos? Dícese que el diablo se hizo ermitaño cuando.... ¡pero líbreme Dios de aplicaros este insolente proverbio, mi venerable matrona romana! Todavía sois hermosa, áunque esteis algo rolliza y se vean ya algunas

hebras de plata en vuestra cabellera de oro....

Hubo un tiempo en que Pulqueria en todo el brillo de la juventud, y en la mayor certeza de sus triunfos, hubiera acogido alegremente los sarcasmos de Stenio; pero, como este lo habia observado muy bien, el astro de su belleza empezaba á declinar, y las amargas chanzas de su jóven amante excitaron su despecho. El alma de Pulqueria estaba aun mas marchita que su rostro, y dificilmente hubiera rejuvenecido la piedad su corazon usado por tantos deseos efímeros y tantas incorregibles flaquezas. Iba pues á la iglesia tanto para seguir la moda como para explicar exteriormente, á medida de su vanidad, la baja de sus triunfos. Procuró defender la sinceridad de su devocion; pero lo hizo tan débilmente, y fueron tan crueles las zumbas de Stenio, que estuvo de parte de ella toda la desventaja de la lucha y conociéndolo sobrado se echó á llorar.

Cuando sus lágrimas acabaron de divertir á Stenio, para no tenerla que consolar, empezó á adoctrinarla en tono pedante, y le repitió todas las vulgaridades del Norte pensando que serian del todo nuevas en el Mediodia. Permitióla que fuese católica, dándola á entender con bastante poca delicadeza que la religion se habia hecho para las inteligencias limitadas, que el pueblo la necesitaba y que era bueno alentarla. Llegó á decirla que lo que ella hacia era dar un buen ejemplo á su camarera, que era negocio de buen tono el acomodarse á la moda del dia, y acabó por fin su disertacion añadiendo que lo que estaba muy bien en su aspecto exterior, tenia muy mal gusto en la vida íntima, aconsejándola que fuese devota por la mañana, y galante por la noche. Al oir esto, desquitóse la Zinzolina burlándose de él, mayormente cuando supo que se habia arruinado. Hízose entonces generosa y ofrecióle su mesa y su coche, de buena voluntad sin duda alguna, porque la Zinzolina era liberal como lo son sus semejantes; pero aquel aire de proteccion fue el último golpe para Stenio. Un hombre de estado habia puesto precio á los cantos de su lira, y una

prostituta le ofrecia los dones de sus amantes. Levantóse furioso y salió para no verla ya mas.

Cuando vió reinar por todas partes la devocion, y supo el gran crédito de la abadesa de las camaldulenses, no tuvo límites su ironía, y por la idea de verá Lelia feliz ó poderosa, dispertóse toda la amargura que habia abrigado contra ella. Habíase consolado con lo que él habia llamado una venganza por su parte, persuadiéndose que Lelia io pagaria caro, devorada por el tedio, atormentada por sus compañeras y obligada por su carácter inflexible á dar un escándalo que la obligaria á salir del claustro; pero cuando vió que se habia engañado, pensó deber estar humillado por aquel floreciente destino, y recomenzó su enfermiza melancolía. Comprendió mezquinamente su vida y tuvo envidia de todo lo que no estaba marchito ó quebrantado como él, y hasta de los títulos y riquezas de los demás hombres. Apoderóse de él un odio instintivo contra el cardenal, y complúgose en propalar las mas ultrajantes palabras sobre la pureza de sus relaciones con la abadesa. Olvidó aquella tolerancia elegante y escéptica que habia aprendido en el seno de la civilizacion, y tomando del partido que habia abandonado lo que tenia de mas mezquino y erróneo, declamó acremente contra la piedad, y acusó de jesuitismo no solo todo lo que intrigaba en el estado, si que tambien todo lo que se encaminaba al progreso por vias religiosas. Habia canservado la dignidad de su poesía repeliendo las viles seducciones de la codicia, y perdió aquella dignidad obligando su genio á producir sátiras llenas de hiel y folletos hijos del mayor odio. De este modo en vez de dar la mano á los espíritus nobles y sinceros que soñaban con la libertad, y la servian por todos los medios posibles, la juventud contemporánea de Stenio, creyendo salvar la libertad, acusó de perfidia y rechazó brutalmente á los que habrian ayudado al triunfo de la verdad, si fuese posible que la luz y la justicia presidiesen sobre los raciocinios humanos.

Antojósele un dia á Stenio el introducirse en el conven-

to de las camaldulenses, disfrazado de mujer, para asistir á una de las conferencias de la abadesa. Colocado lejos de ella no pudo ver sus facciones; mas oyó sus discursos.

Obligada á contenerse dentro de los usos del catolicismo, Lelia habia conservado en su enseñanza religiosa la forma sencilla de una discusion en que el abogado de la causa mala presenta objeciones que el defensor de la verdad refuta siempre victoriosamente. Al principio desempeñaba el papel de agresor alguna jóven que exponia tímidas dudas ó alguna religiosa que fingia sentir haber dejado el mundo; pero poco á poco rogaron á la abadesa que las permitiese levantar la voz libremente contra ella algunas mujeres de talento que habia presentes, á fin de exponer sus dudas ó manifestarla sus penas é incertidumbre. Lelia que debia confortarlas y darlas consuelo accedió á su deseo, y consultada de improviso sobre materias ingeniosas y delicadas, respondió siempre con tal prudencia y exhortólas con tal uncion que las pasmaba y enternecia.

Stenio testigo de aquel gracioso cambio dé sensaciones nobles y piadosas, medio arrobado por la elocuencia de Lelia, medio irritado de sus fáciles victorias sobre argumentos que le parecian frívolos y débiles, quiso dirigirle la palabra á su vez. Hacia tiempo que no se le habia visto en el pais y estaban olvididadas sus facciones; á mas estaba bien disfrazado y su belleza tenia un carácter femenino, así como su voz una dulzura casi infantil. Nadie sospechó la supercheria, y al principio hasta la misma Lelia quedó engañada.

— ¡Madre! la dijo Stenio en tono almibarado y triste, vos prescribis siempre la prudencia y recordais de continuo la sabiduría, diciendo que en la eleccion de esposo consulte mas bien que los dones brillantes del espíritu y del cuerpo las cualidades del corazon y la rectitud del entendimiento. Comprendo que con estas precauciones podré evitar engaños y sufrimientos, pero los fines del alma cristiana en esta vida ¿consisten por ventura en huir del dolor, y

en conservarse tranquila en en el seno del egoismo? Yo pensaba que por el contrario el primero de nuestros deberes era un afecto decidido, y que si la juventud y la belleza han recibido del cielo un poder irresistible, ha sido para revelar á los hombres lo ideal y hacérselo amar. Estos dones que vos creeis sin duda funestos, vos, señora, que los poseíais y luego los habeis ocultado bajo un cilicio, no se han dado sin embargo inútilmente; porque el Todopoderoso nada hace inútil, y mucho menos nocivo, para el ser que recibe la vida, y no puede rehusarla. Yo creía que cuanto mas hechos somos para inspirar amor, mas debemos obedecer á los designios del cielo abriendo nuestra alma al amor, á un amor generoso, fiel y lleno de abnegacion. Si la misericordia es el mas bello atributo de Dios, ¿porqué quereis que cerremos nuestro corazon á la misericordia, prescribiéndonos amar solamente á los que no la necesitan y no pueden darnos jamás ocasion de ejercerla? ¿Qué mérito tendré en ser compañera de un justo? Este me asegurará la paz en este mundo; ¿pero en qué me hará digno de otro mundo mejor? Cuando vaya á presentarme ente el tribunal de Dios sin llevarle el tesoro de mis lágrimas para lavar mis flaquezas, ¿no me responderá lo que dijo Jesus á los soberbios fariseos: *Vosotros ya habeis recibido vuestra recompensa?*

Escuchad, señora abadesa: los hombres prudentes y fuertes nada tienen que hacer de la ternura de las mujeres, porque aquellos á quienes Dios la destina para aliviar y fortalecer sus corazones son los pecadores, los débiles y los extraviados. ¿No quereis por ventura que recobren la virtud y la dicha esos desgraciados que Jesucristo vino á redimir con el precio de su sangre? ¿No se inmoló por ellos? ¿No debemos proponernos la compasion y caridad del Salvador por modelos en el empleo de nuestras mas grandes facultades? ¡Ó madre! en vez de aborrecer á los malos valdria mas convertirlos, y como ellos nada pueden unos con otros, y en su trato con las mujeres envilecidas á las cuales les desti-

nais, solo pueden corromperse y condenarse mas y mas, Dios quiere tal vez que bajemos hasta ellos para levantarnos hasta él. Sin duda nos harán sufrir con sus arrebatos, con sus infidelidades y con todos los defectos y vicios contraidos en la carrera de su mala vida; pero nosotras sufriremos estos males con resignacion pensando en su salvacion y la nuestra, porque escrito está que tendrá mas gloria en el cielo un pecador convertido que cien justos perseverantes.

Permitid, señora, que cuente aqui una leyenda que vos sabreis ya sin duda alguna, puesto que se refiere á vuestro pais, y los poetas la han traducido en todas las lenguas. Habia un libertino que se llamaba D. Juan.... No se azore el pudor por ese nombre, porque mi cuento es muy moral. Ese D. Juan habia cometido muchos crímenes, y eran inumerables sus víctimas. Despues de haber robado á una jóven virtuosa, mató al padre de aquella infeliz: abandonó á las mujeres mas puras y hermosas, y hasta se dice que sedujo y engañó á una religiosa.... Dios que le habia condenado, permitió que se apoderasen de él los espíritus de las tinieblas; pero D. Juan tenia en el cielo la inefable proteccion de su ángel custodio. Prosternóse este ante el trono del Eterno y le pidió por singular gracia el poder trocar su existencia inmutable y divina por la dolorosa y humilde condicion de la mujer. Permitiólo Dios. ¿Pero sabeis, hermanas, lo que hizo el ángel transformado en mujer? Amó á D. Juan y se hizo amar de él á fin de purificarle y convertirle.

Calló Stenio; mas su discurso habia producido una extraña agitacion, pues su antigua leyenda era nueva para aquellas jóvenes, y aun para la mayor parte de las monjas que le escuchaban. Algunas miraban á la extranjera que acababa de hablar con una curiosidad llena de emocion. El sonido de su voz las habia turbado, y el fuego de sus ojos atraía involuntariamente sus miradas. Volviéronse algunas atónitas hácia la abadesa, y esperaron con ansiedad su respuesta.

Lelia se estuvo algunos instantes confundida por la audacia de Stenio, y pensó si le haria arrojar ó no inmediatamente del sagrado recinto; pero pensando que este escándalo seria aun peor que las palabras que acababa de oir, resolvió contestarle.

— Vosotras no sabeis, hermanas é hijas mias, como acaba esa leyenda, y yo voy á decíroslo. D. Juan amó al ángel y no se convirtió, puesto que mató á su propio hermano y continuó el curso de sus iniquidades. Débil y malvado, tenia miedo del infierno cuando se embriagaba; pero en ayunas blasfemaba de Dios, profanaba sus altares y hollaba con los pies las mas hermosas obras de sus manos. El ángel hecho mujer perdió la razon, es decir la memoria del cielo, de su patria, la conciencia de su naturaleza divina y la esperanza de la inmortalidad. D. Juan murió en la impenitencia final atormentado por los demonios, es decir por los remordimientos tardíos é impotentes de su conciencia, y hubo en el cielo un ángel menos y en el infierno un demonio mas.

Sabed, hijas mias, que en estos tiempos de extrañas desesperaciones y de inexplicables caprichos, D. Juan se ha hecho un tipo, un símbolo, una gloria y casi una divinidad. Los hombres gustan á las mujeres si se parecen á D. Juan, y se imaginan estas ser ángeles y haber recibido del cielo la mision y el poder de salvarlos; pero, como el ángel de la leyenda, no los convierten y se pierden ellas. En cuanto á los hombres, sabed que uno de los mas funestos sofismas que han acreditado es el absurdo de revestir de magníficas y poéticas galas la personificacion del vicio. ¡O D. Juan! ¡horrible fantasma, cuántas almas has perdido para siempre! ¡Su estúpida admiracion por tí es la que agosta tanta juventud y precipita tantos destinos á un abismo sin fondo! Siguiendo tus huellas han pensado elevarse sobre los demás hombres. Maldito seas, D. Juan, puesto que te han tomado por grandeza y no eres mas que locura. El polvo de tus pasos es lo mismo que la ceniza arrebatada

por el viento, y el camino que seguiste no conduce mas que á los vértigos y á la desesperacion.

Fatuo insolente, ¿de dónde sacaste los insensatos derechos á que consagraste tu vida? ¿En qué hora y lugar te dijo Dios: —Cata ahí la tierra, tuya es, serás rey y señor de todas las familias; todas las mujeres que prefieras están destinadas para tu lecho; todos los ojos á quienes sonrias verterán lágrimas para pedirte merced, y se desatarán los mas sagrados lazos con solo decir yo quiero; si un padre te reclama su hija le hundirás tu espada en el corazon desolado, y mancharás sus canas en la sangre y el lodo; si un esposo enfurecido llega á disputarte espada en mano la hermosura de su esposa, te burlarás de su cólera fiado en tu mision irrevocable, responderás firme y seguro sin precipitar el golpe que debe herirle, porque yo enviaré un ángel que anuble sus ojos y guie la punta de tu acero?

¿Es decir que Dios gobernaba el mundo por tus placeres? ¿Si mandaria salir al sol para alumbrar cortijos y tabernas, conventos y palacios, donde tu libertina lengua improvisaba aventuras, para que llegada la noche y abrumado ya de suspiros y de lágrimas tu insaciable orgullo, luciesen en el cielo las silenciosas estrellas para proteger tus pasos y guiar tus nuevos viajes? La infamia que tú causabas era un honor digno de envidia, y el vilipendio de tus perfidias un sello glorioso é indeleble que marcaba tu paso, como indican las encinas heridas por el rayo el paso de ardientes nubes. Tú no reconocias en nadie el derecho de decir: «D. Juan es un cobarde porque abusa de la debilidad engañando indefensas mujeres.» No, tú no retrocedias ante el peligro, porque si un vengador se armaba por las víctimas de tu desenfreno, no te repugnaba un cadáver ni temias tropezar al poner el pie sobre sus yertos miembros.

Un dia sin promesa y sin mentira, y una noche sin adulterio y sin duelo, te habrian causado una vergüenza irreparable. Llevabas erguida la cabeza y tus ojos buscaban audazmente la presa que debias devorar: desde la tímida

vírgen que se estremecia al ruido de tus pasos, hasta la descarada cortesana que desafiaba tu valor y nombradía, no querias ignorar ninguno de los goces del alma ó de los sentidos: el mármol del templo y el heno del establo te servian igualmente de cabecera por dormir.

¿Qué querias pues D. Juan, qué pretendias de esas mujeres desconsoladas? ¿Esperabas por ventura la dicha en sus brazos? ¿Confiabas descansar despues de tan penosa peregrinacion? ¿Creías que Dios te enviaria por fin para fijar tus inconstantes amores una mujer superior á todas las que habias engañado? ¿Pero porqué las engañabas? ¿Por ventura, dejándolas, sentias en tu interior el despecho y la pena de una ilusion perdida? ¿Acaso su amor no alcanzaba la altura de tus deseos? ¿Habias dicho tal vez en medio de tu solitario y monstruoso orgullo: Ellas me deben una fidelidad infinita que yo no puedo darlas, sus suspiros y gemidos son una música dulce á mi oido, las torturas y angustias de mis primeros abrazos alegran mis ojos y me gusta verlas esclavas, sumisas y decididas cuando fingen y se embellecen con una falsa alegría para no turbar mis placeres, pero las prohibo plantar su esperanza en el dintel de mi pensamiento y esperar fidelidad en cambio del sacrificio?

¿Quizás temblabas de cólera cada vez que adivinabas en el fondo de su alma la inconstancia que las hacia iguales á tí y que acaso iba á ganarte en presteza? ¿Sentias vergüenza y humillacion cuando sus juramentos te amenazaban con un amor fuerte y tenaz que hubiera encadenado tu egoismo y tu gloria? ¿Habias leido en alguna parte en los consejos de Dios que la mujer es una cosa hecha para el placer del hombre incapaz de resistencia ó de mudanza? ¿Pensabas que esta perfeccion ideal de renuncia existia solo para tí en el mundo para asegurarte la inagotable renovacion de tus alegrías? ¿Creias que un dia arrancaria el delirio de los labios de tu víctima una promesa impía, y que exclamaria: Te amo porque sufro, te amo porque

gozas un placer exclusivo, te amo porque siento en tus trasportes que se debilitan y en tus brazos que se abren y me abandonan, que luego te cansarás de mí y me dejarás abandonada, te quiero porque me dejas, me acordaré porque tú te olvidarás; y te elevaré un santuario inviolable en mi corazon, porque vas á inscribir mi nombre en los archivos de tu desprecio ?

¡ Si abrigaste un solo instante esta absurda esperanza no eras mas que un loco, D. Juan ! ¡ Si pensaste un solo momento que la mujer puede dar al hombre á quien ama mas que su belleza, su amor y su confianza, eras un necio ! y si creiste que no se indignaria cuando tu mano la repeliese como un vestido inútil, estabas ciego. Vé, ¡ tú no eres mas que un libertino sin corazon y un alma de cortesano descarado en el cuerpo de un rústico !

¡ Oh ! ¡ cuán mal te han comprendido los que han visto en tu destino el emblema de una lucha gloriosa y perseverante contra la realidad ! ¡ Si hubiesen renovado á costa suya la prueba que tú emprendiste, no te concederian tan hermosa parte y confesarian en alta voz la miseria de tus ambiciones y la mezquindad de tus esperanzas ! Si hubiesen combatido como tú, cuerpo á cuerpo, con la impureza, ¡ cómo sabrian lo que te faltó á tí, que no conociste jamás el amor, y que en vez de seguir con tu buen ángel el camino del cielo le precipitaste al infierno en tu caida !

Por esto, D. Juan, les espanta y consterna tu muerte y te adoran de rodillas. Sus ojos no recorren el horizonte que tú habias abarcado y no son felices, como tú, sino rechinando los dientes. El agotamiento y dolor de tus últimos dias, el duelo implacable de tu celebro perdido con tu sangre entorpecida, la agonía y el estertor de tus noches sin sueño les llenan de espanto como una amenaza profética.

Los insensatos no saben que tus quejidos eran blasfemias, y que tu muerte fue un justo castigo, é ignoran que Dios condena en tí el egoismo y la vanidad y que te envió la desesperacion para vengar á las víctimas cuya voz se elevaba contra tí.

Pero tú no tienes derecho de quejarte, porque el castigo que se te impuso no fue mas que una represalia. Poco cuerdo eras, D. Juan, si ignorabas el desenlace fatal de todas las tragedias que habias representado; habias estudiado muy mal los modelos que te habian precedido en la carrera y que tú querias rejuvenecer, é ignorabas que el crímen, para tener alguna grandeza y para pretender el imperio del mundo, debe vivir sabiendo anticipadamente la pena que merece cada dia. Entonces acaso puede alabarse de su valor, porque no ignora el fin que le está reservado. Pero si esperabas escaparte de la venganza celeste, D. Juan, ¡ no eras mas que un cobarde !

¡Hermanas! ¡hijas mias! este es D. Juan. Amadle ahora, si quereis. Exáltese vuestra imaginacion con la idea de entregar los tesoros de vuestra alma al soplo ponzoñoso del impío, y aprended en las novelas, en los poemas y en el teatro la perversidad triunfante de vuestro grosero despreciador. Adoradle de rodillas, abjurad por él todos los dones del cielo, y haced un camino espléndido en donde derramen sangre y lodo sus pies. ¡Id! ¡doblad la frente, dejad el seno de Dios, tiernos ángeles que vivís en él: haceos víctimas, esclavas, mujeres!

Descubrid mas bien este grosero lazo que os tiende el vicio. Para no tener que obteneros por mejores medios tendrá que hacerse amable sin duda alguna y procurará hacerse interesante. Os dirá que sufre y que suspira por el cielo que le repele, y á donde no puede volver mas que con vosotras; pero estas infames mentiras y pérfidas promesas, ya las ha dicho y hecho á otras mujeres tan cándidas como vosotras, y cuando os haya profanado y perdido como á ellas, quedareis abandonadas y añadireis un nombre á la lista de sus desenfrenos.

Hay circunstancias sin duda, en que el perdon y la paciencia de la mujer sirven en los designios de Dios para la conversion de tales hombres. Cuando tales circunstancias acaezcan en nuestra vida, á pesar nuestro y á despecho de

toda prevision, aceptemos semejante prueba, porque hay sufrimientos que nos envia Dios, y el afecto, la dulzura y la abnegacion son los recursos de la mujer á quien la Providencia envia la plaga de tal esposo. Pero este decidido efecto debe tener un límite, porque no hay cosa peor en el mundo que olvidar que el vicio es aborrecible por sí mismo, y ponerse á amar el vicio. Si, como los hombres se complacen en proclamarlo, es la mujer un ser débil, ignorante y crédulo, ¿con qué derecho nos llaman para convertirlos? ¿Tal no podemos sin duda alguna, y ellos superiores nuestros y nuestros dueños pueden pervertirnos y perdernos? ¡ Considerad cuanta hipocresía y cuanto absurdo hay en sus raciocinios! ¡ Si hay sufrimientos que vienen de Dios, son mas aun los que nacen de nosotras mismas, buscados por nuestra propia temeridad! ¡ Desear el amor del malvado, fijar el ideal en la sociedad del vicio!... ¿Es esto creible, es posible acaso? El mal es tan contagioso, que hace sucumbir hasta á los ángeles, y siendo así, ¿qué insensato orgullo se expondrá á tal intento? ¡Ah! si alguna de vosotras tuviere jamás tal tentacion, examínese bien á sí misma y verá que su proselitismo no es mas que un pretexto de la vanidad. ¡Seria tan hermoso convertir un D. Juan! ¡ habria tanta gloria en alcanzar lo que tantas no pudieron y salir con victoria de donde aquellas salieron perdidas! Sois bella, persuasiva, un ser privilegiado; tal vez hareis época en la vida de D. Juan, que no habiendo amado jamás á ninguna mujer mas de un dia, será ya un triunfo si os es fiel durante dos. ¿Pero qué sereis ya á los tres? ¿Osareis presentaros ante Dios, para pedirle la paz que poseíais y enajenásteis para poseer á D. Juan? Habíais prometido al Señor restituirle un alma perdida, y volveis sola sin embargo, abatida y mancillada. Vuestra alma ha perdido su virginidad, su poder vuestra belleza, y vuestra juventud su esperanza. El soplo de D. Juan os empaña y es preciso hacer penitencia y rogar y llorar mucho, antes de lavar esa mancha y de que acabe de verter sangre vuestra herida.

¡ Pero cómo ! ¿ Os espanta vuestra reconciliacion con Dios ? ¿ Temeis la voz de la conciencia y el horror de la soledad ? ¿ Os echais en el tumulto del mundo y esperais embriagaros y olvidar vuestro mal ? ¡ Ilusion ! porque el mundo se burla de vos y os desdeña , siendo cruel y desapiadado : vuestras lágrimas , que habrian enternecido al Señor , no serán para el mundo mas que un objeto de ludibrio , y entonces es preciso vencer la insolencia del mundo y levantar vuestra humillada vanidad buscando nuevos triunfos , y quereis nuevos amores porque no podeis estar sola y abandonada , ni ser un objeto de lástima como las demás mujeres , es preciso obstinaros en someter á D. Juan. Volved á él , vuestra perseverancia le dará orgullo , y durante un dia mas os creereis en el colmo de la gloria y de la felicidad , pero con D. Juan hay un mañana inevitable , porque pesa sobre él un encanto mágico, y el fastidio que le persigue y arroja de todas partes , le echará tambien de vuestros brazos , lo mismo que de los de las demás. ¡ Seguidle si osais ! Pero no , abandonaos á la cólera y á la venganza ; olvidad á D. Juan y probadle que sois tan fuerte como él , buscando un reparador de vuestra afrenta y consolador de vuestra pena. Ya se ha presentado otro D. Juan , porque los hay muchos en el tiempo en que vivimos , y ese será mas hermoso , mas elegante y mas impúdico que el primero. Ese no os hubiera buscado cuando érais pura , porque solo le gusta el vicio descarado , y cuando sabrá que estais profanada , se lisonjeará de encontraros tal como os desea , os perseguirá y persuadirá sin pena , sabiendo que es el despecho y no la necesidad de amar lo que á él os atrae. Sobrado ducho para creer en un amor que no sentis, y no sintiéndolo tampoco él , no temerá engañaros con las mas absurdas promesas , y si con el primero tuvísteis dos ó tres dias de cariño , con el segundo no tendreis ni uno solo.

Basta ya de poneros á la vista el asqueroso cuadro de los extravíos de la desesperacion. Volved la vista , tiernas y castas compañeras , levantadla al cielo y ved si los ángeles se

cánsan de vivir con el Eterno. ¡ Ved si la leyenda es verdadera y si los bienaventurados dejan sus inefables delicias por la sociedad de los hombres corrompidos!

La hermosa Claudia lloraba....

Stenio no oyó el fin del discurso de la abadesa, que segun costumbre se habia atraido todo el auditorio, y quedaba demolida la gloria de D. Juan. Viendo que á pesar de la atencion que se granjeaba la abadesa, se dirigian á él de tiempo en tiempo algunas miradas inciertas y curiosas, temió ser reconocido si se salia con la otra gente, y fuese solo y en derechura á su casa, en donde se quitó el disfraz, revolviendo en su espíritu mil proyectos de venganza á cual mas loco.

LXIII.

Á fuerza de hacer proyectos, salióse Stenio sin resolver ninguno, y vestido segun su sexo, era su traje el mas elegante. Cuando hubo andado un buen rato, preguntose á sí mismo que iba á hacer, estando cerca del convento de las camaldulenses á donde sin saberlo le llevaban su instinto y su destino.

Stenio habia entrado en él en otro tiempo y divagado dos noches consecutivas por las azoteas y claustros y por junto á los dormitorios. Halló pues facilmente la celda de Claudia, y trepando por el emparrado de jazmin que rodeaba las ventanas, dudó si romperia ó no un vidrio para entrar.

Queria mortificar á toda costa el orgullo de Lelia, y no pudiendo quebrantárselo, deseaba atormentarlo almenos y pensaba en quien habia de recaer su primera tentativa. ¿Seria Claudia, la tímida niña que tan bien dispuesta habia hallado al oirle en otro tiempo? Aquella jóven se habia hecho alta y hermosa, y estaba llena de dignidad, de razon

y de piedad sincera. Su educacion habia sido la obra maestra de la abadesa, porque ninguna alma habia estado tan cerca de corromperse ni tenido que hacer tantos esfuerzos para recobrar la rectitud y la prudencia. Claudia sabia el mal que le habia hecho su primera educacion, y en su lucha con las malas influencias de lo pasado, se habia espantado tanto del porvenir, que un capricho se habia convertido en invariable resolucion. Habia tomado el velo y era novicia.

¡Qué gloria para Stenio, y qué humillacion para Lelia, si lograba quitar aquella presa al proselitismo! Claudia, desdeñada por él en casa de la cortesana á donde le habia ido á buscar, llamada luego á una cita en que no le habia hallado, y por fin apartada de serias reflexiones y de una juventud sazonada por la reflexion, ¡cuán bella conquista para publicada! ¡Acaso en aquel instante la orgullosa abadesa contaba á las monjas viejas que en la argumentadora de la conferencia habia reconocido á un fatuo á quien se habia propuesto ridiculizar y humillar con su respuesta! ¡Tal vez el dia siguiente, gracias á las habladurías de las monjas, se sabria en toda la ciudad el triunfo de elocuencia que Stenio habia procurado á Lelia! Así, para ponerse de su parte á los burlones se requeria una aventura escandalosa, ¿pero á quién atacar con preferencia? ¿á Claudia ó á la misma Lelia?

Agarrado á los barrones de la celda, distinguia á la débil luz de una lámpara encendida ante la imágen de la Vírgen una forma blanca, elegante, echada en una camilla estrecha y baja, y era la hermosa Claudia que dormia en su lecho á manera de sepulcro. Su dormir no era tranquilo del todo, porque de tiempo en tiempo levantaba su pecho un suspiro profundo, vaga reminiscencia de penas, temores, ó arrepentimientos. Su toca se habia desarreglado y sus largos cabellos negros, que luego debia sacrificar como Lelia, caían sobre su brazo de alabastro mal oculto por una ancha manga de lino.

Su belleza habia aumentado tanto desde que Stenio no la habia visto, era tan graciosa su postura y habia en ella una tan singular mezcla de voluptuosidad luchando todavía, aunque débilmente, contra la castidad victoriosa, que turbado Stenio, olvidó sus proyectos y no pensó mas que en desearla por ella misma. Pero aquel suspiro que Claudia exhalaba de tiempo en tiempo, como una nota misteriosa dirigida al cielo, causaba un miedo involuntario al libertino.

Las maldiciones que Lelia habia fulminado contra D. Juan le volvian tambien á la memoria y ya no le parecian mas que ataques personales contra él. Al fin y al cabo, se dijo á sí mismo mirando el sueño virginal de Claudia, aquella homilia no podia dirigírseme á mí, que no soy ningun malvado, pues aunque libertino no se me puede llamar ni cobarde ni embustero. Vivo con mujeres abandonadas y tengo en muy poco la virtud de las demás, pero no pretendo saberlo de cierto, porque siempre ha quedado en el recuerdo de mi primer engaño algo que me ha hecho desconfiar de mí mismo. Tal vez tengo las maneras y la serenidad de un Lovelace, pero no su soberbia confianza. Yo no he engañado ni seducido mujer alguna, ni aun la que vino á buscarme en un mal lugar y que ahora veo dormir bajo su traje de novicia sin apartar ni el menor pliegue. ¿Qué tengo pues de comun con D. Juan? Algunas ganas he tenido de imitarle; pero en seguida he conocido que no podia, pues, valga mas ó menos que él, no me le asemejo. No tengo bastante salud, alegría, y desvergüenza para darme tanta molestia, mayormente sabiendo que puedo hallar placeres mas fáciles. Si Lelia imagina haberme acertado el tiro aplastando á D. Juan con su retórica, se equivoca de medio á medio, porque ha dado el golpe en vago.

Soltó las barras de la ventana y se paseó por el jardin pensando en los anatemas de Lelia y sintiendo crecer en su interior, no el deseo de vengarse mereciéndolos, sino el de repelerlos haciendo conocer que no los merecia. Stenio en el fondo de su alma era honrado y amigo de la justicia, y

por lo general pretendia ser mas vicioso de lo que realmente lo era; pero si se le tomaba la palabra, revelábase su orgullo y su indignacion probaba que sus principios, en ciertos puntos, eran invariables.

Caminaba con agitacion por debajo de los mirtos del jardin y recordaba prodigiosamente todas las palabras de la abadesa: á su cólera se habia seguido un sufrimiento profundo. No habia podido menos de admirar la elocuencia de la abadesa; el sonido de su voz era mas armonioso que nunca y el tono en el hablar revelaba como en otro tiempo aquella profunda conviccion é incorruptible buena fe de Lelia, tanto en la duda como en la fe. No habia visto bien su rostro; pero aun le parecia hermosa, y su talle no habia perdido como el de Pulqueria su elegancia y lijereza. Stenio babia admirado á pesar suyo el progreso intelectual que habia hecho aquella alma desgarrada á una edad en que las mujeres sufren á la par que la pérdida de sus hechizos una especie de decadencia moral. Lelia habia dado un poderoso mentis á todas las previsiones aplicables á los destinos vulgares, pues habia triunfado de todo; de su amante, del mundo y de sí misma. Su fuerza espantaba á Stenio, y ya no sabia si debia maldecirla ó prosternarse ante ella. Pero lo que claramente sentia era el dolor de ser mal conocido de ella, y hasta despreciado sin duda, cuando ya no podia menos de respetarla ó temerla.

Tal es el corazon humano: el amor es la lucha de las mas grandes facultades de dos almas que quieren confundirse en una por medio de la simpatía. Cuando no lo alcanzan, el deseo de igualarse almenos por el mérito se hace un tormento para su orgullo mutuamente vulnerado. Cada una quisiera dejar sentimientos en la otra, y la que piensa sufrirlos sola es presa de un verdadero suplicio.

Stenio, mas y mas agitado, salió del jardin y siguió al ázar una estrecha galería sostenida por elegantes arcos, al cabo de la cual habia una escalera espiral que daba vueltas á una palmera de mármol. Subióla pensando llegar á las

azoteas por donde habia entrado. Halló una cortina de paño negro, y la levantó á todo riesgo, aunque con precaucion. Aquel dia habia sido muchísimo el calor, y aquella colgadura era la única puerta que cerraba los aposentos de la abadesa. Stenio atravesó una pieza que servia de oratorio y hallóse en la celda de Lelia.

Era esta habitacion sencilla y elegante á la vez, cubierta en bóveda y paredes de un estuco blanco como el alabastro: sobre un fondo de terciopelo morado con una franja de borlas de bronce se destacaba un crucifijo de marfil, primorosamente trabajado. Las sillas eran de ébano macizo y cuadradas, pero de gusto puro, con almohadones de terciopelo de color de escarlata; habia un reclinatorio y una mesa del mismo estilo, sobre la cual se veía una calavera, un reloj de arena y un jarro lleno de flores magníficas. Una lámpara de bronce antiguo puesta sobre el oratorio, daba luz á aquel recinto bastante grande en cuyo fondo no vió Stenio á Lelia sino al cabo de un rato. Luego, así que la hubo visto, quedó clavado en su puesto sin saber si lo que tenia á la vista era Lelia ó una estatua de mármol muy parecida á ella, ó el espectro que habia creido ver en dias de delirio y de languidez. Estaba sentada en su lecho, especie de ataud de ébano puesto en el suelo: sus pies desnudos reposaban en el pavimento y confundíanse con la blancura del mármol, é iba envuelta en su vestido blanco cuya nitidez era incomparable. Á cualquier hora que se hubiese visitado á la abadesa de las camaldulenses, se la habria encontrado de aquel modo, y la limpieza de aquel vestido sin mancha y sin pliegue alguno, tenia algo de fantástico que sugeria la idea de una existencia inmaterial y de una serenidad fuera de las leyes de lo posible. Sus compañeras prestaban un respeto casi supersticioso á aquel vestido tan puro, y ninguna habria osado tocarlo, porque la abadesa era reputada santa, y se consideraba como una reliquia cuanto á ella pertenecia: tal vez ella misma incluia alguna idea novelesca en la blancura del lino que la servia de gala, porque hallaba con

la poesía cristiana los mas preciosos emblemas de la pureza del alma en aquella ropa de inocencia tan preciosa y tan apreciada. Lelia no vió á Stenio, aunque estaba en pie delante de ella, y Stenio no supo si dormia ó meditaba, tan inmóvil permanecia y tan absorta, á pesar de su presencia. Sus grandes ojos negros estaban abiertos, mas su fija tranquilidad tenia algo de espantoso como la muerte: su respiracion no era perceptible, y sus manos puestas una sobre otra no indicaban ni sufrimiento, ni oracion, ni abatimiento. Hubiérase dicho que era una estatua alegórica que representaba la calma.

Stenío la miró largo tiempo. Estaba mas hermosa que nunca, pues aunque no era jóven, era imposible pensar al verla que tuviese mas de veinte y cinco años; y sin embargo se veía blanca como un lirio y no cubria morvidez alguna en sus mejillas el estrago de los años. Pero Lelia era un ser aparte, diferente de todos los demás, apasionado en el fondo del alma é impasible en su exterior y la desesperacion se habia convertido en ella en serenidad. Habia abjurado con tanta firmeza todo pensamiento de dicha personal, que ya no quedaba en su frente ni una señal siquiera de pesadumbre ó de melancolía, y sin embargo sentia dolores Lelia con los cuales no podia compararse cosa ninguna en la vida de los demás seres; pero estaba como la mar tranquila cuando se ve desde la cumbre de las montañas, que parece tan quieta que no pueden comprenderse las tempestades ocultas en su profundo seno.

Cuando la vió de aquel modo Stenio, que pensaba verla caida de todo su poder, apoderáronse de él una turbacion, una ternura y un transporte imprevistos. Seis años de despecho, de desconfianza ó de ironía, fueron olvidados en un instante en presencia de la hermosura de la mujer, y abjurados como por magia seis años de desórden, de escepticismo ó de impiedad ante la belleza del alma. Lo que en otro tiempo habia adorado Stenio en Lelia era precisamente aquella reunion de la hermosura física y de la belleza

intelectual. Esta fuerza del entendimiento que se le habia resistido se habia convertido en objeto de su odio. No habia querido conservar en su memoria mas que el recuerdo de una mujer hermosa, y para consolar su amor propio de haber tenido que doblar la rodilla ante Lelia, complacíase en repetir que solo su belleza le habia deslumbrado y hecho ver en ella un genio que no poseía. Contemplando á Lelia pensativa de aquel modo, Stenio no pudo menos de sentir que entre aquella mujer que él habia podido merecer y todas las que pretendia comparar é igualar con ella, existia el abismo de lo infinito. Sintióse poseido de vértigo y de desesperacion como un pródigo arruinado al aspecto de un tesoro descuidado que se le escapa, y apoyóse contra la puerta para no caerse de rodillas. Lelia no vió su turbacion, porque arrebatada por el espíritu á otro mundo, no existia en aquel instante con la vida de los sentidos.

Stenio se estuvo casi una hora delante de ella, observándola con avidez, esperando que dispertase el sentimiento en aquel éxtasis de la imaginacion, preguntándose con angustia á sí mismo, si pensaba en él en aquel instante y si le compadecia, despreciaba ó echaba de menos. En fin hizo Lelia un lijero movimiento y pareció salir de su ensueño, pero poco á poco y sin contar aun con la vida exterior. Levantóse luego y anduvo lentamente por el fondo de su cuarto, y como la lámpara dibujaba en la pared el transparente reflejo de su velada sombra, hubiérase dicho que la acompañaba un espectro. Detúvose por fin delante de su mesa y cruzando los brazos sobre su pecho, inclinada la cabeza hacia adelante y con aire melancólico, contempló largo rato el jarro lleno de flores. Stenio la vió enjugar algunas lágrimas que saltaban lenta y tranquilamente como el agua de una fuente límpida y silenciosa y el jóven no pudo contener mas largo tiempo su emocion.

— ¡ Oh ! dijo Stenio dando unos pasos hácia ella, esta es la segunda vez que te veo llorar: la primera estaba yo en tus pies y si quieres tambien lo estaré ahora con tal que me digas el secreto de tus lágrimas.

Lelia no hizo movimiento alguno, y miró á Stenio con aire extraño, sin mostrar ni miedo ni cólera de verle llegar á donde estaba ella en medio de la noche.

— Stenio, le dijo, ahora pensaba en tí y me parecia verte y oirte, pues tenia tu imágen en mi pensamiento. ¿ Qué vienes á hacer aquí de esta manera ?

— Os causa horror mi presencia, ¡ Lelia ! dijo Stenio azorado por aquel aire glacial.

— No, respondió Lelia.

— Pero almenos os ofende é irrita.

— Tampoco, respondió Lelia.

— ¿ Entonces tal vez os aflige ?

— Ya no sé lo que me puede afligir de aquí en adelante, Stenio. Mi alma vive en la incesante y eterna presencia de los objetos de su reflexion y de las causas de su dolor. Ya ves que tu visita no me conmueve mas que tu recuerdo, ni tu persona mas que tu imágen.

— Vos llorábais, Lelia, ¡ y decis que pensábais en mí !

— Mira esa flor, dijo Lelia enseñándole un narciso de exquisito aroma. Por ella he recordado lo que eras tú en tu juventud cuando yo te amaba, y de repente he visto tu rostro y oido el sonido de tu voz, y mi corazon se ha conmovido deliciosamente como en los dias en que me creía amada por tí.

— ¿ Es un sueño lo que me pasa ? exclamó Stenio fuera de sí : ¡ es Lelia la que me habla de este modo ! ¿ Y si es ella, significa esto que sor Anunciata se cansa de la soledad, ó acaso la abadesa de las camaldulenses quiere burlarse amargamente de mi atrevimiento ?

Lelia hizo como que no oia lo que decia Stenio, y teniendo el narciso en la mano lo miraba con ternura.

— Hete ahí, poeta mio, le dijo ella como te he contemplado mil veces sin saberlo. Frecuentemente en nuestras poéticas correrías te he visto mas débil que Trenmor y que yo, ceder á la fatiga y dormirte á mis pies bajo una cálida brisa del mediodia y entre las flores del bosque. Inclina-

da yo sobre tí protegia tu sueño y apartaba de tí los molestos insectos; te cubria con mi sombra cuando el sol pasaba por entre las ramas para estampar un beso en tu hermosa frente, poníame entre los dos y mi alma déspota y celosa te cubria con su amor. Mi labio tranquilo desfloraba á veces el aire cálido y perfumado que soplaba en torno tuyo. Entonces era feliz y te amaba, y te amaba tanto como puedo amar: respirábate como un lirio hermoso y te sonreia como á un niño, pero como á un niño lleno de genio. Hubiera querido ser madre tuya y estrecharte en mis brazos sin dispertar en tí los sentidos de hombre.

Otras veces he sorprendido el secreto de tus paseos solitarios, cuando inclinado sobre la balsa de una fuente ó apoyado sobre el musgo de las rocas, mirabas el cielo en las aguas: con gran frecuencia estaban tus ojos medio cerrados y parecias muerto para todas las impresiones exteriores, y, lo mismo que ahora, parecias recogerte y mirar en tí mismo á Dios y á los ángeles reflejados en el misterioso espejo de tu alma. Hete ahí como eras entonces, débil adolescente, sin mala pasion todavía y extraño á la embriaguez y á los sufrimientos de la vida. Novio de alguna vírgen de alas de oro, no habias tirado aun tu anillo en las borrascosas olas. ¿Has sufrido por ventura tantos males y durante tanto tiempo desde aquella hora en que me pediste que te explicase lo que eran amor, dicha, gloria y sabiduría? Niño, que creías todas esas cosas y buscabas en mi todos esos tesoros imaginarios, ¿no es verdad que todas nuestras lágrimas, espantos y engaños, nos separan desde aquella deliciosa mañana? ¿No lo es tambien que tus pasos que no habian doblado mas que flores, han caminado despues por el barro y entre piedras, y que tu pecho abierto y dilatado en el aire puro de las montañas, se ha desecado y quemado con el fuego de las orjías, y que tu voz que cantaba tan suaves armonías, se ha puesto ronca gritando en la embriaguez, y que tus labios, que los ángeles besaban mientras dormias, se han manchado con otros infames labios? ¡Tanto

has sufrido, tanto te has sonrojado y de tal manera has amado!...

— ¡ Lelia ! ¡ Lelia ! no hables de este modo, exclamó Stenio cayendo de rodillas á los pies de la abadesa ; ¡ tú quebrantas mi corazon por una fria burla ; tú no me amas, tú no me has amado jamás !...

Sintiendo la mano de Stenio que buscaba la suya, retrocedió la monja con un doloroso estremecimiento.

— ¡ Oh ! le dijo, no hableis tampoco vos de esta manera. Yo pensaba en esa flor, en cuyo fondo creia ver una imágen que se ha desvanecido. ¡ Ahora, Stenio, adios !

Dicho esto dejó caer la flor á sus pies, exhaló su pecho un profundo suspiro, y levantando los ojos al cielo con un movimiento de indecible tristeza, se pasó la mano por la frente cual si quisiera alejar una ilusion, para recobrar esforzadamente el sentimiento de la realidad. Stenio esperaba con ansiedad que se explicase, pero ella le miró con un aire de frialdad y de extrañeza.

— Habeis querido verme, le dijo, y no os pregunto porque, puesto que ni vos mismo lo sabeis ; mas ya que habeis satisfecho vuestra curiosidad, retiraos.

— Antes es preciso que me digais lo que sentis al verme, respondió Stenio ; pues quiero saber que sentimiento ha reemplazado en vos al recuerdo de amor, que no habeis podido menos de expresar así que me habeis visto.

— Ninguno, respondió Lelia, ni cólera siquiera.

— ¡ Cómo ! ¿ Odio tampoco ?

— Ni aun desprecio, contestó la abadesa. Ya no existis para mí y me parece que estoy sola, mirando un retrato vuestro que no se os parece.

— ¡ Cómo ! ¿ Ni aun desprecio ? exclamó irritado Stenio ; ¿ ni siquera miedo ? añadió levántandose y siguiéndola de cerca, mientras paseaba por el fondo de su celda.

— Miedo menos que cualquier otra cosa, replicó ella sin dignarse prestar atencion al furor que se apoderaba de él. ¡ Todavía no sois D. Juan, Stenio ! porque teneis una na-

turaleza débil y no perversa, y así como no creeis en Dios, tampoco creeis en Satanás, y no habeis hecho pacto alguno con el espíritu del mal porque á vuestros ojos no hay mal ni bien. Vuestros instintos no os conducen al crímen y repelen la infamia: fuísteis un tipo de candor y de gracia, y ahora no lo sois de nada: todo os fastidia, y el fastidio borra y destruye; mas no envilece ni degrada.

— Sin duda lo sabeis bien, señora abadesa, respondió Stenio con acritud, porque he sorprendido el secreto de vuestras noches y sé que ni leeis, ni dormis ni orais, y que os devora el fastidio.

— ¡No el fastidio, la pena es quien me devora! respondió Lelia con una franqueza que humilló el orgullo de Stenio.

— ¿La pena? contestó él con sorpresa. ¿Con que ya lo confesais? ¡Oh! si, viéndoos tranquila, ya debia comprender que como en otro tiempo abrigábais quieta y pacíficamente en vuestro seno la desesperacion, ¡pobre Lelia!

— ¡Si, pobre Lelia! respondió la abadesa: ¡merezco ser llamada de este modo, y sin embargo tengo grandes riquezas, esperanzas y consuelos: la seguridad de haber obrado como debia, la certeza de que hay un Dios amigo de los desgraciados, y la inteligencia de los santos placeres á que puede aspirar una alma resignada.

— Pero vos sufris, Lelia, dijo Stenio mas y mas admirado de hallarla tan sincera, y si sufris no estais resignada, ni sentis esos mismos goces que comprendeis. Ese Dios amigo de los desgraciados no os asiste, y la paz de vuestra conciencia no es suficiente felicidad. ¿No es esto?

— No me admira que me lo pregunteis, respondió Lelia, porque no sabeis nada de todo esto y debeis hallar un atractivo de curiosidad en saberlo, por lo cual voy á decíroslo.

Hízole seña para que se alejase de ella, pues andaba á su lado, y no se atrevió á resistir á aquel gesto cuya autoridad parecia sobrehumana. Alejóse ella tambien, y apoyando su

codo sobre el derramo de la ventana, hablóle en pie clavados en él sus ojos.

—No quiero engañaros, le dijo, porque conozco que las palabras que á esta hora hablamos tienen una solemnidad que no puedo evitar de modo alguno. Si Dios ha permitido que entráseis sin obstáculo en el santuario de mi reposo, si ha descubierto á vuestra curiosidad malévola ó frívola el secreto doloroso de mis vigilias, su voluntad de que conozcais mis pensamientos es aparente, y los conocereis para hacer de ellos el uso que Dios ha previsto y ordenado. El orgullo que yo profeso, enseño y practico, sé que es el blanco de vuestra aversion y de vuestro resentimiento. Lo combatis con aspereza en vuestras conversaciones, en vuestros escritos, y hasta en el seno de mi humilde escuela; pero vuestro argumento es muy débil. Decis que mi camino no conduce á la dicha, y que yo misma soy la primera víctima de ese orgullo indomable que yo exalto. Os engañais, Stenio; yo no soy víctima de mi orgullo, sino de la falta de afectos que hacen la vida del alma. Esta vida del alma en Dios es una existencia sublime, pero no basta, porque no puede ser completa, incesante é infinita. Dios nos ama y nos lleva siempre consigo; nosotros le amamos tambien y él está en nosotros; pero no sentimos como él á todas horas esta vida universal que le es natural y necesaria, y á nosotros accidental, extraordinaria y jaculatoria. El amor infinito es pues la vida de Dios, porque la del hombre se compone del amor infinito que tiene por objeto á Dios y al universo, y del amor terrestre que tiene por objeto las almas humanas asociadas al ser humano por el sentimiento; y de esta asociacion nacen el amor, el himeneo, la generacion y la familia. Aíslese una criatura humana y renuncie á estos elementos necesarios á su existencia, y sufrirá languideciendo hasta no existir mas que á medias. Verdad es que le queda por refugio la inmensidad de Dios; pero débil y limitada como es, piérdese en el seno de aquella inmensidad en donde se siente absorta, devorada y perdida como un áto-

mo en el foco de los astros. Esta absorcion es á veces embriagadora, deliciosa y sublime, porque en el rezo y la contemplacion hay éxtasis inauditos con los cuales no puede compararse ningun placer de la tierra. Pero son raros, pasan rápidamente y no vuelven al primer grito de nuestro sufrimiento. Son raros, porque para sentirlos necesita el alma á pesar de todos sus esfuerzos un poder al cual la naturaleza humana no puede facilmente elevarse; y son pasajeros, porque Dios no nos permite, en esta vida, pasar del estado de hombre al de ángel, siendo preciso que suframos nuestro severo destino, y que se cumpla nuestra peregrinacion en los duros términos de la vida terrenal.

En medio de su rigor Dios es bueno y pródigo con nosotros y permite que tengamos en el mundo afectos tiernos, grandes y exclusivos; pero para sancionarlos ha querido que estuviesen revestidos de un carácter de justicia de grandeza y de sublimidad que les hace semejar al amor divino, porque de él nacen y con él se confunden aquellas virtudes, sin las cuales se materializan los afectos, se envilecen y extinguen, porque no los inspira ni gobierna el amor divino. Así, cuando las generaciones se corrompen ó adormecen, cuando el progreso de la justicia queda obstruido, cuando las leyes no están ya en armonía con las necesidades de ese progreso y los corazones hacen vanos esfuerzos para vivir segun la libertad que hace fieles y sinceros todos los afectos, Dios retira del amor terrestre la luz que le esclarecia, y los nobles instintos del hombre se nivelan con los de los brutos. Los misterios sagrados del himeneo se cumplen en un lodazal y entre lágrimas, las pasiones se hacen agudas, celosas y mortales, los apetitos groseros, impúdicos y flacos, y el amor es un orjía, el matrimonio un mercado y la familia un presidio, siendo el órden suplicio y agonía, y refugio el desórden, que es como si dijéramos suicidio.

Ahora bien, Stenio, en ese desórden vivimos nosotros; vos porque os entregásteis al desenfreno, y yo porque me

encerré en el claustro; vos porque abusásteis de la existencia, y yo porque he renunciado á existir. Hemos traspasados entrambos las leyes divinas, por no haber vivido bajo leyes humanas que nos permitiesen entendernos y amarnos. Las preocupaciones de vuestra educacion y los hábitos de vuestro espíritu, el ejemplo de la humanidad y la sancion de las leyes os habrian dado sobre mí derechos de mando y posesion que sola mi voluntad podia ratificar, y que mi voluntad no ha ratificado, temiendo el abuso inevitable á que debia conduciros tanto poder reunido contra mí. No hablando mas que de uno solo de vuestros derechos exclusivos, la sociedad no me daba garantía alguna contra vuestra infidelidad, y por lo contrario os daba contra la mia las garantías mas humillantes para mi dignidad. No digais que nos habríamos elevado sobre esta sociedad y burlado sus instituciones contrayendo una union libre de formalidades, porque yo habia intentado lo mismo y visto que era imposible, porque en tal caso menos aun que en el matrimonio puede la mujer ser compañera é igual al hombre. Los intereses son opuestos, y el hombre cree que los suyos son mas importantes y mas preciosos. Es preciso que la mujer sacrifique los suyos, y que entre en una carrera de decision que el hombre no puede recompensar, porque el hombre está ligado con la sociedad y por mas que quiera no puede aislarse, porque la sociedad repele los lazos ilegítimos. Por tanto es necesario que la existencia de la mujer desaparezca absorta por la del hombre, y yo queria existir. No lo he logrado y he preferido ajar mi vida y sacrificar mi parte de existencia humana á la vida divina, antes de perder la una y la otra en una lucha funesta ó vana.

Vos, Stenio, habeis comprendido instintivamente mis pretensiones y mis derechos, porque me amábais mas de lo que hubiérais amado á otra mujer; pero no estaba en poder vuestro el acceder y cumplir. Como para los hombres hay dos existencias, una social y otra individual, tienen tambien dos naturalezas y dos almas, por decirlo así: la una quiere la

adhesion de la sociedad, y la otra los goces del amor. Ahora bien, cuando luchan esas dos existencias, el corazon del hombre está en guerra consigo mismo. Conoce que el idealismo no se halla en una sociedad injusta y corrompida, pero comprende tambien que el suyo no puede existir en el amor sin la sancion de la sociedad: por esto tanto si rompe con el amor, como si se aparta de la sociedad, invalida igualmente su vida. Dios ha puesto en él instintos de ternura y necesidades de dicha: ese es su amor; pero tambien le ha dado instintos de decidido efecto y sentimientos de deber, y en esto consiste su carácter de ciudadano. Las leyes han conciliado estos deberes y necesidades de tal manera, que renunciando el hombre al carácter de ciudadano, es sacrificado por la mujer, y renunciando al amor se sacrifica por la sociedad.

Ni vos ni yo podíamos salir de semejante laberinto; de ahí es, Stenio, que detenidos en el dintel renunciásteis al amor; ¡ojalá pudiera decir que lo sacrificásteis á la sociedad! Pero esta sociedad que os gobernaba os causaba horror, y comprendísteis que no se podia uno levantar sobre sus abusos sin debilidad, y descubrísteis un gran papel que desempeñar en la lucha contra aquellos abusos.

El carácter de reformador os ha cansado demasiado pronto, y os echásteis en la espuma del torrente que no queríais ni seguir ni remontar. Os dejásteis mecer como un insecto que se anega en la hez de las copas y muere en el mismo vino que da vida ó embriaguez al hombre, fuerza generosa ó furor brutal. Por esto os digo que sois un ser débil y que no existis. En cuanto á mí, sufro, y si es esto lo que quereis saber y lo que puede consolar vuestro tedio, estad seguro de que mi vida es un martirio, pues si las grandes resoluciones encadenan nuestros instintos no por esto los destruyen. He resuelto no vivir, no cedo al deseo de la vida, pero no por esto deja de vivir mi corazon eternamente jóven, poderoso y lleno de la necesidad de amar, y del ardor de la vida. Este fuego sin pábulo me consume, y cuan-

to mas se exalta mi alma en la vida divina, mas se renueva por la pérdida y necesidad de la vida humana. Este corazon tan frio, altivo é insensible segun vos pensais, Stenio, es un incendio que me devora; y estos ojos que vos no habíais visto llorar mas que una sola vez vierten cada noche, ante un crucifijo, lágrimas que ellos mismos no sienten correr por su fecunda é inagotable abundancia.

— ¡ Y esas lágrimas caen sobre el mármol insensible! ¡Ah, Lelia! ¡haz que caigan sobre mi corazon!

Stenio arrebatado por una invencible vuelta á su pasion se precipitó á los pies de Lelia y los llenó de besos.

— Tú amas, exclamó, ¡ oh! ¡ si, tú amas! ¡ ahora lo se, ahora lo comprendo, cuando tan poco te he conocido y tanto te he calumniado!.....

— Amo, respondió Lelia repeliéndole con firmeza y dulzura á la vez; pero no amo á nadie, Stenio, porque el hombre á quien pudiera amor no ha nacido todavía, y tal vez no nacerá sino algunos siglos despues de mi muerte.

— ¡ Ó Dios mio! respondió Stenio sollozando, ¿ y porqué no he de ser yo ese hombre? ¿ Tú, profetisa, que has arrancado al cielo los secretos del porvenir, no puedes hacer un milagro para que yo anticipe el curso de las edades y para que, solo entre los hombres, merezca yo tu amor?

— ¡ No, Stenio, respondió Lelia; yo no puedo amarte, porque no puedo hacer que tú me ames!

LXIV.

Stenio divagó las noches siguientes en derredor del monasterio; pero ya no pudo entrar mas, porque las escabrosidades de la montaña no le permitieron pasar ni aun con riesgo de su vida. Habíase hecho saltar el pedruzco de lavas que unia la montaña con las azoteas del convento por

medio de una rampa casi impracticable. Aquel sendero peligroso, echado como un puente sobre el abismo, que no habia arredrado á Stenio, fue minado y el poeta vió en el fondo de la barranca los picos que el dia antes bañaban su cresta en las nubes. Por la otra parte de la montaña no presentaban los muros del convento ni la mas pequeña brecha para poner el pie. Los custodios de la puerta fueron mudados y quedaron para siempre incorruptibles, pues por mas que Stenio hizo, buscó, imaginó y probó todos los medios, nada alcanzó: apuró los recursos que le quedaban en dinero, y acabó de destruir su salud mal restablecida sin poder pasar las murallas encantadas que ocultaban el iman de sus pensamientos. La abadesa, informada de sus tentativas, le hizo decir en secreto que cuanto hacia era en vano, porque no podia volverle á ver, y que tomaria todas las medidas necesarias para frustrar su obstinacion; pero Stenio perseveraba en su designio con un obcecamiento que parecia locura.

Habia cedido al ascendiente que ella ejercia sobre él, la noche que la dejó abatido y consternado. Pero apenas estuvo solo con sus pensamientos se echó en cara el no haber podido vencer la incredulidad de Lelia acosándola con mas ardor, y avergonzóse de aquel instante de candor que le habia llenado de vergüenza, de dolor y de desaliento en su presencia, y propúsose ser menos tímido ó menos crédulo en adelante.

Pero este porvenir no tuvo nada de lo que él pensaba, y so pretexto de un retiro, práctica de devocion usada en ciertas ocasiones, la abadesa hizo cerrar el convento y suspendiéronse las conferencias y los sermones. Lelia no temia la presencia de Stenio, puesto que ya no le podia amar; pero queria respetar sus votos, tanto en apariencia como en realidad, porque para un espíritu tan recto y lógico como el suyo, la rigidez de la conducta era inseparable de la de los pensemientos, y por otra parte ya no esperaba de modo alguno curar á Stenio. Habíase mostrado superior á todo

temor y preocupacion pueril, hablándole como habia osado hacerlo, y parecíala que todo se habia dicho aquella noche y que á lo menos seria inútil repetirlo. Rogó á Dios por él en el fondo de su alma, y quedó con su habitual tristeza, acordándose á todas horas que habia amado á Stenio, pero pensando rara vez en que aun vivia.

Stenio sintió una tristeza mortal, porque la franqueza y la razon de Lelia le habian anonadado, y su amor propio no osaba ya luchar contra la invencible verdad que hablaba en ella: por esto ya no trataba de abatir en su opinion ni en la de los demás la elevada altura en donde estaba sentada en medio de su dolor y de su magestad. Cada dia disminuia en él la confianza de libertino, y la invencible resistencia de Lelia le probaba que echaba de menos el amor de una manera abstracta, y sin pensar en hombre alguno.

Stenio se vió obligado á confesar en el fondo de su alma, que Lelia habia vencido, y que con su triunfo terminaba por fin aquella guerra sorda y paulatina que se habian hecho recíprocamente, caminando con persistencia hácia los dos extremos mas remotos de la voluntad. Invariable en su dolorosa resignacion, ni era débil para con Stenio ni compasiva para consigo misma. Stenio habia doblado la rodilla ante ella é implorádola, y lo que mas le consternaba era que todavía la amaba mas que nunca, y como jamás la habia amado.

Pero era ya demasiado tarde para que aquel amor les fuese saludable á él ó á ella; á ella porque ya no esperaba nada de parte de los hombres, y á él porque habia perdido la facultad de esperar algo de sí mismo. No podia salir de la orjía, impúdica manceba que se habia hecho dueña de su vida, y perseguíale hasta en el seno de los mas suaves ensueños, y de las mas puras imágenes. Érale necesaria para olvidar algunos instantes la pérdida del idealismo, el cual no podia reanimarse en su alma y se desvirtuaba con la division entre el deseo exaltado y la brutal realizacion. Viósele con frecuencia tomar al anochecer el camino de la mon-

taña, y volver por la mañana pálido, fatigado, con aire feroz y cargada la frente de pesadumbre: iba á sentarse en la roca de Magnus, desde donde descubria las cúpulas del convento los árboles del cementerio, y las márgenes de aquel lago por donde habia divagado con tan sombríos pensamientos, y en donde la tentacion del suicidio le habia tenido noches enteras suspenso sobre el abismo.

Un dia recibió una carta de Trenmor en que le culpaba vivamente su indiferencia, y le invitaba á que fuese á reunirse con él, que se babia empeñado en nuevas empresas, semejantes á muchas otras en que tambien habia trabajado Stenio. Lleno siempre de fe en la santidad de su mision, sino de esperanza en el próximo éxito de sus trabajos, irritó á Stenio por la constancia de su decision y el ardor de su propaganda. Descontento de su inaccion y de su impotencia, procuró negar todavía virtudes que no profesaba, y luego su conciencia, que permanecia sana, y la nobleza innata é inalterable de la mitad de su ser reclamaron poderosamente contra sus blasfemias, y sintió por último el postrer acceso de desesperacion que no dispertó en él energía alguna ni para el mal ni para el bien. Dirigióse al lago y no volvió ya mas.

Habia ido á media noche á llamar á la puerta del ermitaño, el cual habituado á verlo llegar á todas horas para turbar sus oraciones ó su sueño, empezaba á no poder suportar mas al fantástico y peligroso huésped; porque le espantaban sus impías declamaciones, y sobre todo le afligia aquella cruel persistencia en hacer verter sangre de sus llagas mal cerradas. Stenio sentia un placer extraño en atormentar al cenobita. Hubiérase dicho que se sentia feliz en hallar en aquel hombre, víctima del miedo y del sufrimiento, un ejemplo de la inutilidad de todo humano esfuerzo, y una prueba de la impotencia de la fe religiosa ante la fuerza de los instintos y de los arrebatos de la imaginacion. Vengábase en él de la vergüenza que le causaba la fuerza gloriosa de Trenmor y de Lelia, y abusaba cobardemente de la de-

bilidad de aquel adversario , creyendo que haciendo vacilar su confianza en Dios confirmaria la suya en el ateismo. Pero hacíale sufrir en vano, porque Dios castigaba su orgullo aumentando su incertidumbre y su temor despues de haber turbado aquella alma triste y consternada.

El ermitaño fingió pues que dormia profundamente y no abrió la puerta, pero cuando Stenio se hubo alejado, creyó haber faltado contra la paciencia y la humildad negándose á aquella tentacion que le enviaba el cielo. Parecióle que Stenio le habia dirigido al través de la puerta un extraño adios y que meditaba algun siniestro proyecto. Levantóse pues para llamarle, pero Stenio estaba ya lejos y caminaba lijeramente hácia el lago cantando con voz alterada el estribillo de un cancion obscena. Magnus se apresuró á entrar en su ermita y se puso en oracion, pero al cabo de una hora sintió una especie de aviso secreto y se dirigió á orillas del lago. La luna se habia puesto , y no se veia en el fondo del abismo mas que un vapor ceniciento que cubria las cañas como una mortaja. Reinaba en todas partes un silencio profundo , y el olor de los lirios subia debilmente en alas de la brisa tibia y suave. El aire era tan apacible , tan azul y tan quieta la noche , que se borraron involuntariamente los siniestros pensamientos del monje. Un ruiseñor empezó á cantar luego con voz tan deliciosa , que Magnus meditabundo se paró para escucharle. ¡Era posible que en lugar tan tranquilo , y en medio de una noche de verano tan hermosa pudiese verificarse tan horrible tragedia !

Volvióse Magnus lentamente y en silencio por el camino de su morada , y subióse por el sendero rodeado de tinieblas dirigido por el instinto y el hábito , por entre árboles y peñascos. Sin embargo algunas veces dió contra una roca , y se halló envuelto y como cogido por las colgantes ramas de los antiguos tejos. Pero no le detuvo ningun quejido ni se le alargó una mano caliente aun ; echóse pues sobre la estera que le servia de cama , y las horas de la noche resonaron en medio del mayor silencio.

En vano procuró dormirse, pues apenas habia cerrado los ojos, ya veía levantarse en su presencia no sé que imágenes inciertas y amenazadoras. Luego se le apareció y dispertóle una figura mas distinta y terrible, y era Stenio con sus blasfemias y dudas impías, Stenio á quien él habia dejado solo en medio de la lugubre noche. Parecióle verle errante en torno de su lecho, y oir otra vez sus preguntas injuriosas y crueles para atormentar el alma del pobre sacerdote. Magnus se levantó, sentóse, y apoyando su rostro sobre sus trémulas rodillas, preguntóse como por primera vez cuales podian ser los designios de Stenio. ¿Porqué el poeta le habia dicho adios con una voz tan solemne? ¿Iba por ventura á buscar á Trenmor? No, porque al dia anterior se habia burlado de los designios y esperanzas de su amigo. ¿Tal vez iba en busca de Lelia? Este pensamiento hizo que el clérigo se levantase precipitadamente del lecho, y por un momento deseó la muerte de Stenio.

Pero este deseo impío fue seguido de inquietudes mas generosas, porque temió que cansado de luchar con un Dios inexorable no hubiese perpetrado Stenio algun proyecto terrible, recordó con horror algunas palabras espantosas que el jóven habia dicho el dia antes sobre la nada que absolvia el suicidio, sobre la eternidad que no le prohibia, sobre la cólera divina que no podia evitarlo, y sobre la indulgencia misericordiosa que debia permitirlo. Magnus no habia olvidado que la vida presente era para Stenio un castigo peor que todas las penas venideras con que amenazaba la Iglesia.

Consternado el sacerdote, recorrió su celda precipitadamente, y no pudiendo hacerse cargo de lo que habia sido de Stenio quedó sumergido en una horrorosa meditacion.

Recordó todos los años de su juventud, comparó sus dolores con los de Stenio, glorificó su resignacion y procuró despreciar la cólera del infeliz á quien acababa de repeler. Tartamudeó algunas palabras altivas y desdeñosas, murmuró entre sus dientes vacilantes por el ayuno y el insom-

nio algunas sílabas confusas, como si quisiera felicitarse de una victoria decisiva sobre sus pasiones, y recitó aprisa algunos versículos mutilados que consolaron su orgullo sin endulzar la amargura de su corazon.

Cada vez que el reloj del monasterio daba las horas allá á lo lejos, estremecíase Magnus, acusaba la lentitud del tiempo, miraba al cielo, contaba las estrellas obstinadas, y cuando el eco del bronce ya no se oia y quedando todo en silencio se hallaba solo con Dios y sus pensamientos, volvia á comenzar maquinalmente su monótona y plañidera oracion.

Por último rayó el dia como una línea en el horizonte, y Magnus volvió á la orilla del lago. El viento no habia levantado aun sus velos de bruma, y el monje no distinguia mas que los objetos muy cercanos á su vista. Sentóse en la piedra en donde acostumbraba sentarse Stenio, y á medida que el dia iba esclareciéndose se aumentaba tambien su inquietud, hasta que creyó distinguir á sus pies caracteres formados sobre la arena. Inclinóse y leyó lo siguiente:

« Magnus, harás saber á Lelia que ya puede dormir tranquila, pues el que no podia vivir ha sabído morir. »

Despues de esta inscripcion se veia la huella de un pie, un lijero derrumbamiento de arena, y luego nada mas que la rápida pendiente en donde el polvo del inclinado suelo no conservaba señal alguna, el lago con sus nenúfares y algunas negras zarcetas en la blanca niebla.

Agitado por un mas vivo terror, quiso Magnus bajar al lago y fuese á su celda á buscar una azada para formarse con precaucion una escalera en la arena á medida que iba bajando, de cuyo modo llegó al borde del agua mansa, despues de mil peligros. Sobre una alfombra de césped de un verde claro y aterciopelado dormia pálido é inmóvil el jóven de ojos azules. Su mirada estaba aun clavada en el cielo, cuyo azur se reflejaba todavía en el inmóvil cristal de sus ojos como en el agua estancada si es clara y limpia. Los pies de Stenio estaban aun sepultados en la arena de la ribera, y su cabeza

reposaba entre las flores de cáliz frio que un débil viento doblaba sobre ella. Los largos insectos que revolotean por encima de las cañas habian ido á posarse á centenares en torno suyo: los unos se abrevaban de un resto de perfume impregnado en su mojada cabellera, y otros agitaban sus matizadas alas sobre su cara, como para admirar curiosamente su hermosura ó para tocarlo con la punta de sus alas. Era un espectáculo tan hermoso el ver aquella naturaleza tierna y coqueta en rededor de un cadáver, que Magnus, no dando credito á su razon, llamó en alta voz á Stenio y tomóle la mano como para dispertarle; pero viendo que ya no respiraba, apoderóse de su alma medrosa un miedo supersticioso, se creyó culpable de aquel suicidio, y pronto á caer de rodillas junto á Stenio, lanzó gritos sordos é inarticulados.

Los pastores del valle, que pasaban por la otra parte del lago, vieron al desolado monje que hacia vanos esfuerzos para sacar del agua el cadáver de Stenio, y bajando por una pendiente menos peligrosa por medio de ramas y de cuerdas, lleváronse al hombre muerto y al hombre vivo á la cumbre de la ladera opuesta. Los pastores no sabian el secreto de la muerte de Stenio, y llevaban religiosamente en hombros al monje y al poeta, preguntándose entre sí con la vista ávida é inquieta, interrumpiendo de vez en cuando el silencio de su camino para emitir alguna tímida conjetura, pero sin sospechar la verdad ni uno siquiera de entre ellos.

Un desmayo de Magnus era para sus entendimientos rudos y groseros un espectáculo de lástima mas que un objeto de simpatía. Preguntábanse unos á otros porque un sacerdote consagrado por su deber á consolar á los vivos y á bendecir á los muertos, se desalentaba como una mujer en vez de rogar á Dios por el difunto, y no comprendian como el ermitaño habiendo seguido tantos entierros y recogido los últimos suspiros de tantos moribundos, se mostraba tan débil en presencia de un cadáver igual en un todo á los demás que habia visto.

Dispierta la naturaleza, dispertóse tambien luego la vida

activa y volvieron á empezar con el dia los trabajos interrumpidos. Cuando los habitantes del llano vieron llegar á los pastores, rodeáronles desde luego; pero al ver las ramas entrelazadas en que llevaban á Stenio y á Magnus, espiró en sus labios la pregunta que iban á hacer, y á su sencilla curiosidad sucedió una tristeza lúgubre y muda; porque la muerte no pasa desapercibida mas que en las ciudades populosas y de mucho tráfico. En el silencio de los campos y en medio de la vida austera de las campiñas, salúdanla siempre como la voz de Dios, y solo los que pasan sus dias olvidándose de que viven se apartan de la muerte como de un espectáculo importuno. Los que se arrodillan para pedir mañana y noche al cielo y á la tierra la posibilidad de vivir no pasan con indiferencia ante un sepulcro.

No lejos de las márgenes del lago en donde habian hallado á Stenio, paráronse los pastores y dejaron su piadosa carga. El sol levante coloraba el horizonte con un tinte de púrpura y naranja, y flotaba sobre la vertiente de las colinas un vapor abundante y cálido: bajado del cielo el fecundizador rocío, remontábase como el ardor santo de una alma reconocida vuelve á Dios, que la ha abrasado con su amor. Cada narciso de la montaña era un diamante, las nebulosas cimas se coronaban con una diadema de oro, y todo era gozo, amor y hermosura en rededor del rústico catafalco.

Un grupo de jóvenes atravesaba el valle para conducir á orillas de los lagos las yeguas de rayados ijares y para confiar á los ecos sus rústicas baladas, mas sencillas que prudentes, cuyo estribillo llegaba algunas veces á oidos de las camaldulenses cuando oraban. Aquellas mismas hijas de la montaña se detuvieron sin terror ante el fúnebre espectáculo; pero dentro de sus anchos pechos de hombre la sencilla naturaleza habia dejado vivir el corazon recto y compasivo de la mujer: enternecióronse, pues, sin llorar, por la suerte de aquellos desgraciados, y se encargaron de explicarla á los pastores: —Este, dijeron señalando al monje, es hermano del ahogado: habrán querido pescar truchas

en el lago, el mas atrevido se habrá arriesgado demasiado, habrá gritado socorro, el otro habrá tenido miedo y le habrá faltado la fuerza. Cojamos yerbas para curarle: le pondremos hojas de salvia roja en la lengua y de tanaceto en las sienes, quemaremos resina cerca de él y le haremos aire con hojas de helecho.

Mientras las gallardas jóvenes buscaban entre las mojadas yerbas las aromáticas que destinaban para socorrer á Magnus, algunas matronas recitaron á media voz la oracion de los muertos, y las mas jóvenes montañesas se arrodillaron junto á Stenio, medio recogidas, medio curiosas. Tocaban sus vestidos con miedo y admiracion al mismo tiempo, y las viejas decian: — ¡Era rico! ¡qué desgracia que haya muerto!

Una niña pasaba sus dedos por los cabellos blondos de Stenio, y los enjugaba en su delantal con un cuidado que tenia parte de veneracion y de aquel serio placer de jugar con un objeto no usado.

Al ruido de sus confusas voces volvió en sí el sacerdote y dirigió en derredor suyo la atónita vista. Las mujeres fueron á buscarle la descarnada mano y le pidieron devotamente su bendicion. Estremecióse Magnus al sentir que los labios se pegaban á sus dedos, y repeliéndolas las dijo:

— ¡Dejádme, apartaos de mí! ¡yo soy un pecador, Dios me ha abandonado, rogad por mí, que yo soy quien corro riesgo de condenarme!

Levantóse y miró el cadáver, y seguro ya de que no soñaba, estremecióse con una convulsion muda é interior y volvió á sentarse en el suelo, atónito bajo el peso de su espanto.

Los pastores, viendo que no pensaba en darles órdenes, se ofrecieron para llevar el cadáver al umbral de la iglesia de las camaldulenses, y esta proposicion dispertó todas las angustias del monje.

— No, no, dijo, esto es imposible. Ayudadme solamente á llegar á la puerta del monasterio.

Magnus habia visto á lo lejos acercarse al convento el coche del cardenal, y esperóle en la puerta: cuando se hubo apeado, llevóle á parte y se arrodilló delante de él.

— Bendecídme, monseñor, le dijo, pues llego á vos manchado con un gran crímen, pues he causado la condenacion de una alma. Stenio, el viajero, el amigo del sabio Trenmor, el jóven Stenio, ese hijo del siglo, con el cual me habíais permitido que hablase con frecuencia para volverlo al camino de la verdad, mal aconsejado por mí, que no he tenido bastante fuerza y uncion para convertirle.... mis oraciones no han sido bastante fervorosas, mi intercesion no ha sido acepta al Señor, y he sucumbido.... ¡Ó padre mio! ¿seré perdonado? ¿No seré maldito por mi debilidad y mi impotencia?

— Hijo mio, dijo el cardenal, los designios de Dios son impenetrables y su misericordia inmensa. ¿Qué sabeis del porvenir? ¡El mas relapso pecador puede ser un gran santo! Él nos ha abandonado; pero Dios no le ha abandonado á el y le salvará. La gracia puede alcanzarle en todas partes y sacarle de los mas profundos abismos.

— Dios no lo ha querido, dijo Magnus, cuyos ojos fijos estaban clavados en el suelo sin mirar, Dios le ha dejado caer en el lago.

— ¿ Qué decis ? preguntó atonito el prelado. Vuestra razon está turbada. ¿ El pecador ha muerto ?

— ¡ Muerto ! ¡ Si, respondió Magnus, anegado, perdido, condenado !

— ¿ Y cómo ha sucedido esto ? ¿ Lo habeis presenciado ? ¿ No habeis procurado disuadirle y apartarlo de su perdicion ?

— Habria debido preverlo, habria debido impedirlo; pero me ha faltado perseverancia y he tenido miedo. Venia casi todas las noches á mi ermita y hablaba horas enteras en alta y lamentable voz, para acusar á la suerte, á los hombres y á Dios, é invocar otra justicia diferente de aquella en que nosotros confiamos. Hollaba nuestras mas santas cre-

encias, invocaba la nada y se burlaba de nuestras oraciones, sacrificios y esperanzas. Oyéndole blasfemar de esta manera, monseñor, perdonadme, en lugar de inflamarme con una santa indignacion, lloraba. En pie á algunos pasos lejos de él, oía á medias sus palabras funestas, que algunas veces arrebataba el viento y las llevaba al cielo, que era el único que pudiese absolverlas. Cuando callaba el viento, aquella voz lúgubre, aquella maldicion espantosa volvia á herir mis oidos y á helar mi sangre. Era cobarde, estaba abatido y procuraba levantar una valla entre los tiros emponzoñados de su palabra y mi alma consternada; pero en vano. El desaliento y la desesperacion se infiltraban en mí como un veneno, y aunque queria interrumpirle, la idea de su espantosa sonrisa trababa mi lengua: queria reprenderle; pero la audacia de sus despreciadores ojos me paralizaban en mi lugar, y no tenia mas que un pensamiento, una necesidad, una tentacion invencible, y era huir y escapar de aquel peligro de que no podia librarle y que me sobrecogia á mí mismo. Entonces me rogaba que le dejase, y dejábale maquinalmente, feliz en salir de mi sufrimiento y en ir á refugiarme á los pies de Jesucristo. Ocupábame demasiado de mí mismo y olvidaba por demás el cuidado del pecador que Dios me habia confiado, y en lugar de llevar sobre mis hombros la oveja descarriada, tenia miedo de la soledad, de lo noche y de los lobos devoradores, y volvíame solo al aprisco, abandonando como mal pastor la oveja perdida.... pero cuando volví, ya no estaba. Satanás habia arrebatado su presa, el espíritu del mal habia precipitado aquella víctima en el abismo de la eterna perdicion.

—¿Pero qué es esto? ¿En dónde está Stenio? preguntó el cardenal viendo que Magnus hablaba en el delirio de la fiebre. ¿Qué sabeis de su muerte?

—Esta mañana he hallado entre las yerbas del lago un cuerpo en donde el alma ya no residia: ya nada puedo hacer, ni esperar cosa alguna para Stenio. Imponedme una severa penitencia, monseñor, y la iré á cumplir para lavarme el alma.

— ¡ Habladme de Stenio! respondió el cardenal en tono severo, y olvidaos un poco de vos mismo. ¿ Es mas preciosa vuestra alma que la suya para que la abandonemos de esta manera? Comenzemos por rogar por el pecador que Dios ha castigado y en seguida pensaremos en purificaros. ¿En dónde está el cuerpo de ese jóven? ¿Lo habeis purificado con agua bendita? ¿ Lo habeis mandado llevar al umbral de la capilla? ¿Habeis mandado que se reuniese la comunidad? El sol ha subido ya muy arriba, ¿qué habeis hecho pues desde que ha salido?

— Nada, dijo el monje consternado; porque he perdido el sentimiento de la existencia, y cuando he vuelto en mí he pensado que estaba perdido.

— ¿Y Stenio? repitió Aníbal impacientado.

— ¡ Stenio! ¿No está acaso perdido para siempre? ¿Tenemos derecho acaso para rogar por él? ¿Revocará Dios por él sus inmutables decretos? ¿No ha muerto del mismo modo que Judas Iscariote?

— ¿De qué muerte? preguntó atónito el prelado. ¿De suicidio?

— Si; de suicidio, respondió Magnus con voz hueca.

El cardenal juntó las manos con un sentimiento de horror y de consternacion indecibles, y luego volviéndose á Magnus le reprendió de esta manera.

— ¡Esta catástrofe ha pasado casi á vuestra vista, á vuestra vista se ha cumplido este escándalo y no lo habeis impedido! ¡Y habeis ido á orar como María, cuando convenia obrar como Marta! Habeis ido á levantar la frente ante el Señor como el fariseo, y habeis dicho: « Miradme y bendecidme, Dios mio, porque soy un buen sacerdote y áquel impío que muere ahora allá abajo puede pasar sin vos y sin mí. » Os habeis ido á dormir y soñar cuando convenia seguir los pasos de aquel desgraciado, echaros á sus pies, arrastraros por el polvo y emplear lágrimas, amenazas, ruegos, y hasta la fuerza, para impedirle de ejecutar tan espantoso sacrificio. En vez de huir del pecador como de un

objeto de horror y de escándalo, ¿no valia mas abrazar sus rodillas y llamarle: hijo mio, hermano mio, para enternecer su corazon y hacerle recobrar valor, aunque no hubiera sido mas que un dia que tal vez habria bastado para salvarle? ¿Abandona por ventura el médico la cabecera del enfermo por miedo del contagio? ¿Volvió acaso la cara el samaritano al ver la asquerosa llaga del judío? No; acercósele sin miedo, derramó bálsamo en ella, púsolo sobre su cabalgadura y lo salvó. Y vos, para salvar á vuestra alma, habeis perdido la ocasion de volver al hijo pródigo á los brazos de su padre, vos, alma mezquina y dura, que os estremecereis de espanto cuando Dios gritará en medio de vuestra noche sin sueño: «¿Cain, qué has hecho de tu hermano?»

— Basta, basta, monseñor, respondió el monje dejándose caer de bruces y arrastrando su barba por el suelo; tened compasion de mi celebro que se trastorna, y no atropelleis mi razon que se pierde.... Venid, exclamó, agarrándose al traje del cardenal, venid á pronunciar las palabras que absuelven, venid á coger el hisopo que lava y purifica, venid á decir exorcismos que quebranten el orgullo de Satanás, venid por fin á verter el óleo santo que quita todas las manchas de la vida....

Conmovido el cardenal por su dolor, levantóse triste y resuelto y dijo con recelo.

— ¿Estais seguro de que se ha dado la muerte por sí mismo? ¿tal vez fue efecto de la casualidad, ó por mejor decir, de una severidad celeste que no nos es permitido interpretar y en cuyo término habrá hallado perdon? ¿Qué sabemos nosotros? Puede haberse engañado.... porque de noche puede suceder alguna desgracia. Hablad pues, hijo mio, ¿teneis pruebas ciertas del suicidio?

Magnus vaciló y estuvo por decir que no, confiando engañar el testimonio de Dios y por medio de los sacramentos de la Iglesia enviar al cielo aquella alma condenada, pero no

se atrevió y declaró temblando toda la verdad contenida en la arena: « Magnus, ve á decir á Lelia que ya puede dormir tranquila. »

— ¡ Con qué es cierto! dijo el prelado vertiendo lágrimas; ¡ con qué no hay medio de evitar esta funesta luz! ¡ Pobre niño! ¡ Vuestra justicia es severa, Dios mio, y terrible vuestra cólera!

— Id, Magnus, añadió despues de un instante de silencio, haced cerrar las puertas de esa capilla y pedid á cualquier leñador ó á algun pastor que dé sepultura á ese cadáver. La Iglesia nos prohibe abrirle las puertas del templo y darle sepultura en tierra sagrada....

Esta sentencia espantó á Magnus mas que todo lo demás, y dando con su cabeza en el suelo con toda violencia, corrió la sangre por su lívida mejilla sin que él lo notase.

— Vamos, hijo mio, tened valor, le dijo el prelado ayudándole á levantar. Obedezcamos á la santa Iglesia; pero esperemos: Dios es grande, Dios es bueno, y nadie ha sondeado hasta el fondo los tesoros de su misericordia; á mas de que nosotros somos débiles y muy escasa nuestra luz. Ningun hombre, ni aun el jefe de la Iglesia, tiene derecho de condenar á otro hombre irrevocablemente. La agonía del pecador puede haber sido larga, y debatiéndose con las ansias de la muerte puede haberle alumbrado una luz súbita, y arrepintiéndose tal vez ha dirigido al Señor alguna oracion tan ferviente y tan pura que le haya reconciliado con él. Ya sabeis que no es el sacramento el que absuelve, sino la contricion, y un instante de esta contricion sincera y profunda puede valer toda una vida de penitencia. Roguemos y seamos humildes de corazon. Stenio tuvo tal vez en su juventud tan sublimes virtudes que hayan bastado para lavar todas las iniquidades de la vida posterior, y en nuestra vida pasada tenemos tal vez tales manchas, que puedan apenas purificarlas todas las abstinencias presentes y futuras. Id, hijo mio; si la regla me prohibe admitir ese cadáver en el templo y acompañarle al cementerio con las cere-

monias del culto, á lo menos la Iglesia me autoriza para daros á vos una licencia particular que consiste en que vayais cerca del cadáver y le acompañeis hasta su última morada haciendo la oracion que mas os plazca ó mas bien os dicte vuestra caridad: este es vuestro deber y el único modo de reparar en cuanto os es posible el mal que no habeis sabido evitar. Á vos os toca obtener gracia para él y para vos: yo por mi parte rogaré tambien á Dios y rogarémos todos, no á coro y en el santuario, sino cada cual en su oratorio y con el fervor de nuestras almas.

El desgraciado monje volvió á donde estaba Stenio y halló que los pastores lo habian puesto al abrigo del sol, en la entrada de una gruta en donde las mujeres quemaban resina de cedro y ramas de gengibre. Aquellos piadosos montañeses esperaban que Magnus volviese á darles órden para que lo llevasen al convento, y lo habian puesto sobre unas andas hechas con mas cuidado y mejor que las primeras, entrelazando ramas de pinabete y de ciprés que formaban al cadáver un lecho de sombría verdura. Los niños le habian echado encima yerbas aromáticas, las mujeres pusieron en la frente una corona de aquellas flores blancas estrelladas que se crian en los prados húmedos, y los cardillos blancos y las clemátidas que trepaban por los lados de las rocas colgaban del toldo formando festones graciosos y agrestes. Aquel lecho fúnebre, tan fresco y sencillo, con el toldo de flores y bañado de suaves perfumes, era digno de proteger el sueño postrero de un poeta jóven y hermoso, dormido en la paz del Señor.

Los montañeses se arrodillaron cuando vieron que el sacerdote se arrodillaba, las mujeres, que desde la mañana habian aumentado considerablemente, comenzaron á pasar las cuentas de sus rosarios, y todos se preparaban á seguir al monje y al cadáver hasta la reja de las camaldulenses; pero cuando despues de haber esperado tanto vieron que el sol se acercaba al ocaso, y que Magnus no les mandaba llevarse el cuerpo, se admiraron de ello y se arriesgaron á pregun-

tarle. Magnus les miró con aire distraido y tartamudeó palabras inciertas, y entonces viendo cuanto le habia turbado el dolor y temiendo aumentar su afliccion con nuevas preguntas, uno de los leñadores del valle se decidió á ir al convento con sus hijos y á pedir órdenes á la abadesa.

Al cabo de una hora volvió, silencioso, triste y recogido, sin osar hablar delante de Magnus, y viendo que todos sus compañeros le miraban les hizo señas para que le siguiesen á otra parte. Arrastrados por la curiosidad todos los que rodeaban el cadáver, se alejaron sin hacer ruido y le siguieron no muy lejos, donde supieron con la mayor sorpresa el suicidio de Stenio y como el cardenal rehusaba darle sepultura en tierra sagrada.

Si el cardenal habia necesitado toda la firmeza de su espíritu generoso y todo el calor de un alma indulgente para no desesperar de la salvacion de Stenio, con mucha mas razon se espantaron de un crímen tan severamente castigado por la fe católica aquellos hombres sencillos y rústicos. Las viejas fueron las primeras en maldecir, diciendo: — ¡El impío se ha matado! ¿qué crímen debia haber cometido? No merece que recemos por él, puesto que la Iglesia le niega sepultura. Cosas muy abominables debió de hacer cuando obra así monseñor, que es tan indulgente y tan santo. Este hombre que desesperó del perdon y se hizo justicia á sí mismo debia tener una llaga muy vergonzosa en el corazon: á mas de todo esto, ya sabemos que no se puede rogar por los condenados. Vámonos y dejemos que el ermitaño haga lo que haya de hacer, pues á él le toca guardarlo toda la noche: teniendo facultad de pronunciar exorcismos, si el demonio va á reclamarle su presa, le conjurará. Partamos.

Las jóvenes espantadas no se hicieron de rogar para seguir á sus madres, y mas de una de vuelta á su casa creyó ver pasar una figura blanca por las honduras del bosque y oir sobre la yerba húmeda con el rocío de la noche deslizarse una sombra que murmuraba tristemente: — Vuelve los ojos, jó-

ven, y mira mi lívido rostro. Soy el alma de un pecador y voy á juicio: ruega por mí. — Ellas alijeraban el paso y llegaban palpitantes y pálidas á la puerta de sus chozas; pero por la noche, al dormirse, una voz misteriosa y débil repetia en su cabecera: rogad por mí. Los pastores, habituados á las nocturnas velas y á la soledad de los bosques, fueron menos accesibles á tan supersticiosos terrores; y algunos hubo que resolvieron ir en busca de Magnus para velar el cadáver en su campañía. Plantaron en los cuatro ángulos del rústico catafalco grandes antorchas de abeto resinoso, y pusiéronse sus gabanes de piel de cabra para preservarse del frio de la noche. Pero cuando las antorchas estuvieron encendidas, comenzaron á alumbrar el cadáver con resplandores de un rojo lívido, y el viento que los agitaba daba luces siniestras á aquel rostro pronto á disolverse, y de rato en rato el movimiento de la llama parecia comunicarse al rostro y cuerpo de Stenio. Parecióles que abria los ojos, que agitaba una mano convulsiva y que iba á levantarse. Apoderóse de ellos el espanto, y sin osar reconocer mutuamente su puerilidad resolvieron tácita y unánimamente retirarse. El ermitaño, cuya presencia les habia tranquilizado un poco, les hizo luego mas miedo que el mismo muerto, pues su inmovilidad, su silencio, su palidez y algo de sombrío y terrible en su frente calva y luciente le hacian parecer el espíritu de las tinieblas, y pensaban que el demonio habia podido tomar aquella forma para condenar al jóven precipitándole en el lago, y que permanecia allí aguardando su presa esperando la hora de media noche en que se verifican los horribles misterios del aquelarre.

El mas atrevido de entre ellos se ofreció á volver el dia siguiente al rayar el alba para cavar la fosa y enterrar el cadáver. — Esto será inútil, respondió uno de los mas consternados, y esta respuesta fue comprendida: miraróse en silencio y su palidez les espantó mutuamente. Bajáronse al valle y se separaron vacilando, prontos á tomarse unos á otros por espectros.

LXV.

Magnus, que se habia quedado solo con el cadáver, no habia advertido la desercion de los pastores, puesto siempre de rodillas, pero sin pensar ni hacer oracion porque le habian abandonado sus fuerzas. No se sentia vivir mas que por el agudo sufrimiento de su frente que él habia golpeado y casi roto contra el suelo. Aquella conmocion física, unida á las espantosas emociones de su alma, habia acabado de sumirle en un abatimiento que semejaba á la imbecilidad.

Pero viendo delante aquella figura pálida de Stenio que dormia el sueño de los ángeles, detúvose, sonrió espantosamente al contemplar la blanca mortaja y la corona de flores, y murmuró con voz conmovida: — ¡Ó mujer! ¡ó belleza!

Luego tomó la mano del cadáver, y el frio de la muerte calmó su delirio y despejó las engañosas ilusiones de la fiebre, pues el ermitaño reconoció que aquel muerto no era una mujer dormida, sino un hombre tendido sobre su féretro, un hombre cuya perdicion se echaba él en cara.

Miró en torno suyo, y no viendo mas que los negros flancos de la roca en donde vacilaba la luz de las antorchas, ni oyendo mas que el mugido del viento por entre matorrales, sintió todo el espanto de la soledad, y todos los terrores de la noche cayeron sobre su cabeza como una montaña de hielo.

Creyó ver moverse y andar sobre la roca no lejos de él alguna cosa, cerró los ojos para no ver mas, volvió á abrirlos y miró involuntariamente para ver una figura espantosa que permanecia inmóvil y negra á su lado. Miróla cerca de una hora, sin osar hacer movimiento alguno y retenien-

do el aliento, de miedo de llamar la atencion de aquel fantasma que creia pronto á levantarse y á dirigirse hácia él: la antorcha de resina que dibujaba el perfil de Magnus contra la roca se apagó, y desapareció el fantasma sin que el monje hubiese comprendido que era su misma sombra.

Sintiéronse lijeros pasos por entre los matorrales de la colina, que podian ser los de un gamo que se acercase curiosamente á la luz, Magnus se santiguó, dirigió la vista á un sendero que conducia al valle y creyó ver una forma blanca, una mujer errante y sola de noche. El deseo inquieto le hizo saltar el corazon con violencia, levantóse para correr detrás de ella, y el miedo le contuvo pareciéndole que era un espectro que iba á llamar á Stenio, ó una sombra salida del sepulcro para ahullar entre tinieblas. Cubrióse la cara con las manos, y la cabeza con la cogulla, y acurrucóse en un rincon resuelto á no ver ni oir nada.

No llegando ruido alguno á sus oidos tranquilizóse un poco, levantó la cabeza, y vió á la abadesa de las camaldulenses arrodillada cerca de Stenio.

Quiso gritar, pero la lengua se le pegó al paladar, quiso huir, y sus piernas se estuvieron inmóviles y frias lo mismo que el granito de la roca, y hubo de estarse con la vista turbada, las manos abiertas y el rostro sombreado con su capucha.

Lelia estaba inclinada sobre el fúnebre lecho; su velo blanco ocultaba á medias su rostro, y parecia tan muerta como Stenio. Era la digna novia de un cadáver.

Habia oido lo que decian los pastores, y quiso contemplar los restos de Stenio, para cuyo fin se dirigió al sitio en donde estaba el cadáver, sola, sin miedo, sin remordimientos, y acaso sin dolor tambien.

Sin embargo al aspecto de aquella hermosa frente cubierta con las sombras de la muerte, sintió ablandarse su alma, y la tierna piedad endulzó la dureza de aquella alma sombría y tranquila en medio de su desesperacion.

— ¡Stenio! dijo sin hacer caso de la presencia del monje

ó tal vez sin advertirla, si, te compadezco, porque me maldijiste. Compadézcote porque no comprendiste que Dios al criarnos no habia resuelto la union de nuestros destinos: ya sé que creias que yo me complacia en aumentar tus tormentos, y que pretendia vengarme en tí de los engaños y dolores de mis primeros años; pero te engañabas, Stenio, y te perdono la maldicion que fulminaste contra mí. El que juzga nuestros pensamientos antes de que podamos preverlos, el que hojea á todas horas el libro de nuestra conciencia, y lee sin ambigüedad los misteriosos designios que todavía no están inscritos en él, ese, Stenio, no acogió tus amenazas ni las cumplirá. No te castigará porque fuiste ciego, ni dará penas á tu debilidad, porque no quisiste fiar en una sabiduría que no era la tuya. Sobrado cara has pagado la luz que ha alumbrado tus últimos dias para que te acrimine el haber andado tanto tiempo entre tinieblas. El doloroso y terrible saber que te llevas contigo no necesita expiacion, porque tus labios se han secado al probar el fruto que habias cogido.

Pero confio firmemente que Dios nos reunirá en la eternidad, y que sentados uno al lado del otro á sus pies, asistiremos á sus consejos y entonces sabremos porque nos ha separado en el mundo. Leyendo en su radiante frente el secreto de sus voluntades, impenetrables á los ojos mortales, tu cólera y tu admiracion serán como si no hubiesen sido.

Entonces, Stenio, ya no pensarás en aborrecerme y dejarás de acusar mi injusticia y crueldad. Cuando Dios dé á cada uno de nosotros la parte que le corresponda, distribuyendo nuestros trabajos segun nuestras fuerzas, comprenderás, desgraciado, que no podíamos seguir el mismo camino ni caminar al mismo término. Los dolores que nos ha enviado no tienen fin, y él nos explicará el misterio de nuestros sufrimientos. Descubriéndonos la perspectiva de una efusion eterna, nos dirá porque le plugo preparar la reunion de dos almas por oscuros senderos que nuestra vista no podia ver.

Él será quien te enseñe, Stenio, en su sangrienta desnudez mi corazon á quien tú imputabas desden y dureza, y el terror que te causaban mis palabras, y la humillacion que obscurecia tus miradas cuando yo te confesaba que no podia amar, y la temblorosa confusion de tus pensamientos se trocará en una seria compasion. Lelia, que tú creias tan superior tuya, y que pensabas que no alcanzarias jamás, se humillará ante tí, y tú olvidarás lo mismo que ella, la admiracion y el respeto de que la rodean los hombres, y sabrás porque siempre ha ido sola sin demandar socorro.

Confundidos bajo la vista de Dios en una felicidad progresiva, cada uno de nosotros cumplirá animosamente el cargo que se le confie. Nuestras miradas, al hallarse, doblarán nuestra confianza y nuestras fuerzas, y el recuerdo de nuestras miserias pasará como un sueño, y hasta llegaremos á preguntarnos si hemos vivido.

Inclinóse hácia Stenio, arrancó de su corona una flor marchita que puso en su pecho, y volvióse por el sendero del valle sin haber visto al monje que en pie dentro de la sombra y arrimado al peñasco fijaba en ella sus inflamados ojos.

Magnus habia perdido la razon, y no entendia ni una palabra de las que decia Lelia: veíala solamente, hallábala hermosa, su pasion se dispertaba con violencia, y ya no se acordaba mas que de los deseos que habia comprimido tan largo tiempo, y que le devoraban mas que nunca.

Cuando vió que hablaba al difunto Stenio, apoderáronse de él unos celos espantosos, que no habia sentido jamás porque no habia tenido ocasion de sentirlos. Hubiérase vengado hiriendo á Stenio si hubiese osado; pero aquel cadáver le hacia miedo, y sintió aun mas deseo que venganza.

Echó, pues, á correr detrás de Lelia y alcanzóla al revolver del sendero, donde la cogió por el brazo.

Lelia volvió la vista sin gritar, sin estremecerse, y miró aquella figura feroz, aquellos ojos sangrientos y aquella trémula boca sin miedo y casi sin sorpresa.

—Mujer, la dijo el monje, bastante me has hecho sufrir; consuélame, ámame.

No reconociendo Lelia en aquel monje calvo y encorvado el sacerdote que pocos años antes habia visto jóven y gallardo, se detuvo admirada y respondióle.

—¡Padre mio! dirijios á Dios, cuyo amor es el único que puede consolaros.

—¿No te acuerdas, Lelia, repuso el monje sin escucharla, que soy yo el que te salvó la vida? Á no ser yo hubieras perecido en las ruinas del monasterio en donde pasaste dos años. ¿Te acuerdas, mujer? Yo me precipité entre escombros con riesgo de quedar estrellado, y librándote, te puse sobre mi caballo, y viajé todo el dia teniéndote en mis brazos sin osar siquiera besarte la ropa de tu vestido. Pero desde aquel dia prendió en mi pecho un fuego devorador, y aunque he rezado y ayunado ha sido en vano todo, puesto que Dios no quiere curarme. Es preciso, es necesario que me ames, porque tu amor me curará y haciendo penitencia seré salvo. De otro modo voy á volverme loco y me condenaré.

—Ya te reconozco, Magnus, respondió Lelia. ¡Mas ay! ¿es ese el fruto de tus expiaciones y de tus combates?

—No te burles de mí, mujer, respondió el monje lanzando una mirada sombría, porque tan cerca estoy del odio como del amor, y si me repeles.... no sé de lo que me hará capaz mi cólera.

—Deja mi brazo, Magnus, dijo Lelia con la calma del desden, y siéntate en esta roca pues quiero hablarte.

Habia tanta autoridad en su voz, que el monje, habituado á la sumision pasiva, obedeció como por instinto y se sentó á dos pasos de ella: su corazon latia tan fuertemente que no podia hablar; púsose entre sus manos la cabeza ensangrentada y adolorida, y recogió cuanta fuerza y memoria le quedaba para escuchar y comprender.

—Magnus, le dijo Lelia, si cuando érais aun jóven y capaz de alcanzar una social existencia, me hubiéseis consul-

tado acerca de vuestro porvenir, no os hubiera aconsejado que os hiciérais sacerdote, porque vuestras pasiones debian haceros imposibles estos rígidos deberes que no cumplis mas que de hecho. Habeis sido un mal sacerdote; pero Dios os perdonará, por lo mucho que habeis sufrido. Ahora es demasiado tarde para que entreis en la vida ordinaria, puesto que no teneis ya fuerza para conseguir una virtud, cualquiera que fuese. Reducios pues á la abstinencia y esperad en el retiro el fin de vuestras penas, que no puede tardar como os lo indican vuestras manos y vuestros cabellos que ya encanecen. ¡Mejor para tí, Magnus! ¡Ojalá estuviese yo tan cerca de la tumba! ¡Pero infelices de nosotros! nada podemos hacer unos por otros. Tú te engañaste huyendo de la vida, puesto que has sentido necesidad de vivir; mas ahora te espantas y crees que aun podrás ser venturoso. ¡Insensato! ya no debes pensarlo, pues si algunos años atrás habias podido hallar la ventura en la libertad, esclareciéndose tu razon y endureciéndose tu alma contra los remordimientos, ahora ya te persiguen por todas partes el horror, el disgusto y el espanto. Ya no puedes pretender un amor que mirarias siempre como un crímen, y la costumbre de llamar pecados los goces legítimos te haria criminal y vicioso á los ojos de tu conciencia, en los brazos de la mas pura de todas las mujeres. Resígnate, pobre ermitaño, abate tu orgullo, pues te habias creido bastante grande para esta terrible virtud del celibato, y repito que te engañaste. ¿Pero qué importa? Ya llegas al término de tus males, procura á lo menos conservar su buen fruto, y si no has sido bastante merecedor de que Dios te perdonase la desesperacion, sé sumiso.

Magnus habia escuchado vanamente, pues su celebro se negaba al trabajo de la inteligencia, sufria y pensaba que Lelia le hacia mofa: la figura serena y altiva de aquella mujer le humillaba profundamente. Habia momentos en que la detestaba y queria huir; pero se creia cogido y fascinado por la vista del demonio.

Lelia no ponia atencion en él; solo meditaba y parecia proyectar alguna cosa.

— Escucha, le dijo pasado un instante de silencio y de incertidumbre: obedéceme, y en lugar de forjar pensamientos indignos de tu vocacion, ayúdame á prestar al cadáver de Stenio los últimos honores. Asaz errante, penado y vagabundo ha sido en esta vida para que sus restos descansen en paz sin que los pisen los pies de los caminantes. Yo sé un lugar en donde dormirá ignorado y privado de sepultura eclesiástica, puesto que así lo quiere monseñor; pero no privado del respeto que se debe á las sepulturas y de lás colectivas oraciones que se rezan en el recinto de los cementerios. Carga con ese cadáver sobre tus hombros y sígueme.

Magnus se mostró indeciso y dijo con espanto.

— ¿Á dónde quereis que lleve ese muerto? ¿Monseñor le niega sepultura sagrada y quereis enterrarlo en un cementerio?

— Haz lo que te digo, respondió Lelia. Yo sé mejor que tú lo que piensa monseñor. Obligado á atenerse á los reglamentos de la Iglesia y no queriendo en este caso alentar por una infraccion de la regla la indulgencia que se pudiera conceder al suicidio, ha debido mandarte cosas que yo infrinjo autorizada por él. Obedece, Magnus, yo te lo ordeno.

Lelia sabia muy bien que su voluntad fascinaba á Magnus, el cual obedeció maquinalmente y sin saber lo que hacia, y llevó el cuerpo de Stenio hasta el cementerio de las camaldulenses. En un ángulo oscuro del jardin se habia arrancado por las raices un tejo herido del rayo, y aquella fosa abierta por casualidad no se habia vuelto á llenar: en ella puso el cuerpo el ermitaño, ayudado de la abadesa, y la llenó de tierra y de césped, y luego, trémulo y consternado, se volvió á su ermita, mientras Lelia arrodillada sobre la tumba del poeta, imploraba por él la misericordia y sabiduria infinita que no impone castigos eternos y que sol-

da en el crisol de la eternidad el metal que han roto los males de la vida.

LXVI.

La muerte de Stenio fue la señal de otros acontecimientos trágicos: el cardenal murió poco tiempo despues de un mal tan rápido y violento, que se atribuyó á envenenamiento; Magnus abandonó su ermita despues de haber divagado algunos dias por la montaña, presa de tan espantoso delirio, que los montañeses consternados oyeron resonar sus lamentables gritos en el silencio de la noche, y sus pasos desiguales y precipitados conmovieron los umbrales de sus chozas en donde permanecieron dispiertos y temblando. Por último desapareció y fue á sepultarse en un convento de cartujos, pero luego salieron de este asilo extrañas revelaciones que trastornaron á los hombres mas serenos y mas eminentes. Aníbal sucumbió sin demandársele explicacion alguna. Muchos obispos y un gran numero de sacerdotes muy distinguidos por sus luces y la nobleza de su conducta cayeron en desgracia cuando no en entredicho. Con respeto á Lelia, creyóse que tales castigos serian muy leves para hacerla expiar sus crímenes y que era preciso condenarla á la humillacion y á la vergüenza. La inquisicion la formó proceso, y derribado como estaba el poderoso prelado que la habia sostenido en su carrera, declaráronse y se vengaron las profundas animosidades, resultado de la nueva direccion dada por ellos y sus adherentes á las ideas religiosas, las cuales se habian cobijado largo tiempo bajo sus plantas. Derramóse el veneno de la calumnia sobre la tumba apenas cerrada del cardenal, libacion impura ofrecida á las pasiones infernales; buscáronse las acciones secretas de su vida, y haciendo caso omiso de las que hubie-

ran podido ser reprensibles, recordáronse solamente los últimos años de su vida, años que bajo la influencia de Lelia habian sido tan puros como el alma de Lelia deseaba para simpatizar enteramente con la del prelado. Hubo placer en echar el lodo del escándalo y de la impostura sobre aquella amistad sagrada que hubiera podido producir tan grandes cosas en bien de la Iglesia, si esta, bien así como todos los poderes que acaban, no hubiese tomado á empeño el precipitarse por sí misma en el abismo en donde duerme ya sin esperanza de dispertar.

La abadesa de las camaldulenses fue pues acusada de haber sido esposa adúltera de Jesucristo, y de haber arrastrado por su camino de perdicion á un príncipe de la Iglesia, que antes de su funesto trato con ella habia sido, decian, una columna de la fe. Acusáronla tambien de haber profesado doctrinas extrañas, nuevas, llenas de pasiones mundanas é impregnadas de herejía, de haber tenido relaciones criminales con un impío que entraba de noche en su celda, y por último de haber llegado al colmo del delirio de la apostasía y á la mayor audacia del sacrilegio, haciendo sepultar el cadáver de aquel impío en la tierra consagrada á las sepulturas de las camaldulenses, infringiendo las leyes de la Iglesia que niegan sepultura en tierra sagrada á los ateos que mueren de muerte voluntaria, é infringiendo tambien las reglas monásticas que no admiten sepulturas de hombres en el recinto destinado para tumba de las vírgenes.

Por esta última acusacion conoció Lelia de donde salia el tiro que la iba dirigido, y ya no pudo dudarlo cuando llamada ante sus jueces para dar cuenta de su conducta, se vió confrontada con Magnus. Tales torpezas la causaron tanto disgusto que se denegó á todas las preguntas y no quiso justificarse. Magnus temblaba de tal modo en su presencia, que ante jueces íntegros hubieran bastado para fallar la turbacion del acusador y la calma de la acusada, pero la sentencia estaba dada de antemano y no habia debates ma

que por pura forma. Lelia sintió en el corazon sobrado desprecio para acusar á Magnus á su vez, y contentóse con decirle, viéndole vacilar y apoyarse en el brazo del familiar del santo oficio: —Tranquilízate, que no se abrirá la tierra bajo tus pies, puesto que has de tener el suplicio en el corazon. No temas que yo te vuelva herida por herida y ultraje por ultraje: miserable, te compadezco, porque conozco á que cobardes terrores obedeces calumniándome. Vé, huye de la vista de todo el mundo, tú, que esperas ganar el cielo por medio de la iniquidad: Dios te alumbre y te perdone como te perdono yo.

Lelia fue acusada tambien por dos de sus religiosas que la habian odiado siempre á causa de su amor á la justicia y porque esperaban ser sucesoras suyas: acusáronla de haber tenido relaciones con los carbonarios y de haber coadyuvado á una con el cardenal á la evasion del impío y feroz Valmarina. Por último la acriminaron de haber dispuesto con una prodigalidad insensata de las riquezas del convento y de haber hecho vender cálices y alhajas dependientes del tesoro de la iglesia para aliviar las penas de los habitantes de aquella tierra en un año de miseria. Interrogada sobre esto, Lelia contestó sonriendo que se declaraba culpable.

Condenáronla á ser degradada de su autoridad en presencia de la comunidad, para cuyo acto se convidó cuanta gente se pudo, pero fueron muy pocos curiosos, que se volvieron en seguida conmovidos profundamente de la dignidad con que la abadesa sumisa á aquellas afrentas, las recibió haciendo avergonzar á los mismos ofensores.

Desterráronla luego á una Cartuja arruinada que la comunidad de las camaldulenses poseia en el norte de las montañas, y que hacia conservar en parte para servir de asilo penitenciaro á sus delincuentes. Era este un lugar frio y húmedo en donde limitaban el horizonte grandes abetos bañados por las nubes, y en cuyo recinto halló Trenmor el año siguiente á Lelia moribunda y la rogó mil y mil veces con toda su alma que rompiese el voto y huyese con él á

otro clima; pero Lelia se mantuvo firme en su resolucion.

— ¿Qué me importa morir aquí ó en otra parte y vivir algunas semanas mas ó menos? ¿No he sufrido ya bastante? ¿No me ha de conceder por fin el cielo el derecho de descansar? Á mas de que, yo debo permanecer aquí para confundir el odio de mis enemigos y para desmentir sus predicciones : creian que yo no suportaria mi martirio, y han de quedar engañados en sus pensamientos, pues no es inútil que sepa el mundo que de ellos á mí hay alguna diferencia. Las ideas que profeso y por las cuales padezco exigen de mí una conducta ejemplar, pura de toda mancha y exenta de toda debilidad, y ahora en el estado en que me encuentro poco me cuesta semejante esfuerzo.

Trenmor vió como se extinguia rapidamente, siempre hermosa, y tranquila siempre; pero con todo en sus postrimeras horas tuvo algunos instantes de pena y desesperacion, porque la idea de ver terminar el mundo antiguo sin ver salir un mundo nuevo le era amarga é insoportable.

— ¡Cómo! decia, ¿está herido de muerte como yo todo lo que existe, y destinado á perecer sin dejar descendencia para recoger lo que se deje? Durante algunos años, he creido que á favor de una renuncia á toda satisfaccion personal llegaria yo á vivir por la caridad y á gozarme en el porvenir del género humano. Pero ¿cómo puedo amar una raza ciega, estúpida y malvada? ¿Qué puedo esperar de una generacion sin conciencia, sin fe, sin inteligencia y sin corazon?

Trenmor se esforzaba en vano en hacerla entender que se engañaba buscando lo futuro en lo pasado. No puede haber mas que un gérmen misterioso, decia él, cuyo desarrollo será largo, porque fuera necesario para su vida que se derribase y secase el antiguo tronco. Mientras haya catolicismo y una Iglesia católica no habrá ni fe, ni culto, ni progreso entre los hombres. Es menester que esta ruina se desmorone y que se barran los escombros para que el sue-

lo pueda producir frutos en donde ahora no hay mas que piedras.

Vuestra grande alma, la de Aníbal y las de algunos otros se han asido del último pedazo de la fe, sin pensar que valia mas arrancarlo, puesto que no servia mas que para encubrir la verdad. Se levantará en el horizonte una filosofía nueva y una fe mas pura y mas clara, de las cuales solo saludamos el alba naciente y pálida: pero las luces y la inspiracion que forman la vida de la humanidad no les faltarán á las futuras generaciones, lo mismo que no falta el sol cada mañana á la tierra dormida y sumida en tinieblas.

El alma ardiente de Lelia no podia abrigar tan lejanas esperanzas, pues nunca habia sabido avenirse con promesas sobre lo futuro á no sentir en sí misma ó que emanase de ella la accion que debiese realizar aquellas promesas. Su corazon tenia infinitas necesidades, y estaba cercano á la muerte sin haber cumplido ninguna. Á tan inmenso dolor le hubiera sido necesario el inmenso consuelo de la certidumbre, y hubiera perdonado al cielo el haberla privado de toda dicha, solo con haber podido leer claramente en los destinos de la humanidad futura algo mejor que lo que habia visto hasta entonces.

Una noche la halló Trenmor en la cumbre de la montaña, en tiempo horroroso, cuando la lluvia caia diluviando, y mugia el viento en las selvas, y crugian los árboles en todas partes, y rasgaban los rayos las nubes. Trenmor la habia dejado el dia antes en su celdilla tan fatigada y tan débil que temió no hallarla viva el siguiente, y encontrándola vagabunda por resbaladizas rocas y mojada con la espuma de los torrentes que se formaban y acrecian en torno suyo, creyó ver un espectro y la invocó como á un espíritu; pero ella le tomó la mano y atrayéndole á sí le habló de esta manera, en voz fuerte y vibrante é inflamados los ojos con un fuego terrible.

LXVII.

Delirio.

Hay horas en la noche en que me siento llena de un espantoso dolor, que empieza por ser una tristeza vaga y un malestar inexplicable. La naturaleza entera pesa sobre mí, y yo me arrastro quebrantada bajo el peso de la vida como un enano que se viese obligado á llevar á un gigante. En tales momentos tengo necesidad de expansion y de alivio, y quisiera abrazar al universo en una efusion filial y paterna; pero parece que el universo me repele de golpe y que se vuelve contra mí para anonadarme, como si yo, pobre átomo, insultase al universo llamándole á mí. Entonces el poético y tierno arrebato se convierte en espanto y acriminacion y odio, la hermosura eterna de las estrellas, y el esplendor de las cosas que dan pábulo á mis contemplaciones ordinarias, ya no me parecen mas que la implacable indiferencia del poder contra la debilidad y la flaqueza. Yo con nada voy acorde, y mi alma grita en el seno de la creacion, como una cuerda que se rompe en medio de las triunfantes melodías de un instrumento sagrado. Si el cielo está tranquilo, paréceme que oculta á un Dios inflexible que no cuida de mis deseos ni atiende á mis necesidades, y si la tempestad revuelve los elementos, veo en ellos lo mismo que en mí un sufrimiento inaudito y gritos jamás atendidos.

¡Oh! ¡si, si! reina la desesperacion y el sufrimiento, y los quejidos emanan de todos los poros de la creacion: las olas se revuelcan gimiendo sobre la arena, el viento llora lamentablemente en la selva, y los árboles que se doblan y vuelven á levantar para caer en seguida bajo el látigo de la tempestad sufren un tormento espantoso. Hay un ser infe-

liz, maldito, inmenso, terrible y tal que no puede contenerle el mundo en donde vivimos, y aunque invisible está en todas partes y su voz llena el espacio de un continuo sollozo. Encarcelado en la inmensidad, se agita y debate y da con la cabeza y espaldas en los confines del cielo y de la tierra, que no puede salvar porque le estrecha y le aplasta y maldice y quebranta y odia. ¿Quién es y de donde ha salido? ¿Es el ángel rebelde que fue lanzado del Empíreo, y es el mundo el infierno que le sirve de calabozo? ¿Eres tú, fuerza, que sentimos y vemos? ¿Sois vosotras, cólera y desesperacion, que os presentais á nuestros sentidos? ¿Si asi es, qué es lo que les dais? ¿Eres tú, rabia eterna, que murmuras sobre nuestras cabezas, y truenas en los cielos? ¿Eres tú, espíritu desconocido aunque sensible, el que eres señor ó criado, tirano ó esclavo, carcelero ó mártir? ¡Cuántas veces he sentido tu vuelo ardiente sobre mi cabeza! ¡Cuántas veces tu voz me ha arrancado lágrimas simpáticas desde el fondo de mis entrañas, y hécholas correr como el torrente de las montañas ó la lluvia del cielo! Cuando tú estás conmigo, oigo tu voz que me grita: Tú sufres, tú sufres y yo quisiera abrazarte y llorar sobre tu seno poderoso, porque me parece que mi dolor es infinito como el tuyo y que necesitas mis sufrimientos para hacer mas elocuentes tus quejas. Yo tambien exclamo: Tú sufres, tú sufres.... pero pasas y huyes y te calmas y aduermes. Un rayo de la luna disipa tus nubes y la menor estrella que brilla detrás de tu mortaja parece reirse de tu miseria y reducirte al silencio. Á veces me parece ver tu espectro caer en una ráfaga, como una inmensa águila cuyas alas cubriesen el mundo y cuyo postrer grito se apagase en el seno de los mares, y veo que estás vencido, vencido como yo, como yo débil, y como yo aterrado. El cielo se esclarece é ilumina con rayos de gozo, y apodérase tambien de mí una especie de estúpido terror. ¡Prometeo! ¡Prometeo! ¿eres tú que quieres librar á los hombres de los lazos de la fatalidad? ¿Eres tú, que derribado por un dios celoso, y devorado por tu

bilis incurable, caes apurado sobre tu roca, sin haber podido libertar al hombre, ni aun á tí mismo, su único amigo, y acaso su verdadero Dios? Los hombres te han dado mil nombres simbólicos: audacia, desesperacion, delirio, rebelion, maldicion: unos te han llamado Satanás, otros crímen; yo deseo.

¡Yo, sibila, sibila desolada; yo, espíritu de los tiempos antiguos, encerrado en un celebro rebelde á la inspiracion divina, lira rota, instrumento mudo cuyos sonidos no comprenderian ya los que ahora viven, y en cuyo seno murmura comprimida la armonía eterna! ¡yo, sacerdotisa de la muerte que siento que he sido pitonisa, y que he llorado y hablado; aunque ya no me acuerdo ni sé lo que debiera decirse para curar! Si, si, yo tengo presentes los antros de la verdad y los delirios de la revelacion; pero he olvidado el nombre del destino humano, y perdido el talisman del rescate. Yo sin embargo he visto muchas cosas, y cuando me acosa el sufrimiento, cuando me devora la indignacion y Prometeo se agita en mi seno azotando con sus grandes alas la piedra á que está amarrado, cuando el infierno retumba bajo mis plantas, como un volcan pronto á tragarme, cuando los espíritus de la mar vienen á llorar á mis pies, y los del aire se estremecen sobre mi frente.... ¡Oh! entonces, presa de un delirio que no tiene nombre y de una desesperacion sin límites, llamo al dueño y amigo desconocido que podia alumbrar mi espíritu y desatar mi lengua; pero floto entre tinieblas, y mis brazos fatigados no abrazan mas que sombras engañosas. ¡Ó verdad, verdad! Para hallarte he bajado á los abismos cuya sola vista daba el vértigo del miedo á los hombres mas animosos. He seguido á Dante y Virgilio en los siete círculos del mágico sueño, á Curcio en el sumidero que se cerró despues de haberlo tragado, y á Régulo en su asqueroso suplicio, y en todas partes he dejado carne y sangre mia. He seguido á Magdalena hasta el pie de la cruz, y se ha inundado mi frente con la sangre del Cristo y con las lágrimas de Ma-

ría. Yo lo he buscado, sufrido, creido y aceptado todo: me he arrodillado ante todos los cadalsos, arrodilládome sobre todas las hogueras y prosternado en presencia de todos los altares: he pedido al amor sus goces, á la fe sus misterios y al dolor sus méritos; me he ofrecido á Dios bajo todas las formas y sondeado mi corazon con ferocidad arrancándole de mi pecho para examinarlo, partiéndole en mil pedazos y atravesándole con mil puñales para conocerlo. Luego he ofrecido sus partes á todos los dioses superiores é inferiores, he evocado todos los espectros, luchado con todos los demonios, suplicado á todos los ángeles y santos y prestado sacrificio á todas las pasiones. ¡Verdad! ¡verdad! Tú no te has revelado; ¡¡hace diez mil años que te busco y no te encuentro!

Y diez mil años ha que por toda respuesta á mis gritos y por todo alivio á mi agonía oigo en esta tierra maldita el sollozo desesperado del impotente deseo. Diez mil años ha que te he sentido en mi corazon sin poder acomodarte á mi inteligencia, ni hallar la fórmula terrible que te revelaria al mundo y te haria reinar en la tierra y en el cielo. Diez mil años ha que he gritado en el infinito: *¡Verdad! ¡verdad!* y diez mil años ha tambien que lo infinito me responde: *¡Deseo, deseo!* ¡Ó sibila desolada! ó muda pitonisa, rómpete la cabeza contra las rocas de tu cueva, y mezcla tu sangre espumosa de rabia con la espuma de la mar, porque crees haber poseido el omnipotente Verbo, y diez mil años ha que lo buscas en vano. . . . .

. . . .

Esto diciendo, sintió Trenmor como la mano ardiente de Lelia se heló de golpe en la suya y como luego se levantó para precipitarse. Espantado Trenmor la retuvo en sus brazos y luego se cayó yerta sobre la roca, pues habia dejado de existir.

Lelia habia vivido siempre bajo un hermoso cielo y odiaba los paises no bien alumbrados por el sol: el frio la habia muerto prontamente como si hubiese querido secundar los

designios de sus enemigos. La pandilla que la habia perdido cayó y fue reemplazada por otra que quiso humillar á su rival rehabilitando la memoria de los que aquella habia querido humillar. Hiciéronse solemnes exequias al cardenal, y fueron llevados al monasterio los restos de Lelia que fue honrada como santa y como mártir. Sepultáronla en el cementerio, y permitiéronle á Trenmor que elevase un sepulcro á Stenio en la opuesta márgen, cerca de la abandonada ermita del monje á donde se habian hecho transportar los restos del poeta despues de expulsados del monasterio.

Una noche Trenmor, habiendo terminado los funerales de sus dos amigos, bajó lentamente por la orilla del lago. La luna, que empezaba á elevarse, lanzaba un rayo oblicuo sobre aquellas dos tumbas blancas que separaba el lago, y segun costumbre viéronse meteoros sobre la brumosa superficie del agua. Trenmor contempló tristemente su pálido brillo y su danza melancólica, y observó que dos, salidos de las dos orillas opuestas, se juntaron persiguiéndose mutuamente y se matuvieron juntos toda la noche tanto cuando se acercaban á las cañas, como si se deslizaban sobre el tranquilo lago, como si se suspendian trémulos en la niebla como dos lámparas próximas á apagarse. Trenmor se dejó dominar por una idea supersticiosa y dulce, y pasó toda la noche siguiendo con la vista aquellas luces inseparables que se buscaban y seguian como dos almas enamoradas. Dos ó tres veces se le acercaron y llamólas con nombres muy queridos vertiendo lágrimas como un niño.

Cuando se hizo de dia se apagaron todos los meteoros, y las dos misteriosas llamas se estuvieron algun tiempo en medio del lago como si les diese pena el separarse; hasta que fueron repetidas en sentido contrario como si cada una fuese á buscar la tumba que habitaba. Cuando hubieron desaparecido, pasóse Trenmor la mano por la frente como para apartar el sueño debilitador de una noche de dolor y de ternura, y dirigiéndose á la tumba de Stenio se detuvo indeciso un instante.

— ¿Qué haré en este mundo sin vosotros? exclamó, ¿para qué seré útil? ¿por quién, y por qué podré interesarme? ¿De qué me servirán mi saber y mi fuerza, si ya no tengo amigos que consolar y que sostener? ¿No valdria mas tener una huesa al borde de este hermoso lago cerca de estas dos tumbas silenciosas? ¡Mas no! aun no se ha terminado mi expiacion: quizás vive Magnus todavía, y acaso podré curarle. Á mas de que en todas partes hay hombres que luchan y sufren, y por do quier hay deberes que cumplir, una fuerza que emplear, y un destino que llevar á cabo.

Saludó desde lejos el mármol que encerraba á Lelia, besó el que servia de lecho á Stenio, miró luego el sol, antorcha que debia alumbrar sus dias de trabajo y eterno faro que le enseñaba el pais del destierro en donde es preciso obrar y andar, é indicaba la inmensidad de los títulos siempre accesibles á la esperanza de los fuertes, y recogiendo su palo blanco, se puso en camino.

FIN DE LELIA

ESPIRIDION.

Á D. PEDRO LEROUX.

Amigo y hermano por la edad, padre y maestro por la virtud y el talento, acepte V. este cuento, no como un trabajo digno de serle á V. dedicado; mas si como un testimonio de mi amistad y veneracion.

JORGE SAND.

Cuando entré en clase de novicio en el convento de los Benedictinos, contaba apenas diez y seis años. Mi carácter apacible y tímido pareció inspirar al principio confianza y afecto, pero poco tardé en observar la frialdad en que se cambió la benevolencia de los hermanos: el padre tesorero, único que conservó algun interés hácia mi, me llamó varias veces aparte para decirme reservadamente, que si no ponia una severa atencion en mí mismo, perderia el favor del prior.

En vano le rogaba que se explicase; colocaba un dedo sobre sus labios, y alejándose con aire misterioso, tan solo me contestaba:

—Bien sabe V., mi querido hijo, lo que quiero decir.

Traté de inquirir, aunque sin fruto, en que consistia mi

crímen. Érame imposible despues del mas escrupuloso exámen descubrir en mi conducta yerros bastante graves para merecer una reprension. Pasáronse semanas y meses, mas en nada se mitigaba la especie de reprobacion tácita que pesaba sobre mí. En vano redoblaba mi fervor y mi zelo; en vano velaba cuidadosamente sobre todas mis palabras y sobre todos mis pensamientos, en vano era yo el que asistia con mas asiduidad á los oficios y con mas calor al trabajo; cada dia hacíase mayor la soledad que me rodeaba: todos mis amigos me habian abandonado, nadie me dirigia ya la palabra. Los novicios todos parecian poseer el derecho de despreciarme. Algunos hasta recogian los pliegues de su hábito al pasar por mi lado, como si debiesen temer el contacto de un leproso. Aunque recitase mis lecciones sin equivocarme una sola vez, aunque hubiese hecho grandes progresos en la música, un profundo silencio reinaba en las salas de estudio cuando mi tímida voz habia dejado de resonar en la bovéda. Los doctores y los maestros nunca me dirigian una sola mirada de estímulo ni aprobacion, mientras que novicios indolentes ó desaprovechados eran colmados de elogios y de recompensas. Cuando acontecia tener que pasar por delante del prior, volvia la cabeza al otro lado como si le horrorizase mi saludo.

Examinaba todos los movimientos de mi corazon, y me interrogaba severamente, para saber si no tenia gran parte en mis sufrimientos el amor propio herido; pero cabíame al menos la satisfaccion de no haber perdonado medio alguno para combatir todo sentimiento de vanidad, y conocia bien que mi corazon se hallaba reducido á una profunda tristeza por el aislamiento á que se le habia condenado, por falta de afecto, y no por la carencia de diversiones y de lisonjas.

Resolví acogerme al apoyo del único religioso que no podia esquivar ni desatender mis confianzas, mi confesor. Fuí á echarme á sus pies, expúsele mis dolores, mis esfuerzos para merecer una suerte menos rigorosa, mis combates

contra el espíritu de reproche y amargura que empezaba á sentir nacer en mí. Pero cual fue mi consternacion, cuando me contestó con un tono glacial:

— Mientras no me abra V. su corazon con entera sinceridad y una sumision perfecta, nada podré hacer en su favor.

— Ó padre Hegesipo, le contesté, puede V. leer la verdad en el fondo de mi alma, pues nunca le he ocultado á V. cosa alguna de cuanto en ella pasa.

Levantóse entonces y me dijo con un acento terrible:

— ¡ Miserable pecador! ¡ alma vil y perversa! Sabe V. bien que me oculta un secreto formidable y que su conciencia es un abismo de iniquidad. Pero no engañará V. las miradas de Dios, ni evitará su justicia. Retírese V., apártese de mí; no quiero escuchar por mas tiempo sus hipócritas quejas. Hasta que la contricion haya hallado cabida en su corazon, hasta que haya V. borrado por medio de una sincera penitencia las manchas de su alma, le prohibo acercarse al tribunal de la penitencia.

— Ó padre, ¡ padre mio! exclamé, no me rechace V. así, no me reduzca á la desesperacion, no me haga dudar de la bondad de Dios y de la sabiduría de sus juicios de V. Soy inocente ante el Señor; apiádese V. de mis sufrimientos....

— Reptil audaz, gritó con voz de trueno, gloríate de tu perjurio é invoca el nombre del Señor para apoyar tus falsos juramentos; pero déjame, apártate de mi vista, ¡ tu obstinacion me causa horror!

Hablando de esta suerte tiró de su hábito que tenia entre mis manos suplicantes. Asime á él con una especie de extravío, pero me rechazó con toda su fuerza y caí de bruces en el suelo. Alejóse cerrando tras sí con violencia la puerta de la sacristía en donde tenia lugar esta escena y quedó todo en la mas profunda obscuridad. Sea por la violencia de mi caida, sea por el exceso de mi pena, se rompió una de las venas de mi garganta que dió una copiosa hemorragia.

Fueme imposible levantarme, sentí un rápido desfallecimiento y caí tendido sin conocimiento sobre el pavimento bañado en mi sangre.

Ignoro cuanto tiempo permanecí de esta manera. Cuando empezé á volver en mí, sentí un fresco agradable, una armoniosa brisa parecia juguetear al rededor mio, secaba el sudor de mi frente y agitaba blandamente mis cabellos; despues creía oirla alejarse con un sonido vago, imperceptible, murmurando no sé que débiles palabras en los ángulos de la sala, y volver hácia mí, como para darme fuerzas y ayudar á levantarme.

Sin embargo no podia decidirme aun á verificarlo, experimentaba un inexplicable bienestar, y escuchaba con una especie de sosegada aberracion el susurro de ese soplo de verano que se deslizaba furtivamente por las rendijas de una persiana. Entonces me pareció oir una voz que partia del fondo de la sacristía, pero de tan débil acento que me era imposible distinguir las palabras. Quedé inmóvil prestando toda mi atencion. La voz parecia elevar una de esas rogativas entrecortadas que nosotros llamamos oraciones jaculatorias. Por fin pude percibir distintamente estas palabras: *Espíritu de verdad, alumbra las víctimas de la ignorancia* y *de la impostura.* ¡Padre Hegesipo! dije con imperceptible voz, ¿es V. quien acude de nuevo hácia mí? Pero nada me contestó. Levantéme, apoyándome en mis manos y rodillas, escuché, pero nada oí. Púseme en pie y paseé mi vista al rededor; habia caido tan cerca de la única puerta de aquella pequeña sala, que persona alguna, despues de la salida de mi confesor, hubiera podido entrar sin pasar por encima de mi cuerpo; por otra parte esta puerta solo se abria hácia dentro por medio de un pestillo de antigua forma. Toquéle y aseguréme de que estaba cerrado. Un fuerte terror se apoderó de mí, y permanecí algunos instantes sin atreverme á dar un solo paso. Arrimado de espaldas á la puerta, traté de traspasar con mi vista la oscuridad que reinaba en las esquinas de la sala. Un pálido

do resplandor que atravesaba por el postigo, aclaraba trémulamente el centro de esta pieza. Un débil viento que agitaba el postigo engrandecia y disminuia sucesivamente esta rara luz. Los objetos que estaban [en esta region á medio alumbrar, el reclinatorio cuya cumbre sostenia una calavera, algunos libros esparcidos por el suelo, una alba colgada en la pared, parecian moverse á la par de la sombra del ramaje que el aire agitaba tras la ventana. Cuando creí estar seguro de que me hallaba solo, me avergonzé de mi timidez, hice la señal de la cruz, y dispúseme á ir á abrir enteramente el postigo; pero un profundo suspiro que salió del reclinatorio, me detuvo extático en mi sitio. Sin embargo yo percibia bastante distintamente este reclinatorio para estar bien seguro de que no habia nadie. Una idea que hubiera debido ya concebir mas pronto vino á darme ánimo; alguno podia estar de la parte de afuera apoyado en la ventana, y dirigir su plegaria sin pensar en mí. ¿¡Pero quién podia ser bastante atrevido para emitir votos y pronunciar palabras como las que habia oido?

La curiosidad, única pasion y distraccion que el claustro permite, se apoderó de mí. Me adelanté hácia la ventana; mas apenas habia dado un paso, cuando una sombra negra desprendiéndose, á lo que me pareció, del reclinatorio, atravesó la sala dirigiéndose á la ventana, y pasó por delante de mí como un relámpago. Este movimiento fue tan rápido que no tuve tiempo para evitar lo que yo tomaba por un cuerpo, y mi terror fue tan grande que estuve á pique de perder nuevamente el sentido. Pero nada sentí, y como si hubiese sido atravesado por esta sombra, víla desaparecer á mi izquierda.

Arrojéme hácia la ventana é impelí precipitadamente el postigo; dirigí mis miradas á la sacristía, pero encontréme solo en ella, paseélas por todo el jardin y halléle desierto; tan solo el viento del mediodia corria sobre las flores, agitando sus matizadas córolas. Lleno de coraje, empezé á examinar los rincones de la sala, miré la parte posterior

del reclinatorio que era muy grande, sacudí los vestidos sacerdotales colgados de la pared, pero todo estaba en su estado natural, y nada pudo darme una explicacion de cuanto habia pasado.

La vista de la sangre que habia perdido me indujo á creer que mi celebro, debilitado por la hemorragia, habia sido juguete de algun alucinamiento, y retiréme á mi celda donde permanecí encerrado hasta el dia siguiente.

Dia y noche pasélos llorando. La inanicion, la pérdida de sangre, los vanos terrores de la sacristía, habian quebrantado todo mi ser. Nadie vino á socorrerme ni consolarme, ninguno se curó de mi existencia, y vi desde mi ventana al tropel de novicios desparramarse por el jardin. Los grandes perros, fieles guardianes del convento, corrieron alegremente á su encuentro, y recibieron de ellos mil caricias. Oprimióse dolorosamente mi corazon á la vista de aquellos animales, cien veces mejor tratados que yo y otras tantas mas dichosos.

Tenia demasiada fe en mi vocacion para concebir idea alguna de rebelamiento ó fuga. Acepté en suma esas humillaciones, esas injusticias y ese abandono, como una prueba enviada por el cielo, como una ocasion de contraer méritos para llegar á él. Postréme y oré, golpeé mi pecho y recomendé mi causa á la justicia de Dios y á la proteccion de los santos, y al amanecer pude conciliar un dulce reposo. Despertéme sobresaltado por un sueño. Habiáseme aparecido el padre Alejo y sacudiéndome ásperamente me habia repetido á corta diferencia las mismas palabras que el misterioso ser de la sacristía me habia dirigido en la misma.

—Vuelve en tí, víctima de la ignorancia y de la impostura.

¿Qué relacion podia tener el padre Alejo con esta reminiscencia? Ninguna encontraba yo, tan solo que la vision de la sacristía me habia ocupado mucho en el momento que me habia dormido, y que en este mismo momento habia

visto desde mi lecho entrar al padre Alejo, desde el jardin en el convento, al ponerse la luna, una hora á corta diferencia antes de amanecer.

Sin embargo, este paseo matutino del padre Alejo no me habia sorprendido como un hecho extraordinario. El padre Alejo era el mas sabio de los monjes; era un gran astrónomo, y tenia á su cargo la conservacion de los instrumentos de física y geometría de que estaba bastante bien provisto el convento. Pasaba parte de la noche haciendo experimentos y contemplando los astros; iba y venia á toda hora, sin tener precisa obligacion de asistir á las de los oficios, y estaba dispensado de bajar á la iglesia para los maitines; pero habiendo mi sueño traídolo á mi imaginacion, púseme á recordar que era un hombre raro, siempre preocupado, á menudo ininteligible en sus palabras y que divagaba sin cesar por el convento como una alma en pena; en una palabra, que muy bien pudiera ser él quien el dia anterior, apoyado en la ventana de la sacristía, habia murmurado una fórmula de invocacion, y hecho pasar su sombra por la pared sin sospechar mis temores. Resolví preguntárselo, y reflexionando el modo con que recibiria mis preguntas, me animé á aprovecharme de este pretexto para trabar conocimiento con él. Acordéme que este sombrío anciano era el único de quien no hubiese recibido insulto alguno mudo ó de palabra, que nunca se habia apartado de mí con horror, y que parecia vivir absolutamente extraño á todas las resoluciones que se tomaban en el convento. Es verdad que nunca me habia dirigido una palabra amiga, que su mirada jamás se habia encontrado con la mia, y que ni tan siquiera parecia acordarse de mi nombre; pero tampoco fijaba mas su atencion en los otros novicios. Vivia en un mundo aparte, absorto en sus especulaciones científicas. Ignorábase si era piadoso ó indiferente á la religion, nunca hablaba mas que del mundo exterior y visible, y parecia no cuidarse mucho del otro. Nadie hablaba mal ni bien de él, y cuando los novicios se permitian alguna observacion

ó alguna pregunta sobre él, los monjes les imponian silencio con severo tono.

Si fuese á confiarle mis tormentos, pensaba yo, quizás me daria algun consejo útil; quizás él, que pasa su vida enteramente solo tan tristemente, se compadeceria de ver por la primera vez á un novicio acercársele para pedirle su favor. Los desgraciados se buscan y se comprenden. Tal vez tambien él es infeliz; tal vez simpatizará con mis tormentos. Levantéme, y antes de ir á buscarle pasé al refectorio. Un hermano lego partia pan; pedile y arrojóme un pedazo como si fuese yo un animal importuno. Hubiera preferido una injuria á esta muda y brutal piedad. Considerábaseme indigno de oir la voz humana, y se me arrojaba el alimento al suelo, como si en mi abyeccion se me hubiese reducido á arrastrarme con los irracionales.

Cuando hube comido este pan amargo y humedecido con mis lágrimas, me trasladé á la celda del padre Alejo. Estaba situada apartada de todas las demás, en la parte mas elevada del edificio, al lado del gabinete físico. Llegábase á ella por un estrecho balcon suspendido al exterior de la cúpula. Llamé, nadie me contestó, y entré. Hallé al padre Alejo dormido en su poltrona, con un libro entre sus manos. Su figura sombría y pensativa estuvo á pique de hacerme perder mi resolucion. Era un anciano de estatura regular, ancho de espaldas, encorvado mas por el estudio que por el peso de los años: su cráneo calvo, estaba cubierto aun hácia el occipucio por negros y encrespados cabellos, y sus facciones, aunque enérgicas, no carecian de finura: notábase en su macilenta cara una mezcla inexplicable de decrepitud y de fuerza viril. Pasé por detrás de su sillon sin hacer ruido alguno, temiendo enfadarle dispertándole bruscamente; pero á pesar de mis precauciones, notó mi presencia, y sin levantar su grave cabeza, sin abrir sus hundidos ojos y sin manifestar ni descontento ni sorpresa, me dijo:

— *Te escucho.*

— Padre Alejo.... le dije con tímida voz.

— ¿Porque me llamas padre? repuso sin cambiar de tono ni de actitud; tú no acostumbras á hacerlo así. No soy tu padre, antes bien tu hijo, aun cuando esté marchitado por la edad, mientras que tú permaneces siempre jóven, eternamente bello.

Este extraño discurso turbaba todas mis ideas; guardé silencio y el monje añadió:

— Pues bien, habla, te escucho. No ignoras que te amo como al hijo de mis entrañas, como al padre que me dió el ser, como al sol que me alumbra, como al aire que respiro, y aun mas que á todo esto.

— Ó padre Alejo, le dije maravillado y enternecido al oir salir palabras tan dulces de tan rígida boca, no es á mí miserable criatura á quien se dirigen sentimientos tan tiernos. No soy digno de semejante afecto, ni tengo la dicha de inspirarlo á persona alguna, mas puesto que os sorprendo en medio de un dichoso sueño, puesto que el recuerdo de un amigo alegra vuestro corazon, buen padre Alejo, séame favorable vuestro dispertar, que vuestra mirada caiga sobre mí sin cólera, y que vuestra mano no rechace mi humillada cabeza, cubierta con las cenizas del dolor y de la expiacion.

Hablando así, arrodilléme á sus pies y esperé que dirigiese sus ojos hácia mí. Mas apenas me vió se levantó como poseido de furor y de espanto al mismo tiempo. El rayo de la cólera brillaba en sus ojos, un frio sudor corria por sus despejadas sienes.

— ¿Quién sois? exclamó. ¿Qué me quereis? ¿Qué venis á buscar aquí? No os conozco.

Procuré en vano calmarle con mi humilde postura y con mis miradas suplicantes.

— Sois un novicio, me dijo, y nada tengo que ver con ellos. No soy ni un director de conciencias, ni un dispensador de gracias y de favores. ¿Porqué venis á espiarme en mi sueño? sin embargo no sorprendereis el secreto de mis pensamientos. Volved hácia los que os envian, decidles que poco me resta ya de vida y que pido se me deje tranquilo.

Salid, salid; tengo que trabajar. ¿Porqué habeis violado la consigna que prohibe el acercarse á mi laboratorio? Exponeis vuestra vida y la mia: idos pues.

Obedecí tristemente, y me retiré á paso lento, desanimado, quebrantado por los dolores, á lo largo de la galería exterior por donde habia venido. Habíame seguido hasta el exterior, como para asegurarse de que me marchaba. Cuando llegué á la escalera me volví, y vile de pie con sus ojos inflamados aun por la desconfianza. Con un gesto imperioso me ordenó alejarme. Probé obedecerle; mas no tenia ya fuerza para andar pues me faltaba para vivir. Perdí el equilibrio, rodé algunos escalones, y estuve á pique de ser arrastrado en mi caida por sobre la pendiente, y desde lo alto de la torre hacerme añicos en el pavimento.

El padre Alejo se arrojó hácia mí con la fuerza y la agilidad de un gato. Me cogió, y sosteniéndome en sus brazos:

— ¿Qué es pues lo que V. tiene? me dijo con un tono áspero pero lleno de solicitud. ¿Está V. enfermo, está V. desesperado, está V. loco?

Balbucié algunas palabras, y ocultando mi cabeza en su pecho, me deshice en lágrimas. Cogióme entonces como si fuese un niño de cuna, y me colocó en su poltrona, frotó mis sienes con un liquido espiritoso, y humedeció con él mis narices y mis labios frios. Despues, viendo que recobraba mis sentidos, me preguntó con agrado. Entonces le abrí toda mi alma, contéle las angustias á que se me abandonaba, hasta rehusarme el socorro de la confesion. Protesté de mi inocencia, de mis buenas intenciones, de mi paciencia, y me quejé amargamente de no tener un solo amigo que me consolase y me fortaleciese en esta prueba superior á mis fuerzas.

Escuchóme al principio con un resto de temor y de desconfianza, aclaróse despues poco á poco su frente austera, y al acabar la relacion de mis penas, gruesas lágrimas corrian por sus enjutas mejillas.

— ¡Pobre niño, me dijo, he ahi lo que me han hecho su-

frir á mí! ¡Víctima, víctima de la ignorancia y de la impostura!

Á estas palabras creí reconocer la voz que habia oido en la sacristía, y cesando de inquietarme por ello no pensé ya en pedirle explicaciones de está aventura; tan solo me llamó la atencion el sentido de esta exclamacion, y viendo que permanecia ensimismado, le supliqué me dejase oir otra vez su voz amiga, tan cara á mi corazon en medio de mi angustia.

— ¿Jóven, comprendísteis lo que hacíais cuando entrásteis en un claustro? ¿Os habeis dicho que íbais á encerrar vuestra juventud en la noche de la tumba y resolveros á vivir en los brazos de la muerte?

— Ó padre, le dije, lo he comprendido, lo he resuelto, lo he deseado, lo deseo aun; pero era para la vida del siglo, para la vida del mundo, para la vida de la carne, para la que consentia en morir.

— ¡Ah! ¡Tú has creido, hijo, que se te dejaria la del alma! ¿Te has entregado á sacerdotes, y has podido creerlo?

— He querido dar vida á mi alma, he tratado de elevar y purificar mi espíritu, á fin de vivir por Dios, en el espíritu de Dios; pero he ahí que en lugar de acogerme y de ayudarme se me arranca violentamente del seno de mi padre, y se me deja en las tinieblas de la duda y de la desesperacion....

— *¡Gustans gustavi paululum mellis et ecce morior!* dijo el monje con aire sombrío, sentándose en su cama; y cruzando sobre su pecho sus flacos brazos, cayó en una profunda meditacion.

Despues levantándose y andando precipitadamente por su celda:

— ¿Cómo os llamais? me dijo.

— Hermano Angel, para servir á Dios y honraros, contesté; pero no escuchó mi respuesta, y despues de un instante de silencio:

—Os habeis equivocado, me dijo, si quereis ser monje, si tratais de habitar el claustro, es preciso que cambieis todas vuestras ideas; de lo contrario *¡morireis!*

—¿Debo pues en efecto morir por haber probado la miel de la gracia, por haber creido, por haber esperado, por haber dicho: Señor, amadme?

—¡Si, por esto *morirás*! repuso con fuerte voz y paseando al rededor sus selváticas miradas, en seguida cayó otra vez en su delirio, y no fijó mas su atencion en mí. Empezaba á hacérseme penosa la permanencia á su lado; sus entrecortadas palabras, su aspecto áspero y desazonado, aquellos intervalos de sensibilidad seguidos al instante de una profunda indiferencia, todo en él tenia un carácter de alienacion. De pronto reiteró su pregunta y me dijo con un tono casi imperioso:

—¿Vuestro nombre?

—Ángel contesté, con suavidad.

—¡Ángel! exclamó mirándome con aire inspirado. Háseme pronosticado: «Hácia el fin de tus dias te será enviado un ángel, reconocerásle por la flecha que le atravesará el corazon. Te se presentará y te dirá: Arráncame esta saeta que me da la muerte.... y si lo ejecutas caerá en seguida la que te dislacera, cerraráse tu llaga y vivirás.»

—Padre, le dije, no conozco este texto, no lo he encontrado en parte alguna.

—Es que tú conoces pocas cosas, me contestó poniendo amistosamente su mano sobre mi cabeza; es que no has encontrado aun la mano que debe sanar tu herida; pero yo comprendo la palabra del *Espíritu* y te conozco. Tú eres el que debias presentárteme; te reconozco ahora, y tu cabellera es rubia como la cabellera del que te envia. Hijo, bendito seas, y cúmplase en tí el poder del *Espíritu*.... Tú eres mi querido hijo, y de hoy en adelante tú solo gozarás de todo mi cariño.

Estrechóme sobre su seno, y levantando los ojos al cielo parecióme sublime. Su fisonomía tomó una expresion que

solo podia comparar á la que habia visto en las cabezas de los santos y apóstoles, en los cuadros maestros que adornaban la iglesia del convento. Lo que habia tomado por extravío adquirió á sus ojos el carácter de la inspiracion. Creí ver un arcángel, y doblando mis rodillas prosternéme á sus pies.

Colocó entonces sus manos sobre mi cabeza, diciendo:

—Cesa de sufrir. Deje de rasgar tu seno la acerada saeta del dolor, no hiera mas á tu pecho el emponzoñado dardo de la injusticia y de la persecucion, no humedezca ya por mas tiempo la sangre de tu corazon insensibles mármoles. Sé consolado, sé curado, sé fuerte, sé bendito. Levántate.

Verifiquélo, y sentí mi alma inundada de un consuelo tal, y mi espíritu fortalecido por una esperanza tan viva que exclamé:

—Si, hase cumplido en mí un milagro, y reconozco que sois ahora un santo ante el Señor.

—No hableis asi, hijo mio, de un hombre débil y desdichado, me dijo con tristeza; soy un ser ignorante y limitado, de quien ha tenido compasion algunas veces el *Espíritu*. Alabado sea ahora pues he tenido el poder de curarte. Vé en paz; sé prudente, no me hables en presencia de persona alguna, y venme á ver siempre en secreto.

—No me despidais aun, padre, le díje, ¿quién sabe cuando podré volver? Hay penas tan severas contra los que se acercan á vuestro laboratorio, que se pasará quizás mucho tiempo antes de poder disfrutar de nuevo el encanto de vuestras palabras.

—Es preciso que te deje, y que *consulte*, repuso el padre Alejo. Es muy posible que se te persiga por la ternura que vas á acordarme, pero el Espíritu te dará fuerza para vencer todos los obstáculos, pues me ha predicho tu venida, y lo que debe cumplirse *está dicho*.

Sentóse en su poltrona y cayó en un profundo sueño. Contemplé por largo rato su cabeza, en la que se veia impresa una serenidad de sobrenatural belleza, en extremo

diferente en aquel momento de lo que me babia parecido al principio; besando despues con amoroso respeto la punta de su pardo hábito, retiréme sin hacer ruido.

Cuando cesé de experimentar el embeleso de su presencia, cuanto acababa de pasar entre los dos me pareció un sueño. Yo, tan creyente, tan ortodoxo en mis estudios, yo, á quien la sola palabra de herejía hacia estremecer de espanto y horror, ¿por qué frases habia sido fascinado y por cuál fórmula habia dejado unir clandestinamente mi destino á aquel destino desconocido? Alejo me habia inspirado el espíritu de desobediencia contra mis superiores, contra esos hombres á quienes debia creer y habia creido siempre infalibles. Habíame hablado de ellos con un profundo desprecio, con un odio concentrado, y me habia dejado sorprender por las figuras y la oscuridad de su lenguaje. Sin embargo mi memoria reproducia cuanto hubiera debido hacerme dudar de su fe, y me acordaba con terror de haberle oido citar ó invocar á cada instante el nombre del *Espíritu*, sin que nunca añadiese el epíteto sagrado, bajo el cual designábamos la tercera persona de la divina Trinidad. Quizás habia puesto sus manos en mi cabeza en nombre del maligno espíritu. Tal vez habia contraido alianza con los de las tinieblas al recibir las caricias y consuelos de aquel sospechoso monje. Hallábame turbado y agitado, y me fue imposible cerrar mis ojos en toda la noche. Lo mismo que la precedente dormime ya de dia y me levanté tarde. Me avergonzé entonces de haber faltado por tanto tiempo á mis ejercicios de piedad; entré en la iglesía y rogué ardientemente al Espíritu santo me iluminase y preservase de los lazos del tentador.

Sentíme tan triste y tan poco fortalecido al salir de la iglesia, que me consideré ya en camino de perdicion, y resolví confesarme. Escribí al padre Hegesipo suplicándole me escuchase; pero me hizo dar verbalmente por medio de uno de los mas groseros convertidos una contestacion insultante y una negativa absoluta. Al propio tiempo se me intimó

por aquel convertido de parte del prior la órden de salir de la iglesia, y de no poner nunca los pies en ella antes de la conclusion de los oficios de la noche. Aun mas, si algun religioso prolongaba su rezo en el coro, ó entraba en él para entregarse á algun acto de devocion particular, debia al momento purgar la casa del Señor de mi impuro hálito y ceder mi lugar á un servidor de Dios.

Esta inicua determinacion me causó tal impresion que se apoderó de mí una insensata cólera. Salí de la iglesia golpeando las paredes con mis puños como un furioso. El convertido me arrojó afuera llamándome blasfemador y sacrílego.

En el momento que atravesaba la puerta del fondo del coro que daba al jardin, faltó poco para que el sentimiento y la indignacion me privasen del uso de los sentidos. Vacilé; una nube cubrió mis ojos; pero pudo mas el orgullo que el dolor, y me abalancé hácia el jardin, volviéndome un poco de lado para hacer lugar á una persona que vi en el umbral de la puerta frente por frente de mí. Era un jóven de sorprendente hermosura y su vestido extranjero. Aun cuando le cubria una capa negra parecida á la de los superiores de nuestra órden, llevaba debajo una chaqueta corta de fino paño, sujeta por medio de un cinturon de cuero con hebilla de plata á la manera de los antiguos estudiantes alemanes. Al igual de ellos llevaba en lugar de las sandalias de nuestros monjes unos botines, y sobre el cuello de su camisa vuelto y mas blanco que la nieve, caia en grandes bucles dorados la mas hermosa cabellera blonda que hubiese visto en mi vida. Era alto, y su elegante actitud pareció revelar la costumbre de mandar. Lleno de respeto y de incertidumbre, le hice una lijera inclinacion. No me devolvió el saludo; pero sonrióse con aire tan bondadoso, y al mismo tiempo sus hermosos ojos de un severo azul se endulzaron para mirarme con tan tierna compasion, que nunca jamás se han borrado sus facciones de mi imaginacion. Detúveme, esperando que me hablaria, y persua-

diéndome segun la magestad de su aspecto, que tenia el poder de protegerme; pero el convertido que venia tras de mí, y que parecia no fijar su atencion en él, le obligó brutalmente á retirarse hácia la pared y me impelió de tal modo que faltó poco para caerme. No queriendo empeñarme en una deshonrosa lucha con aquel hombre grosero, me apresuré á salir; pero despues de haber dado tres pasos por el jardin volvime y vi al desconocido que habia permanecido de pie en el mismo lugar y me seguia con su vista llena de una afectuosa solicitud. El sol daba de lleno sobre su rostro, y sus cabellos heridos por su resplandor parecian despedir brillantes rayos. Suspiró y levantando sus hermosos ojos hácia el cielo, como llamando sobre mi el socorro de la justicia eterna y tomándola por testigo de mi infortunio, se volvió lentamente hácia el santuario, entró en el coro, y se perdió en la oscuridad, pues la brillante claridad del dia hacia perecer tenebroso el interior de la iglesia. Deseaba volver atrás á despecho del converso, seguir á este noble extranjero y participarle mis penas; ¿pero quién era él para acogerlas y hacerlas cesar? Por otra parte, si se atraia la simpatía de mi alma me inspiraba tambien una especie de temor, pues habia en su fisonomía tanta austeridad como agrado.

Subí á la celda del padre Alejo y le conté las nuevas crueldades ejercidas en mí.

—¿Porqué habeis dudado, hombre de poca fé? me dijo con aire triste. ¡Os llamais Ángel, y en lugar de reconocer el espíritu de vida que respira en vos, habeis querido arrojaros á los pies de un hombre ignorante, pedir vida á un cadáver! pues bien, ese estólido director os rechaza y os humilla. Habeis hallado el castigo en vuestra misma culpa, y vuestro sufrimiento nada tiene de noble, vuestro martirio nada de útil, porque sacrificais las fuerzas de vuestro entendimiento á ideas falsas ó mezquinas. Por lo demás, habia previsto ya lo que sucede; me temeis, é ignorais si soy el servidor de los ángeles ó el esclavo de los demonios. Habeis

pasado la última noche comentando mis palabras, y habíais resuelto esta mañana venderme á mis enemigos por una absolucion.

—¡Oh! eso no, exclamé yo; hubiérame confesado de cuanto me era personal, sin pronunciar vuestro nombre, sin soltar una sola de vuestras palabras. ¡Ay! ¿seríais tambien vos injusto para conmigo? ¿seré rechazado de todas partes? El templo de Dios se ha cerrado para mí, ¿lo estará tambien vuestro corazon? El padre Hegesipo me acusa de impío; ¡y vos, padre, me tachais de cobarde!

—Es que lo habeis sido, me contestó el padre Alejo. El poder de los monjes os intimida, su odio os espanta. Envidiais á los discípulos que tiernamente prefieren las distinciones y zalamerías que se les prodigan. No sabeis vivir solo, sufrir solo, amar solo.

—¡Pues bien! padre mio, es verdad, no sé existir sin afecto, tengo esta fragilidad, esta cobardía si quereis. Soy tal vez un carácter débil, pero siento en mí una alma tierna y necesito un amigo. Es mi espíritu tan tímido, que no halla en sí mismo fuerza para abrazar á ese Dios todopoderoso y arrancar de su mano los dones de la gracia. He menester de mediador entre el cielo y yo. Sonme precisos consejos, apoyos, intercesores. Es forzoso que me amen, que trabajen para mí y conmigo á mi salvacion. Es indispensable que ruegen conmigo, que me ayuden á esperar, que se me prometan las recompensas eternas; de otro modo dudo, no de la bondad de Dios, pero de la de mis intenciones. Tengo miedo del Señor, porque lo tengo de mí mismo. Me entibio, me desaliento, siento que desfallezco, mi celebro se turba y no distingo ya la luz del cielo de la del infierno. Busco un apoyo, y aunque este fuese un desapiadado dueño que me castigase sin cesar, le preferiria á un padre indulgente que me olvidase.

—¡Pobre ángel extraviado en el suelo! dijo el padre Alejo con enternecimiento; ¡chispa de amor desprendida de la auréola del Señor y condenada á anidar bajo la ceniza de

esta miserable vida! reconozco en tus tormentos la naturaleza divina que me animó en mi juventud, antes que hubieran cubierto mis ojos las tinieblas del endurecimiento, antes que hubiesen helado bajo el cilicio los latidos de este corazon ardiente, antes que mis comunicaciones con el espíritu las hubiesen hecho penosas, raras, dolorosas é incompletas para siempre. Harán de tí lo que han hecho de mí. Llenarán tu espíritu de punzantes dudas, de pueriles remordimientos y de imbéciles terrores. Te volverán enfermizo, viejo antes de tiempo, frágil de espíritu; y cuando habrás sacudido todas las trabas de la ignorancia y de la impostura, cuando te sentirás bastante iluminado para rasgar todas las vendas de la supersticion, ya no tendrás fuerza para ello. Tu fibra estará relajada, tu vista turbada, tu mano trémula, tu celebro perezoso y fatigado. Querrás levantar los ojos hácia los astros, y tu cabeza grávida caerá estúpidamente sobre el pecho; querrás leer, y ridículas fantasmas danzarán ante tu vista; querrás hacer revivir tus recuerdos, y mil resplandores inciertos fatigarán tu agotada memoria; querrás meditar, y te dormirás en tu silla. Y durante tu sueño, si el Espíritu te habla lo hará en términos tan oscuros que no podrás explicar al despertarte. ¡Ah! víctima, víctima, te compadezco y no puedo salvarte.

Hablando así tiritaba como un hombre calenturiento: su ardiente hálito parecia rarificar el aire de su celda, y hubiérase dicho al observar la exterminacion de su ser que le quedaban apenas algunos instantes de vida.

— Buen padre Alejo, le dije, ¿vuestra ternura para conmigo está ya pues fatigada? He sido débil y crédulo, es verdad; pero me parecíais tan fuerte que contaba encontrar en vos bastante calor para perdonar mi falta, para borrarla y fortalecerme de nuevo. Mi alma cae en la muerte con la vuestra; ¿no podeis como ayer hacer un milagro que nos reanime á los dos?

— El Espíritu no mora hoy en mí, dijo. Estoy triste, dudo de todo, y aun de tí. Vuelve mañana, quizás estaré iluminado.

— ¿Y qué será de mí hasta entonces?

— El Espíritu es fuerte, el Espíritu es bueno, quizás te ayudará directamente. En el ínterin quiero darte un consuelo para dulcificar los sinsabores de tu situacion. Conozco el motivo porque los monjes han adoptado contigo ese sistema de inflexible malignidad, pues obran así con todos aquellos cuyo espíritu de justicia y natural rectitud les inspira temor. Han presentido que eras un hombre de energía, sensible á los ultrajes, compasivo á los sufrimientos, enemigo de las feroces y viles pasiones; y hanse dicho: en semejante hombre no encontrarémos un cómplice sino un juez, y han tratado de hacer de tí lo que hacen de todos aquellos cuya virtud les atemoriza y cuyo candor les ata. Intentan embrutecerte, borrar en tí por medio de la persecucion toda nocion de lo justo y de lo injusto, embotar con inútiles sufrimientos toda especie de generosa energía. Quieren con misteriosos y viles complots, con enigmas mudos y castigos sin objeto habituarte á vivir brutalmente en el amor y estima de ti solo, á carecer de simpatías, á perder toda confianza, á despreciar toda amistad. Quieren hacerte desesperar de la bondad del Señor, disgustarte del rezo, obligarte á mentir ó á hacer traicion á tus hermanos en la confesion, hacerte envidioso, solapado, calumniador, delator. Quieren volverte perverso, estúpido é infame. Quieren enseñarte que el primero de los bienes es la intemperancia y la ociosidad; que para entregarse á ellos en paz es preciso prostituirlo todo, sacrificarlo todo, despojar todo recuerdo de grandeza, comprimir todo noble instinto. Quieren hacerte conocer el odio hipócrita, la venganza paciente, la cobardía y la ferocidad. Quieren que tu alma muera por haber saboreado la miel, por haber amado la suavidad y la inocencia. En una palabra quieren hacer de tí un monje. He ahí lo que intentan, hijo mio; he ahí lo que prosiguen de comun acuerdo, los unos por cálculo, los otros por instinto, los menos malos por debilibad, por obediencia y por temor.

—¿Qué oigo? exclamé: ¡en qué mundo de iniquidad haceis entrar mi trémula alma! ¡Padre Alejo, padre Alejo! ¡en qué abismo habria caido si así fuese! ¡Oh cielo! ¿no os engañais? ¿No os ciega el recuerdo de alguna injuria personal? ¿Este monasterio está solo habitado por monjes prevaricadores? ¿Debo buscar entre almas mas cándidas la fe y la caridad que un impuro demonio parece haber arrojado de estos malditos muros?

— En vano buscarás un convento menos pervertido, y de monjes de mejor conducta; todos son lo mismo. La fe está perdida en el suelo, y el vicio queda impune. Acepta el trabajo y el dolor, porque vivir es trabajar y sufrir.

— ¡Sí, acepto, acepto! pero quiero sembrar para recoger. Quiero trabajar en la fe y en la esperanza; quiero sufrir segun la caridad lo ordena. Huiré de este abominable receptáculo de crímenes, rasgaré esta túnica blanca, mentido emblema de una vida de pureza. Volveré al mundo, ó me retiraré á un solitario asilo para llorar sobre las faltas del género humano y preservarme del contagio....

— Muy bien, me dijo el padre Alejo estrechando entre sus manos las mias que retorcia en mi desesperacion, compláceme este movimiento de indignacion y ese rasgo de valor. He sufrido esas angustias y he formado tambien esas resoluciones. Como tú he querido huir, he deseado vivir entre los hombres del siglo ó encerrarme en cavernas inaccesibles; mas escucha los consejos que me dió el Espíritu al tiempo de mi prueba y grábalos en tu memoria:

«No digas: Viviré entre los hombres y seré el mejor de ellos, porque la carne es débil, y tu espíritu se extinguirá como el suyo en la vida de la carne.

«Tampoco digas: Me retiraré á la soledad, porque el espíritu del hombre se inclina al orgullo, y el orgullo corrompe el espíritu.

«Vive con los hombres que te rodean. Guárdate de su malicia. Busca tu soledad entre ellos. Aparta la vista de su iniquidad, mírate á tí mismo, y guárdate de aborrecerles

tanto como de imitarles. Hazles bien en el tiempo presente, no cerrándoles tu corazon ni tu mano. Hazles bien en su posteridad abriendo tu espíritu á la luz del *Espíritu.*

« La vida del siglo debilita, la vida del desierto irrita.

« Cuando un instrumento está expuesto á las intemperies de las estaciones, sus cuerdas se aflojan; cuando está encerrado falto de aire en un estuche, esas mismas cuerdas se rompen.

« Si escuchas el sentido de las palabras humanas, olvidarás el Espíritu, y no te será posible ya comprenderle. Pero si privas el que lleguen hasta tí los sonidos de la voz humana, olvidarás á los hombres y no te será dable enseñarles. »

Al recitar estos versículos de una Biblia desconocida, el padre Alejo tenia abierto el libro que habia visto ya entre sus manos, y volvia las hojas para consultarlo, como si hubiese ayudado su memoria con un texto escrito; pero las páginas de aquel libro estaban en blanco, y no parecian haber jamás sufrido la impresion de ningun carácter.

Este extravagante hecho despertó de nuevo mis inquietudes y empecé á observarle con curiosidad. Nada anunciaba en aquel momento en su aspecto el extravío ni aun la exaltacion. Cerró suavemente su libro, y hablándome con calma:

—Guárdate, me dijo comentando su texto, de volver al mundo, porque eres un niño débil, y si el viento de las pasiones hacia sentir sobre tí su soplo, extinguiria la luz de tu inteligencia. Quizás no serias bastante fuerte para resistir al aguijon de la concupiscencia y de la vanidad. En cuanto á mí, he huido del mundo porque era fuerte y porque las pasiones habian cambiado mi fuerza en furor: hubiera vencido la preocupacion y abatido la lujuria; pero hubiera sucumbido á las tentaciones de la ambicion y del odio, hubiera sido duro, intolerante, vengativo, orgulloso, es decir egoista. Ambos hemos nacido para el claustro. Cuando un hombre ha oido al Espíritu llamarle, aun cuando haya sido

una sola vez y débilmente, debe dejarlo todo para seguirle y permanecer en donde se le haya conducido, por mal que se encuentre. Volver hácia atrás ya no está en su poder, y cualquiera que ha despreciado una sola vez la carne por el espíritu, no puede nunca volver á los placeres de la carne, porque la carne rebelada se venga y quiere á su turno arrojar al espíritu. Entonces el corazon del hombre es el teatro de una lucha terrible, en donde la carne y el espíritu se devoran el uno al otro: el hombre sucumbe y muere sin haber vivido. La vida del espíritu es una vida sublime, pero penible y dolorosa. No es una vana precaucion el colocar entre el contagio del siglo y el reino de la carne paredes, muros de piedra y rejas de bronce. No es demasiado para encadenar el apetito de las cosas mundanas el bajar vivo á una tumba cerrada. Pero es bueno ver al rededor otros hombres dedicados al culto del espíritu, aun cuando sea solo en apariencia. Fue obra de un gran talento el instituir las comunidades religiosas. ¿Qué se ha hecho de aquel tiempo en que los hombres se amaban en ellas como hermanos y trabajaban de consuno, ayudándose caritativamente los unos á los otros á implorar, á perseguir al espíritu, á vencer los groseros consejos de la materia. Toda luz, todo progreso, toda grandeza ha salido del claustro; pero toda luz, todo progreso, toda grandeza deben perecer en él, si algunos de nosotros no perseveran en la espantosa lucha á que la ignorancia y la impostura entregan desde ahora en adelante á la verdad. Sostengamos este combate con encarnizamiento, prosigamos nuestra empresa, aunque tuviésemos contra nosotros toda la legion infernal. Si nos cortan ambos brazos, asiremos el buque con los dientes, porque el Espíritu está con nosotros. Aquí es donde habita; la desgracia caiga sobre los que profanan su santuario. Permanezcamos fieles á su culto, y si somos mártires inútiles, no seamos á lo menos cobardes desertores.

—Teneis razon, padre, le contesté yo, impresionado por las palabras que decia. Vuestra doctrina es la de la sa-

biduría. Quiero ser vuestro discípulo y guiarme tan solo por vuestras decisiones. Decidme lo que debo hacer para conservar mi fortaleza y proseguir animosamente la obra de mi salvacion en medio de la persecuciones que se me suscitan.

—Sufrirlas todas con indiferencia, respondió, esta será una tarea fácil, si consideras lo poco que vale el aprecio de los monjes, y la debilidad de sus medios contra nosotros. Podrá suceder que á la vista de una víctima inocente como tú, y como tú maltratada, sentirán arder la indignacion en sus entrañas, pero tu papel, en lo que te concierne personalmente, es sonreirte, y esta es la única venganza que debes tomar contra sus vanos esfuerzos. Por lo demás tu indiferencia debilitará su animosidad. Lo que desean es hacerte insensible á fuerza de dolor; sélo á fuerza de valor ó de razon: son imbéciles y se engañarán. Enjuga tus lágrimas, toma una fisonomía sin expresion, acusa gran sueño y mucho apetito, no pidas mas la confesion, no te presentes mas en la iglesia, ó finge estar en ella incómodo ó indiferente. Cuanto te verán así, no tendrán ya miedo de tí, y dejando de representar tan sórdida comedia serán indulgentes para contigo, como lo es un maestro perezoso para con un discípulo inepto. Haz lo que te digo, y antes de tres dias te predigo que el padre prior te mandará presentarte á él para hacer paces contigo.

Antes de dejar al padre Alejo le hablé del personaje que habia encontrado al salir de la iglesia y le pregunté quien podia ser. Al principio me escuchó con preocupacion, meneando la cabeza, como para darme á entender que ni conocia, ni se cuidaba de conocer dignatario alguno de la órden; pero á medida que le detallaba las facciones y el traje del desconocido, su vista se animaba, y prontó me abrumó con precipitadas preguntas. El minucioso cuidado que puse en contestar acabó de grabar en mi memoria el recuerdo de aquel que esperaba ver aun y que no volvería á ver mas.

Por fin el padre Alejo, cogiendo mis manos con gran expresion de ternura y alegría exclamó.

— ¿Es posible? ¿Es posible? ¿has visto tú eso? ¿Ha vuelto pues? ¿Está pues con nosotros? ¿Te ha conocido? ¿Te ha llamado? ¡Él arrancará la flecha de tu corazon? ¡Eres pues ciertamente tú, mi querido hijo, tú quien le has visto!

— ¿Quién es pues, padre mio, este amigo desconocido hácia el que se ha lanzado mi corazon al momento? Hacédmelo conocer, conducidme hácia él; decidle que me ame como yo os amo y como parece me amais vos tambien. ¡Con qué reconocimiento no abrazaria yo á aquel cuya vista llena vuestra alma de tanta alegría!

— No está en mi poder el irle á encontrar, respondió el padre Alejo, él es quien viene hácia mí, y es preciso esperarle. Sin duda le veré hoy, y te diré lo que deba decirte: hasta entonces no me hagas pregunta alguna; me está vedado el hablar de él, y te prevengo no digas á nadie lo que acabas de decirme.

Objeté que no me habia parecido que el extranjero obrase de un modo misterioso, y que el hermano convertido debia haberle visto. El padre sacudió la cabeza sonriéndose.

— Los hombres de la carne no lo conocen, dijo.

Aguijoneado por la curiosidad subí aquella misma noche á la celda del padre Alejo, pero rehusó abrirme la puerta.

— Déjame solo, me dijo, estoy triste, no podria consolarte.

— ¿Y vuestro amigo? le pregunté tímidamente.

— Cállate, respondió con tono absoluto; no ha venido; ha partido sin verme; quizás volverá. No te inquietes por ello. No le gusta que hablen de él. Vete á dormir, y mañana pórtate del modo que te he prescrito.

En el momento mismo de marcharme me llamó para preguntarme:

— ¿Ángel, ha hecho sol esta mañana?

— Si, padre mio, un hermoso sol, una brillante mañana.

— ¿Y cuando has encontrado á esa persona, brillaba el sol?

— Si, padre mio.

— Bueno, bueno, repuso él, hasta mañana.

Seguí el consejo del padre Alejo y permanecí en la cama todo el dia. Por la tarde bajé al refectorio cuando toda la comunidad estaba reunida, y abalanzándome hácia un plato de comida caliente, lo devoré con avidez; despues colocando los codos sobre la mesa, en lugar de poner atencion á la vida de los santos que leian en alta voz, y que acostumbraba á escuchar con recogimiento, fingí caer en una brutal soñolencia. Entonces los otros novicios que habian desviado la vista con horror cuando me habian visto doliente y contrito, se pusieron á reir de mi embrutecimiento y oí á los superiores avivar esta crasa alegría con la suya. Continué esta ficcion durante tres dias, y como me lo habia pronosticado el padre Alejo, se me mandó acudir la tarde del tercer dia á la celda del prior. Comparecí ante él con actitud temorosa y sin dignidad, afectando maneras desaliñadas, un aire torpe, y una alma embotada. Hacia todo esto, no para reconciliarme con aquellos hombres que empezaba ya á despreciar, sino para ver si el padre Alejo los habia juzgado bien. Pude convencerme de la exactitud de sus palabras, al oir al prior que me anunciaba haberse conocido por fin la verdad, y que habia sido injustamente acusado de una falta que un novicio acababa de confesar.

El prior debia, decia él, en atencion á la contricion del culpable y al espíritu de caridad, ocultarme su nombre y la naturaleza de su falta, pero me exhortaba á que volviese á ocupar mi puesto en la iglesia y mis estudios en el noviciado, sin conservar ni odio ni rencor contra persona alguna. Añadió despues mirándome atentamente.

— Sin embargo, tiene V. derecho, mi querido hijo á una pública reparacion ó á una compensacion agradable por la injusticia que ha sufrido V. Elija V., ó recibir en presencia

de toda la comunidad las excusas de los novicios que por sus oficiosas relaciones nos han inducido en error, ó bien estar dispensado durante un mes de la asistencia á los oficios de la noche.

Deseando proseguir en mis experimentos, escogí la última oferta, y en seguida vi al prior tomar conmigo un aire de benevolencia y familiaridad. Abrazóme, y habiendo entrado en este instante el padre tesorero:

— Todo está arreglado, dijo; este muchacho pide como única indemnizacion de la pena involuntaria que le hemos ocasionado un poco de reposo durante un mes. Por lo demás acepta humildemente las excusas tácitas de sus acusadores, y toma su partido sobre todo esto con mucha dulzura y una amable indiferencia.

— Sea así, dijo el tesorero con estrepitosa risa y golpeando mi mejilla con familiaridad; así es como nosotros le queremos; necesitámosle así, con este apacible y buen carácter.

El padre Alejo me dió otro consejo, y fue el de pedir el permiso de dedicarme á las ciencias, y de ser su discípulo y el preparador de sus experimentos físicos y químicos.

— Verán con placer que aceptes este empleo, me dijo, porque lo que mas se teme aquí es el fervor y el ascetismo. Cuanto puede desviar la inteligencia de su verdadero fin y aplicarla á las cosas materiales, es secundado por el prior. Mas de cien veces me ha propuesto unirme algun discípulo, y temiendo encontrar un espía y un traidor en los sugetos que me proponian, he rehusado siempre bajo diferentes pretextos. Una vez se me quiso hacer la forzosa sobre este punto, pero declaré que no me ocuparia mas de la ciencia y que abandonaria el observatorio, si no se me dejaba vivir solo y á mi gusto. Cedieron, porque por una parte no habia nadie que pudiese reemplazarme, y los monjes fundan una gran vanidad en parecer sabios, y en acompañar á los viajeros á sus gabinetes y bibliotecas; y por otra, porque saben que no me falta energía, y han preferido desembara-

zarse de ella en provecho de las especulaciones científicas, que no dan aquí celos, que empeñarse en una lucha en la que mi alma no se hubiera doblegado jamás. Vé pues, diles que has obtenido de mí permiso para dirigir tu peticion. Si vacilan, finge despecho, toma un aire sombrío, durante algunos dias quédate sin cesar prosternado en la iglesia, gime, suspira, muéstrate huraño, exaltado en tu devocion, y temiendo no te vuelvas santo tratarán de hacer de tí un sabio.

Encontré al prior aun mejor dispuesto á acoger mi demanda de lo que me lo habia hecho esperar el padre Alejo. Hubo en la mirada penetrante que fijó sobre mí, al recibir mis palabras de agradecimiento, un no sé que de mordaz y satírico, equivalente á la accion de un hombre que se frota las manos. Abrigaba en su alma un pensamiento que ni el padre Alejo ni yo habíamos presentido.

Se me dispensaron en seguida una gran parte de mis ejercicios religiosos, á fin de poder dedicar este tiempo al estudio, y aun se colocó mi cama en una pequeña celda próxima á la del padre Alejo, á fin de que por la noche pudiese entregarme con él á la contemplacion de los astros.

Desde este momento fue cuando contraje con el padre Alejo una estrecha amistad, que cada dia tomaba incremento por el descubrimiento de los inagotables tesoros de su alma. No ha existido jamás sobre la tierra un corazon mas tierno, una solicitud mas paternal, una paciencia mas angélica. Puso en mi instruccion un celo y una perseverancia que no habia gratitud bastante con que pagar. Así es que es difícil explicar la ansiedad con que veia deteriorarse su salud de dia en dia. ¡Con qué cariño le cuidaba noche y dia, tratando de adivinar sus menores deseos en sus miradas extinguidas! Mi presencia parecia haber devuelto la vida á su corazon, por largo tiempo vacío de afecto humano, y segun su expresion, hambriento de cariño. Pero al mismo tiempo que su espíritu cobraba vigor y actividad, su cuerpo se debilitaba progresivamente. No dormia ya casi, su

estómago solo podia digerir líquidos, y sus miembros permanecian alternativamente paralíticos dias enteros. Sentia aproximarse su fin con serenidad, sin temor y sin impaciencia. En cuanto á mí le veia perecer con desesperacion, porque me habia enseñado un mundo desconocido; mi corazon ávido de amor se cernia con placer en esta vida de sentimiento, de confianza, y de efusion que acababa de revelarme.

Habíanse desvanecido todos los pensamientos que al principio habian acudido á mi imaginacion, acerca el desórden posible de su celebro. Perecióme ya siempre que su exaltacion misteriosa era el vuelo del genio, cada vez se me hacia mas inteligible su oscuro lenguaje, y cuando no le comprendia bien lo atribuia á mi ignorancia, y vivia en la esperanza de llegar á penetrarle perfectamente.

Sin embargo esta felicidad no carecia de nubes. En el fondo de mi timorata conciencia habia una especie de gusano roedor. Parecíame que el padre Alejo no creía en Dios segun las leyes de la Iglesia cristiana. Aun mas, parecíame á veces que no servia al mismo Dios que yo. Jamas estábamos en abierta desidencia sobre punto alguno, porque evitaba cuidadosamente toda relacion entre los asuntos de nuestros estudios científicos y las doctrinas del dogma. Pero parecia que naturalmente nos hiciésemos la concesion, él de no atacarlo, yo de no defenderlo. Cuando por acaso sometia á su decision un caso de conciencia ó una dificultad teológica, rehusaba explicarse diciéndome:

—Esto no es de mis atribuciones; teneis doctores versados en esta materia, id á consultarles en cosas de culto, no me pierdo en el laberinto escolástico; sirvo á mi maestro como entiendo, y no pregunto á ningun director lo que debo admitir ó rechazar; mi conciencia se halla en paz consigo misma, y soy demasiado viejo para ir al confesonario á tranquilizarme.

Su tema favorito era hablar sobre *la carne y el espíritu*, pero aun cuando no se mostrase nunca su oposicion con las

fe, trataba siempre estas materias mas bien como un filósofo metafísico que como un servidor zeloso de la Iglesia católica romana.

Habia tambien notado una cosa que me daba mucho que pensar. Á menudo mostrábase preocupado con respeto á mi instruccion científica, y entonces me hacia emprender experiencias químicas que yo mismo graduaba de insignificantes y toscas, gracias á las lecciones que me habia dado; despues me interrumpia en seguida en medio de mis manipulaciones para hacerme buscar en desconocidos libros aclaraciones que calificaba él de preciosas. Leía en voz alta empezando á la página que me indicaba, por espacio de dos largas horas. Durante este tiempo se paseaba arriba y abajo, levantando sus ojos al cielo con entusiasmo, pasando lentamente la mano sobre su frente despejada, y exclamando de rato en rato: *¡Bueno! ¡bueno!* En cuanto á mí, pronto habia notado que no eran artículos aquellos de ciencia pura y precisa, sino páginas llenas de una filosofía audaz y de una moral desconocida. Continuaba algun tiempo por respeto, esperando siempre que me interrumpiria, pero viendo que me dejaba adelantar, empezaba á temer por mi fe, y cerrando de golpe el libro, le decia:

—Pero, padre mio, ¿no son herejías lo que estamos leyendo? ¿Creeis que nada hay en estas páginas, demasiado hermosas quizás, que sea contrario á nuestra santa religion?

Al oir estas palabras deteníase bruscamente en medio de su paseo con aire desalentado, me tomaba el libro de las manos, y lo arrojaba sobre la mesa diciéndome:

—¡No sé! no sé, hijo mio, soy una criatura enferma y limitada, no puedo juzgar sobre estas cosas, las leo, pero sin decir que sean buenas ni malas. ¡No sé! ¡no sé! trabajemos.

Y nos poníamos los dos á elaborar, sin atrevernos, yo á profundizar mis pensamientos, él á comunicarme los suyos.

Lo que mas me enojaba era oirle citar é invocar sin cesar

las revelaciones de un Espíritu todopoderoso que jamás designaba claramente. Daba á este nombre de Espíritu la extension mas vaga. Tan pronto parecia servirse de él para calificar á Dios creador é inspirador de todas las cosas, como reducia las proporciones de esta esencia universal, hasta personificar una especie de genio familiar, con el cual hubiese tenido como Sócrates comunicaciones cabalísticas. En tales momentos se apoderaba de mí un terror tal, que no me atrevia á dormirme; me recomendaba á mi ángel custodio y murmuraba fórmulas de exorcismo, cada vez que mis pesados ojos veian pasar las visiones de los sueños. Volvíase tan débil entonces mi espíritu, que aun tenia tentaciones de irme á confesar con el padre Hegesipo: si no lo hacia, era porque siendo inalterable mi ternura hácia el padre Alejo, temia perderle con mis confesiones, por mas cuidado y reserva que pusiese. Sin embargo las dos cosas que mas me habian inquietado no tenian ya lugar. Cuando mi maestro se dormia con un libro en la mano, la cabeza inclinada en la actitud de un hombre que lee, al despertar de su sueño no se persuadia ya haber leido, ni me referia las sentencias imaginarias que pretendia habér encontrado en dicho libro. Además no veía ya el cuaderno de blancas páginas, en el que leía de corrido, afectando empezar de nuevo y volver las hojas como hubiera hecho con un verdadero libro. Podia atribuir estas extrañas prácticas á una debilidad pasajera de sus facultades mentales, síntoma doloroso de la enfermedad de que acababa de salir y de que no se acordaba ya, por lo que me guardaba bien de mentárselo por no afligirle. Si su estado físico se empeoraba, á lo menos su celebro parecia enteramente haberse restablecido; pensaba y no soñaba ya.

Como no se curaba de su salud y no queria sujetarse á régimen alguno, habia ya perdido toda esperanza de verlo restablecido. Desechaba todas mis instancias, diciendo que el decreto del destino era inevitable, y hablando con una resignacion enteramente cristiana de la fatalidad, que pare-

cia concebir al modo que los musulmanes. Finalmente, habiéndome arrojado un dia á sus pies, y suplicádole llorando que consultase á un célebre médico que se hallaba entonces en aquel pais, vile ceder á mis votos con melancólica complacencia.

—Tú lo quieres, me dijo, ¿pero qué utilidad hay en ello? ¿Qué puede un hombre sobre otro hombre? ¡Levantar un poco las fuerzas de la materia, retener en ella el soplo animal por algunos dias mas! ¡el espíritu solo obedece al soplo del Espíritu, y el Espíritu que reina sobre mí no cederá á la palabra del médico, de un hombre de carne y hueso! Cuando sonará la hora señalada, será preciso restituir la chispa de mi alma al hogar que me la prestó. ¿Qué harás tú de un hombre niño, de un viejo idiota, de un cuerpo sin alma?

Consintió sin embargo en recibir la visita del médico. Este se pasmó al verle, de encontrar un hombre tan jóven (el padre Alejo no tenia mas que sesenta años) y de una constitucion tan robusta, en tal estado de abatimiento. Juzgó que los trabajos de la inteligencia habian arruinado aquel cuerpo demasiado descuidado, y me acuerdo que le dijo las siguientes palabras proverbiales que hirieron mis oidos por primera vez:

—Padre mio, la hoja ha gastado la vaina.

—¿Qué importa una vaina mas ó menos, no es indestructible la hoja?

—Si, respondió el doctor, pero puede tomarse cuando la vaina usada no la protege.

—¿Qué importa que una hoja mellada se tome? repuso el padre Alejo; está ya fuera de servicio, es preciso volver el metal á la hornaza para ser elaborado y empleado de nuevo.

Viendo el doctor que era yo el único que me interesaba sinceramente por el padre Alejo, me llamó á parte y me preguntó detalladamente acerca su género de vida. Cuando supo por mí el excesivo trabajo á que se abandonaba mi

maestro y la excitacion que sostenia en su celebro, dijo hablando para sí:

—Es evidente que el horno á dado demasiado calor; la sublime llama lo ha devorado todo, será preciso probar el extinguirla un poco.

Prescribió por escrito el régimen que debia seguirse, y me previno lo hiciese ejecutar fielmente; despues de lo cual pidió á su enfermo el permiso de abrazarle, pues los pocos instantes que habia pasado á su lado habian sido suficientes para granjearle su corazon. Esta señal de simpatía hácia mi maestro me afectó y entristeció profundamente; este beso se parecia á un eterno adios. El doctor debia volver al pais á fines de la estacion en que acabábamos de entrar.

Los remedios qué habia prescrito produjeron al principio un efecto maravilloso. Mi buen maestro recobró el uso y actividad de sus miembros, su estómago adquirió robustez, y gozó algunas noches de un sueño apacible. Pero mi gozo no fue de larga duracion, pues que á medida que se fortificaba su cuerpo, su espíritu se volvia melancólico. Á la melancolía se siguió la tristeza, á la tristeza el estupor, al estupor el desórden. Despues todas estas faces se presentaron alternativamente en el mismo dia, y todas sus facultades perdieron el equilibrio. Vi reaparecer aquellas somnolencias, durante las cuales su cerebro trabajaba penosamente sobre quimeras. Vi tambien presentarse de nuevo el maldito libro blanco que tanto disgusto me habia causado, y no solo leia en él, sino que trazaba cada dia caracteres imaginarios, con una pluma que nunca se acordaba de mojar con la tinta. Un profundo tedio y una secreta inquietud parecian minar los destendidos resortes de su alma. Sin embargo, continuaba manifestándome la propia bondad y la misma ternura; probaba á pesar mio el continuar mis lecciones, pero se amodorraba al cabo de un instante, y despertándose asustado, me cogia por el brazo diciéndome:

—¿No obstante, tú le has visto, no es verdad? ¿Le has

visto bien? ¿Y no le has visto mas que una vez?

— ¡Ó mi querido maestro, le decia! ¡que no pueda conducir á vuestro lado á ese amigo que tanto amais! su presencia aliviaria vuestro mal y reanimaria vuestra alma.

Pero entonces se despertaba del todo y me decia:

— Cállate, imprudente, cállate; ¿de qué estás hablando? ¿Deseas pues que no vuelva, y que muera sin haberlo visto otra vez?

No me atrevia á añadir una sola palabra, ya no abrigaba curiosidad alguna. Solo me quedaba el dolor, y el sentimiento de un vago espanto era el único que venia á veces á mezclarse con aquel.

Una noche que postrado de fatiga me habia dormido algo mas pronto y mas profundamente de lo acostumbrado, tuve un sueño. Soñé que volvia á ver al hermoso desconocido cuya ausencia afligia tanto á mi maestro. Se acercaba á mi lecho, é inclinándose hácia mí, me hablaba al oido: — No digas que estoy aquí, me decia; porque ese obstinado anciano se empeñaria en verme, y no quiero visitarle hasta la hora de su muerte. Supliquéle que se presentase á mi maestro, que suspiraba ardientemente por ello, y que los dolores de su alma eran dignos de compasion. Me dispertaba entonces y me incorporaba en la cama, porque tenia el espíritu afectado por esta vision y necesitaba abrir los ojos y extender los brazos para convencerme de que era un fantasma creado por el sueño. Por tres veces se me apareció este jóven con toda su bondad y belleza. Su voz resonaba en mi oido como los lejanos sonidos de una lira, y su presencia despedia un perfume como el de los lirios al salir el sol. Por tres veces le dirigí igual súplica, y por tres veces me desperté y convencí de que era un sueño; pero á la tercera oí al padre Alejo que desde la vecina celda me llamaba con vehemencia. Corrí á su encuentro, y al resplandor de una lamparilla que ardia sobre la mesa víle sentado en su cama, con los ojos encendidos, la barba erizada y como fuera de sí.

— ¡Le habeis visto! me dijo con una voz fuerte y brusca muy diferente de su timbre ordinario. ¡Le habeis visto y no me habeis avisado! ¡Os ha hablado y no me habeïs llamado! ¡Os ha dejado y no le habeis enviado hácia mí! ¡Desdichado! ¡serpiente avivada en mi seno! ¡me habeis robado mi amigo, y mi huésped se ha vuelto el vuestro! ¡víbora! ¡me habeis vendido, me habeis despojado, me dais la muerte!

Se echó atrás sobre su almohada y perdió el sentido por algunos instantes. Creí que acababa de espirar, y froté sus heladas sienes con la esencia que acostumbraba á usar cuando se veía amenazado de desfallecimiento. Calenté sus pies con mi vestido, y sus manos con mi aliento. No percibia ya el ruido del suyo, y sus dedos estaban envarados por un frio mortal. Empezaba á desesperarme cuando volvió en sí, y levantándose suavemente, apoyó su cabeza sobre mi espalda.

— Ángel, ¿qué haces á mi lado á estas horas? me dijo con inefable bondad. ¿Estoy, pues, mas enfermo que de costumbre? Pobre hijo mio, yo soy la causa de tus zozobras y de tus fatigas.

No quise decirle lo que habia acontecido, y aun menos pedirle cuenta de la increible coincidencia de su vision con la mia: temia suscitar su delirio. Parecia no haber conservado el menor recuerdo, y exigió me volviese á mi cama. Obedecí, pero permanecí atento á todos sus movimientos; parecióme que dormia y que su respiracion era difícil; su opresion aumentaba y disminuia como el lejano rumor del mar. Por fin me pareció mas aliviado, y sucumbí al sueño; pero al cabo de pocos instantes despertóme el sonido de una voz enérgica que no se parecia á la suya.

— No, tú no me has conocido jamás, no me has comprendido nunca, decia esta severa voz; he venido hácia tí mas de cien veces, y tú no has osado pertenecerme una sola, ¿pero qué se puede esperar de un monje, sino la perplejidad, la cobardía y el sofisma?

— ¡ Pero te he amado! respondió la voz lastimera y débil del padre Alejo. Lo sabes , te he implorado, te he seguido , he empleado todas las potencias de mi ser en penetrar el sentido de tus parábolas , te he invocado de rodillas , he abandonado el culto de los hebreos , he dejado al Dios de los judíos y de los gentiles convelerse dolorosamente sobre su sangriento patíbulo , sin concederle una lágrima , sin dirigirle una sola plegaria.

— ¿Y quién te lo habia mandado así? repuso la voz. ¡Monje ignorante , filósofo sin entrañas ! ¡ mártir sin entusiasmo y sin fe ! ¿ te he prescrito nunca el despreciar al Nazareno ?

— No , tú nunca te has dignado pronunciarte sobre cosa alguna , y no has querido mostrar la luz al que por tí hubiera pasado por todas las idolatrías. Tú lo sabes , si lo hubieses deseado hubiera hecho pedazos el hábito y ceñido la espada ; hubiera hecho resonar mi palabra , y predicado tu evangelio en las cuatro partes del mundo ; hubiera llevado á ellas el acero y el fuego ; hubiera destruido la faz de las naciones é impuesto tu culto á los humanos desde sur á norte, desde poniente á levante. En mí residia la voluntad , el poder ; tan solo tenias que decir : ¡ Marcha ! y poner la tea en mi mano y marchar delante de mí como una estrella; hubiera en tu nombre encadenado los mares y trasportado las montañas. ¡ Porqué no has de haberlo querido ! ¡ hubieras tenido altares y yo hubiera vivido ! ¡ tú serias mi dios y yo seria tu profeta !

— Si , si , dijo el desconocido acento , abrigas la ambicion y el orgullo de consuno , y si te hubiese alentado hubieras consentido en ser tú mismo un dios.

— Ó maestro, no me desprecies , no hagas irrision de mí. Tenia estos instintos y los he atacado. Has conducido mis votos temerarios , mi insensata audacia, y te he sacrificado todos mis sueños. Me has dicho que la violencia no gobernaba los siglos , y que el *Espíritu* no habitaba en la atmósfera de sangre y en el tumulto de los ejércitos. Me has dicho

que era preciso buscarle en la oscuridad, en la soledad, en el silencio y el recogimiento. Me has dicho que se le encontraba en el estudio, en el desprendimiento, en una vida humilde y retirada en las vigilias, en la meditacion, en la incesante aspiracion del alma. Me has dicho que le buscase en las entrañas de la tierra, en el polvo de los libros, en los gusanos del sepulcro, y hele buscado donde me has dicho y sin embargo no lo he encontrado, ¡y voy á morir en el horror de la duda y en el espanto de la nada!...

—¡Cállate, cobarde blasfemador! replicó la tonante voz; es la sed de gloria la que causa tus penas, es tu orgullo el que te impele á la desesperacion. ¡Gusanillo soberbio, que no puedes someterte á bajar á la tumba sin haber penetrado el secreto de la omnipotencia! ¿Pero qué importa al inexorable pasado, á los innumerables seres futuros, que un monje mas ó menos haya vivido en la impostura y muerto en la ignorancia? ¿Perecerá la inteligencia universal porque un benedictino haya ergotizado sofísticamente contra ella? ¿Será destronada la potencia infinita porque un monje astrónomo no haya podido medirla con sus compases y sus lentes?

Una risa cruel resonó en la sala, y la voz de mi maestro contestó con un lastimero gemido. Habia yo escuchado este diálogo con una penosa angustia. De pie cerca de la puerta entreabierta, los pies desnudos sobre el suelo, deteniendo mi respiracion, habia tratado de ver al huésped desconocido de esta aciaga noche, pero la lámpara se habia apagado y mis ojos turbados por el miedo no podian atravesar las tinieblas. El dolor de mi maestro reanimó mi valor, entré en su celda, encendí la lámpara con fósforo y me acerqué á su cama. Únicamente los dos nos encontrábamos en el cuarto, ningun ruido, ningun desórden atestiguaba la precipitada partida de su interlocutor. Vencí mi espanto para ocuparme de mi maestro, cuya desesperacion me destrozaba. Sentado sobre su almohada, el cuerpo enteramente doblado como si una formidable mano hubiese quebrantado

sus lomos, ocultaba su cara entre sus rodillas convulsas, sus dientes daban unos con otros, y torrentes de lágrimas bañaban su rostro. Arrodilléme á su lado, mezclé mis lágrimas con las suyas, y le prodigué filiales cariños. Se abandonó por algunos instantes á esta efusion simpática, y exclamó repetidas veces arrojándose á mi seno:

— ¡Morir! ¡morir desesperado! ¡morir sin haber vivido, y no saber si se muere para revivir!

— Padre mio, mi querido maestro, no sé que tristes visiones turban vuestro sueño y el mio. No sé que fantasma ha entrado aquí esta noche para tentarnos y amenazarnos; pero ya sea un ministro del Dios vivo que viene á inspirarnos un terror saludable, ya un espíritu de las tinieblas que viene para dañarnos haciéndonos desesperar de la bondad del Ser supremo, haced cesar esas cosas sobrenaturales volviendo á entrar en el gremio de la santa Iglesia. Conjurad los demonios que os sitian, ó atraeos el favor de los ángeles que os visitan recibiendo los sacramentos y permitiéndome recitar los rezos de nuestro santo rito....

— Déjame, déjame mi querido Ángel, dijo repeliéndome con suavidad, no fatigues mi celebro con pueriles discursos. Déjame solo, no turbes tu sueño y el mio con vanos temores. Todo esto es una ilusion y me siento ya enteramente bien: las lágrimas me han aliviado; las lágrimas son una lluvia benéfica despues de la tempestad. No te maraville nada de cuanto pueda decir. Cuando se acerca la muerte, el alma, en sus esfuerzos para romper los lazos que la unen á la materia, sufre extrañas angustias; pero el espíritu la reanima y la asiste, dicen, en el momento solemne.

Por la mañana, recibí órden de presentarme al prior. Bajé á su cuarto; me dijeron que estaba ocupado y que le esperase en la sala del capítulo que estaba contigua, entré en esta sala, y dí una vuelta al rededor; creo que era la segunda vez que habia penetrado en ella, y nunca habia tenido tiempo para contemplar su arquitectura, que era grandiosa y severa. Por lo demás en este instante tampoco

podia fijar mi atencion mas que á medias. Estaba postrado á consecuencia de las emociones de la pasada noche, turbado y espantado en mi conciencia, y sobre todo afligido por los dolores físicos y morales de mi querido maestro. Además, la conversacion á que me habia invitado el prior no dejaba de causarme alguna inquietud, pues habia descuidado notablemente mis deberes religiosos desde que era discípulo del padre Alejo, y yo mismo me hacia serios reproches.

Sin embargo, paseando mis melancólicas miradas á mi alrededor para distraerme de estas tristezas y fortalecerme contra estas aprehensiones, me sorprendió el bello órden de esta antigua sala cimbrada con un fuerza y destreza desconocida de nuestros modernos arquitectos. Unas pechinas pegadas á las paredes daban nacimiento á unos follajes de piedra que se entrecruzaban en arco en la bóveda, y debajo de estas pechinas estaba colgado el retrato de un dignatario ó de un personaje ilustre de la órden. Todos ellos eran magníficos cuadros, montados en lujosos marcos; y esta larga galería de graves personajes vestidos de negro, tenia un no sé qué de imponente y fúnebre. Estábamos en los últimos hermosos dias del otoño: el sol entrando por las altas ventanas difundia sus rayos de un amarillo pálido sobre las facciones austeras de aquellos respetables difuntos, y comunicaba un resto de brillo á los macizos dorados ennegrecidos por el tiempo. Un profundo silencio reinaba en los corredores y jardines, y las bóvedas transmitian el eco de mis pasos.

De pronto me pareció oir otros tras de los mios, los cuales tenian algo de tan firmes y solemnes, que creí fuese el pior. Volvíme para saludarle; pero no ví á nadie y creí haberme engañado. Empezé á andar otra vez, y por segunda y tercera vez oí aquellos pasos, aun cuando estaba absolutamente solo en la sala. Comenzaron de nuevo los temores que me habian asaltado ya, y pensaba en huir de aquel lugar; pero forzado á esperar al prior, no me era posible, y

traté de hacerme superior á mi debilidad, y atribuir estas ilusiones á la postracion en que se hallaban mi cuerpo y mi espíritu. Para desasirme de ellas me senté sobre un banco, frente por frente del cuadro que ocupaba el centro de los demás. Representaba nuestro patron el gran san Benito. Esperaba que la contemplacion de esta bella pintura ahuyentaria las visiones de que estaba poseido, cuando me pareció reconocer en la cabeza pálida y dolorosamente extática del santo, las facciones del desconocido que habia encontrado una mañana en el umbral de la iglesia. Me levanté y me volví á sentar; me acerqué y retrocedí algunos pasos, y cuanto mas miraba, mas me convencia de que era la misma fisonomía, la misma expresion; con la sola diferencia de que la cabellera estaba esparcida en desórden detrás de su cabeza, su frente mas despejada, y que el todo anunciaba una edad mas madura. Su vestido consistia en un hábito negro que permitia ver sus pies desnudos. El descubrimiento de esta semejanza me causó un transporte de alegría. Por un instante abrigué el orgullo de creer que nuestro santo patron se me habia aparecido y que su espíritu velaba sobre mí. Al mismo tiempo pensé con placer que el padre Alejo estaba en buen camino, y aun que era un santo, pues que el bienaventurado estaba en comunicacion con él, y venia á ayudarle ya con saludables reproches, ó ya, sin duda, con tiernos estímulos.

Adelantéme para doblar mis rodillas ante esta imágen tan sagrada; pero me pareció aun que me seguian paso á paso; volvíme tambien, pero no ví á nadie. En este momento mis miradas se dirigieron al cuadro que estaba colocado frente por frente al de san Benito, y ¡cuál fue mi sorpresa al reconocer las propias facciones, con una expresion suave y grave, y su hermoso cabello undoso que habia creido ver en realidad! Este personaje era aun mucho mas idéntico á mi vision que el otro. Estaba de pie y en la actitud en que se me habia aparecido. Llevaba exactamente el propio vestido, la misma capa, el mismo cinturon, iguales botines. Sus

grandes ojos azules un poco hundidos bajo el arco regular de sus cejas, se inclinaban dulcemente con una expresion meditativa y profunda. La pintura era tan bella que me pareció haber salido del propio pincel que la de san Benito, y el mismo personaje era tan hermoso que todas mis dudas sobre este particular fueron reemplazadas por la extremada alegría de volverle á ver, aun cuando solo fuese en efigie. Habíanle representado con un libro en la mano y otros muchos esparcidos á sus pies. Parecia pisar aquellos con indiferencia y desprecio, mientras que alzaba el otro con la mano y parecia decir lo que efectivamente estaba escrito en las cubiertas de este libro: *¡Hic est veritas!*

Mientras le contemplaba arrobado, diciéndome á mí mismo que debia ser un hombre venerable cuando su imágen decoraba esta sala, se abrió la puerta del fondo, y el padre tesorero, que era un buen hombre en extremo hablador, vino á hacerme compañía, esperando conmigo la llegada del prior.

— Me parece que le encanta á V. la vista de estos cuadros. Nuestro san Benito es una soberbia pieza, segun dicen. Algunos amantes del arte lo han tomado por un Van-Dyck; pero Van-Dyck habia muerto cuando fue pintado este lienzo. Este es obra de uno de sus discípulos, que imitaba admirablemente su escuela. No es fácil equivocarse en las fechas; porque cuando Pedro Hebronius vino aquí, hácia el año 1690, Van-Dyck no existia ya, y como habreis observado, la cabeza de Pedro Hebronius, entonces de edad de treinta años, es la que sirvió de modelo al pintor de san Benito.

— ¿Quién era pues ese Pedro Hebronius? pregunté.

— ¡Eh! repuso el monje mostrándome el retrato de mi desconocido amigo, es el que aquí conocen bajo el nombre del abad Espiridion, el venerable fundador de nuestra comunidad. Era, como veis, uno de los mas hermosos hombres de su época, y el pintor no podia hallar una cabeza de santo mas bella.

— ¿Y murió? exclamé sin pensar lo que decia.

— Hácia el año 1698, respondió el tesorero, como cosa de un siglo. Veis que el pintor le ha representado teniendo un libro en la mano y conculcando otros bajo sus pies. Aquel dicen que es el cuarto escrito de Bossuet contra los protestantes; los otros son los execrables libros de Lutero y sus adeptos. Esta accion aludia á la reciente conversion de Pedro Hebronius, y señalaba su paso á la verdadera fe, que sirvió despues con esplendor abrazando la vida religiosa y consagrando sus bienes á la edificacion de esta santa casa.

— En efecto, repuse, he oido decir que este fundador fue un hombre de gran mérito, que vivió y murió en olor de santidad.

El tesorero meneó la cabeza sonriéndose.

— Es fácil vivir bien, dijo; mas fácil que morir bien. No es bueno cultivar tanto la ciencia en el claustro. El espíritu se exalta, el orgullo se apodera á menudo de las mas sanas cabezas, y el tedio hace que se canse uno de tener siempre fe en las mismas verdades; se quiere descubrir otras nuevas y uno se extravía. El demonio se aprovecha de ello y os suscita á menudo bajo las formas de una verdadera filosofía y bajo las apariencias de una celeste inspiracion monstruosos errores, muy difíciles de abjurar cuando la hora de ir á dar cuenta á Dios os sorprende. He oido decir en sigilo á gentes bien informadas, que el abad Espiridion, aunque vivia santa y austeramente, habiendo leido muchos malos libros bajo el pretexto de refutarlos extensamente, se habia dejado infectar poco á poco y á sabiendas por el veneno del error. Conservó siempre el exterior de un buen religioso; pero parece que secretamente habia caido en herejías mas monstruosas aun que las de su juventud. Los abominables libros del judío Spinoza y las infernales doctrinas de los filósofos de aquella escuela le habian vuelto panteista, es decir ateo. ¡Oh! mi querido hijo, haced porque el amor á la ciencia, que solo es una vana curiosidad, no os arrastre ja-

más á semejantes precipicios. Se supone que Hebronius en sus últimos años habia escrito abominaciones sin fin. Felizmente se arrepintió á la hora de su muerte, y los quemó con su propia mano, á fin de que el veneno que contenian no infestase en lo sucesivo á los espíritus sencillos que los leyesen. Murió en paz con el Señor, en apariencia; pero los que solo habian tenido lugar de observar su vida exterior y que le tenian por santo, quedaron maravillados de que no hiciese milagros para ellos desde su tumba. Los espíritus rectos que habian aprendido á juzgarle mejor, se abstuvieron siempre de manifestar sus temores acerca su suerte en la otra vida. Algunos hasta pensaron que se habia entregado á sortilegios y que el diablo habia aparecido á su lado cuando espiró. Pero estas son cosas de las que es imposible adquirir plena certitud, é imprudente y aun quizás peligroso hablar. Quede pues en paz su memoria. Su retrato ha permanecido aquí, indicando que Dios puede muy bien habérselo perdonado todo, teniendo en cuenta las grandes limosnas que hizo y la fundacion de este monasterio.

Fuímos interrumpidos por la llegada del prior. El tesororo se inclinó profundamente cruzando los brazos en el pecho y nos dejó juntos.

Entonces el prior, mirándome de pies á cabeza y hablándome con sequedad, me pidió razon de las largas vigilias del padre Alejo y del rumor de voces que se oia salir cada noche de su celda. Traté de explicar estos hechos aduciendo el estado de enfermedad de mi maestro; pero el prior me dijo que una persona digna de fe, yendo á dar cuerda al reloj de la iglesia, antes de amanecer, habia oido en nuestras celdas un gran ruido de voces, amenazas, gritos é imprecaciones.

— Espero, añadió el prior, que me responderá V. con sinceridad y sencillez, pues hay perdon para todas las faltas cuando el culpable se confiesa y se arrepiente; pero si V. no aclara mis dudas de un modo satisfactorio, los mas

rigorosos castigos le obligarán á V. á ello.

— Reverendo padre, respondí, no sé que sospechas pueden pesar sobre mí en tales circunstancias. Es cierto que el padre Alejo ha hablado en alta voz toda la noche con bastante vehemencia, pues deliraba. En cuanto á mí he llorado, tan grande era el sentimiento que me causaba su dolor, y en los momentos que volvia en sí, dirigia á Dios fervientes súplicas; entonces unia mi voz á la suya, y mi corazon al suyo.

— La contestacion no carece de habilidad, repuso el prior con tono despreciativo, ¿pero cómo explicará V. el gran resplandor que de pronto ha iluminado las celdas de VV., y aun toda la cúpula, y la llama que ha salido en su consecuencia y que se ha esparcido por el aire acompañada de un pestífero olor de azufre?

— Seríame difícil comprender, reverendo padre, respondí, que hubiese mayor delito en servirme de fósforo y azufre para encender una lámpara, que no le hay, segun mi entender, en velar á un enfermo durante la noche y en rogar junto á su lecho. Es muy posible que me haya servido imprudentemente de aquella composicion, y que en medio de mi precipitacion haya dejado abierto el frasco que la contenia, y en su consecuencia se haya difundido por la casa el olor desagradable que despide; pero me atrevo á afirmar que este olor nada tiene de peligroso y que el fósforo no podria causar un incendio en caso alguno. Suplico pues á Su Reverencia me conceda su perdon si he obrado con poca prudencia, no imputando á nadie una falta que yo solo he cometido.

El prior fijó por largo rato sobre mí una mirada inquisitorial, como si hubiese querido penetrar hasta donde llegaba mi impudencia, y luego levantando los ojos al cielo en un transporte de indignacion, salió sin decirme una sola palabra.

Permanecí solo y lleno de espanto, no por mi, sino a causa de la tempestad que veia amontonarse sobre la cabe-

za del padre Alejo; miré involuntariamente el retrato de Hebronius y junté las manos arrebatado por un movimiento irresistible de confianza y esperanza. El sol heria en este momento el rostro del fundador; parecióme ver desprenderse su cabeza del fondo, depues su mano, y poco á poco todo su cuerpo salirse del cuadro é inclinarse hácia adelante. El movimiento hizo ondear lijeramente sus cabellos, sus ojos se animaron y dirigieron sobre mí una mirada penetrante. Sobrecogióme entonces una palpitacion tan violenta, que mi sangre zumbó en mis oidos, mi vista se turbó, y sintiendo debilitarse mi valor, me alejé precipitadamente.

Retiréme triste é inquieto. Sea que el odio y la calumnia hubiésen envenenado hechos que permanecian todavía para mí en estado de problema, sea que tanto yo como el padre Alejo fuésemos el blanco de los ataques del maligno espíritu, y que hubiese tenido lugar ante algun testigo verídico algo mas de la que yo habia apercibido; de todos modos preveía que mi desgraciado maestro iba á ser oprimido con eternas persecuciones, y que sus últimos instantes, ya tan dolorosos, serian cubiertos de amargura. Hubiera querido ocultarle cuanto acababa de suceder, pero el único medio de evitar los castigos que se le preparaban sin duda, era empeñarle á reconciliarse con el espíritu de la Iglesia.

Escuchó mis relatos y mis súplicas con indiferencia, y cuando hube concluido de hablar:

— Queda en paz, me dijo; el Espíritu está con nosotros, y nada tenemos que temer de los hombres de carne. El Espíritu es áspero, es severo, está irritado; pero está en favor nuestro. Y aun cuando nos entregasen á los mas crueles castigos, aun cuando sepultasen tu cuerpo delicado y mi viejo cuerpo agonizante en las húmédas tinieblas de un calabozo, el Espíritu ascenderia hácia nosotros desde las entrañas de la tierra, como desciende ahora sobre nosotros desde los dorados rayos del sol: No temas, hijo mio: en donde está el Espíritu están tambien la luz, el calor y la vida.

Quise insistir aun, me hizo seña con suavidad de que no

le turbase, y sentándose en su poltrona cayó en una contemplacion interior, durante la cual su calva frente y sus ojos inclinados al suelo ofrecieron el modelo de la mas augusta serenidad. Poseía seguramente una virtud desconocida que subyugaba todas mis repugnancias y dominaba todos mis temores. Le amaba mas que hijo alguno ha amado á su padre. Sus males eran los mios, y si hubiese sido condenado, á pesar de mi sincero deseo de agradar á Dios, hubiera deseado compartir su castigo. Hasta entonces habia sido devorado por mil escrúpulos; pero desde entonces el sentimiento de su peligro me daba tanta fuerza y ternura, que desconocia la incertidumbre. Habia elegido yo entre la voz de mi conciencia y el grito de su angustia; mi solicitud tomaba un carácter enteramente humano, lo confieso. Si no puede salvarse en la otra vida, me decia á mí mismo, que acabe á lo menos apaciblemente esta, y si debo ser castigado para siempre por este deseo, cúmplase la voluntad de Dios.

Por la noche, á tiempo que el se adormecia blandamente y que yo concluia mi rezo junto á su lecho, se abrió bruscamente la puerta y una espantosa figura vino á colocarse delante de mí. Quedé petrificado hasta el punto de no poder articular un sonido ni hacer un movimiento. Mis cabellos se erizaban y mis ojos permanecian clavados sobre esta horrible aparicion, como los de una avecilla fascinada por una serpiente. Mi maestro no se despertaba, y la odiosa estatua permanecia inmóvil al pie de su lecho. Cerré los ojos para no verla mas, y para buscar mi razon y mi fuerza en el fondo de mí mismo. Volvílos á abrir y estaba aun allí. Hice entonces un gran esfuerzo para gritar, y un sordo ahullido que salió de mi pecho dispertó á mi maestro.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— ¿ No me has llamado ? heme aquí, dijo la fantasma.

Mi maestro se encogió de hombros y volviéndose hácia mí:

— ¿ Tienes miedo ? me dijo ; ¿ tomas esto por un espíritu, por el diablo, no es verdad ? No, no, los espíritus no to-

man esta forma, y si los hubiese tan bestialmente feos nó gozarian el poder de presentarse á los hombres. La razon humana está bajo la salvaguardia del espíritu de sabiduría. Esto no es una vision, añadió levantándose y acercándose á la fantasma; esto es un hombre *de carne y hueso*.

—Vamos, quitaos esa máscara, dijo cogiendo al espectro por la garganta; no penseis que ese burlesco disfraz pueda aterrorizarme.

Entonces dándole una fuerte sacudida con una mano que parecia de hierro, le hizo caer de rodillas, y arrancándole su careta, reconocí al hermano convertido que me habia arrojado de la iglesia y que se llamaba Domingo.

— Toma la lámpara, me dijo el padre Alejo con voz fuerte y unos ojos en que brillaba una alegría irónica. Marcha delante de mí, es preciso que se me dé cuenta de semejante abominacion. ¡Vamos, despáchate! ¡obedece! Tienes menos fuerza y valor que una liebre.

Estaba tan trastornado que mi mano temblaba y no podia sostener la lámpara.

— Abre la puerta, me dijo mi maestro con tono imperioso.

Obedecí, pero viéndole arrastrar por el suelo como á un trapajo al miserable Domingo, me horrorizé, porque el padre Alejo cuando estaba indignado tenia momentos de desenfrenada violencia, y creí que iba á precipitar al pretendido demonio por cima la pendiente de la cúpula.

— ¡Gracia! ¡gracia! padre mio, le dije poniéndome delante de él, no manche V. sus manos de sangre.

El padre Alejo levantó los hombros y dijo.

— ¡Eres un insensato! ya que no quieres marchar ante mi, sígueme. Y siguiendo arrastrando al convertido, que sin embargo de ser un hombre robusto parecia aterrado por una fuerza sobre humana, bajó rápidamente la escalera. Cobré entonces ánimo y seguíle.

Al ruido que haciamos, muchas personas, que esperaban sin duda al remate de la escalera el resultado de las confe-

siones que el supuesto demonio pretendia arrancar á mi maestro, se presentaron; pero viendo una escena tan diferente de lo que esperaban, se envolvieron en sus caperuzas y huyeron perdiéndose en la oscuridad. No obstante tuvimos tiempo de observar por sus hábitos que eran hermanos convertidos y novicios. Ninguno de los padres se habia comprometido en esta sacrílega farsa, dirigida sin embargo, como supimos despues, por órdenes superiores.

El padre Alejo continuaba andando con paso precipitado, arrastrando á su prisionero. De rato en rato hacia este esfuerzos para desasirse de su mano formidable, pero deteniéndose el padre le imprimia un movimiento de estrangulacion y le hacia rodar por los escalones. Sus uñas estaban empapadas de sangre y los ojos de Domingo parecian querer saltar de las órbitas. Seguíales yo y de este modo llegamos al remate de la grande escalera que daba al claustro. Estaba allí suspendida una gran campana que se tocaba únicamente en la agonía de los religiosos y que llamaban el *articulo mortis*. Teniendo el padre Alejo siempre con una mano á su abatido demonio, se puso á tocar con la otra con tal vigor, que todo el monasterio se estremeció. Al momento oimos abrir precipitadamente las puertas de las celdas, y en todas las escaleras se oía ruido. Los monjes, los novicios, los dependientes, todos acudian, y pronto el patio se llenó de gente. Todas estas figuras despavoridas y en desórden, alumbradas solamente por el trémulo resplandor de mi lámpara, ofrecian el aspecto de los habitantes del valle de Josafat despertando del sueño de la muerte al sonido de la trompeta del juicio. El padre seguia tocando, y en vano llovian sobre él preguntas, en vano trataban de arrancar de sus manos al desgraciado Domingo; estaba animado de una fuerza sobrenatural; hacia frente á este tropel, y dominándole con el ruido de su toque de á rebato y de su voz de trueno:

— Fáltame alguno, decia, cuando estará aqui hablaré, me someteré; pero no dejaré de tocar hasta que haya bajado como los demás.

Por fin, presentóse el último el prior, y el padre Alejo cesó de agitar la campana. Se presentaba tan fuerte y tan bello en este momento, de pie, los ojos centellantes, con aire victorioso y teniendo á sus pies aquella figura de monstruo, que cualquiera le hubiera tomado por el arcángel san Miguel aterrando el demonio. Todos le miraban extáticos y no se oía la mas lijera respiracion bajo la profunda bóveda del claustro. Entonces el anciano levantando su voz en medio de aquel funebre silencio, dijo dirigiéndose al prior:

— ¡ Padre mio, ved lo que pasa ! Mientras estoy agonizando en mi lecho, hombres de esta santa casa y que se llaman mis hermanos, vienen á asediar mi último suspiro, llevados de una cobarde curiosidad y con una supercheria infame. Envian á mi celda á este, ¡ este Domingo ! (y diciendo esto levantaba bastante alto la cabeza del convertido para que toda la asamblea pudiese reconocerle) ¡ Envíanle cubierto con un asqueroso disfraz á colocarse á mi cabecera y gritar á mis oidos con voz furiosa para hacerme despertar sobresaltado de mi sueño, de mi último sueño quizás ! ¿ Qué esperaban ? ¿ Atemorizarme ? ¿ helar por medio de una aparicion aterradora mi espíritu que creian abatido, y arrancar á mi delirio palabras vergonzosas y horribles secretos ? ¿ Cuál es esta nueva é increible persecucion, padre mio, y desde cuando no le es permitido al pecador pasar en silencio y en paz su hora suprema ? Si hubiesen dado con un espíritu de luz, y hubiesen ocasionado mi muerte con esta vision infernal sin darme tiempo para reconocer é invocar al Señor, decidme, ¿ sobre quién hubiera debido recaer el peso de mi condenacion ? Ó vosotros, hombres de buena fe que os hallais aquí, no hablo por mí, por mí que voy á morir, sino por vosotros que me sobrevivireis; para que podais sumir tranquilamente el cáliz de vuestra muerte, os digo ahora que pidais todos conmigo justicia á nuestro padre espiritual que está ante nosotros, y en caso necesario al otro que está sobre nosotros. ¡ Justicia, pues, padre mio ! ¡ Haced justicia !

Y los hombres de buena fe que estaban allí gritaron todos juntos: ¡ Justicia ! ¡ Justicia ! y los mudos ecos del claustro repitieron : ¡ Justicia ! ¡ Justicia !

El prior presenciaba esta escena con impasible fisonomía, tan solo me pareció que estaba mas pálido que lo de costumbre. Permaneció algunos instantes sin contestar con las cejas lijeramente arrugadas. Por fin elevó la voz y dijo :

— Hijo mio Alejo , perdona á ese hombre.

— Sí , le perdono con condicion de que V. le castigará , padre mio , respondió.

— Hijo mio Alejo , repuso el prior , ¿ son estos los sentimientos de un hombre que dice hallarse próximo al momento de presentarse ante el tribunal de Dios ? Ruégoos que perdoneis á ese hombre y levanteis vuestra mano de su cuerpo.

Alejo vaciló un instante, pero conoció que si no reprimia su cólera sus enemigos iban á triunfar. Dió dos pasos adelante , é impeliendo su presa hasta los pies del prior , sin soltarla :

— Reverendo padre , dijo inclinándose , perdono , porque debo hacerlo y porque vos lo deseais ; pero como no es á mí sino al cielo á quien se ha ofendido , como vuestra virtud , vuestra sabiduría y vuestra autoridad son las que han sido ultrajadas , conduzco el culpable á vuestras plantas , y prosternándome con él, suplico á Vuestra Reverencia le perdone , y ruegue para que la justicia eterna le perdone igualmente.

Los enemigos de mi maestro habian confiado en que con su cólera y su resistencia echaria á perder su causa ; pero este acto de sumision destruyó sus infames designios , y los que estaban en favor dieron tales muestras de aprobacion á su conducta , que el prior se vió obligado á tomar su partido , á lo menos en apariencia.

— Hijo mio Alejo , le dijo levantándole y abrazándole , hanme conmovido vuestra humildad y vuestra misericordia,

pero no puedo perdonar á este hombre como vos le habeis perdonado. Vuestro deber era interceder por él, el mio es castigarlo severamente, y esto se verificará tal cual lo reclama la justicia celeste y los estatutos de nuestra órden.

Á esta severa determinacion un estremecimiento de horror pasó de uno á otro, pues las penas contra el sacrílego eran las mas severas de todas, y ningun religioso conocia su extension hasta haberlas sufrido. Además estaba prohibido revelarlas so pena de padecerlas segunda vez. Los condenados salian de su encierro en un espantoso estado de sufrimiento, y muchos habian sucumbido poco tiempo despues de haber obtenido su perdon. Sin duda no le engañó á mi maestro la severidad del prior, pues vi vagar por sus labios una sardónica risa; sin embargo, su orgullo quedaba satisfecho, y entonces soltó su presa. Su mano estaba tan encrespada y rollada al cuello de su enemigo, que se vió forzado á emplear la otra para desasir aquella. Domingo cayó desmayado á los pies del prior, que hizo una seña y en seguida otros cuatro convertidos se lo llevaron á vista de la asamblea consternada. No se le volvió jamás á ver en el convento. Prohibióse pronunciar nunca su nombre, ni pablabra alguna que tuviese relacion con su extraña falta. Recitósele el oficio de difuntos, sin que nos fuese permitido preguntar que habia sido de él; pero despues le he visto gordo, dispuesto y alegre, y riéndose con aire socarron cuando se le recordaba aquella aventura.

Mi maestro se apoyó sobre mí, bamboleó, púsose pálido, y perdiendo de pronto la milagrosa fuerza que le habia sostenido hasta entonces, se arrastró con mucha dificultad hasta su lecho; hícele tragar algunas gotas de mi cordial y me dijo:

— Ángel, creo bien que le hubiera muerto si el prior le hubiese protegido.

Durmióse sin añadir una sola palabra.

El dia siguiente el padre Alejo se levantó bastante tarde, habíase calmado, pero estaba muy débil; necesitó apoyar-

se en mí para llegar hasta su silla, y cayó mas bien que no se sentó en ella, despidiendo un suspiro. No podia concebir como este cuerpo tan débil, habia sido el dia anterior capaz de tan poderosos esfuerzos.

— Padre mio, le dije mirándole con inquietud, ¿acaso se halla V. peor, y sufre V. mas?

— No, me contestó, no; me encuentro bien.

— Pero parece V. estar profundamente absorvido.

— Reflexiono.

— Medita V. acerca de cuanto ha pasado. Lo concibo; lugar hay á ello, pero me parece que deberia V. estar mas sereno, pues hay motivo tambien para alegrarse. Hemos conseguido por fin ver con claridad el fondo del abismo, y sabemos ya realmente que no es V. asediado por malos espíritus.

Sonrióse el padre Alejo con aire dulcemente irónico, meneando la cabeza

— ¿Crees aun pues en los malos espíritus, pobre Ángel mio? me dijo. ¡Error! ¡error! ¿Crees tú tambien como los físicos de otro tiempo que la naturaleza tiene horror al vacío? Sin embargo lo mismo hay malos espíritus que vacío. ¿Qué seria pues el hombre, esa criatura inteligente, ese hijo del espíritu, si las malas pasiones, los viles instintos de la carne pudiesen venir bajo una forma asquerosa ó grotesca á asaltar sus vigilias ó fatigar su sueño? No: todos esos demonios, todas esas creaciones infernales, de que hablan todos los dias los ignorantes ó los impostores, son solo vanas fantasmas creadas por la imaginacion de los unos para atemorizar la de los otros. El hombre fuerte conoce su propia dignidad, ríese en su interior de las invenciones dignas de compasion con que quiere probarse su valor, y seguro de su impotencia, se duerme sin inquietud y se dispierta sin temor.

— Sin embargo, respondíle maravillado, han acontecido aquí mismo cosas que deben hacerme pensar lo contrario. V. Sabe que la otra noche le he oido conversar con otra voz mas fuerte que parecia reprenderle á

V. duramente. V. le contestaba con el acento del temor y del dolor, y como esto me habia asustado, vine á su cuarto de V. para socorrerle, y le he encontrado solo, postrado y llorando amargamente. ¿Qué era pues esto?

— Era él.

— ¡Él! ¿Quién, él?

— Tú lo sabes bien, pues que estaba él contigo, pues que te habia llamado por tres veces, como el espíritu del Señor llamó durante la noche al jóven Samuel dormido en el templo.

— ¿Cómo lo sabe V., padre mio?

Nó pareció que Alejo oyese mi pregunta. Permaneció por algun tiempo absorto, con la cabeza inclinada sobre el pecho; despues tomó la palabra sin cambiar de posicion ni hacer movimiento alguno.

— ¿Díme Angel, cuando le viste era en medio del dia?

— Si, padre mio, á las doce. Ya me lo habeis preguntado.

— ¿Y el sol brillaba?

— Centellaba sobre su cara.

— ¿Solo esa vez le has visto?

Vacilé en responder un momento; temia ser juguete de una ilusion, y de dar con mis propias aberraciones consistencia á las de Alejo.

— ¡Le has visto otra vez, exclamó con impaciencia, y no me lo has dicho!

— Mi buen maestro, ¿qué valor quiere V. dar á apariciones que quizás no son mas que efecto de semejanzas casuales ó tal vez de simples caprichos de la luz?

— Ángel, ¿qué quiere V. decir? lo que trata V. de ocultarme esme revelado por sus mismas reticencias. Hable V., es preciso, va en ello el reposo de mis últimos dias.

Vencido por su persistencia, contéle para satisfacerle el terror que habia experimentado en la sacristía, un dia que creyendo estar solo, y saliendo de un profundo desmayo, habia oido murmurar ciertas palabras y visto pasar una

sombra, sin poderme dar á mí mismo en seguida una explicacion natural de estas cosas.

—¿Y qué palabras eran esas? dijo el padre Alejo.

—Una rogativa á Dios en favor de las víctimas de la ignorancia y de la impostura.

—¿Qué nombre daba al que invocaba? Decia él: ¡Oh Espíritu! ó bien decia: ¡Oh Jehovah!

—Decia: ¡Oh Espíritu de sabiduría!

—¿Y qué forma tenia aquella sombra?

—No sé. Salió de la oscuridad y se perdió en el rayo de luz que partia de la ventana, antes de que hubiese tenido tiempo ó valor para examinarla. Pero escuchad, padre mio, he creido siempre que érais vos que apoyado en la ventana, y hablándoos á vos mismo....

Alejo hizo un gesto de incredulidad.

—¿No podríais haber perdido la memoria de ese accidente, errante sin cesar en aquella época por los jardines, y fuertemente preocupado cual lo estais siempre?

—¿Pero tú le has visto aun otras veces? interrumpió Alejo con una especie de violencia. No quieres decírmelo todo, quieres que baje al sepulcro sin legar mi secreto á un amigo. Responde siquiera á la pregunta que voy á hacerte. ¿Cuando te paseabas en los hermosos dias á lo largo de las extraviadas calles del jardin, y atormentado por dolorosos pensamientos, invocabas una providencia amiga de los hombres, no has oido tras tus pisadas otras que hacian crugir la arena?

Estremecíme, y le dije que ese ruido de pasos me habia perseguido en la sala del capítulo, cabalmente el dia anterior.

—¿Y entonces no se te ha aparecido nada?

—Expliquéle el efecto prodigioso del sol sobre el retrato del fundador. Entonces cruzó con transporte sus manos repitiendo diferentes veces:

—¡Él es, él es!... te ha elegido, te ha enviado, quiere que te hable. Pues bien, voy á hablarte. Recoge tus ideas,

y haz que no agite tu alma una vana curiosidad. Recibe la confianza que voy á hacerte como reciben con calma al rayar al alba las entreabiertas flores el delicioso rocío del calor. ¿Has oido hablar alguna vez de *Samuel Hebronius.*

—Si padre mio, si es efectivamente el mismo que el abad Espiridion.

Y yo le referi entonces lo que el tesorero me habia contado.

El padre Alejo encogió las espaldas con expresion de desprecio, y me habló en estos términos:

«Hay otras herencias diversas de las de familia, por las que se legan, segun la carne, las riquezas materiales. Otros parientes mas nobles fundan patrimonios mas santos. Cuando un hombre ha pasado su vida entera en la investigacion de la verdad por todos los medios imaginables y con todas sus fuerzas, y á fuerza de cuidados y estudio ha alcanzado algunos descubrimientos en el vasto mundo del espíritu, deseando no dejar desvanecerse en la tierra el tesoro que ha encontrado, y volver á la oscuridad el rayo de luz que ha entrevisto, desde que conoce que se acerca su término, se apresura á escoger entre hombres mas jóvenes una inteligencia simpática á la suya, en la que pueda antes de morir depositar sus pensamientos y su ciencia, á fin de que la sagrada obra, no interrumpida á pesar de la muerte del primer artífice, marche, se agrande, y perpetuada de raza en raza por idénticas sucesiones, llegue con el tiempo á su entero cumplimiento. Y está bien persuadido, hijo mio, que se necesita para emprender y continuar tamaños trabajos, para hacer y aceptar semejantes legados, una inteligencia generosa y un sacrificio grande, cuando se sabe anticipadamente que no se llegará al conocimiento de la palabra del grande enigma á que sin embargo ha consagrado uno su vida. Perdóname este orgullo, hijo mio; será quizás la única recompensa que sacaré de esta vida de trabajos, tal vez será esta la única espiga que recogeré en el áspero surco que he labrado con el sudor de mi frente. Soy el herede-

ro espiritual del padre Fulgencio como tu lo serás mio, Ángel. El padre Fulgencio era un monje de este convento; habia en su juventud conocido al fundador, nuestro venerable maestro Hebronius, ó como le llaman aquí el abad Espiridion. Era entonces para él lo que eres tú ahora para mi, hijo mio; era jóven y bueno, inexperto y tímido como tú; su maestro le amaba come yo te amo, y le confió con una parte de sus secretos, la historia de su vida. Del mismo heredero del maestro es pues de quien yo sé lo que voy á referirte.

« Pedro Hebronius no se llamaba así al principio. Su verdadero nombre era Samuel. Era judío y oriundo de una pequeña aldea de las cercanías de Inspruck. Su familia, dueña de una gran fortuna, le dejó en sus primeros años en completa libertad de seguir sus propias inclinaciones. Desde la niñez fueron ya aquellas serias. Gustábale la soledad y pasaba los dias y aun las noches recorriendo las escabrosas montañas y los estrechos valles de su pais. Á menudo iba á sentarse al borde de los torrentes ó á orillas de los lagos, y permanecia allí largo tiempo escuchando el rumor de las olas, tratando de deslindar el sentido que la naturaleza ocultaba en aquellos susurros. Á medida que avanzaba en edad su imaginacion se volvió mas curiosa y grave. Fue pues preciso pensar en darle una instruccion sólida. Enviáronle sus padres á estudiar á las universidades de Alemania. Apenas hacia un siglo que habia muerto Lutero, pero su memoria y su palabra vivian aun en el entusiasmo de sus discípulos. La nueva fe aseguraba las conquistas que habia hecho, y parecia dilatarse con su triunfo. Animaba á los reformistas el mismo ardor que en los primeros dias, aunque mas ilustrado y mesurado. El proselitismo proseguia con todo su ardor y hacia cada dia nuevos iniciados. Al oir predicar una moral y explicar dogmas que el luteranismo habia extraido del catolicismo. Samuel quedó penetrado de admiracion. Como era un espíritu sincero y atrevido comparó en seguida las doctrinas que se le exponian entonces con

aquellas en las que habia sido educado, é iluminado por esta comparacion, reconoció al instante la inferioridad del judaismo. Díjose á sí mismo, que una religion hecha para un solo pueblo, con exclusion de todos los demás, que no daba á la inteligencia satisfaccion de lo presente, ni certeza sobre el porvenir, desconocia la noble necesidad de amar que reside en el corazon humano, y ofrecia tan solo una justicia bárbara por regla de conducta: díjose que esta religion no podia ser la de las bellas almas y de los grandes espíritus, y que no era el Dios de verdad el que solo dictaba al estrépito del trueno sus mutables voluntades, y llamaba únicamente para la ejecucion de sus estrechos pensamientos á los esclavos de un terror grosero. Siempre consecuente consigo mismo, puso en seguida Samuel en ejecucion cuanto habia admitido su pensamiento, y un año despues de su llegada á Alemania abjuró el judaismo para entrar en el seno de la iglesia reformada. Como no sabia hacer las cosas á medias, quiso en cuanto le fuese posible despojar al hombre viejo, y comenzar una nueva vida; entonces fue cuando cambió su nombre de Samuel en el de Pedro. Trascurrió algun tiempo, durante el cual se afirmó y se instruyó mas en su nueva religion. Bien pronto llegó al punto de buscar en favor de ella objeciones que refutar y adversarios que combatir. Como era audaz y emprendedor se dirigió al principio á los mas fuertes. Bossuet fue el primer autor católico que se puso á leer: empezó á verificarlo con una especie de desden; creyendo que en la fe que acababa de abrazar residia la verdad pura, despreciaba todos los ataques que podian intentarse contra ella, y se burlaba algo precipitadamente de los argumentos irresistibles del Águila de Meaux; pero pronto su irónica desconfianza se cambió en pasmo, y luego en admiracion. Cuando vió con que poderosa lógica y con cuan grandiosa poesía el prelado francés defendia la iglesia de Roma, díjose á sí mismo que la causa sostenida por semejante abogado, cuando menos se hacia digna de respeto, y por una transicion natu-

raî llegó á pensar que los grandes espíritus podian solo consagrarse á cosas grandes. Entonces se puso á estudiar el catolicismo con el mismo ardor é imparcialidad que lo habia verificado con el luteranismo, colocándose frente á frente de él, no como hacen comunmente los sectarios, bajo el punto de vista de la controversia y de la denigracion, sino bajo el del exámen y de la comparacion. Fue á Francia á ilustrarse en la religion madre al lado de los doctores, como habia hecho en Alemania respeto á la reformada. Vió al grande Arnauld, y al segundo Gregorio Nacianceno, Fenelon, y al mismo Bossuet. Guiado por estos maestros, cuya virtud le hacia amar la inteligencia, penetró rápidamente al fondo de los misterios de la moral y del dogma católicos. Encontró en ellos cuanto constituia para él la hermosura y grandeza del protestantismo, el dogma de la unidad y de la eternidad de Dios que ambas religiones habian tomado del judaismo, y los que parecian deducirse naturalmente y que sin embargo este no habia reconocido, la inmortalidad del alma, el libre albedrío en esta vida, y en la otra la recompensa para los buenos y el castigo para los malos. Halló que era mas pura quizás y aun mas sublime esa excelente moral que predica á los hombres la igualdad entre ellos, la fraternidad, el amor, la caridad, el sacrificio á otro y el desprendimiento de sí mismo. Parecióle que el catolicismo tenia además en su favor la ventaja de una fórmula mas vasta, y de una unidad vigorosa que faltaba al luteranismo. Es verdad que este en cambio habia admitido la libertad de exámen, que es tambien una necesidad de la naturaleza humana, y proclamado la autoridad de la razon individual; pero por lo mismo habia renunciado al principio de la infabilidad, que es la base necesaria y la condicion vital de toda religion revelada, pues que no puede hacerse vivir una cosa mas que en virtud de las leyes que han presidido á su creacion, y por consiguiente tan solo puede confirmarse y continuarse una revelacion por otra revelacion. Ahora bien, la infalibilidad no es otra

cosa que la revelacion continuada por Dios mismo ó el Verbo en la persona de sus vicarios. El luteranismo que pretendia compartir el orígen del catolicismo, y apoyarse en la misma revelacion, rompiendo la cadena tradicional que unia el cristianismo entero á esta misma revelacion, habia zapado con sus propias manos los fundamentos de su edificio. Entregando á la libre discusion la continuacion de la religion revelada, habia entregado por este mero hecho tambien su principio y atentado igualmente él mismo á la inviolabilidad de su orígen que dividia con la secta rival. Como el espíritu de Hebronius se hallaba en aquel entonces mas inclinado hácia la fe que hacia la crítica, y tenia menos necesidad de discusion que de conviccion, naturalmente se vió dirigido á preferir la certeza y la autoridad del catolicismo, á la libertad é incertidumbre del protestantismo. Este sentimiento se fortalecia aun al aspecto del carácter sagrado de antigüedad que el tiempo habia impreso en la frente de la religion madre. Además, la pompa y el esplendor de que se rodeaba el culto romano parecian á este espíritu poético la expresion armoniosa y necesaria de una religion revelada por el Dios de la gloria y de la omnipotencia. Finalmente, despues de maduras reflexiones conoció que se hallaba sincera y enteramente convencido, y recibió de nuevo el bautismo de manos de Bossuet. Añadió en aquel acto el nombre de Espiridion al de Pedro, en memoria de que habia sido iluminado dos veces por el espíritu. Resolvió desde entonces consagrar toda su vida á la adoracion del nuevo Dios que le habia llamado hácia sí, y á profundizar su doctrina: pasó á Italia, é hizo edificar, ayudado de la gran fortuna que le habia dejado uno de sus tios, católico tambien, el convento en que estamos. Fiel al espíritu de la ley que habia creado las comunidades religiosas, reunió á su alrededor los monjes mas afamados por su inteligencia y su virtud, para dedicarse con ellos á la pesquisa de todas las verdades y trabajar en el engrandecimiento y corroboracion de la fe por la ciencia. Al principio pare-

ció tener su empresa un éxito feliz. Estimulados por su ejemplo, se entregaron sus compañeros durante algunos años con ardor al estudio, al rezo y á la meditacion. Habíanse puesto bajo la proteccion de san Benito, y adoptado las reglas de su órden. Cuando llegó el momento de nombrarse un jefe espiritual, su eleccion recayó unánimemente sobre Hebronius, y fue confirmada por el papa. El nuevo prior, feliz por un momento con la confianza de los hermanos que se habia escogido, volvió de nuevo á sus trabajos con mas ardor y esperanza que nunca. No tardó mucho tiempo en reconocer que se habia engañado acerca los hombres que habia llamado á compartir con él su empresa. Como los habia escogido entre los mas pobres religiosos de Italia, no le costó mucho obtener de ellos zelo y aplicacion durante los primeros años. Acostumbrados como estaban á una vida dura y activa, habian facilmente adoptado el género de existencia que les habia impuesto, y se habian conformado gustosos á sus deseos. Pero á medida que se acostumbraron á la opulencia se volvieron menos laboriosos, y cayeron poco á poco en los defectos y vicios cuyo ejemplo habian visto en sus cofrades mas ricos, y cuyo gérmen quizás tambien habian conservado en su interior. Á la frugalidad sucedió la intemperancia, á la actividad la pereza, á la caridad el egoismo: no mas plegarias durante el dia, no mas vigilias por la noche; la maledicencia y la gula sentaron su trono en el convento como dos reinas impuras; la ignorancia y la desvergüenza penetraron en él tras ellas, é hicieron del templo destinado á las virtudes austeras y á los nobles trabajos, un receptáculo de vergonzosos placeres y viles ociosidades.

« Hebronius, dormido en su confianza y perdido en sus profundas especulaciones, no percibia el estrago que causaban á su alrededor los miserables instintos de la materia. Cuando abrió los ojos era ya demasiado tarde; no habiendo visto la transicion por la que todas estas almas vulgares habian pasado del bien al mal, y demasiado alejado de ellos

por la magnanimidad de su naturaleza para comprender sus debilidades, cobró hácia las mismas un inmenso desprecio, y en lugar de descender hácia los pecadores, y de tratar de conducirlos nuevamente á su primera virtud, se separó con disgusto y dirigió al cielo su cabeza desde entonces en adelante siempre solitaria. Pero como el águila herida que se remonta hasta el sol con el veneno de un reptil en el ala, no pudo en la elevacion de su aislamiento desprenderse de las escandalosas imágenes que habian sorprendido sus ojos. La idea de la corrupcion y de la bajeza vino á mezclarse á todas sus meditaciones teológicas, y á adherirse como una vergonzosa lepra á la idea dé la religion. Bien pronto no le fue posible separar, á pesar de su poder de abstraccion, el catolicismo de los católicos. Esto le condujo sin notarlo á considerarlo por sus lados mas débiles, como le habia considerado en otro tiempo por los mas fuertes, y á buscar á pesar suyo las malas posibilidades. Con su genio investigador y la poderosa facultad de análisis de que estaba dotado, no tardó mucho en encontrarlas; pero al igual de aquellos mágicos que evocan los espectros y tiemblan luego á su aparicion, asustábase él mismo de sus descubrimientos. Habia ya perdido aquel fuego de la juventud que le impelió siempre hácia delante, y decíase á sí mismo que una vez destruida esta tercera religion, no habria otra alguna bajo la cual pudiese abrigarse. Se esforzó pues en afirmar su fe que empezaba á vacilar, y para conseguirlo púsose á leer nuevamente los mejores escritos de los defensores contemporáneos de la iglesia. Naturalmente volvió á tomar en sus manos á Bossuet; pero mirábale ya bajo otro punto de vista, y lo que le habia parecido otras veces concluyente y sin réplica, le parecia controvertible ó negable en muchos puntos. Los argumentos del doctor católico lé recordaron las objeciones de los protestantes, y la libertad de exámen que habia en otro tiempo despreciado volvió por segunda vez á tener cabida victoriosamente en su inteligencia. Precisado á luchar individualmente

contra la doctrina infalible, cesó de negar la autoridad de la razon individual. No tardó aun en hacer de ella un uso mas audaz que todos aquellos que la habian proclamado. Habia titubeado al principio; pero emprendida ya su carrera, no se detuvo. De consecuencia en consecuencia se remontó hasta la misma revelacion, la atacó con la misma lógica que el resto, y obligó á descender de nuevo á la tierra á esa religion que queria ocultar su cabeza en el cielo. Cuando hubo dado á la fe esta batalla decisiva, continuó esforzadamente su marcha y prosiguió su victoria; victoria funesta que le costó muchas lágrimas. Despues de haber despojado de su divinidad al padre del cristianismo, no temió pedirles á él y á sus sucesores cuenta de la obra humana que habian llevado á cabo. La cuenta fue severa. Hebronius llegó al fondo de todas las cosas. Encontró mucho mal mezclado á mucho bien, y grandes errores á grandes verdades. El gran campo católico habia producido quizás tanto joyo como trigo puro. En la naturaleza del espíritu de Hebronius, la idea de un Dios puramente espíritu, produciendo de sí mismo un mundo material, y pudiendo hacerlo reentrar en sí por un aniquilamiento ó anonadamiento semejante á su creacion, parecíale ser el producto de una imaginacion enferma precisada á producir una teología cualquiera, y he aquí lo que se repetia á menudo á sí mismo: — Siendo el hombre cual es organizado, y no debiendo por tanto juzgar y creer mas que por lo que le dictan sus propias percepciones, ¿esle posible concebir que de nada se haga alguna cosa y de alguna cosa nada? ¿Y cuál es el edificio que se ha construido sobre esta base? ¿Qué viene á hacer el hombre á este mundo material, que el puro espíritu ha extraido de sí mismo? Ha sido sacado y formado de la materia, despues colocado sobre aquel por el Dios que conoce lo futuro, para ser sometido á pruebas que este mismo Dios dispone á su antojo y cuyo éxito sabe anticipadamente; en una palabra, para luchar contra un peligro al que debe necesariamente sucumbir, y expiar en se-

guida una falta que no ha podido impedirse el cometer.

« Esta idea de los hombres, llamados sin su consentimiento á una vida de peligros y de angustias, seguida para la mayor parte de sufrimientos eternos é inevitables, arrancaba á la recta alma de Hebronius gritos de dolor é indignacion. — Sí, exclamaba, sí, vosotros sois ciertamente los descendientes de esos judíos implacables que en las ciudades conquistadas asesinaban atrozmente hasta á los hijos de los hombres y á los corderitos de los rebaños, y vuestro Dios es el hijo engrandecido de su feroz Jehovah que solo hablaba á sus adoradores de cólera y venganza.

« Renunció pues al cristianismo; pero como no tenia otra religion nueva que abrazar en su lugar, y por otra parte, habiéndose vuelto mas prudente y sosegado, no quiso de nuevo hacerse acusar inútilmente de inconstancia y apostasía, conservó todas las prácticas exteriores de ese culto que habia interiormente abjurado. Pero no era bastante haber dejado el error, era tambien preciso encontrar la verdad. Hebronius miraba á su alrededor, pero nada veia que tuviese visos de tal. Empezó entonces para él una serie de sufrimientos desconocidos y terribles. Colocado frente á frente de la duda, ese espíritu sincero y religioso se espantó de su aislamiento, y se puso á sudar agua y sangre, como Cristo sobre la montaña á la vista de su cáliz. Y como no tenia mas fin ni mas deseo que la verdad, y fuera de ella nada le interesaba aquí bajo, vivia absorto en sus dolorosas contemplaciones, sus miradas erraban sin cesar en el vacío que le rodeaba como un océano sin límites, y veia retroceder incesantemente el horizonte ante él á medida que queria alcanzarle. Perdido en esta inmensa incertidumbre, se sentia poco á poco apoderado de una especie de vértigo.

« Despues, fatigado de sus vanas pesquisas y de sus tentativas sin esperanza, caia agoviado, amarrido, desorganizado, viviendo solo por el profundo dolor que sentia sin comprenderlo.

« Sin embargo conservaba bastante fuerza todavía para no dejar percibir al exterior nada de su miseria interna: sospechábase, si, al ver la palidez de su frente, su pausado y melancólico andar, algunas furtivas lágrimas que de tiempo corrian sobre sus descarnadas mejillas, que su alma se hallaba fuertemente combatida, pero se ignoraba el porqué. El manto de su tristeza ocultaba á todos los ojos el secreto de su herida. Como no habia confiado á nadie la causa de su mal, nadie hubiera tampoco podido decir si procedia de una desesperada incredulidad, ó de una fe demasiado viva que nada sobre la tierra podia satisfacer. La duda acerca este particular era aun poco posible. El abad Espiridion cumplia con tan irreprochable exactitud todas las prácticas exteriores del culto, y todos sus deberes visibles de perfecto católico, que no daba lugar por donde asirse á sus enemigos, ni pretexto para una acusacion plausible. Todos los monjes cuyos vicios contenia con su rígida virtud, y cuya vil pereza condenaba con sus austeros trabajos, heridos á la vez en su egoismo y en su vanidad, alimentaban contra el un odio implacable, y buscaban ávidamente los medios de perderle; pero no encontrando en su conducta ni sombra de una falta, se veian precisados á tascar su freno en silencio, y se contentaban con verle sufrir por sí mismo. Hebronius penetraba el fondo de su pensamiento, y al propio tiempo que despreciaba su impotencia se indignaba de su ruindad. Así, cuando por algunos momentos salia de sus preocupaciones interiores para echar una mirada sobre la vida real, les hacia crudamente llevar el peso de su malicia. Tan benigno era con los buenos, como duro con los malos. Si todas las debilidades le hallaban compasivo, y todos los sufrimientos simpático, todos los vicios le encontraban severo, y todas las imposturas implacable. Parecia aun hallar algun alivio en sus males en este completo ejercicio de la justicia. Su grande alma se exaltaba todavía con la idea de hacer bien. No tenia regla cierta ni ley absoluta, pero guiábale en todas sus acciones y conducíale á lo justo

una especie de razon instintiva que nada podia anonadar ni desviar. Probablemente por este lado fue por el que cobró apego á la vida: sintiendo fermentar estos generosos sentimientos, díjose á sí mismo que la sagrada chispa habia cesado solo de brillar en él, pero no de arder, y que Dios habitaba aun en su corazon, aunque oculto á su inteligencia por velos impenetrables. Fuese esta idea ó cualquier otra la que le reanimase, lo cierto es que se notó aclararse poco á poco su frente, y sus ojos empañados por las lágrimas recobraron su antiguo brillo. Se entregó de nuevo con mas ardor que nunca á los trabajos que habia abandonado y empezó á observar una vida mas retirada que nunca. Al principio sus enemigos se regocijaron, creyendo que la enfermedad era la causa de la soledad en que se habia constituido; pero su error fue de corta duracion. El abad en lugar de debilitarse cobraba cada dia nuevas fuerzas, y parecia remozarse con las fatigas de cada vez mayores que se imponia. Á cualquiera hora de la noche que se dirigiese la vista á su ventana habia seguridad de ver luz en ella, y los curiosos que se acercaban á su puerta para procurar saber en que invertia el tiempo, oian como siempre en su celda el ruido de hojas que se volvian rápidamente, ó el chirrido que hace una pluma sobre el papel, y á menudo pasos mesurados y tranquilos como los de un hombre que medita. Algunas veces tambien llegaban hasta los oidos de aquellos espias palabras ininteligibles, y confusos gritos de cólera ó de entusiasmo les dejaban clavados de admiracion en su sitio ó les obligaban á huir de espanto. Los monjes que nada habian podido deducir del abatimiento del abad, tampoco pudieron verificarlo de su exaltacion. Pusiéronse á indagar la causa de su bienestar, y el objeto de sus trabajos, y nada hallaron mas verosímil sus estúpidos celebros que la magia. ¡La magia! ¡Cómo si los grandes hombres pudiesen achicar su inteligencia inmortal con la profesion de hechiceras, y consagrar toda su vida á soplar en esos hornillos para hacer aparecer á los asustadizos niños diablos con cola de perro

y pies de cabra! Pero la materia ignorante desconoce absolutamente la marcha del espíritu, y nunca los buhos han conocido las vias por donde las águilas se elevan hasta el sol.

Sin embargo, aquellos frailucos no se atrevieron á emitir su opinion á cara descubierta, y la calumnia erró vergonzosamente en la oscuridad al rededor del maestro, sin atreverse atacarle de frente. Encontró pues en el terror que inspiraban á estos imbéciles enemigos imaginarias maquinaciones, una seguridad que no hubiera hallado en la veneracion debida á su genio y á su virtud. Esperaban ver salir del profundo misterio que le rodeaba algun terrible prodigio, como de una sombría nube fuegos devoradores. Así es como pudo llegar Hebronius con tranquilidad á su postrera hora. Cuando la vió aproximarse llamó á Fulgencio hácia quien alimentaba un afecto paternal. Díjole que le habia distinguido entre sus demás compañeros á causa de la sinceridad de su corazon y de su ardiente amor á lo bello y á lo verdadero; que hacia largo tiempo que le hubiera escogido para ser su heredero espiritual, y que habia llegado el momento de revelarle su pensamiento. Entonces le contó la historia íntima de su vida. Cuando llegó al último período, se detuvo un instante como para meditar antes de pronunciar las palabras supremas y definitivas; despues prosiguió así: —Te he iniciado en todas las luchas, en todas las dudas, en todas las creencias de mi vida. Te he dicho todo lo que habia encontrado bueno y malo, verdadero y falso en las religiones que he atravesado. Hágote juez y dejo á tu conciencia el cuidado de decidir. Si piensas que he padecido error, y que el catolicismo en que has vivido desde tu infancia satisface á la vez tu espíritu y tu corazon, no te dejes arrastrar por mi ejemplo, y conserva tu creencia. Debe el hombre permanecer do bien se encuentra. Para pasar de una fe á otra es preciso atravesar abismos, y cónstame demasiado cuan penosa es la ruta que debe seguirse, para impelerte á emprenderla contra tu vo-

luntad. La sabiduría proporciona á las plantas el terreno y el viento que las son propicios. Á la rosa le da las llanuras y la brisa, á los cedros la montaña y el huracan. Hay espíritus atrevidos y curiosos, que desean é inquieren ante todo la verdad; otros mas modestos y mas tímidos piden solo el reposo. Si te parecieras á mí, si el primer deseo de tu naturaleza fuese la sabiduría, te comunicaria sin vacilar mi pensamiento entero. Haríate beber en la copa de la verdad que he llenado con mis lágrimas, hasta el extremo de correr riesgo de embriagarte. ¡Pero desgraciadamente no es así.! Tú has nacido para amar mas que para saber, y tu corazon es mas fuerte que tu espiritu. Tú estás afecto al catolicismo, á lo menos así lo creo, por lazos de sentimiento que no podrias romper sin dolor; y si lo hacias, esa verdad por lo que habrias inmolado todas tus simpatías, no te resarciria tus sacrificios. En lugar de exaltarte, te postraria quizás. Es un alimento demasiado fuerte para los pechos delicados, y que cuando no vivifica, ahoga. No quiero pues revelarte esa doctrina que constituye el triunfo de mi vida y el consuelo de mi hora extrema, porque ella ocasionaria tal vez tu llanto y tu desesperacion. ¿Qué sabe uno de las almas? Sin embargo es muy posible que á causa de tu mismo amor, el culto de lo bello te conduzca á la necesidad de lo verdadero, y puede llegar la hora en que tu espiritu sincero tendrá sed y hambre de lo absoluto. No quiero, si llega este caso, que clames entonces al cielo ni que viertas sobre una incurable ignorancia lágrimas sin fruto. Dejo despues de mí una esencia mia, la mejor parte de mi inteligencia, algunas páginas, fruto de toda una vida de meditaciones y trabajos. De todas las obras que han producido mis largas vigilias, esta es la única que no he arrojado á las llamas, porque era la única completa. Todo mi ser está allí por entero, allí está la verdad. Ahora bien, el sabio ha dicho que no deben sepultarse los tesoros en el fondo de los pozos. Es pues preciso que este escrito escape de la brutal estupidez de esos monjes; pero como solo debe pasar á manos dignas de to-

carlo, y abrirse únicamente á ojos capaces de comprenderlo, quiero para ello imponer una condicion que será al mismo tiempo una prueba. Quiero que me siga á la tumba, á fin de que aquel de vosotros que deseará leerle tenga bastante valor para arrostrar vanos temores, arrancándolo al polvo del sepulcro: así pues, escucha mi última voluntad. Así que habré cerrado los ojos coloca este escrito sobre mi pecho. Le he encerrado yo mismo en un estuche de pergamino, cuya preparacion particular podrá garantirle de la corrupcion durante muchos siglos. No dejes que persona alguna toque mi cadáver; es este un triste cuidado que poco se disputa y que te cederán gustosamente. Coloca tú mismo la mortaja al rededor de mis miembros extenuados y vela sobre mis despojos con celosos ojos, hasta que haya bajado al seno de la tierra con mi tesoro; porque no ha llegado aun la época en que tú mismo podrás aprovecharte de él. Tú solo adoptarias su espíritu bajo la fe de mi palabra, y esta fe no sostendria la prueba de una lucha diariamente renovada contra tí por el catolicismo. Al igual de cada generacion humana, tiene cada hombre sus necesidades intelectuales, cuyo límite marca el de sus investigaciones y de sus conquistas. Para leer con fruto esas líneas que confio al silencio de la tumba, será preciso que tu espíritu haya llegado, como el mio, á la necesidad de una transformacion completa. Solo entonces te despojarás de tu antiguo vestido sin temor y sin pena, y te pondrás el nuevo con la seguridad de una buena conciencia. Cuando este dia brillará para tí, rompe sin inquietud la piedra y el metal, abre mi tumba y hunde en mis secas entrañas una mano firme y piadosa. ¡Ay! cuando llegará esta hora, me se figura que mi extinguido corazon revivirá como la yerba helada á la vuelta del sol de primavera, y que desde el seno de esas transformaciones infinitas mi espíritu entrará en comunicacion inmediata con el tuyo; porque el espíritu vive para siempre: él es el eterno productor y el eterno alimento del espíritu; él nutre lo que engendra, y como cada des-

truccion alimenta una nueva produccion en el órden material, del mismo modo cada soplo intelectual conserva por medio de una invisible comunion el soplo despertado por él en un nuevo santuario de inteligencia.

« Este discurso no suscitó en el seno de Fulgencio un ardor mayor del que habia presentido su maestro. Espiridion le habia juzgado bien al decirle que no habia sonado aun para él la hora del conocimiento. Sin duda espíritus mas atrevidos y celebros mas vastos que el de Fulgencio hubieran podido ser instituidos depositarios del secreto del abad; en esta época los habia en el claustro: pero sin duda tambien estos carácteres no le ofrecian garantías suficientes de desinterés y sinceridad: debia temer que su tesoro no parase en ser un medio de poder temporal ó de gloria mundana en manos de hombres ambiciosos; tal vez un manantial de impiedad, ó una causa de ateismo, bajo la interpretacion de una alma árida y de una inteligencia privada de amor. Sabia que Fulgencio era, como dice la Escritura, *un oro purísimo*, y que si faltándole valor llegaba al extremo de no aprovechar el sagrado legado, almenos no haria nunca de él un uso fúnesto. Cuando vió la humilde resignacion con que habia escuchado sus confianzas aquel amado discípulo, aplaudióse el haberle dejado á su libre arbitrio, y solo le hizo jurar que no moriria sin haber hecho pasar aquel legado á manos dignas de poseerlo. Fulgencio lo juró.

— Pero, ¡ó maestro mio! exclamó él, ¿cómo conoceré esas manos puras? ¿Y si nadie me inspira bastante confianza para que le transmita vuestra herencia, no subirá del seno de la tumba vuestra voz hácia mí para disipar mi ceguera ó mi timidez? ¿Podré dirigirme solo por las tinieblas cuando se habrá extinguido la luz?

— Ninguna luz se extingue, respondió el abad, y las tinieblas del entendimiento son para un espíritu generoso y sincero velos fáciles de rasgar. Nada se pierde; la forma misma no muere; y permaneciendo grabada mi figura en

el mas íntimo santuario de tu memoria, ¿quién podrá decir que esa misma figura ha desaparecido de este mundo y que los gusanos han destruido mi imágen? ¿Romperá acaso la muerte los lazos de nuestra amistad? ¿Podrá pues entonces decirse que lo que se ha conservado en el corazon de un amigo ha dejado de ser? ¿Tiene el alma necesidad de los ojos del cuerpo para contemplar lo que ama, y no es ella un espejo do nada se borra? Vé, el mar dejará de reflejar el azur de los cielos antes que la imágen de un ser amado haya caido en la nada; y el artista que fija una semejanza sobre el lienzo ó sobre el mármol, ¿acaso no comunica tambien una especie de inmortalidad á la materia?

« Tales eran las postreras conversaciones de Espiridion con su amigo. Pero empieza aquí para este último una serie de hechos personales sobre los que llamo tu atencion. Voy á referírtelos tales cuales me fueron transmitidos muchas veces por él, con la mas escrupulosa exactitud.

« Fulgencio no podia habituarse á la idea de tener que ver morir á su amigo y maestro. En vano le decian los médicos que le quedaban al abad pocos dias de vida, pues que su enfermedad habia ya llegado al término en que cesan todas las esperanzas y se hacen inútiles los recursos del arte; érale imposible concebir el que aquel hombre de carácter y espíritu tan vigorosos aun, estuviese al borde de su destruccion. Nunca le habia visto él mas claro ni mas elocuente en sus palabras, mas sutil en sus descubrimientos ni de mas extensas miras. En el umbral de otra vida gozaba aun de energía y actividad para ocuparse de los detalles de la que iba á abandonar. Lleno de solicitud para sus hermanos, daba á cada uno las instrucciones que le convenian: á los malos una amonestacion ardiente, á los buenos un aliento paternal. Estaba mas inquieto y afectado por el dolor de Fulgencio que por sus propios dolores físicos; y su ternura hácia aquel jóven le hacia olvidar cuanto de solemne y terrible tiene el paso que iba á franquear. »

Aquí interrumpió su relacion el padre Alejo, viendo lle-

narse mis ojos de lágrimas, y mi cabeza se inclinó sobre su mano helada, al pensar la íntima semejanza que existia entre la situacion que me decribia y la en que nos hallábamos uno y otro. Comprendióme, estrechó fuertemente mi mano y continuó.

« Viendo Espiridion que aquella alma tierna y apasionada en sus afecciones iba á romperse con el hilo de su vida, trató de suavizar el horror con que rodea el catolicismo la idea de la muerte, pintándole con serenos y consoladores colores ese paso de una existencia efímera á una existencia sin fin.

— No me quejo de que murais, respondia Fulgencio; me quejo porque me abandonais. No me inquieta vuestra suerte; sé que vais á pasar de mis brazos á los de un Dios que os ama; ¡ pero yo voy á gemir sobre una tierra árida, y á arrastrar una existencia desamparada entre seres que nunca os reemplazarán para mí!

— ¡ Oh hijo mio! no hables así, respondió el abad; existe una providencia para los hombres buenos, para los corazones que aman. Si te roba un amigo cuya mision cerca de tí está ya cumplida, dará en recompesa á tu vejez otro amigo fiel, un hijo afecto, un discípulo confiado, que embalsamará tus últimos dias con los consuelos que hoy dia tú me prodigas.

— Nadie podrá amarme como yo os amo, repuso Fulgencio, porque nunca seré digno de un amor semejante al que me inspirais; y aun cuando esto pudiese suceder, ¡ soy tan jóven! ¡ Imaginad lo que tendré que sufrir privado de guia y de apoyo durante los años de mi vida en que vuestros consejos y vuestra proteccion me hubiesen sido más necesarios!

— Escucha, le dijo un dia el abad, quiero manifestarte un pensamiento que ha atravesado muchas veces mi espíritu sin detenerse nunca en él. Ya sabes que nadie es mas enemigo que yo de las groseras truhanerías de que se valen los monjes pora aterrorizar á sus adeptos; no soy mas par-

tidario de los extásis que visionarios ignorantes ó viles impostores han hecho servir para levantar su fortuna, ó satisfacer su miserable vanidad; pero creo en las apariciones y en los sueños, que han comunicado á veces un saludable terror, ó conducido una vivificante esperanza á espíritus sinceros y piadosamente entusiastas. Los milagros no me parecen inadmisibles á la razon mas fria y mas ilustrada. Entre las causas sobrenaturales que lejos de causar repugnancia á mi espíritu, son para él una vision dulce y una creeencia vaga, aceptaria como posibles las comunicaciones directas de nuestros sentidos con lo que permanece en nosotros y al rededor de nosotros de los muertos que hemos amado. Sin creer que los cadáveres puedan romper la losa del sepulcro y recobrar por algunos instantes las funciones de la vida, imagino algunas veces que los elementos de nuestro ser no se dividen súbitamente; y que antes de su difusion un reflejo de nosotros mismos se desprende á nuestro alrededor, como el espectro solar hiere aun nuestra vista con toda su brillantez, muchos minutos despues que ha desaparecido de nuestro horizonte. Si debo decirte cuanto pasa en mí acerca este particular, te confesaré que segun una tradicion de mi familia, que nunca he tenido valor de rechazar como una fábula, la vida existia en tal grado de intensidad en la sangre de mis antepasados, que su alma experimentaba al dejar el cuerpo el esfuerzo de una crisis extraña, desconocida. Veian entonces desprenderse de ellos su propia imágen y aparecérseles algunas veces doble y triple. Mi madre aseguraba que en la suprema hora en que mi padre entregó á Dios su alma, pretendia ver á cada lado de su cama un espectro del todo semejante á él, vestido con el traje que llevaba los dias festivos para ir á la sinagoga de que era rabino. Hubiera sido tan fácil á la altanera razon el rechazar esta leyenda, que nunca me cuidé de ello. Érale agradable á mi imaginacion, y me hubiera afligido condenarla á la nada de los errores juzgados. Estos discursos te causan alguna extrañeza. Me has visto repeler

tan duramente las tentativas de nuestros visionarios, y ridiculizar tan implacablemente sus alucinaciones, que piensas quizás que mi celebro se debilita en este momento. Siento al contrario rasgarse los velos, y me parece que nunca he penetrado con mas lucidez en las percepciones desconocidas de un nuevo órden de ideas. Conociendo el hombre sincero, en la hora de abdicar el ejercicio de la soberbia razon, que no tiene ya necesidad de defenderse de los terrores de la muerte, arroja su escudo y contempla con ojos tranquilos el campo de batalla que abandona. Puede entonces ver que, lo mismo que la ignorancia y la impostura, tienen la ciencia y la razon sus preocupaciones, sus ceguedades, sus negativas temerarias, sus mezquinas obstinaciones. ¿Qué digo? Ve que la razon y la ciencia humana no son mas que descubrimientos provisionales, horizontes nuevamente descubiertos, mas allá de los cuales se abren horizontes infinitos, desconocidos aun, y que juzga inalcanzables porque la corta duracion de su vida y la débil medida de sus fuerzas no le permiten proseguir mas lejos su viaje. Ve, á decir verdad, que la razon y la ciencia no son mas que la superioridad de un siglo relativamante á otro; dícese temblando que los errores que le hicieron reir en su tiempo eran la última palabra de la sabiduría humana para sus antepasados. Puede decirse que sus descendientes se reirán igualmente de su ciencia, y que los trabajos de toda su vida, despues de haber dado su fruto durante una estacion, serán necesariamente rechazados como el viejo tronco de un árbol que se poda. Humíllese pues entonces y contemple con filosófica calma esa serie de generaciones que le seguirán, y sonríase al ver el punto intermedio en que ha vegetado, átomo oscuro, imperceptible eslabon de la cadena sin fin. Que diga: He ido mas lejos que mis antecesores, he engrosado ó depurado el tesoro que habian conquistado. Pero que no diga: Lo que yo no he hecho es imposible hacerlo, lo que no he comprendido es un misterio incomprensible, y nunca el hombre superará los

obstáculos que me han detenido; porque ese seria un blasfemo, y por tales juicios es por lo que seria preciso encender las hogueras donde la inquisicion arroja los escritos de los innovadores.

« Aquel dia Espiridion colocó su cabeza entre sus manos y no se explicó mas. Al siguiente volvió á tomar el hilo de una conversacion que parecia gustarle y aliviarle de sus sufrimientos.

— Fulgencio, dijo, ¿Qué puede significar la palabra *pasado?* ¿Qué accion quiere determinar ese verbo *dejar de ser?* ¿Serán estas ideas creadas por el error de nuestros sentidos y la impotencia de nuestra razon? ¿Lo que ha sido puede dejar de ser, y lo que es puede no haber sido en todo tiempo?

— ¿Es decir, le contestó el sencillo Fulgencio, que no morireis, ó que os veré aun despues de haber dejado de ser?

— No existiré y existiré aun, respondió el maestro. Si tú sigues amándome, me verás, me sentirás, me verás en todas partes. Mi forma estará ante tus ojos, porque quedará grabada en tu espíritu; mi voz vibrará en tus tímpanos, porque permanecerá en la memoria de tu corazon; mi espíritu se revelará aun á tu espíritu, porque tu alma me comprende y me posee. Y quizás, añadió con una especie de entusiasmo, y como herido por una idea nueva, quizás te diré despues de mi muerte lo que mi ignorancia y la tuya nos han impedido descubrir juntos y comunicarnos el uno al otro. Tal vez tu pensamiento fecundará el mio; tal vez la semilla plantada por mí en tu alma fructificará avivada por tu soplo. ¡Ruega ruega! y no llores. Acuérdate que el jóven profeta Eliseo pidió como única gracia al Señor que le concediese una doble parte del espíritu del profeta Elias su maestro. Hoy dia todos somos profetas, hijo mio; todos buscamos la palabra de la vida y el espíritu de la verdad.

« El último dia recibió el abad los sacramentos con toda la calma y toda la dignidad de un hombre que cumple un

acto exterior, y que lo acepta como un símbolo respetable. Recibió los adioses de todos sus hermanos, dióles su postrera bendicion, y volviéndose hácia Fulgencio en el momento en que este viéndole tan fuerte y tranquilo creia que iba á tener lugar alguna crisis y que iba á serle devuelto, le dijo muy bajo.

— Hazles salir Fulgencio; quiero estar solo contigo. Apresúrate, voy á morir.

« Fulgencio consternado, obedeció; y cuando estuvo solo con el abad le preguntó temblando y llorando, de que provenia, que en un momento en que se hallaba tan sosegado, tuviese la idea de que su vida iba á acabar tan pronto.

— En efecto, repuso Espiridion, me siento muy bien, y si debiese juzgar por el bienestar que experimento en mi cuerpo y en mi alma, creeria que nunca me habia hallado mas fuerte ni mejor. Pero ciertamente voy á morir, porque acabo de ver mi sombra que me señalaba el reloj de arena y me hacia señas para que despidiese á todos esos testigos inútiles ó malévolos: dime á donde llega la arena.

— ¡Ó mi querido maestro, mas de la mitad ha pasado al receptáculo!

— Bien está, hijo mio.... Dame el escrito.... colócale sobre mi pecho, y pon en seguida la mortaja al rededor de mi cuerpo.

« Fulgencio obedeció; un ardor frio bañaba su frente: el abad le tomó las manos, y le dijo aun:

— No me voy.... Todos los elementos de mi ser vuelven á *Dios* y una parte de mí mismo pasa á tí.

« Cerró despues los ojos y quedó en un piadoso recogimiento. Al cabo de media hora los abrió y dijo:

— Este instante es inefable; nunca fuí tan feliz.... Fulgencio, ¿queda arena?

« Fulgencio volvió sus húmedos ojos hácia el reloj; apenas quedaban algunos granos. Arrebatado por un movimiento inexplicable de dolor, estrechó convulsivamente las manos de su maestro entrelazadas entre las suyas y que

sentia enfriarse rápidamente. El abad le devolvió el apreton con fuerza, y se sonrió diciéndole: — *¡He aquí la hora!*

« En aquel momento sintió Fulgencio colocarse sobre su cabeza una mano llena de calor. Se volvió de repente, y vió de pie detrás de él un hombre del todo semejante al abad, que le miraba con aire grave y paternal. Dirigió su vista hácia el muerto, sus manos se habian extendido, sus ojos estaban cerrados. Habia dejado ya de vivir la vida de los hombres.

« Fulgencio no osó volverse. Dividido entre el terror y la desesperacion, dejó caer su cabeza sobre la cama y perdió el conocimiento por algunos instantes; pero acordándose pronto del deber que tenia que cumplir, cobró valor y acabó de cubrir á su querido maestro con el paño mortuorio. Colocó el manuscrito con el mayor cuidado, puso encima el crucifijo segun costumbre, y cruzó los brazos del cadáver sobre el pecho. Apenas estuvieron en esta posicion, se pusieron tiesos como el acero, y parecióle á Fulgencio que ningun poder humano hubiera podido arrancar el libro á aquel cuerpo privado de vida.

« No le abandonó un solo minuto, y él mismo le condujo con otros tres novicios á la iglesia. Allí se prosternó junto á su catafalco, y permaneció sin tomar alimento alguno ni cerrar sus ojos, hasta que con sus propias manos hubo soldado el ataud, y que con sus ojos vió colocar la losa que debia cubrirle. Cuando terminó este acto se prosternó sobre ella y la regó con sus lágrimas. Entonces oyó una voz que le dijo al oido: — *¿Hete pues dejado?* No se atrevió á mirar á su alrededor; pero la voz que habia oido era ciertamente la de su amigo. Resonaban aun en la bóveda del templo los cantos fúnebres, y los monjes desfilaban lentamente.

« En este punto, prosiguió Alejo despues de haber cobrado aliento un momento, cesan para mí las íntimas revelaciones de Fulgencio. Cuando me contó estas cosas creyó no deberme ocultar nada de la vida ni de la muerte de su

maestro; pero ya fuese escrúpulo de cristiano, ya una especie de confusion y de arrepentimiento hácia la memoria de Espiridion, no quiso contarme lo que habia tenido lugar despues entre él y la sombra que le visitaba asiduamente. Poseo una completa certeza de que al principio tuvo numerosas apariciones; pero el temor que le causaban, y los esfuerzos que hacia para sustraerse á ellas, hicieron que cada vez fuesen mas raras y confusas. Era Fulgencio un carácter vacilante, una conciencia timorata. Cuando hubo perdido á su maestro, no obró ya sobre él el encanto de su presencia continua; asustóse de cuanto habia oido, y tal vez de cuanto habia hecho al inhumar el libro. Nadie mejor que él sabia cuan indigna era de la alta sabiduría y de la poderosa razon del abad la acusacion de magia. Sin embargo, á fuerza de oir despues de su muerte que se habia abandonado á ese arte detéstable, y que habia tenido comercio con los demonios, aterrorizado Fulgencio por las cosas sobrenaturales que habia visto, y por las que sin duda pasaban aun por él, buscó en la escrupulosa observancia de sus deberes de buen cristiano un refugio contra la luz que deslumbraba sus ojos. Lo que se debe ádmirar en ese hombre generoso y recto, es que halló en su corazon la fuerza que faltaba á su espíritu, y que nunca hizo traicion aun en el seno mismo de las investigaciones pérfidas ó amenazadoras del confesonario á ninguno de los secretos de su maestro. Ignoróse la existencia del manuscrito, y á la hora de su muerte ejecutó fielmente la voluntad suprema de Espiridion confiándome lo que acabo de confiarte yo á tí.

« Espiridion habia fundado como estatuto particular de nuestra abadía, que todo religioso afecto de una enfermedad grave tendria el derecho de reclamar, además de los cuidados del enfermero ordinario, los de un novicio ó de un religioso á gusto suyo. El abad habia instituido este reglamento pocos dias antes de su muerte, en reconocimiento á los consuelos con que Fulgencio endulzaba su agonía, á fin de que el mismo Fulgencio y los demás monjes

tuviesen en su última prueba esos socorros y esos alivios de la amistad que nada puede reemplazar. Habiendo pues sufrido Fulgencio un ataque de parálisis, fuí mandado á su lado. Sorprendióme la eleccion que hizo de mí en esta ocurrencia; pues apenas le conocia, y nunca habia mostrado distinguirme, mientras estaba rodeado de fervientes discípulos y amigos solícitos. Objeto de las persecuciones y de la desconfianza de la órden durante los primeros años que sucedieron á la muerte del abad, acabó por hacer la paz á fuerza de dulzura y suavidad. Fatigados de lidiar, habian cesado de pedirle cuenta de los heréticos escritos que sospechaban heber salido de la pluma de Hebronius, y se persuadieron que los habia quemado. Las conjeturas sobre la grande obra habian dejado ya de ser de moda desde que el espíritu del siglo XVIII se habia infiltrado en nuestros muros. Teníamos á lo menos diez buenos padres filósofos que leian en secreto las obras de Voltaire y Rousseau, y que llevaban el *espíritu fuerte* hasta quebrantar el ayuno y suspirar por el matrimonio. Tan solo quedaba ya el portero del convento, anciano de ochenta años y contemporáneo del padre Fulgencio, que mezclase las supersticiones de lo pasado con el orgullo de lo presente. Hablaba del tiempo antiguo con admiracion, del abad Espiridion con una sonrisa misteriosa, y del mismo Fulgencio con una especie de desprecio, como de un ignorante y un perezoso que hubiera podido comunicar su secreto y enriquecer el convento, pero que tenia miedo al diablo y trabajaba simplemente en su salud. Sin embargo habia aun en mi época muchos celebros jóvenes á quienes atormentaban como un problema la vida y la muerte de Hebronius. Yo era de ese número; pero debo decir que si bien me inspiraba alguna inquietud la suerte de aquella grande alma en la otra vida, no participaba de ninguno de los imbéciles terrores de los que no se atrevian á rogar por ella de miedo que no se les apareciese. Una supersticion, que durará mientras haya conventos, condenaba á su espectro á errar sobre la tierra hasta que las puertas del purgatorio se hubiesen

abierto del todo ante su arrepentimiento ó ante las súplicas de los hombres. Pero como, segun los monjes, es propio de la naturaleza de los espectros el irritarse con los vivos que quieren ocuparse de ellos, para obtener siempre mas misas y rogativas, se guardaban bien todos de pronunciar su nombre en las conmemoraciones particulares.

« En cuanto á mí, habia reflexionado á menudo sobre las extrañas cosas que se contaban en el noviciado acerca las antiguas apariciones del abad Espiridion. Ningun novicio de mi tiempo podia afirmar haber visto ú oido al *Espíritu.* Pero habíanse perpetuado en aquella escuela ciertas tradiciones, con los comentarios de la ignorancia y del miedo, elementos ordinarios de la educacion monacal. Los antiguos que la echaban de despreocupados, se reian de estas tradiciones sin confesar que ellos mismos las habian dado crédito en su juventud. Por lo que respeta á mí, las escuchaba con avidez; gustándole á mi imaginacion la poesía de esas relaciones maravillosas y no tratando de comentarlas mi razon. Complacíame particularmente cierta historia que voy á referir.

«Durante sus últimos años habia tomado el abad Espiridion la costumbre de andar á largos pasos por la extensa sala del capítulo desde las doce á la una. Era aquella la única recreacion que se permitia, y la consagraba aun á los pensamientos mas graves y sombríos; porque si se le interrumpia en medio de su paseo, se entregaba á violentos accesos de cólera. Así es que los novicios que tenian alguna gracia que pedirle le esperaban en la galería del claustro contigua á la del capítulo, y allí aguardaban temblando á que diese la una, pues el abad, escrupulosamente regular en la distribucion de sus horas, no prolongaba un minuto mas ni menos su paseo. Algunos dias despues de su muerte, habiendo entrado el abad Deodato, su sucesor, un poco despues del mediodia en la sala del capítulo, salió de ella al cabo de algunos instantes pálido como la muerte, y cayó desmayado en los brazos de varios hermanos que se hallaban en la galería. Jamás quiso manifestar la causa de su terror, ni

contar lo que habia visto en la sala. Ningun religioso se atrevió á penetrar en ella á aquella hora, y el miedo se apoderó de todos los novicios, hasta el extremo de pasar la noche rezando en su dormitorio y de caer enfermos muchos de esos jóvenes. Sin embargo, siendo aun mas fuerte la curiosidad que el terror, hubo algunos bastante atrevidos para estarse en la galería durante la hora fatal. Esa galería está, como sabes, algunos pies mas baja que el piso de la sala del cabildo, cuyas cinco ventanas ojivas dan sobre ella y estaban en aquella época, lo mismo que hoy dia, adornadas con grandes cortinas de sarga carmesí, constantemente bajas sobre aquella parte del edificio. ¡Pero cuál fue la sorpresa y el espanto de aquellos novicios cuando vieron pasar sobre la cortina la grande sombra del abad Espiridion, bien fácil de reconocer por la silueta de su hermosa cabellera! Al mismo tiempo que veian pasar y repasar la sombra, oian el ruido igual y rápido de sus pasos. Todo el convento quiso ser testigo de aquel prodigio, y los espíritus fuertes, pues que en aquel tiempo habia algunos, pretendian que era Fulgencio, ó algun otro de los antiguos favoritos del abad que se paseaba como él. Pero el asombro de los incrédulos fue grande cuando pudieron cerciorarse de que toda la comunidad, sin exceptuar un solo religioso, novicio ó servidor, se hallaba reunida en la galería, mientras que la sombra seguia andando y el entarimado de la sala crugia bajo sus pies como de costumbre.

« Esto duró cosa de un año. Á fuerza de misas y rogativas se satisfizo, dicen, aquella alma en pena, y al primer aniversario de la muerte de Hebronius vióse cesar este prodigio Sin embargo pasóse aun otro año sin que nadie se atreviese á entrar en la sala á la hora maldita. Como en los conventos á cada cosa se aplica un nombre convencional, habian denominado á esta hora el *Miserere*, porque durante el año que habia durado el paseo del aparecido, muchos novicios designados por turno por los superiores estaban obligados á ir á recitar en la galería el *Miserere*. Cuando hubo

cesado esta aparicion, y se hubieron familiarizado de nuevo con los lugares frecuentados por el espíritu, decíase que á la hora del mediodia, en el momento en que el sol pasaba sobre el rostro del retrato de Hebronius, veian animarse sus ojos y parecer del todo semejantes á unos ojos humanos.

« Nunca habia yo zaherido ni puesto en duda esta leyenda. Gustábame en extremo oirla contar; y mucho antes de la época en que conocí íntimamente á Fulgencio, me habia interesado ya ese sabio abad, cuya alma agitada no habia tal vez podido entrar á gozar del celeste reposo, no habiéndole sido dable hallar amigos dotados de bastante ánimo ó cristianos bastante fervorosos para pedir y obtener su gracia. Con toda la sencillez de mi fe me habia constituido el abogado de Espiridion cerca del tribunal de Dios, y todas las noches antes de dormirme recitaba contritamente un *De profundis* para él. Aunque habia muerto unos cuarenta años antes de venir yo al mundo, ya sea que admirase la grandeza de su carácter, del cual referíanse mil rasgos notables, ó ya que hubiese en mí algun no sé que como una predestinacion de deber ser su heredero, lo cierto es que me sentia conmovido por una viva simpatía y una especie de ternura piadosa cuando me acordaba de él. Horrorizábame la herejía, y le compadecia tan extremadamente por haber caido en este error, que no podia sufrir que se hablase delante de mi de sus últimos años.

« Sin embargo, la prudencia me prohibia confesar esta simpatía. La inquisicion ejercida sin cesar por los superiores, hubiera acriminado la pureza de mis sentimientos. La eleccion que Fulgencio hizo de mí para ser su amigo y consolador dió lugar á que me sorprendiese tanto á mí cuanto sorprendió á los otros. Algunos quedaron mortificados; pero nadie pensó en hacerme un crímen de ello, pues no le habia buscado, y no se tuvo desconfianza de mí. Era yo entonces un católico tan ferviente cuanto es posible serlo, y aun mi devocion tenia un carácter de ortodoxia feroz, que

me aseguraba, si no la benevolencia, á lo menos la consideracion de los superiores. Cuatro años hacia que habia profesado, y ese *fervor de novicio* que se ha hecho proverbial, no se habia disminuido aun en mí. Amaba la religion católica con una especie de transporte; parecíame una arca santa á cuyo abrigo podria dormir con seguridad toda mi vida, sin temer las olas ni las tempestades de mis pasiones, pues sentia en mí una fuerza capaz de pulverizar como el vidrio todos los raciocinios de la sabiduría. Las ideas que encierra esa palabra *misterio* eran las únicas que podian encadenarme, porque solo ellas tenian la facultad de gobernarme, ó á lo menos de adormecer mi religíon. Complaciame en exaltar la potencia de esa revelacion divina que corta de golpe todas las controversias y promete en cambio de la sumision del espíritu los eternos goces del alma. ¡Cuán preferible me parecia á mí á esas filosofías profanas que buscan en vano la felicidad en un mundo efímero, y que no pueden despues de haber soltado la rienda á los instintos de la materia, recobrar el menor dominio durable sobre ellos por el raciocinio! Poseía casi todas las instrucciones escolásticas y profesaba la teología como un exaltado apóstol, haciendo servir todo mi espíritu de discusion y exámen en demostrar la exelencia de una fe que proscribia uno y otro.

«Parecia pues el hombre menos á propósito para recibir las confianzas del amigo de Hebronius; pero un solo acto de mi vida habia revelado poco antes al anciano Fulgencio cuanto podia esperarse de la firmeza de mi carácter. Un novicio me habia confiado una falta que yo le habia instado confesase. No lo habia hecho, y habiéndose descubierto, así como tambien la confianza que se me habia hecho, se tachaba casi mi silencio de complicidad. Querian para absolverme que hiciese mayores revelaciones y que completase con mi delacion la acusacion dirigida contra aquel jóven. Preferí hacer mayor mi culpa que la suya. Confesó él la verdad y fuí disculpado, pero se acriminó mucho mi resistencia y el prior me dirigió públicos reproches en términos

los mas propios para herir el irritable orgullo que incubaba en mi seno. Impúsome una cruel penitencia, y viendo despues la sorpresa y la consternacion que esta severa órden difundia por los semblantes de los trémulos novicios añadió :

— Ésnos en extremo sensible deber castigar con el rigor de la justicia á un hombre tan regular en sus costumbres y tan afecto á sus deberes cual lo ha sido V. hasta el dia. Desearíamos perdonar esta falta, la primera en su vida religiosa que haya sido de gravedad. Lo haríamos con alegría si manifestase V. bastante confianza en nos para humillarse ante nuestra paternal autoridad, y si reconociendo sus yerros se empeñase solemnemente en no reincidir jamás en una resistencia semejante en favor de las profanas máximas de una mundana lealtad.

— Padre mio, respondí, sin duda he cometido una grave falta, pues condena V. mi conducta; pero Dios reprueba los votos temerarios, y cuando hacemos un firme propósito de no ofenderle mas, obtenemos su asistencia futura, no por juramentos, sino por humildes votos y ardientes rogativas. Seríanos imposible engañar su penetracion y reiríase de nuestra debilidad y de nuestra presuncion. No puedo pues prometer lo que V. me pide.

« Este lenguaje no era el de la Iglesia, y sin pensarlo, un instante de indignacion acababa de trazar en mí una línea de demarcacion entre la autoridad de la fe y la aplicacion de esa autoridad en mano de los hombres. El prior no contaba con fuerzas suficientes para empeñarse en una discusion conmigo. Tomó un aire de hipócrita compasion, y me dijo con un tono afligido que disfrazaba mal su despecho.

— Me veré pues abligado á confirmar mi sentencia, pues que no se siente V. con fuerzas suficientes para ofrecerme la seguridad de no caer en una segunda falta de este género.

— Padre mio, repuse, haré doble penitencia por esta.

« Cumplila en efecto, y prolongué de tal modo mis maceraciones que se vieron obligados á hacerlas cesar. Sin advertirlo, ó á lo menos sin haberlo previsto, encendia profundos resentimientos y excitaba vivas alarmas en el espíritu de los superiores por el orgullo de una expiacion que desde entonces en adelante me declaraba invulnerable á los tiros de los castigos exteriores. Fulgencio quedó en extremo admirado del inesperado carácter que esta conducta por parte mia revelaba á los otros y á mí mismo. Escapósele el decir que en tiempo del abad Espiridion *no hubieran tenido lugar semejantes cosas.*

« Estas palabras á mi vez me causaron tambien admiracion, y pedile una explicacion de ellas un dia que nos hallábamos los dos solos.

— Estas palabras significan dos cosas, contestó él; primero, que nunca el abad Espiridion hubiera tratado de arrancar de la boca de un amigo el secreto de un amigo; segundo, que si alguno se hubiese atrevido á probarlo hubiera castigado la tentativa y recompensado la resistencia..

« Sorprendióme aquel instante de abandono, el único quizás á que se habia entregado Fulgencio en muchos años. Poco tiempo despues fue cuando cayó paralítico y me llamó á su lado. Parecióme al principio que estaba muy atado conmigo, y en vano esperaba que me explicase á que casualidad debia mi eleccion. Pero viendo que no lo hacia, conocí cuan poca delicadeza habia en preguntarle, y me esforcé en manifestarle que estaba reconocido y honrado por la preferencia que me concedia. Tuve un placer en ahorrarle toda explicacion, y nuestras relaciones se establecieron bajo el pie de una tierna amistad y de un afecto filial. Sin embargo la confianza se estableció entre nosotros con dificultad, aun cuando pasábamos muchas horas hablando juntos y con una apariencia de franqueza. El buen anciano parecia tener necesidad de referir la historia de sus juveniles años, y de dividir con otro el entusiasmo que abrigaba hácia su adorado maestro Espiridion. Escuchábale yo con placer, dis-

tante como lo estaba de concebir inquietud alguna por mi fe; y pronto tomé tanto interés por este asunto, que cuando se desviaba de él, yo mismo volvia á hacer recaer la conversacion. Naturalmente hubiera conservado contra el abad Espiridion, á causa de los desconocidos trabajos que habian ocupado sus últimos años, una especie de desconfianza, si los detalles de su vida me hubiesen sido transmitidos por un católico menos religioso que Fulgencio; pero nada se me hacia sospechoso de este, y á medida que por medio de él me puse á conocer á Espiridion, me dejé arrastrar por la extraña y todopoderosa simpatía que me inspiraba el carácter del hombre, sin alarmarme por las opiniones finales del teólogo. Aquella sinceridad vigorosa y aquella justicia rígida que habia demostrado en todos los actos de su vida hacian vibrar en mi corazon cuerdas que hasta entonces habian permanecido mudas. Finalmente llegué á querer á este muerto ilustre como á un amigo vivo. Hablaba Fulgencio de él y de cosas que hacia sesenta años que habian ya pasado, como si hubiesen acontecido el dia de ayer. El encanto y la verdad de sus cuadros era tal para mí, que acababa por creer en la presencia del maestro ó en su próxima vuelta entre nosotros. Á veces permanecia largo tiempo bajo el imperio de esta ilusion, y cuando se desvanecia, cuando volvia al sentimiento de la realidad, me sentia apoderado de una verdadera tristeza, y me afligia de mi perdido error con una sencillez que hacia llorar y reir á la vez al buen Fulgencio.

«Á pesar de la paciente resignacion con que aquel digno religioso suportaba su enfermedad siempre en aumento, á pesar de la alegría y expansion que mi presencia le causaba, era fácil ver que una pena lenta y profunda le habia corroido toda su vida, y cuanto mas declinaban sus dias hácia la tumba, tanto mas incremento parecia tomar aquel misterioso pesar. Finalmente, hallándose próxima su muerte, me abrió enteramente su alma y me dijo que me habia considerado como el único capaz de recibir un secreto de tanta

importancia, á causa de la firmeza de mis principios y de la de mi carácter. La una, segun su modo de pensar, debia impedirme el extraviarme en los abismos de la herejía, la otra me preservaria de vender jamás el secreto del libro. Deseaba que no me enterase de lo que contenia; pero añadia, segun el espíritu del maestro, que si llegaba á perder la fe y caer en el ateismo, aquel libro, aunque plagado tal vez de herejía, debia conducirme ciertamente á la creencia de la Divinidad, y á los puntos fundamentales de la verdadera religion. Bajo este punto de vista, era un tesoro que no debia nunca olvidarse, y Fulgencio me hizo jurar que en caso de que no tuviese necesidad de recurrir á aquel libro, no llevaria este secreto conmigo á la tumba, sino que lo confiaria á un amigo fiel antes de morir. Hubo mucho embarazo y contradicciones en las confesiones del buen religioso. Parecia que tuviese dos conciencias, la una atormentada por los deberes y los lazos de la amistad, la otra por los terrores del infierno. Su turbacion excitó en mí una tierna compasion, y no pensé en hacer juicios severos sobre su conducta en un momento tan solemne y tan doloroso. Por otra parte empezaba á hallarme yo mismo en la propia situacion que él. Católico y hereje á la vez, con una mano invocaba la autoridad de la Iglesia romana, mientras hundia la otra en la tumba de Espiridion para buscar en ella, ó á lo menos para proteger el espíritu de rebeldía y exámen. Comprendí bien los sufrimientos del moribundo Fulgencio, y le oculté los que se apoderaban de mí. Habíase sostenido vigoroso su espíritu mientras que la urgencia de sus confesiones luchaba con los escrúpulos de su devocion. Apenas puso fin á sus agitaciones, empezó á declinar: su memoria se debilitó y pronto pareció haber olvidado enteramente hasta el nombre de su amigo. Durante las horas de la fiebre se entregaba á las mas minuciosas prácticas de devocion, y yo me ocupaba solo en recitarle rezos y en leerle salmos. Dormíase con un rosario entre las manos, y se despertaba murmurando: *Mi-*

serere nobis. Hubiérase dicho que trataba de expiar á fuerza de puerilidades la costosa energía que habia desplegado ejecutando la última voluntad de su amigo. Este espectáculo me afligia. —¿De qué sirve una vida entera de sumision y ceguedad, pensaba yo, si á los ochenta años es preciso morir lleno de espanto? ¿Cómo morirán los ateos y los libertinos si los santos bajan á la tumba pálidos de terror y faltos de confianza en la justicia de Dios?

« Una noche, atacado Fulgencio de una terrible fiebre, estuvo agitado por penosos sueños. Rogóme que me sentase cerca de su cama y que permaneciese despierto, á fin de despertarle á él mismo si llegaba á dormirse. Á cada instante creia ver un espectro que se acercaba á él; pero manifestaba en seguida que no le veía, y que el miedo solo de ello hacia pasar ante sus ojos imágenes flotantes y formas confusas. La luna despedia una luz clara y hermosa, y esta circunstancia le asustaba muy particularmente. Entonces fue cuando devorado por una curiosidad egoista pude arrancarle la confesion de las apariciones que habia tenido. Pero aquella confesion fue muy incompleta, su cabeza se extraviaba á cada momento. Todo cuanto pude saber es, que el espectro habia cesado de visitarle durante cincuenta años y que solo habia vuelto como cosa de un año antes de la enfermedad á que sucumbia. Á la hora de la noche en que la luna entraba en su lleno se despertaba y veía al abad sentado á su lado. Este no le hablaba, pero le miraba con aire triste y severo, como para reprocharle su olvido y recordarle sus promesas. Fulgencio habia deducido de esto que su hora postrera estaba próxima, y buscando á su alrededor á quien poder transmitir el secreto, habia observado que yo era el único hombre con quien podia contar. No habia querido hacerme indicacion alguna anticipada, á fin de no llamar la atencion de los superiores sobre nuestras relaciones y de no exponerme en consecuencia á persecuciones.

« Pasóse la noche sin que el espectro se apareciese á Ful-

gencio. Cuando vió por la mañana aclararse el horizonte, meneó tristemente la cabeza diciendo:

— Esto es hecho, ya no vendrá. ¡ Venia solo para atormentarme cuando estaba descontento de mí, y ahora que he hecho su voluntad me abandona! ¡ Ó maestro! ¡ maestro! sin ambargo he expuesto por vos mi salud eterna, y quizás estoy condenado para siempre por haberos amado mas que á mí mismo.

« Aquel último destello de una afeccion mas fuerte que el miedo me enterneció profundamente. ¿ Qué hombre era pues aquel que sesenta años despues de su muerte inspiraba aun tal espanto, tales afectos y tan tiernas penas? Fulgencio se durmió y se despertó al mediodia.

— Todo ha concluido, me dijo; siento que la vida de minuto en minuto me va abandonando. Mi querido hermano, quisiera recibir los últimos sacramentos. Id pronto á reunir á nuestros hermanos y pedid que vengan á administrármelos. ¡ Ay! añadió con aire preocupado, ¡ moriré pues sin saber si su alma ha hecho paces con la mia! He dormido profundamente; no he oido su voz durante mi sueño. ¡ Ah! ¡ él amaba mas á su libro que á mí! ya le decia yo cuando se hallaba entre nosotros: Maestro, todo vuestro afecto reside en vuestra inteligencia, y vuestro corazon nada reserva para nosotros. Esta es la historia de los hombres fuertes y de los hombres débiles. Cuando el espíritu de los fuertes está contento de nosotros, condesciende en buscarnos; pero nosotros, aprobemos ó no las especulaciones de su espíritu, nuestro corazon les queda siempre adicto.

— Padre Fulgencio, no digais eso, exclamé estrechándole entre mis brazos por un movimiento involuntario, y sin pensar en explicarme un reproche que no se dirigia á mí: esta seria la primera, la única herejía de vuestra vida. Los hombres verdaderamente fuertes aman apasionadamente, y vos habeis amado tanto porque sois uno de esos hombres. Tened valor en esta hora suprema. Si habeis pecado contra la ciencia de la Iglesia permaneciendo fiel á la amistad, Dios

os absolverá, porque prefiere el amor á la inteligencia.

— ¡ Ah ! tú hablas como hablaba mi maestro, exclamó Fulgencio. He ahí la primera palabra acorde con los sentimientos de mi corazon que he oido durante sesenta años. Bendito seas, hijo mio. Te repetiré la bendicion de Espiridion: « Quiera el Todopoderoso concederte en tus últimos dias un amigo fiel y tierno cual tú lo has sido para mí. »

« Recibió los sacramentos con grande fervor. Toda la comunidad asistia á su agonía. Los religiosos que no cabian en la celda se habian arrodillado en dos hileras á los lados de la galería, desde la puerta hasta la gran escalera que se divisaba en el fondo. De pronto Fulgencio, que parecia espirar en una muda beatitud, se reanimó, y atrayéndome hácia sí me dijo al oido: *Viene, sube ya la escalera; vé á recibirle.* No comprendiendo absolutamente aquella órden pero obedeciendo con aquella ceguedad que los moribundos tienen derecho de exigir, salí pasitamente, y sin turbar el recogimiento de los religiosos, atravesé el umbral y dirigí mis miradas á la vasta profundidad de la abovedada escalera, en donde nadaba en aquel momento el ardiente vapor del sol. Los novicios colocados siempre detrás de los profesos, estaban de rodillas á cada lado de las escaleras. Vi entonces un hombre que subia los escalones y que se acercaba con viveza. Su paso era lijero y magestuoso á la vez, cual lo es el de un hombre activo y revestido de autoridad. Reconocile al momento en su alta estatura llena de elegancia, en su cabellera blonda y radiante y en su antiguo vestido. Era exactamente conforme á la descripcion que de él me habia hecho muchas veces Fulgencio. Atravesó las dos hileras de monjes, que recitaban en voz baja las letanías de los santos, sin que nadie notase su presencia, aun cuando lo veia yo como veo la luz del dia, y aun cuando sus pasos rápidos y sonoros hiriesen mis oidos.

« Entró en la celda. En el momento que pasó cerca de mí caí de rodillas. Sin detenerse volvió la cabeza hácia mí y me miró fijamente. Acercóse á la cama, tomó la mano de Ful-

gencio y se sentó á su lado. Fulgencio no hizo movimiento alguno. Su mano permaneció inmóvil y colgada en la de su maestro; su boca estaba entrearbierta, sus ojos fijos y sin accion. Mientras duraron las letanías, la aparicion permaneció inmóvil, siempre inclinada sobre el cuerpo de Fulgencio. En el momento que aquellas estuvieron terminadas, este se enderezó sobre su lecho, y estrechando convulsivamente la mano que tenia la suya, gritó con fuerte voz:

« *Sancte Spiridion ora pro nobis,* y cayó muerto. La fantasma desapareció al mismo tiempo. Dirigí mis miradas al rededor para ver el efecto que habia producido esta escena en los asistentes; pero en la calma que reinaba en todas las facciones conocí que el espíritu habia sido visible solo para mí.

« Veinte y cuatro horas despues el cuerpo de Fulgencio volvió al seno de la tierra; yo fuí uno de los cuatro religiosos designados para colocarle en el fondo de la tumba destinada á su último sueño, la cual está situada en el trascoro de nuestra iglesia. Repetidas veces habrás visto la piedra larga y estrecha que marca su centro, y en la que está grabada esta extraña inscripcion: « *Hic est veritas.* »

— Esa inscripcion, dije interrumpiendo al padre Alejo, ha distraido á menudo mis miradas y ocupado mi pensamiento durante el rezo. Á pesar mio, trataba de penetrar el sentido de una divisa que me parecia opuesta al espíritu del cristianismo. ¿Cómo, decia yo, podria la verdad estar encerrada en un sepulcro? ¿Qué lecciones pueden pedir los vivos al polvo de los cadáveres? ¿No deben nuestras miradas dirigirse hácia el cielo desde que la chispa de la vida ha dejado nuestra carne mortal y el alma ha roto sus lazos?

— Ahora, repuso Alejo, puedes ya comprender el sentido misterioso de ese epitafio. Espiridion, en su entusiasmo por Bossuet, lo habia hecho inscribir, como has visto, en el dorso del libro que el pintor de su retrato le colocó en la mano. Cuando despues, siguiendo los impulsos de su buena fe, hubo cambiado por última vez de opinion, queriendo en

cambio de las variaciones de su espíritu, atestiguar la constancia de su corazon, resolvió conservar su divisa y exigió en la hora de su muerte que fuese grabada sobre su tumba. Noble celo de un valiente espíritu á quien nada puede separar de su conquista, y que pide el dormir en su tumba con la verdad que ha conquistado, como el guerrero con el trofeo de su victoria. Los monjes no comprendieron que aquella protesta del moribundo no se referia ya á la doctrina de Bossuet; algunos meditaron con desconfianza sobre el verdadero sentido de aquellas tres palabras; sin embargo nadie se atrevió é dirigir contra ellas una profana mano, tan grande era el respeto mezclado de temor que el abad inspiraba hasta en su sepulcro.

« El dia de las exequias de Fulgencio, se levantó aquella losa y bajamos la escalera de la tumba que cubria, pues se habia conservado para el amigo de Espiridion un sitio vacío, al lado mismo de donde este reposaba. Tal habia sido la última voluntad del maestro. El ataud de encina que llevábamos era muy pesado; la escalera rápida y resbaladiza; los hermanos que me ayudaban débiles adolescentes, turbados quizás por la lúgubre solemnidad que les tocaba llevar á cabo. La hacha temblaba entre la manos del monje que marchaba delante. Faltóle el pie á uno de los conductores, y rodó soltando un grito al que contestaron los gritos de sus compañeros. Cayósele al guia la hacha de las manos, y medio apagada, difundia solo sobre los objetos una incierta luz, cada vez mas siniestra. El horror de este instante fue en extremo terrible para unos jóvenes tímidos, educados en las supersticiones de una fe grosera, y prevenidos contra la memoria del abad por las absurdas imputaciones que circulaban aun contra él en el claustro. Creian sin duda que el espectro de Espiridion iba á alzarse á su vista, ó que dispertado el maligno espíritu por esas santas abluciones, iba á exhalarse de la tenebrosa hoya en llamas lívidas. »

« En cuanto á mí, mas robusto de cuerpo, ó de espíritu

mas firme, sentia una viva emocion, pero no se mezclaba á ella terror alguno, y me acercaba á las reliquias de aquel grande hombre con una especie de veneracion agradable. Cuando cayó mi compañero, sostuve yo solo los respetables restos de mi maestro; pero habiéndose dejado ir tambien sobre el suelo los otros dos que nos seguian, fuí arrastrado por la sacudida impresa á la pesada carga, y fuí á parar con el féretro de Fulgencio sobre el féretro de Espiridion. Levantéme en seguida, pero al apoyar mi mano sobre el sarcófago de plomo que contenia las cenizas del abad, quedé en extremo sorprendido al sentir en lugar del frio metálico, una calor que parecia tener vida. Tal vez era la sangre de una lijera herida que acababa de hacerme en la cabeza y de la cual habian caido algunas gotas sobre aquel. En el primer momento no sentí la herida, y transportado de una simpatía extraña, inconcebible, abrazé aquel sepulcro con el mismo transporte que si hubiese sentido estremecerse contra mi seno palpitante los secos huesos de mi padre. Levanteme apresuradamente, viendo que otro monje que se habia presentado en medio de esta escena de terror habia recogido el hacha.

« No recuerdo sin una especie de vergüenza los pensamientos que absorvieron mi imaginacion durante la noche que siguió á las exequias de Fulgencio, mientras meditaba arrodillado sobre su lápida. Tenia siempre viva la memoria de Espiridion; alucinado por el prestigio de su audacia intelectual, y por ese maravilloso poder cuya influencia le habia sobrevivido por tan largo tiempo, me sentí poseido de pronto de un ardiente deseo de seguir sus huellas. La juventud es orgullosa y temeraria, y los niños creen que no tienen mas que abrir las manos para apoderarse de las sombras de los muertos. Me figuraba ya ser abad del convento como Espiridion, dueño de su libro, admirando al mundo entero por mi ciencia y mi sabiduría. Ignoraba que doctrina era aquella, pero fuese cual fuese, la aceptaba anticipadamente como nacida de las mas poderosa cabeza de

su siglo. Entusiasmado por estas ideas, me levanté instintivamente para irme á apoderar del libro, y buscaba ya los medios de levantar la piedra; pero al momento de tocarla sentime de pronto detenido por el pensamiento de que iba á cometer un sacrilegio; y todos mis escrupúlos religiosos, que habian desaparecido por un momento, volvieron á asaltarme al propio tiempo. Salí de la iglesia á la vez encantado, atormentado, horrorizado. El orgullo humano y la sumision humana pugnaban dentro de mí, no sabia aun cual de los dos venceria; pero parecióme que seria difícil que sucumbiese el pensamiento, que en una hora habia cobrado tanta fuerza como el otro en diez años. Esta lucha interior duró muchos dias. Finalmente la inteligencia acudió en socorro del orgullo, y decidió la victoria. La fe huyó ante la razon como la obediencia huia ante la ambicion.

«Sin embargo, no abjuré enteramente la fe católica de pronto y sin deliberar. Cuando concedí á mi espíritu el derecho de examinar su creencia, estaba adherido aun de tal modo á esta misma creencia debilitada, que me lisonjeaba hacerla salir aun mas poderosa del crisol del estudio y de la meditacion. Si debiese venirse al suelo al primer choque de la inteligencia, seria ciertamente, me decia yo, un pobre y frágil edificio. La ley que prescribe someter el entendimiento ante los misterios, ha debido ser promulgada necesariamente por débiles cabezas. Esos misterios divinos no pueden ser otra cosa que sublimes figuras, cuyo sentido demasiado vasto asustaria y destruiria los celebros mezquinos. ¿Pero hubiera Dios dado á la sublime inteligencia del hombre, emanado de él mismo, por dominio solo las tinieblas, y por guia el miedo? No; esto seria ultrajar á Dios, y la letra ha debido ser tan clara para los profetas como el espíritu. ¿Por qué razon el alma que se siente desprendida de la tierra y deseosa de volar hácia las altas regiones del pensamiento, no trataria de seguir las pisadas de los profetas? Cuanto mas se penetrará en los misterios, tanta mas fuerza y luces se hallarán para contestar á los argumentos del ateismo. Es

aquel un niño que se teme á sí mismo, siendo así que su voluntad es recta y su fin es sublime.

« ¿ Quién sabe, añadia yo, si el libro de Espiridion es quizás un monumento elevado á la gloria del catolicismo? Fulgencio ha carecido de valor; tal vez si se hubiese atrevido á apoderarse de la ciencia de su maestro, hubiera visto cesar todas sus alarmas. Tal vez despues de muchas pesquisas y perplejidades, iluminado Hebronius por una nueva luz y reanimado por una fuerza imprevista, ha proclamado en su último escrito el triunfo de esas mismas ideas que hacia diez años que estaba alambicando. Acordéme entonces de la fábula del labrador que confia á sus hijos la existencia de un tesoro enterrado en su campo, á fin de empeñarles á trabajar esa tierra cuya fecundidad ha de formar su riqueza. La idea de Espiridion, me decia á mí mismo, habrá sido esta: No creais los unos sobre la fe de los otros, ni sigais como animales privados de razon el sendero trillado por los que marchan ante vosotros. Abrios vosotros mismos vuestro camino hácia el cielo; todo camino conduce á la verdad al que anima una intencion pura y no le ciega el orgullo. La fe no tiene verdadera eficacia hasta que se admite libremente, ni firmeza real hasta que satisface los deseos y ocupa las potencias del alma.

« Resolví pues dedicarme á serios y profundos estudios sobre la naturaleza de Dios y la del hombre, y no recurrir al libro de Hebronius hasta el último extremo, es decir en el caso de que considerando mis fuerzas inferiores á tan ardua tarea, sintiese cambiarse mi duda en desesperacion, y no bastar mis facultades agotadas para concluir el resto de mi carrera.

« Esta resolucion lo conciliaba todo, la curiosidad que se despertaba en mí hácia los misterios de la ciencia, y mi conciencia que permanecia aun ligada á los de la fe. Antes de llegar á esta conclusion habia estado muy agitado y sufrido mucho. En el movimiento de entusiasta alegría que me causó, me dejé arrastrar á una manifestacion entera-

mente católica de mi nueva filosofía. Quise hacer un voto. Juré no recurrir al libro de Hebronius antes de llegar á los treinta años, aun cuando me viese asaltado antes por las mas punzantes dudas, ó ilustrado en apariencia por las mas vivas certezas. Esta era la edad en que habia llegado á su apogeo el fervor católico de Espiridion y en que despues de haber abjurado ya dos creencias, se adhirió á la tercera con una indisoluble consagracion. Tenia entonces veinte y cuatro años y pensaba que seis años bastarian para mis estudios. En esta disposicion, arrodilléme de nuevo sobre la piedra que denominaban en el convento el *Hic est*. Allí, en medio del silencio y del recogimiento, pronuncié en voz baja un terrible juramento, dando mi alma á la condenacion eterna y mi vida al irrevocable abandono de la Providencia, si tomaba en mis manos el libro de Hebronius antes del invierno de 1766. No quise hacer aquel juramento entre las sombras de la noche, desconfiando de la turbacion que la solemnidad fúnebre de ciertas horas difunde en el corazon del hombre; quise obligarme á la claridad del dia, en uno brillante y á la luz del sol. Siendo muy fuerte el calor, el prior habia concedido, como solia suceder en esta estacion, una hora de siesta. Estaba pues enteramente solo en la iglesia: un profundo silencio reinaba en todas partes; no se oia ni aun el acostumbrado ruido de los jardineros, y las avecillas, reunidas en una especie de recogimiento extático, habian cesado sus cantos.

Dilatábase mi alma en su orgulloso entusiasmo, y vagaban por mi celebro las mas risueñas y poéticas ideas, mientras que una audaz confianza henchia mi pecho. Todos los objetos sobre que erraba mi vista parecian tomar una desconocida belleza. La lama de oro del tabernáculo brillaba como si una celeste luz hubiese descendido sobre el santo de los santos. Los pintados vidrios, abrasados por el sol, reflejándose sobre el pavimento, formaban entre columna y columna un ancho mosaico de diamantes y piedras preciosas. Parecia que los ángeles de mármol ablandados por

el calor inclinaban sus frentes, y que como hermosos pájaros, querian ocultar bajo sus alas sus encantadoras cabezas, fatigadas del peso de las cornisas. Las acompasadas y misteriosas pulsaciones del reloj se asemejaban á las fuertes vibraciones de un pecho abrasado de amor, y la llama blanca y mate de la lámpara que arde incesantamente frente del altar, luchando con la claridad del dia, era para mí el emblema de una inteligencia encadenada sobre la tierra, que aspira sin cesar á fundirse en el eterno foco de la inteligencia divina. En este instante de beatitud intelectual y física fue cuando pronuncié á media voz la fórmula de mi voto. Pero apenas habia empezado, cuando oí abrirse suavemente la puerta situada en el fondo del coro, y unos pasos que reconocí, porque ningunos pasos humanos pudieron jamás compararse á aquellos, resonaron en el santo lugar con una indecible armonía. Acercábanse hácia mí y no se detuvieron hasta llegar al lugar en que estaba arrodillado. Lleno de respeto y trasportado de gozo, elevé la voz y acabé distintamente la fórmula que habia interrumpido. Cuando la hube terminado, me volví creyendo hallar de pie detrás de mí al que habia visto ya en el lecho fúnebre de Fulgencio, pero no vi á nadie. El espíritu se habia manifestado á uno solo de mis sentidos. Probablemente no era digno aun de verle. Volvió á comenzar de nuevo su invisible marcha, y pasando por delante se perdió poco á poco á lo lejos. Cuando me pareció haber llegado á las rejas del coro, todo quedó otra vez en silencio. Reprochéme entonces no haberle dirigido la palabra. Quizás me hubiera contestado, tal vez le habia descontentado mi silencio, y esperaba solo un fervor mas vivo de mi corazon hácia él para manifestarse mas. Sin embargo no me atrevia á seguirle ni á invocar su vuelta, pues se mezclaba un grande temor á la irresistible simpatía que sentia hácia él. No era ese terror pueril que sienten los hombres débiles al aspecto de una perturbacion cualquiera de los hechos comunes accesibles á sus limitadas percepciones; pues esas perturbaciones raras y

excepcionales que equivocadamente denomina el vulgo prodigios sobrenaturales, por inexplicables que fuesen á mi ignorancia, no me causaban espanto alguno. Pero el respeto que me inspiraba despues de su muerte ese hombre superior, sin duda si le hubiese conocido durante su vida le hubiera experimentado en igual grado. No pensaba que potencia alguna invisible le hubiese dado el derecho de dañarme ó aterrorizarme; sabia bien que en el estado de puro espíritu debia leer y comprender lo que pasaba en mi interior, con mayor fuerza aun y penetracion que no lo hubiera logrado cuando su alma estaba aprisionada todavía en la materia. Al contrario de esos caracteres pusilánimes que hubieran temblado á su vista, solo temia parecerle poco digno de gozar por segunda vez de su presencia. Cuando hube perdido aquel dia la esperanza de contemplarle, quedé triste y humillado. Llegué á persuadirme que no habia muerto hereje, y que su alma no sufria los tormentos del purgatorio; antes bien al contrario, que gozaba en los cielos de una eterna beatitud. Sus apariciones eran una gracia, una bendicion del Altísimo, un milagro hecho en favor de Fulgencio y mio: era esto para mí un suave y glorioso recuerdo; pero no me atrevia á pedir mas de lo que se me habia concedido.

« Desde este dia apliquéme ardorosamente, y en menos de dos años habia devorado ya todos los volúmenes de nuestra biblioteca que trataban de ciencias, de historia y de filosofía. Pero cuando hube dado este primer paso, conocí que no habia hecho mas que girar en el reducido círculo en que el catolicismo habia encerrado mi vida pasada. Sentíme fatigado ya, y no se me ocultaba que nada habia conseguido; habíase entibiado y debilitado mi espíritu bajo el peso de aquellas controversias tan increiblemente sutiles y pacientes de la edad media, cuyo estudio emprendia animosamente. Mi confianza en la infabilidad de la Iglesia no habia tenido que sostener el menor combate, pues que todos aquellos escritos tendian á proclamar y defender los

oráculos de Roma; pero precisamente esa lucha sin adversario y esa victoria sin peligro me dejaban frio y descontento. Mi fe habia perdido aquel arriesgado vigor, aquel encanto de sublime poesía de que antes gozaba. Los grandes rayos de genio que brillaban al través de ese farrago de escolásticos escritos no compensaban la inútil verbosidad de la mayor parte de ellos: por otra parte estas vehementes refutaciones de doctrinas que estaba vedado examinar, no podian satisfacer á un espíritu que se habia impuesto la tarea de conocer y comprender por sí mismo. Resolví pues leer los escritos de los herejes. La biblioteca del convento no estaba colocada como hoy dia en muchas piezas reunidas bajo una misma llave. La coleccion de autores herejes, impíos y profanos, que tantas veces habia consultado Espiridion, estaba encerrada en una pieza inaccesible á los religiosos jóvenes y muy lejos de la sagrada. Aquel gabinete reservado estaba situado al fin de la gran sala del capítulo, aquella misma en la que en otro tiempo el abad Espiridion se habia paseado antes y despues de su muerte á determinadas horas. Esta preciosa coleccion habia sido objeto de horror y de espanto para los unos, de indiferencia y desprecio para los mas. Un estatuto del fundador prohibia su destruccion, la ignorancia y la supersticion custodiaban su entrada. Yo fuí quizás el primero, desde el tiempo de Hebronius, que osó sacudir el polvo de esos venerables libros.

« No tomé semejante resolucion sin un secreto terror, pero es preciso añadir que se mezclaba á él una curiosidad ardiente y llena de alegría. La solemne emocion que experimenté al entrar en aquel santuario, participaba pues de mas encanto que angustia; y atravesé el umbral tan absorto por mis intimas sensaciones, que ni aun me acordé de pedir permiso á los superiores. Este no se lograba muy facilmente como puedes pensar, Ángel: quizás nunca se habia obtenido; pues ignoro si alguno de nosotros habia tenido jamás el valor de pedirlo ó el arte de hacérselo otorgar.

« En cuanto á mí, ni tan siquiera me pasó por las mien-

tes el hacerlo. La lucha que se habia levantado dentro de mí cuando mi sed de ciencia se habia encontrado en pugna con las resistencias de mi fe, era de mucha mayor importancia que todos los combates en que hubiera podido empeñarme con los hombres. En esta circunstancia, como en todo el curso de mi vida, he notado que estaba dotado de una singular indiferencia hácia las cosas exteriores, y que el único ser que hubiese podido aterrorizarme era yo mismo.

« Hubiera podido penetrar en aquel asilo durante la noche, por medio de alguna llave falsa, tomar los libros que hubiese querido leer, llevármelos y ocultarlos en mi celda. Esa prudencia y disimulo eran contrarias á mi instinto. Entré á la luz del dia, á las doce, en la sala del capítulo; recorríla en toda su longitud con seguro paso, y sin mirar atrás si me seguia alguno. Dirigíme en derechura á la puerta.... puerta fatal sobre la que el destino habia escrito para mí las fatídicas palabras del Dante:

Per me si va nell' eterno dolore.

« Rempujela con tal resolucion y tanto vigor, que cedió, aun cuando estaba asegurada por una fuerte cerradura. Entré; mas me detuve al instante lleno de sorpresa: habia alguno en la biblioteca; alguno que no se movió, que no pareció notar el estruendo de mi entrada, y que ni tan siquiera levantó los ojos hácia mí; alguno que yo habia visto ya una vez, y que nunca podia confundir con ningun otro. Estaba sentado en el alfeizar de una alta ventana gótica, y el sol rodeaba con una nube de ardorosos rayos, su brillante cabellera blonda. Parecia estar leyendo atentamente. Contempléle inmóvil durante medio minuto, despues hice un movimiento para arrojarme á sus pies, pero me encontré de rodillas ante un sitial vacío. La vision se habia desvanecido entre los rayos del sol.

« Quedé en un estado tal de turbacion, que durante

aquel dia no pude pensar en abrir libro alguno. Esperé algunos instantes, aun cuando no me lisonjease de volver á ver al *Espíritu;* pero habíame fortalecido y entusiasmado aquella rápida manifestacion de su presencia. Quedé un momento pensando que si le habia descontentado mi audacia, seria informado de ello por algun nuevo prodigio; pero nada extraordinario aconteció, y me pareció hallarse todo tan en calma á mi alrededor, que dudé por un instante de la realidad de la aparicion, y llegué á pensar que mi sola imaginacion habia producido aquella figura. Al dia siguiente volví á la biblioteca sin inquietarme por lo que habria tenido lugar cuando los guardianes hubiesen encontrado la puerta abierta y la cerradura rota. Todo estaba silencioso y desierto en la sala; la puerta estaba únicamente cerrada con el pestillo segun la habia dejado, y parecia que no hubiesen observado aun el quebrantamiento. Entré pues sin resistencia; cerré la puerta y comencé á recorrer con la vista los títulos de los libros que se ofrecian en tropel á mis miradas. Apoderéme primero de los escritos de Abelardo y leí algunas páginas. Pero bien pronto la campana que nos llamaba á los oficios dejó oir su sonido, y á pesar de la repugnancia que sentia á tener que obrar á escondidas, me decidí á llevarme bajo el hábito aquella preciosa obra; pues que solo se me permitia entrar en la sala del capítulo una hora al dia, y la naturaleza de mi ardor no era para contentarse con tan poco. Comencé á reflexionar en la posibilidad material de estudiar sin ser interrumpido, y resolví obrar con prudencia. Tal vez esto no hubiera sido difícil si hubiese podido humillarme hasta implorar el beneplácito de los superiores. Pero era una cosa á que jamás pudo doblegarse mi espíritu; hubiera sido preciso decir que lleno de una inmutable fe me sentia llamado á refutar victoriosamente la herejia, pero esto no era ya verdad. Experimentaba la necesidad de instruirme por mí mismo, y agotada ya por mí la ciencia católica, era impulsado hácia mas completos estudios por amor al saber y no por el ardor de la predicacion.

« Devoré los escritos de Abelardo y lo que nos queda de las opiniones de Arnaldo de Brescia, de Pedro Valdo y de otros herejes célebres de los siglos doce y trece. La libertad de exámen y la autoridad de conciencia, proclamadas hasta cierto punto por esos hombres ilustres, se hallaban entonces tan conformes con los deseos de mi alma, que fuí arrastrado mas allá de lo que habia previsto. Mi espíritu entró entonces en una nueva fase, y á pesar de cuanto he padecido en las diversas transformaciones que he sufrido, á pesar de la dolorosa agonía en que termino mis dias, diré que este fue el primer grado de mi progreso. Si, Ángel, por dolorosos que sean los suplicios que haya de sufrir el alma buscando la verdad, su deber es ir tras ella sin cesar, y vale mas perder la vista contemplando el sol, que cerrar los ojos voluntariamente al resplandor de la luz. Despues de haber sido un teólogo católico bastante instruido, vine á parar en ser un hereje apasionado, y tanto mas irreconciliable con la Iglesia romana, cuanto que al ejemplo de Abelardo y de los otros maestros mios tenia una íntima y sincera conviccion de mi ortodoxia. Sostenia en el interior de mis pensamientos que tenia el derecho, y aun que era un deber para mí, el no adoptar nada por artículo de fe, cuya utilidad no hubiese conocido antes y comprendido el principio. El modo con que aquellos filósofos consideraban la inspiracion divina de Platon, y la santidad de los grandes filósofos precursores á Cristo, me parecia el único que estaba acorde con la idea que el cristiano debe tener de la bondad, de la equidad y de la grandeza de Dios. Condenaba seriamente á los eclesiásticos contemporáneos de Abelardo, y pensaba que cuando el concilio de Sens, el espíritu de Dios estaba con él, y no con ellos. Si no destruia todavía en mi pensamiento todo el edificio del catolicismo, era porque por una transaccion muy propia de mi espíritu, admitia que en aciagos dias pudo la Iglesia engañarse, y que si los sucesores de esos prelados extraviados no rehusaban sus principios, era por un motivo de disciplina y de

prudencia puramente humanas y políticas. Decíame á mí mismo que yo en lugar del papa reconoceria tal vez la imposibilidad de rehabilitar públicamente la doctrina de Abelardo y su escuela; pero que seguramente no proscribiria por mas tiempo la lectura de sus escritos, y ocultaria mi simpatía hácia ellos bajo el velo de la tolerancia. Á la verdad, raciocinaba muy infelizmente, porque zapaba toda la autoridad de la Iglesia, sin pensar en salir de la Iglesia. Atraia hácia mi cabeza las ruinas de un edeficio que solo por el exterior puede atacarse. Estas contradicciones extrañas no son raras en los espíritus sinceros y lógicos que no abrigan otras miras. Una malevolencia habitual hácia el cuerpo de la Iglesia protestante, y un apego habitual é instintivo hácia la Iglesia romana, les hacen desear conservar la cuna, mientras que la irresistible potencia de la verdad, y la necesidad de una justa independencia, han transformado y agrandado el cuerpo, á que ya no puede dar cabida aquel pequeño lecho. En medio de estas contradicciones no apercibia el punto principal. No veia que no era ya católico. Concediendo á los herejes principios de pura ortodoxia, conducia hácia ellos todo mi fervor; y mi entusiasmo por su grandeza, mi compasion por sus infortunios, me condujeron á igualarlos á los Padres de la Iglesia, y aun á ocuparme mas de ellos, porque los padres habian monopolizado toda mi vida precedente, y tenia necesidad de adquirirme nuevos amigos.

« Decir que pasé á admitir las doctrinas de Wiclef, de Juan Hus, despues las de Lutero, y de allí al escepticismo, es referir la historia del espíritu humano durante los siglos que me habian precedido, y que mi vida intelectual, por un encadenamiento de necesidades lógicas, reasumió con bastante fidelidad. Pero despues del protestantismo no podia ya volver mas al punto de partida. Mi fe en la revelacion se conmovió, mi religion tomó una forma enteramente filosófica; volví mi vista hácia los filósofos antiguos; quise comprender á Pitágoras y Zoroastres, Confucio, Epicúreo, Platon, Epicteto; en una palabra, á todos los que habian

dedicado su vida entera á conocer el orígen y el destino humano antes de la venida de Jesucristo.

« En un celebro entregado á estudios tranquilos y no interrumpidos, en una alma que no recibe de la sociedad viviente impulso alguno, y que en una serie de dias semejantes saca gota á gota su vida celeste de un manantial siempre límpido y lleno, las transformaciones intelectuales se verifican insensiblemente y sin que sea posible marcar el límite exacto de cada una de sus fases. Lo mismo que de un pequeño niño que eras, mi querido Ángel, te has vuelto por una graduacion incesante, pero inapreciable á tu atencion diaria, un adolescente, y despues un jóven; lo mismo me volví yo de católico reformista, y de reformista filósofo.

« Hasta entonces todo habia ido bien; mientras que aquellos estudios fueron para mí puramente históricos, experimenté las mas vivas é íntimas alegrías. Era un indecible placer para mí penetrar, desprendido de las reservas y restricciones católicas, en las súblimes existencias de tantos hombres grandes hasta entonces desconocidos, y en las magníficas claridades de tantas escogidas obras hasta entonces no comprendidas. Pero cuanto mas avanzaba en este conocimiento, tanto mas sentia la nececidad de optar por un sistema, pues creia ver la imposibilidad de establecer un lazo entre todas aquellas creencias y doctrinas diversas. No me era posible ya creer en la revelacion, despues que tantos filósofos y sabios se habian levantado á mi alrededor y me habian dado tan grandes lecciones sin vanagloriarse de haber tenido comercio alguno exclusivo con la Divinidad. San Pablo no me parecia mas inspirado que Platon, ni Sócrates menos digno de redimir las faltas del género humano que Jesus Nazareno. La India no me parecia mas ilustrada acerca las ideas de la Divinidad que la Judea. Júpiter, considerándole bajo la idea que los grandes espíritus del paganismo habian tenido de él, no me parecia un Dios inferior á Jehovah. En una palabra, al propio tiempo que conservaba la

mas alta veneracion y el mas puro entusiasmo por el Crucificado, no veia razon alguna para que fuese él el hijo de Dios mas bien que Pitágoras, y para que los discípulos de este no fuesen apóstoles de la fe lo mismo que los discípulos de Jesus. Para abreviar, leyendo los reformistas habia dejado de ser católico, leyendo los filósofos habia dejado de ser cristiano.

« Guardaba para toda religion una creencia llena de deseo y de esperanza en la Divinidad, el sentimiento inalterable de lo justo y de lo injusto, un gran respeto hácia todas las religiones y hácia todos los filósofos, el amor al bien, y la necesidad de la verdad. Tal vez hubiera podido permanecer en aquella situacion y vivir bastante apacible con aquellos grandes instintos y mucha humildad; pero he ahí lo que quizás es imposible á un católico, he ahí en lo que difiere esencialmente la historia de un individuo de la historia de las generaciones. El trabajo de los siglos modifica la naturaleza del espíritu humano, y llega con el tiempo á transformarlo. Los padres se despojan muy lentamente de sus errores, y sin embargo trasmiten á sus hijos nociones mucho mas puras que las que han recibido, porque ellos mismos permanecen hasta el fin de sus dias impedidos por la costumbre y ligados á lo pasado por las necesidades de espíritu que lo pasado les ha creado; mientras que sus hijos nacen con otras necesidades y se apegan á otros hábitos, que al declinar sus dias no podrán impedir que á su vez se desliceu nuevas luces, que sin embargo solo por una tercera generacion serán recogidas y purificadas. Así, un mismo hombre no encierra en grados semejantes el pasado, el presente y el porvenir de las generaciones. Si su presente se ha formado del pasado con algun trabajo y sabiduría, el porvenir puede existir en él como un gérmen; pero sean cuales fueren su genio y virtud, no probará el fruto. Así, en su conocimiento siempre incompleto y confuso de la verdad eterna, los hombres han podido pasar á través de los siglos, del cristianismo de san Pablo al de san Agustin,

del de san Bernardo al de Bossuet, sin cesar de ser, ó á lo menos sin dejar de creerse cristianos. Esas revoluciones se han llevado á término en el tiempo que necesitaban; pero el celebro de un solo individuo no hubiera podido sufrirlas ni llevarlas á cabo él mismo sin quebrarse, ó sin salirse fuera de la línea en que la sucesion de los tiempos y el concurso de los trabajos y de las voluntades han sabido mantenerlas.

« ¡Qué situacion pues tan terrible era la mia! En el siglo diez y ocho habia sido educado en el catolicismo de la edad media; á los veinte y cinco años me hallaba casi tan ignorante de la antigüedad, como un monje mendicante del siglo undécimo. Del seno de esas tinieblas habia querido de pronto abrazar en un abrir y cerrar de ojos, el porvenir y lo pasado. Digo el porvenir, porque habiéndome quedado por mi ignorancia seiscientos años atrasado, todo cuanto figuraba en lo pasado para los otros hombres, se presentaba á mí revestido de las deslumbradoras claridades de lo desconocido. Me hallaba en la posicion de un ciego, que recobrando de pronto la vista al mediodia, quisiera darse, antes de llegar á la noche y al siguiente dia, una idea de la salida y puesta del sol. Ciertamente estos espectáculos existirian aun en el porvenir, aunque hubiesen tenido lugar muchas veces ante sus ojos inertes. Así el católico, desde que abre los ojos de su espíritu á la luz de la verdad, queda deslumbrado y oculta la cara entre las manos, ó sale de la via y cae en los abismos. El católico no se adhiere á nada en la historia del género humano, ni sabe añadir nada al cristianismo. Imagínase ser el principio y fin de la raza humana. Para él solo se ha criado la tierra; para él han pasado innumerables generaciones sobre la superficie del globo como sombras vanas, y han vuelto á caer en la eterna noche á fin de que su condenacion le sirviese de ejemplo y de leccion; para él ha descendido Dios á la tierra bajo una forma humana. Para la gloria y la salud del católico se llenan incesantemente de víctimas los abismos del

infierno, á fin de que el juez supremo vea y compare, y que el católico educado en el esplendor del Altísimo goce y triunfe en el cielo del eterno llanto de los que no ha podido someter y dirigir sobre la tierra; así el católico no cree tener padre ni hermanos en la historia de la raza humana. Se aisla y vive con un odio y un soberbio desprecio hácia todo lo que no está conforme con él. Exceptuando los de la línea judía, no tiene respeto filial ni santa gratitud para ninguno de los grandes hombres que le han precedido. Los siglos en que no ha vivido no forman número; los que han luchado contra él son malditos; los que le exterminarán verán tambien el fin del mundo, y el universo se disolverá el dia apocalíptico en que la Iglesia romana caerá arruinada bajo los golpes de sus enemigos.

« Cuando un católico ha perdido su ciego respeto hácia la Iglesia católica, ¿á donde podrá ir á refugiarse? En el cristianismo mientras prestará fe á la revelacion; pero si llega á dudar de esta no le queda mas recurso que flotar en el océano de los siglos como un esquife sin timon y sin brújula; porque no se ha habituado á mirar el mundo como su patria y á todos los hombres como á sus semejantes. Ha habitado siempre una isla escarpada, y nunca se ha mezclado con los hombres que habitan fuera de ella. Ha considerado el mundo como una conquista reservada á sus misioneros; á los hombres extraños á su fe como brutos que á él solo estaba reservado civilizar. ¿Á qué tierra irá á preguntar los secretos del origen celeste, á qué pueblo las doctrinas de la sabiduría humana? Irá á tocar á todas las riberas, pero no comprenderá el sentido de las señales que hallará en ellas. La ciencia de los pueblos está escrita en caracteres ininteligibles para él: la historia de la creacion es para él una fábula mitológica incomprensible. Fuera de la Iglesia no mas salvacion, fuera del Génesis no mas ciencia. No hay pues un término medio para el católico; es preciso que permanezca siendo católico ó que se vuelva incrédulo. Es necesario que su religion sea la única verdadera ó que todas las religiones sean falsas.

« Ese es el punto á que habia yo llegado : ese es el punto á que habia llegado el siglo en que vivimos. Pero como lo habia verificado lentamente por las vias del destino, se hallaba bien en ese alto que acababa de hacer : el siglo era incrédulo, pero era tambien indiferente. Disgustado de la fe de sus padres, regocijábase de su filosófica indiferencia, sin duda porque sentia dentro de sí ese gérmen de la Providencia que no permite perecer á la simiente de vida bajo las heladas de los crudos inviernos. Pero yo, cristiano desmoralizado, yo, católico de ayer, que de pronto habia querido salvar la distancia que me separaba de mis contemporáneos, estaba como ebrio y el gozo de mi triunfo estaba muy cerca de la desesperacion y de la locura.

« ¿Quién podrá pintar los sufrimientos de una alma habituada al ejercicio minuciosamente puntual de una doctrina tan sabiamente concebida, tan pacientemente elaborada cual lo es la del catolicismo, cuando esa misma alma se halla flotante en medio de tantas doctrinas contradictorias, ninguna de las cuales puede heredar su ciega fe y su sencillo entusiasmo? ¿Quién podrá contar las horas de molesto despecho que he devorado, cuando de rodillas en mi silla de negro roble, estaba condenado á oir, despues de puesto el sol, la lúgubre salmodía de mis hermanos, cuyas palabras carecian ya de sentido para mí, y su voz de simpatía? Aquellas horas en otro tiempo demasiado cortas para mi fervor, se arrastraban ahora como siglos. En vano probaba de contestar maquinalmente á los oficios, y de ocupar mi pensamiento con especulaciones de un órden mas elevado; la actividad de la inteligencia no podia reemplazar la del corazon. El rezo tiene de particular que pone en juego las facultades mas sublimes del alma y las fibras mas humanas del sentimiento. La oracion del cristiano mas que otra alguna hace vibrar todas las cuerdas del ser intelectual y moral. En ninguna otra religion se siente el hombre tan próximo á su Dios; en ninguna ha sido Dios pintado tan humano, tan paternal, tan accesible, tan paciente y tan tierno

El ascético libro de la *Imitacion* no es mas que un adorable tratado de la amistad íntima, expansiva, delicada, fraternal entre el Dios Jesus y el cristiano ferviente. ¿Qué sentimiento aplicado á los objetos terrestres puede reemplazar á aquel para el hombre que lo ha conocido? ¿Qué educacion de la inteligencia puede satisfacer al mismo tiempo y en el mismo grado á todas las necesidades del corazon? La doctrina cristiana apaga todos los ardores inquietos del espíritu diciendo á su adepto: Tú no tienes necesidad de ser grande; ama, y se humilde: ama á Jesus porque es humilde y bueno. Y cuando el corazon lleno de amor está próximo á difundirse sobre las criaturas, le detiene diciéndole: Acuérdate que eres grande y que no puedes amar mas que á Jesus, porque solo él es grande y perfecto. No trata ella de endurecer las entrañas del hombre contra el dolor; le ablanda para fortificarle, y le hace encontrar en el sufrimiento una especie de delicias. El epicureismo le conduce á la calma por la moderacion, el cristianismo le lleva á la alegría por las lágrimas; la razon estóica sufre la tortura, el entusiasmo cristiano vuela al martirio. La grande obra del cristianismo es pues el desarrollo de la fuerza intelectual por el de la sensibilidad moral, y el rezo es el inagotable alimento do se combinan esas dos potencias y se fortalecen sin cesar.

«Al igual del cuerpo tiene tambien el alma sus necesidades cotidianas, y como él, fórmase ciertos hábitos en el modo de satisfacer á esas mismas necesidades. Cristiano y monje, me habia acostumbrado durante mis años felices á una frecuente expansion de todo el amor y entusiasmo que encerraba mi corazon. Durante los oficios de la noche particularmente era cuando me complacia en poner así toda mi alma á los pies del Salvador. En aquel momento de inexplicable poesía en el que el dia ha dejado de existir y la noche no ha comenzado aun, cuando la lámpara vacilante en el fondo del santuario se refleja sola sobre los pulidos mármoles y los primeros astros se alumbran en el éter pálido aun, me acuerdo que tenia la costumbre de interrumpir mis oracio-

nes, á fin de abandonarme á las santas y deliciosas emociones que este instante me producia. Frente por frente de mi sitial habia una alta ventana, cuya delicada y elegante arquitectura se dibujaba sobre el transparente azul de los cielos. Veía colocarse en su espacio cada noche dos ó tres brillantes estrellas, que parecian sonreirse y penetrar mi seno con un rayo de amor y de esperanza. Pues bien, estaba de tal modo ligado en mí todo sentimiento poético al sentimiento religioso, y el mismo sentimiento religioso estaba de tal manera adherido á la doctrina católica, que con la ciega sumision á esta doctrina, perdí la poesía y el rezo, los santos éxtasis y las divinas inspiraciones. Habíame vuelto mas frio que el mismo granito que pisaba. En vano probé de elevar mi alma hácia el creador de todas las cosas. Habíame acostumbrado á verle bajo un cierto aspecto que ya no tenia, y despues que por medio de mi razon babia ensanchado el círculo de su poder y de su perfeccion, despues que habia agrandado mis pensamientos y dado un fin mas vasto á mis aspiraciones, me hallaba deslumbrado por la brillantez de ese Dios nuevo, y me sentia reducido á la nada por su inmensidad y por la del universo. La antigua forma, en cierto modo accesible á los sentidos por las imágenes y las alegorías místicas, se borraba para hacer lugar á un inmenso foco de divinidad do estaba yo absorvido como un átomo, sin que mis pensamientos tuviesen lugar ni valor posible, sin que partícula alguna de esa Divinidad pudiese hacerse bastante pequeña para comunicarse conmigo de otro modo que por el hecho, por decirlo así, fatal de la vida universal. No me atrevia pues á probar el comunicar con Dios. Me parecia demasiado grande para que se bajase hasta escucharme, y temia cometer un acto impío é insultar su magestad celeste, invocándole como á un rey de la tierra. Sin embargo, seguia siempre sintiendo la misma necesidad de rezar, la misma necesidad de amar, y algunas veces trataba de elevar una voz humilde y temerosa hácia ese Dios terrible. Pero ya caia involuntariamente en las formas y en

las ideas católicas, ya me sucedia formular una oracion bastante extraña, y de cuya sencillez me sonreiria hoy dia si no me recordase profundos sufrimientos. « *¡ Oh tú!* decia yo, *¡ tú* que no tienes nombre y que resides en lo inaccesible! ¡ tú que eres demasiado grande para escucharme, que estás demasiado lejos para oirme, que eres demasiado perfecto para amarme, demasiado fuerte para compadecerme!... te invoco sin esperanza de ser atendido, porque sé que nada debo pedirte, y que solo un modo de merecer me queda aquí bajo, que es vivir y morir inapercibido, sin orgullo, resignado y sin cólera, sufrir sin quejarme, esperar sin desear, confiar sin pretender nada.... »

« Entonces me interrumpia á mí mismo, horrorizado del triste destino humano que se presentaba á mi vista, y que mi oracion, como un reflejo de mi pensamiento, reunia en términos tan desconsoladores y dolorosos. Preguntábame yo de que servia amar á un Dios insensible, que deja al hombre el deseo celeste para hacerle sentir todo el horror de su esclavitud ó de su impotencia; un Dios ciego y sordo que ni aun se digna mandar al rayo, y que se conserva de tal modo oculto en la lluvia de oro de sus soles y de sus mundos, que ninguno de esos soles ni ninguno de estos mundos le conoce ni le entiende. ¡ Oh! ¡ preferia el oráculo de los judíos, la voz que hablaba á Moisés sobre el Sinaí; amaba mas al espíritu de Dios bajo la forma de una columna sagrada, ó al hijo de Dios transformado en un hombre semejante á mí! Aquellos dioses terrestres me eran accesibles. Tiernos ó amenazadores, me escuchaban y me contestaban. La cólera y las venganzas del sombrío Jehovah me asustaban menos que el impasible silencio y la glacial equidad de mi nuevo dueño.

« Entonces es cuando sentia profundamente el vacío y lo vago de esa filosofía, de moda en aquella época, denominada teismo; pues es preciso confesarlo, habia ya buscado el resúmen de mis estudios y de mis reflexiones en los escritos de los filósofos contemporáneos. Hubiera debido abste-

nerme de hacerlo sin duda, porque nada era mas contrario a la disposicion de espíritu en que entonces me encontraba. ¿Pero cómo habia de preverlo? ¿No debia yo pensar que los espíritus mas avanzados de mi siglo sabrian sacar mejor que yo la conclusion de toda la ciencia y de toda la experiencia de lo pasado? Ese pasado, enteramente nuevo para mí, era un alimento mal digerido del que solo los médicos podian conocer el efecto; y los hombres sencillos y estudiosos que viven en la oscuridad, tienen la simpleza de creer que los escritos contemporáneos á quienes un grande esplendor acompaña son la luz y la higiene del siglo. ¿Pero cuál fue mi sorpresa cuando, á pesar de todas mis prevenciones en favor de esos ilustres escritores franceses cuya gloria y triunfos nos hacian conocer los mismos furores del Vaticano, tuve en mis manos una de esas ediciones de bajo precio que la Francia sembraba hasta en el terreno papal, y que penetraban aun en el secreto de los claustros sin mucho misterio? Creí soñar al ver una crítica tan grosera, un encarnizamiento tan ciego, tanta ignorancia ó lijereza: temí haber verificado su lectura con un resto de prevencion en favor del cristianismo, y quise tener conocimiento de cuanto se escribia diariamente. No cambié de opinion sobre el fondo, pero llegué á apreciar mucho la importancia y la utilidad social de ese espíritu de exámen y emancipacion que preparaba la ruina de la inquisicion y la caida de todos los despotismos santificados. Poco á poco llegué á formarme un modo de existir, de ver y de sentir, que sin ser el de Voltaire y de Diderot, era el de su escuela. ¿Qué hombre ha podido jamás separarse, aun en el fondo de los claustros, aun en el seno de las tebáidas, del espíritu de su siglo? Tenia otros hábitos, otras simpatías, otras necesidades que los frívolos escritores de mi época; pero todos los votos, todos los deseos que yo conservaba eran estériles; pues sentia la inminencia providencial de una gran revolucion filosófica, social y religiosa, y ni yo ni mi siglo éramos bastante fuertes para abrir á la humanidad el nuevo templo

donde podria refugiarse contra el ateismo, contra el frio y la muerte.

« Insensiblemente me enfrié á mi vez, hasta llegar á dudar de mí mismo. Hacia largo tiempo que dudaba de la bondad y de la ternura paternal de Dios, y acabé por dudar del amor filial que sentia hácia él. Pensé que podia ser un hábito del espíritu, efecto de mi educacion, y cuyo principio no existia ya en la naturaleza de mi ser como mil otros erores sugeridos cada dia á los hombres por la costumbre y la preocupacion. Trataba de destruir en mí el espiritu de caridad con tanto afan como habia puesto en otro tiempo para desarrollar el fuego divino en mi corazon. Caí entonces en un profundo despecho; y como un amigo que no puede vivir privado del objeto de su afecto, sentí que mi ser se iba destruyendo, y arrastraba la vida como un pesado fardo.

« Habíanse ya pasado seis años en el seno de esas ansiedades y de esas fatigas. Seis años, los mas hermosos y los mas viriles de mi vida, habian caido en el abismo de lo pasado, sin que hubiese dado un solo paso hácia la felicidad ó la virtud. Mi juventud habia pasado como un sueño: el amor al estudio parecia dominar todas mis demás facultades. Mi corazon se adormecia; y si á la vista de las injusticias cometidas contra mis hermanos y á la idea de todas las que se cometen sin cesar á la faz del cielo, no hubiese sentido algunas veces vivos arrebatos de cólera y profundos dolores, hubiera podido creer que solo mi cabeza vivia y que las entrañas eran insensibles. Á decir verdad, no tuve juventud: tan lejos pasaron de mí las pasiones contra las cuales he visto luchar tan penosamente á los otros religiosos. Cristiano, habia puesto todo mi amor en la Divinidad; filósofo, no pude volver mi amor hácia las criaturas ni mi atencion sobre las cosas humanas.

« Te preguntas quizás, Ángel, en que habia venido á parar el recuerdo de Espiridion y de Fulgencio entre tantas preocupaciones nuevas. ¡Ay! Avergonzábame de haber tomado al pie de la letra las visiones de ese anciano, y de

haber dejado afectar mi imaginacion hasta el punto de haber creido yo mismo percibir la vision de Hebronius. La moderna filosofía confundia con desprecio tal á los visionarios, que no sabia donde refugiarme contra el penoso recuerdo de mi supersticion. Tal es el orgullo del hombre, que aun cuando la vida interior se realice en un profundo misterio y los errores y cambios humanos no tengan otro testigo que su conciencia, ruborízase de sus debilidades y quisiera engañarse á sí mismo. Esforzábame en olvidar lo que habia pasado por mí en aquella época de desórden en que se habia obrado una revolucion en todo mi ser, y en que la savia demasiado comprimida de mi espíritu habia saltado su valla con una especie de delirio. Así es como explicaba la influencia de Fulgencio y de Hebronius sobre mi abandono del cristianismo. Persuadíme (y tal vez no me equivocaba) que ese cambio era inevitable, que estaba, por decirlo así, marcado por el hado, porque estaba en la naturaleza de mi espíritu el progresar á despecho de todo y á propósito de todo. Decíame que fuese una causa ó fuese otra, ya la debilidad de Hebronius, ó ya cualquier otra casualidad, debia salir del cristianismo, porque habia sido condenado al nacer á buscar la verdad sin cejar y tal vez sin esperanza. Quebrantado por la fatiga, lleno de un profundo desaliento, preguntábame si el reposo que habia perdido valia la pena de ser reconquistado. Mi sencilla fe estaba ya tan lejos, parecíame que habia empezado tan jóven á dudar, que no me acordaba ya casi de la felicidad que habia podido gustar en mi ignorancia. Quizás aun nunca habia sido feliz por ella. Hay inteligencias inquietas para las cuales la inaccion es un suplicio y el reposo un oprobio No podia pues vedarme un cierto desprecio hácia mí mismo cuando me contemplaba en lo pasado. Desde que habia empezado mi ruda tarea no habia sido ya feliz, pero á lo menos habia sentido que vivia, y no me habia avergonzado de ver la luz, porque habia cultivado con toda mi fuerza el campo de la esperanza Si la mies era escasa, si el suelo

árido, no tenia la culpa mi valor y podia ser una víctima respetable de la humana impotencia.

« Sin embargo no habia olvidado la existencia del manuscrito, precioso quizás y seguramente muy curioso, que encerraba la tumba de Espiridion. Prometíame extraerlo de allí y apropiármelo, pero necesitábase para verificar esta extraccion en secreto, tiempo, precaucion, y sin duda un confidente. No me daba pues prisa á vencer esos inconvenientes, porque estaba mas ocupado de lo que permitian mis fuerzas y las horas que tenia disponibles al dia. El juramento que habia hecho de desenterrar aquel manuscrito el dia que cumpliria los treinta años ciertamente no habia podido borrarse de mi memoria; pero avergonzábame de tal modo de haber podido hacer un voto tan pueril, que alejaba de él mi pensamiento, bien decidido á no cumplirlo en manera alguna, no considerándome ligado por un juramento que no tenia ya para mí sentido ni valor.

« Sea que evitase el representarme lo que yo llamaba las miserables circunstancias de aquel voto, sea que un acrecentamiento de preocupaciones científicas me hubiese absorvido enteramente, lo cierto es que la época fijada para el cumplimiento de aquel llegó sin que parase la menor atencion, y sin duda hubiera pasado inapercibida á no ser por un hecho extraordinario, que poco faltó para que no hiciese cambiar de nuevo todas mis ideas.

« Habíame procurado siempre libros penetrando á escondidas en la biblioteca situada al fin de la gran sala. Habia experimentado al principio mucha repugnancia en apoderarme furtivamente de aquel fruto vedado; pero pronto el amor al estudio habia sido mas fuerte que todos los escrúpulos de la franqueza y del orgullo. Me habia valido de todos los ardides necesarios; yo mismo habia elaborado una llave falsa, pues habian reparado la cerradura que habia roto sin que se supiese á quien dar la culpa. Deslizábame por la noche hasta el santuario de la ciencia, y cada semana renovaba mi provision de libros, sin despertar la atencion

ni sospechas, á lo menos así me lo figuraba yo. Tenia cuidado de ocultar mis riquezas en la paja de mi jergon y leia toda la noche. Habíame habituado á dormir de rodillas en la iglesia; y durante los oficios de la mañana, prosternado en mi sitial y envuelto en mi capucho, reparaba las fatigas de mi vigilia con un sueño lijero y frecuentemente interrumpido. Sin embargo, como mi salud se deterioraba sensiblemente con este régimen, encontré el medio de leer en la misma iglesia durante los oficios. Procuréme unas grandes cubiertas de misal que adapté á mis libros profanos, y mientras que parecia absorto por el breviario, me entregaba con seguridad á mis estudios favoritos.

« Á pesar de todas estas precauciones tuviéronse sospechas de mí, fuí vigilado y descubierto al fin. Una noche que habia penetrado en la biblioteca, oí andar en la gran sala del capítulo. Apagué en seguida mi lámpara y permanecí inmóvil, confiando en que quizás no venian en seguimiento mio y que escaparia á la atencion del vigilante que hacia esta desusada ronda. Aproximóse el ruido de los pasos, y sentí una mano que asia la llave que imprudentemente habia dejado á la parte de afuera. Quitaron aquella llave despues de haber cerrado la puerta con dos vueltas; colocaron de nuevo las gruesas barras de hierro que habia yo levantado, y cuando me hubieron quitado todo medio de evasion se alejaron lentamente. Hallábame solo en medio de las tinieblas, cautivo y á merced de mis enemigos.

« Parecióme la noche insoportablemente larga; porque la inquietud, la contrariedad y el frio me impidieron gustar un instante de reposo. Tuve en gran sentimiento de haber apagado mi lámpara, y no poder á lo menos utilizar con la lectura aquella aciaga noche. Sin embargo los temores que debia inspirarme semejante acontecimiento no eran muy vivos. Lisonjeábame de no haber sido visto por el que me habia encerrado. Suponíame que lo habia hecho sin mala intencion, y sin pensar que hubiese nadie dentro; que quizás era el convertido de semana para el servicio de la sala el

que habia quitado la llave y cerrado le puerta para poner las cosas en órden. Conocia que habia obrado con mucha cobardía en no haberle hablado, y no haber hecho para salir una tentativa que al siguiente dia ofreceria ciertamente muchos mas inconvenientes. Sin embargo propúseme no desperdiciar la ocasion cuando volveria por la mañana, segun era de costumbre, á arreglar y limpiar la sala. Con esta confianza, me mantuve despierto y soporté el frio con toda la filosofía que me fue posible.

«Pero pasáronse horas y mas horas, vino el dia, y el pálido sol de enero empezó á recorrer el horizonte, sin que se oyese el menor ruido en la sala. Transcurrióse el dia entero sin proporcionarme medio alguno de evasion. Probé á ver si con mis fuerzas podia hundir la puerta; pero habiánla asegurado tan bien contra cualquier nuevo ataque, que era imposible menearla: resistió igualmente á todos mis esfuerzos la cerradura.

«Pasóse otro dia y otra noche sin que sufriese cambio alguno mi extraña posicion. Habíase sin duda clavado la puerta del capítulo. Nadie pareció en aquella sala, que comunmente era muy frecuentada á ciertas horas, y no pude persuadirme ya por mas largo tiempo que mi cautividad fuese efecto de un acontecimiento casual; pues además de que la sala no pudo haberse cerrado sin algun designio, debian haber notado mi ausencia, y si ella les hubiese causado inquietud, no era ocasion á propósito para cerrar las puertas, antes bien era natural abrirlas todas para buscarme. No habia pues duda que querian castigarme por mi falta; pero al tercer dia empezó á parecerme la correccion demasiado severa, y temí no se asemejase á las pruebas de los calabozos inquisitoriales, de los que solo se salia para ver una sola vez el sol y morir de extenuacion. El hambre y el frio me habian acosado de tal modo, que á pesar de mi estoicismo y la perseverancia que habia tenido en leer mientras me lo habia permitido la claridad del dia, empezé á perder el ánimo la tercera noche, y á sentir que me aban-

donaba la fuerza física. Resignéme entonces á morir y á no luchar mas con el frio por medio del movimiento. Mis piernas no podian ya sostenerme; hice una cama con libros, pues que habian tenido la crueldad de quitarme el sillon de cuero que comunmente ocupaba el alfeizar de la ventana. Arropé mi cabeza con el capucho, me tendí apretando bien mis vestidos al cuerpo, y me abandoné al letargo de un sueño febril que consideraba como el último de mi vida. Alegréme de que se hubiesen extinguido mis fuerzas físicas sin haber perdido mi fuerza moral, y sin haber cedido al deseo de gritar para implorar socorro. La única ventana de esta pieza daba sobre un patio cerrado en el que muy raramente entraban los novicios. En vano habia estado de observacion los tres dias, su puerta no se habia abierto una sola vez. Sin duda habia sufrido igual suerte que la del capítulo. No pudiendo hacer seña alguna á ningun ser compasivo ó desinteresado, hubiera sido preciso llenar el aire con mis gritos para poderme hacer oir. Pero sabia demasiado que en semejantes circunstancias la compasion es débil é impotente, mientras que el deseo de venganza aumenta en razon de la humillacion de la víctima. Sabia que mis gemidos causarian á algunos un estúpido terror y nada mas. Sabia que los otros se gozarian en mis angustias. No quise dar á aquellos verdugos el triunfo de haberme arrancado un solo quejido. Habia pues resistido á los tormentos del hambre; empezaba ya á no sentirlos, y por otra parte no hubiera ya tenido bastante fuerza para levantar la voz. Me abandoné pues á mi suerte invocando á Epicteto, á Sócrates y al mismo Jesus, el filósofo inmolado por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley.

« Hacia ya algunas horas que reposaba en un profundo anonadamiento, cuando me despertó el reloj de la sala que daba las doce por la parte de afuera del tabique junto al cual estaba recostado. Entonces oí andar suavemente por la sala, y me pareció que se acercaban á la puerta de mi prision. Aquel ruido no me causó alegría ni sorpresa; no te-

nia ya conciencia de cosa alguna. Sin embargo, la naturaleza de los pasos que oia sobre el entarimado de la vecina sala, su apresurada lijereza, unida á una solemne imposicion en el suelo, despertaron en mí no sé que vagos recuerdos. Perecióme que reconocia la persona que andaba así, y que experimentaba un gozo instintivo al sentirle venir hácia mí; pero me hubiera sido imposible decir que persona era aquella y donde la habia yo conocido.

« Abrió ella la puerta de la biblioteca, y me llamó por mi nombre con una voz armoniosa y dulce que me hizo estremecer. Parecióme sentir que la vida hacia un esfuerzo en mí para reanimarse; pero en vano traté de levantarme, y no pude ni menearme ni hablar. »

— ¡ Alejo ! repitió la voz con un tono de benévola autoridad, ¿ tan endurecidos están tu cuerpo y tu alma ? ¿ Por qué razon has faltado á tu palabra? He ahí la noche, he ahí la hora que habias fijado.... Treinta años hace hoy que veniste á este mundo, desnudo y llorando como todos los hijos de Eva. Hoy es el dia en que debias haberte regenerado, buscando entre el polvo de mis terrestres restos una chispa que hubiera podido encender de nuevo en tí el celeste fuego. ¿ Es necesario pues que los muertos dejen su sepulcro para encontrar á los vivos mas frios y mas inanimados que los mismos cadáveres ?

« Probé entonces el contestarle, pero sin mas éxito que la primera vez. Entonces suspiró y añadió.

— Vuelve pues á la vida de los sentidos, ya que la del espíritu ha espirado en tí....

« Acercóse á mí y me tocó, pero nada ví; y cuando despues de inauditos esfuerzos conseguí dispertar de mi estupor y ponerme sobre mis rodillas, todo habia quedado ya en silencio, y nada anunciaba á mi alrededor la visita de ningun ser humano.

« Sin embargo, un frio mas fuerte que corria por mi cuerpo parecia proceder de la puerta. Arrastréme hasta ella ¡ Ó prodigio ! estaba abierta. »

« Apoderóse de mí un acceso de insensata alegría. Lloraba como un niño y abrazé la puerta como si quisiese besar el rastro de las manos que la habian abierto. No sé porque me parecia tan dulce el recobrar la vida, despues de haberme parecido tan fácil el perderla. Arrastrábame á lo largo de la sala del capítulo siguiendo las paredes, pero estaba tan débil que á cada paso me caía. Mi cabeza se desvanecia, y no podia acordarme de la posicion de la puerta á que queria llegar. Estaba como un hombre ebrio; y cuanto mas me apresuraba para salir de ese lugar fatal, tanto mas imposible me era el hallar la salida. Erraba en las tinieblas, creándome yo mismo un laberinto intrincado en un espacio libre y regular. Creo que pasé allí cerca de una hora poseido de inexplicables angustias. No estaba ya dotado de filosofía como cuando me hallaba bajo los cerrojos. Veía la libertad y la vida que se me presentaban de nuevo, y no tenia fuerzas para apoderarme de ellas. Mi sangre, que se habia reanimado por un instante, empezaba á helarse otra vez. Una especie de rabia delirante se apoderaba de mí. Mil fantasmas pasaban por ante mis ojos, y mis rodillas se envaraban sobre el suelo. Aniquilado de fatiga y de desesperacion, caí al pie de una de las paredes de la sala, y por segunda vez traté de buscar dentro de mí la resolucion de morir en paz. Pero mis ideas eran confusas, y la sabiduría, que me habia parecido siempre una armadura impenetrable, no era en este instante mas que un socorro impotente contra el horror de la muerte.

« De pronto vínose á mi memoria el recuerdo ya borrado de la voz que me habia llamado durante mi sueño, y entregándome á aquella proteccion misteriosa con la confianza de un niño, murmuré las últimas palabras que habia pronunciado Fulgencio al espirar: *« Sancte Spiridion ora pro me. »*

« Alumbróse entonces la sala con una luz pálida parecida á la de un relámpago prolongado. Este resplandor siguió en aumento y al cabo de un minuto se extinguió. Habia tenido

tiempo suficiente para observar que esta luz partia del retrato del fundador, cuyos ojos se habian encendido como dos lámparas para iluminar la sala y mostrarme que hacia un cuarto de hora que estaba recostado sobre la tan deseada puerta. —Bendito seas, bienaventurado espíritu, exclamé; y reanimado instantáneamente, me arrojé fuera de la sala con impetuosidad. Un convertido que estaba ocupado en las salas bajas en preparativos extraordinarios para el dia siguiente, me vió correr hácia él como un espectro. Mis cóncavas mejillas, mis ojos inflamados por la fiebre, mi aire extraviado, le causaron tal espanto que echó á correr dejando caer un cesto de arroz que llevaba y un hachon que me apresuré á recoger antes de que se hubiese apagado. Cuando hube satisfecho mi hambre, subí á mi celda, y al dia siguiente, despues de un sueño reparador, estuve en estado de trasladarme á la iglesia.

« Un ruido particular en el convento y un gran campaneo general me habian anunciado una ceremonia importante. Miré el calendario y me pregunté si durante mis dias de inanicion habia perdido el conocimiento de la marcha del tiempo, pues no veia señalada fiesta alguna religiosa para el dia en que creia estar. Deslizéme en el coro y ocupé mi sitial sin ser observado. Estaban pintados en las frentes de todos una preocupacion ó un recogimiento extraordinarios. La iglesia estaba adornada como en los grandes dias feriados. Comenzáronse los oficios. Sorprendióme en extremo no ver al prior en su lugar; inclinéme para preguntar al de mi lado si estaba enfermo. Miróme este con aire estupefacto, y como si creyese haber entendido mal mi pregunta, se sonrió con aire embarazado y no me contestó. Busqué con la vista al padre Donaciano, mi mayor enemigo entre los religiosos, y al que acusaba interiormente del trato odioso que acababa de sufrir. Ví sus ardientes ojos que trataban de penetrar mi capucho; pero no le dejé ver mi fisonomía, y me aseguré de que la suya estaba desconcertada por la sorpresa y el temor; pues que no esperaba

encontrar ocupado mi sitio, y se preguntaba á sí mismo si era yo ó mi sombra la que veia frente de él.

« No me puse al corriente de lo que pasaba hasta el fin del oficio, cuando el celebrante recitó una plegaria en conmemoracion del prior, cuya alma habia parecido ante Dios el 10 de enero de 1766 á las 12 de la noche, es decir una hora antes de mi encarcelacion en la biblioteca. Comprendí entonces porque Donaciano, cuya ambicion ansiaba ocupar la primera plaza entre nosotros, se habia aprovechado de aquella súbita muerte para alejarme de las deliberaciones. Sabia que no le apreciaba, y que á pesar de mi poca aficion al poder y un carácter falto de intriga, no carecia de partidarios. Gozaba una reputacion de sabio en teología que me atraia el respeto sencillo de algunos; tenia un espíritu de justicia y una decidida propension á la imparcialidad que ofrecian garantías á todos. Donaciano me temia; subprior hacia dos años, y ejerciendo un poder sin límites sobre todos los que rodeaban al prior, habia cubierto sus últimos instantes de una especie de misterio, y antes de propagar la noticia de su muerte habia querido verme, sin duda para sondear mis disposiciones, para seducirme ó para atemorizarme. No encontrándome en mi celda y conociendo bien mis hábitos, como he sabido despues, habia seguido mis huellas hasta la puerta de la biblioteca que habia cerrado tras de mí como por inadvertencia. Despues habia cerrado todas las salidas por las cuales podian acercarse á mí, y habia hecho retirar á todo el monasterio al momento á fin de proceder dignamente á la eleccion del nuevo jefe.

« Gracias á su influencia, habia podido violar todos los usos y todas las reglas de la abadía. En lugar de hacer embalsamar el cuerpo del difunto, y de exponerle durante tres dias en la capilla, le habia hecho amortajar precipitadamente bajo pretexto de que habia muerto de una enfermedad contagiosa. Habia atropellado todas las ceremonias, abreviado el tiempo del retiro, y ya procedian á su eleccion cuando por un hecho sobrenatural alcancé mi liber-

tad. Cuando se hubo terminado el oficio, se cantó el *Veni Creator;* despues permanecimos un cuarto de hora prosternados cada uno en su sitial, entregados á la inspiracion divina. Cuando el reloj dió las doce, la comunidad desfiló lentamente y subió á la sala del capítulo para proceder á la votacion general. Permanecí con la mayor calma é indiferencia mientras duró aquella ceremonia. Nada me tentaba menos en el mundo que el deseo de contrabalancear los sufragios; aun cuando hubiese tenido tiempo para ello, no hubiera dado un solo paso para contrariar la ambicion de Donaciano. Pero cuando oí salir cincuenta veces su nombre de la urna, cuando vi en el último turno del escrutinio brillar sobre su frente la alegría del triunfo, apoderóse de mí un movimiento enteramente humano de indignacion y de odio.

«Tal vez si me hubiese dirigido una mirada humilde ó tan solo temerosa, mi desprecio le hubiera absuelto; pero parecióme que trataba de ajarme, y tuve la puerilidad de querer destruir aquel orgullo hasta cuyo nivel me bajaba combatiéndole. Dejé que el secretario contase lentamente de nuevo los votos. Solo dos habia en favor mio. No era pues una esperanza personal la que podia sugerirme lo que hice. En el momento en que se proclamó á Donaciano, y cuando este se levantaba con aire hipócritamente conmovido para recibir los abrazos de los ancianos, me levanté á mi vez y alzé la voz.

— Declaro, dije con una calma aparente cuyo efecto fue terrible, que la eleccion proclamada es nula, porque los estatutos de la órden han sido violados. Uno solo voto olvidado ó supeditado basta para anular las resoluciones de todo un capítulo. Invoco este artículo de los estatutos del abad Espiridion, y declaró que yo, Alejo, miembro de la órden y servidor de Dios, no he depositado mi voto hoy en la urna, porque no he gozado de la facultad de entrar en retiro como los demás, porque he sido separado, por casualidad ó por malicia, de las deliberaciones comu-

nes, y porque ignorando hasta este momento la muerte de nuestro venerable prior, me hubiera sido imposible decidirme inopinadamente sobre la eleccion de su sucesor.

« Habiendo pronunciado estas palabras, que fueron un rayo para Donaciano, sentéme de nuevo y rehusé contestar á la infinidad de preguntas que todos me dirigian. Donaciano, confundido un instante por mi audacia, no tardó en cobrar ánimo, y declaró que mi voto no solo era inútil, sino aun inadmisible, porque habiendo cometido una falta grave, y estando sufriendo durante las deliberaciones, una correccion degradante, segun los estatutos, carecia de aptitud para votar.

— ¿Y quién, pues, ha calificado ó apreciado mi falta? pregunté yo. ¿Quién se ha dado el derecho de imponerme un castigo? ¿El subprior? No tenia derecho para ello. Para juzgarme indigno de tomar parte en la eleccion, debia hacer examinar mi conducta por seis de los mas ancianos del capítulo, y declaro que no lo ha hecho.

— ¿Qué sabeis vos? me dijo uno de los ancianos que era ardiente partidario de mi antagonista.

— Digo, repuse yo, que esto no ha tenido lugar, porque tenia el derecho de saberlo, porque mi sentencia debia habérseme comunicado primero á mí, despues á toda la comunidad reunida, y finalmente fijado aquí en mi sitial, donde no está ni ha estado nunca.

— Vuestra falta, exclamó Donaciano, era de tal naturaleza....

— Mi falta, interrumpí yo, pláceos calificarla de grave; mas pláceme á mí tambien calificar de tal el castigo que me habeis impuesto, y digo que para vos es para quien es degradante. ¡Decid cual fue mi falta! Requiéroos que la digais aquí; y diré despues yo el tratamiento que me habeis hecho sufrir, aun cuando no tuviéseis derecho para ello.

« Viendo Donaciano que estaba encolerizado y que empezaban á escucharme con curiosidad, se apresuró á terminar este debate llamando en su socorro la prudencia y la astucia.

Acercóse á mí, y con tono compungido me suplicó en nombre del Salvador de los hombres, terminase una discusion tan escandalosa y contraria al espíritu de caridad que debia reinar entre hermanos. Añadió que me engañaba al acusarle de maquinaciones tan pérfidas, que sin duda habia entre nosotros alguna equivocacion que se aclararia con una explicacion amistosa.

— En cuanto á vuestros derechos, añadió, me parecia, y me parece aun, hermano, que los habeis perdido. Tal vez será este un asunto que deberá examinar la comunidad; pero basta que me hayais acusado de temer vuestra candidatura, para que trate cuanto antes sea posible de sincerarme de una sospecha tan penosa para mí: para ello declaro que deseo teneros al momento por competidor. Suplico á la comunidad, que eche á un lado toda acusacion contra vos, y que os permita depositar vuestro voto en la urna despues que se habrá verificado un nuevo escrutinio, sin examinar si son ó no contestables vuestros derechos. No solo lo suplico, sino que en caso necesario lo mando, pues soy, mientras espero el resultado de vuestra candidatura, el jefe de esta asamblea.

«Este mañoso discurso fue acogido con aclamaciones; pero me opuse á que se empezase de nuevo la votacion en aquella sesion. Declaré que queria entrar en retiro, y que puesto que los otros se habian contentado con tres dias, aun cuando estaban prescritos cuarenta, me daria yo tambien por satisfecho; pero que por ningun pretexto creia poder dispensarme de aquella preparacion.

«Donaciano habia andado demasiado para poder retroceder; y así fingió sufrir este contratiempo con calma y humildad. Suplicó á la comunidad que no se opusiese á mis deseos. Habíanse suscitado efectivamente algunos murmullos sobre mi obstinacion, pero no tantos como él esperaba. La curiosidad, que es el elemento vital de los monjes, se habia excitado hasta el mas alto grado por ese misterio que quedaba oculto entre ambos. Mi desaparicion habia maravillado á

muchos. Deseaban por tanto, antes de colocarse bajo el dominio de este nuevo jefe tan benigno y tierno en apariencia, adquirir algunas nociones mas sobre su verdadero carácter. Nadie parecia mas á propósito que yo para proporcionarlas. Su moderacion conmigo en público, en medio de una crisis tan horrible para su orgullo y su ambicion, habia parecido sublime á algunos, sensata á otros, extraña y de mal agüero á los mas. Treinta votos que no habian convenido en la eleccion de candidato habian combatido su eleccion. Era evidente que iban á recaer sobre mí. Tres dias de nuevas reflexiones y mas amplios informes podian desmembrar muchos partidarios. Todos lo conocieron así, y la mayoría que habia sido sorprendida, y como alucinada por la precipitacion de la minoría, se alegró del retardo que habia yo ocasionado.

«Una hora despues de haberse cerrado aquella tempestuosa sesion, mi celda estaba asediada por mis partidarios; porque á pesar mio tenia un partido, y partido muy ardiente. Donaciano era bastante odiado, y debo decir en honor de la verdad, que todos los menos envilecidos y corrompidos de la abadía estaban contra él. Habíase apagado ya mi cólera, y las ofertas que me hacian no dispertaban en mí ningun deseo de poder monacal. Tenia ambicion, pero una ambicion tan vasta como el mundo, la ambicion de las cosas sublimes. Hubiera querido construir un buen monumento de ciencia ó de filosofía, hallar una verdad y promulgarla, producir una de esas ideas que llenan y ponen en movimiento á todo un siglo, gobernar por fin toda una generacion, pero desde el fondo de mi celda, y sin manchar mis dedos en el fango de los asuntos sociales; reinar por medio de la inteligencia sobre los espíritus, por el corazon sobre los corazones; en una palabra, vivir como Platon ó Spinosa. Distaba mucho aquella de la fútil gloria de mandar á cien embrutecidos monjes. La pomposa pequeñez de tal destino llenaba mi alma de disgusto; pero comprendí el partido que podia sacar de mi posicion, y acogí á mis

partidarios con prudencia. Antes de llegar la noche, los treinta votos que habian resistido se habian reunido ya á los mios. Donaciano quedó mas irritado que asustado. Vino á buscarme á mi celda, y trató de intimidarme diciéndome, que si me retiraba de la candidatura no me reprocharia mis herejías que le eran bien notorias; que todo podia arreglarse honrosamente para mí, y tranquilamente para él, si me contentaba con la pequeña victoria que habia alcanzado retardando su eleccion; pero que si intentaba disputarle el priorado, daria á conocer cuales eran mis ocupaciones, mis lecturas, y sin duda mis pensamientos desde cinco años atrás. Me amenazó con descubrir el fraude y desobediencia en que habia vivido todo aquel tiempo, ocultando los libros prohibidos y nutriéndome durante los santos oficios, y en el templo mismo del Señor, con las mas infames doctrinas.

« La calma con que arrostré aquellas amenazas le desconcertó mucho. Sin duda trataba de hacerme hablar sobre mis creencias, tal vez habia colocado testigos detrás de la puerta para que me oyesen apostatar en un momento de ira. Pero estuve sobre mí, y vi en aquella circunstancia cuanta superioridad tiene el hombre sencillo sobre el mas hábil, cuando este es movido por pasiones infames. No estaba ciertamente adiestrado en el arte de intrigar como ese monje cauteloso y astuto; pero el desprecio que tenia al puesto por que él luchaba me daba toda la ventaja del partido. Estaba armado de una sangre fria á toda prueba, y mis respuestas llenas de calma desmontaban cada vez mas á mi adversario. Retiróse muy turbado. Hasta aquel momento no me habia conocido, decia él con tono amargamente jovial. Habíame creido embebido en mis libros, y seguramente no habia pensado nunca que obrase con tanta prudencia y cálculo en mis asuntos temporales. Añadió con sorna que hacia fervientes votos para que le fuese bien demostrada mi ortodoxia en materia de religion, porque en ese caso le parecia el mas á propósito de todos para gobernar bien la abadía.

« Al dia siguiente mis treinta partidarios maquinaron tan bien, que separaron mas de quince poltrones que se habian echado por temor en el partido de mi rival. Donaciano era el hombre mas temido y odiado de la comunidad, pero tenia en favor suyo á todos los ancianos, que habia sabido monopolizar, y cuyos vicios ofrecian á su secreto ateismo todas las garantías deseables. El mayor azote para una comunidad religiosa es un jefe sinceramente devoto. Con él está siempre en vigor la regla, que es lo que mas odian y temen los monjes, y viene á cada instante á turbar los dulces hábitos de pereza é intemperancia; su ardiente zelo suscita cada dia nuevos chismes tratando de instalar de nuevo las prácticas austeras, y la vida de trabajo y de privaciones. Donaciano sabia presentar las apariencias de una fe viva con el pequeño número de fanáticos; con el mayor de indiferentes, sabia sin comprometer la dignidad de etiqueta de la regla, y sin prescindir de aquella apariencia de fervor, proporcionar á cada uno el pretexto mas conveniente á su licencia. Por este medio su autoridad no tenia límites para el mal; explotaba los vicios de los otros en provecho de los suyos propios. Ese modo de gobernar á los hombres aprovechándose de su corrupcion es de infalible éxito; y si fuese el favorito de un rey se lo aconsejaria.

« Pero lo que contrabalanceaba la autoridad naciente de Donaciano, era lo que se sabia de su carácter vengativo. Los que le habian ofendido un dia tenian motivo para arrepentirse por largo tiempo de ello, y temian con razon que el prior al recibir el báculo no olvidase las antiguas querellas del simple hermano. Por esta razon los débiles se habian afiliado en su partido por temor, creyéndole muy poderoso y no queriendo que los castigase por haber trabajado contra él.

« Desde que vieron estos formarse un poder contra él, y que ofrecia algunas garantías, se inclinaron facilmente á este lado y al tercer dia tenia ya una mayoría considerable. No me seria fácil explicarte, Ángel mio, cuanto sufrí secre-

tamente por aquella comun preferencia fundada sobre los intereses del egoismo y cubierta con el mentido velo del aprecio y afecto. Las asquerosas caricias de aquellos poltrones me repugnaban. Las protestas de otros intrigantes, que se prometian reinar en mi lugar mientras estaria absorvido en mis especulaciones científicas, no me causaban menos disgusto y desprecio.

— Triunfará V., me decian con un aire vilmente orgulloso al salir de mi celda.

— ¡Dios me libre de ello! respondia yo cuando no podian oirme.

« El dia de la eleccion Donaciano vino á dispertarme antes de amanecer.

— Duerme V. como un triunfador. ¿Está V. pues seguro de haber alcanzado la victoria?

« Afectaba mucha calma; pero su voz era trémula, y la turbacion que se notaba en todo su continente revelaba las angustias de su alma.

— Duermo con una doble seguridad, le contesté sonriéndome; la del triunfo, y la de la mas perfecta indiferencia sobre ese mismo triunfo.

— Hermano Alejo, repuso él, representa V. esta comedia con una maestría que excede á todo elógio.

— Hermano Donaciano, repliqué, no se equivoca V. Represento una comedia, pues solicito sufragios de que no pienso aprovecharme. ¿Á qué precio quiere V. pagármelos?

— ¿Cuáles serian sus condiciones de V.? dijo fingiendo seguir la chanza; pero sus labios se habian puesto pálidos de emocion y sus ojos brillaban de curiosidad.

— Mi libertad, contesté; nada mas. Amo el estudio y detesto el poder; asegúreme V. la calma y la mas absoluta independencia en el fondo de mi celda. Deme V. las llaves de todas las bibliotecas, el cuidado de todos los instrumentos de física y astronomía, y la direccion de los fondos aplicados á su conservacion por el fundador; deme V. la celda del observatorio, abandonada desde la muerte del último

monje astrónomo; por fin, dispénseme V. de los oficios, y á ese precio considéreme V. muerto. Yo viviré en mi observatorio y V. en su silla abacial, sin que nunca exista nada de comun entre los dos. Á la primera vez que me mezcle en cualquier asunto temporal, le autorizo á V. para que me vuelva á colocar bajo la regla; pero tambien le prometo á V. mostrarle aun otra vez que no carezco de influencia, al primer chisme temporal que me suscite V. Cada tres años, cuando se renovará la eleccion de V., renovaremos igualmente nuestro contrato, si es que mis proposiciones le parecen á V. admisibles. ¿ Promete V. ? Vamos, despáchese V. ¿ no oye la campana que nos llama á la iglesia ?

« Prometió cuanto quise; pero retiróse sin confianza ni esperanza. No podia creer que renunciase á la victoria teniéndola en las manos.

« Seria imposible pintar la angustia que contraia su semblante, cuando fuí proclamado prior por mayoría de diez votos. Parecia un hombre á quien el rayo hubiese convertido en ceniza en el momento que iba á alcanzar los astros. ¡ Haberme tenido encerrado tres dias y tres noches, haberse lisonjeado encontrarme muerto de hambre y de frio, y verme salir de pronto como de la tumba para arrancarle la victoria de las manos y sentarme en lugar suyo en la silla del honor !

« Todos vinieron á abrazarme, y soporté aquella ceremonia sin desengañar al vencido, hasta que á su turno vino á darme el ósculo de paz. Cuando le hube hecho pasar por esta humillacion, le tomé por la mano, y depojándome de las insignias de que me habian revestido, le puse en el dedo el anillo y en la mano el báculo abacial; despues le conduje á la silla, y arrodillándome ante él, le supliqué me diese su bendicion paternal.

« Un inconcebible estupor reinó por un momento en el capítulo: al principio encontré mucho obstáculo en admitir esta sustitucion de persona; pero los débiles y los poltrones llevaron la mayoría á donde me plugo constituirla.

El escrutinio de aquel dia no dió resultado alguno ; pero el del dia siguiente produjo , gracias á mis diligencias y á mi influencia , el priorado para Donaciano. Me hizo el honor de dudar de mi lealtad hasta el último momento , sospechando siempre que fingia un exceso de humildad , á fin de asegurarme un poder sin límites para toda mi vida. Habia pocos ejemplos de que el prior no hubiese sido reelegido cada tres años hasta su muerte ; pero el estatuto no por eso dejaba de estar en todo su vigor , y la existencia de un rival importante podia turbar la vida del vencedor. Donaciano pensaba pues que trataba de atraerme por medio de una supuesta virtud y de un novelesco desinterés los que le quedaban mas adheridos , á fin de no tener que temer reaccion alguna á favor suyo al cabo de los tres años. Por lo demás debo á este estatuto el que la tranquilidad de mi vida quedase casi asegurada. Desde aquel dia cesaron las persecuciones con que se me habia oprimido hasta entonces, y cuyo detalle he pasado en silencio , no siendo mas que los accesorios de sufrimientos mas reales y profundos. Tan solo hasta hace poco , viéndome Donaciano bajar á la tumba , ha cesado de temerme y ha alentado los viejos odios de sus criaturas.

« Cuando se hubo proclamado por fin su eleccion y no dudó ya de mi buena fe , su reconocimiento me pareció tan servil y tan exagerado que procuré evadirme de él.

— Pague V. sus deudas, le dije al oido , y no me agradezca una accion que no ha sido en mí un sacrificio.

« Se apresuró á nombrarme director de la biblioteca y del gabinete reservado á los estudios y colecciones científicas. Desde aquel momento gocé de la mas amplia libertad en mis ocupaciones y de todos los medios posibles para instruirme.

« En el momento que dejaba la sala del capítulo para ir lleno de impaciencia á tomar posesion de mi nueva celda , levanté por casualidad los ojos hácia el retrato del fundador , y entonces el recuerdo de los acontecimientos que habian tenido lugar en aquella sala algunos dias antes, víno-

se á mi memoria de un modo tan distinto y sorprendente, que me asusté. Hasta entonces las preocupaciones que habian ocupado todas mis horas no me habian dado tiempo para pensar en ello; ó mejor, aquella parte del celebro que conserva las impresiones que nosotros llamamos poéticas y maravillosas (á falta de exacta expresion para designar las funciones del sentido divino) se habia abotagado en mi, hasta el extremo de no dar cuenta á mi razon de los prodigios de mi evasion. Aquellos prodigios de mi evasion permanecian envueltos en las misteriosas nubes de un sueño, como las vagas reminiscencias de los hechos que han tenido lugar durante una embriaguez, ó durante una fiebre. Mirando el retrato de Hebronius, volví á recordar distintamente la animacion de aquellos ojos pintados, que de pronto habian tomado vida y vuéltose luminosos; y aquella memoria se mezcló tan extrañamente á la situacion presente, que me pareció ver otra vez adquirir vida á aquel lienzo, y mirarme aquellos ojos como ojos humanos. Pero esta no era con brillo, era con dolor y con reproche. Figuróseme que sus párpados se humedecian por las lágrimas. Sentíme desfallecer. Nadie reparaba en mí; pero un niño de doce años, sobrino y discípulo de teologia de uno de los hermanos, estaba casualmente frente del retrato, y casualmente tambien tenia los ojos fijos en él.

— ¡Ó padre mio Alejo, me dijo asiéndose á mi vestido con terror, no ve V.; el retrato llora!

« Estuve á pique de desmayarme; pero hice un gran esfuerzo sobre mi y le contesté:

— Callaos, hijo mio, y guardaos de decir semejantes cosas, particularmente hoy. Causaríais la desgracia de vuestro tio.

« El niño no comprendió mi respuesta, pero quedó como asustado, y no habló á persona alguna que yo sepa de lo que habia visto. Padeció desde entonces una enfermedad de la que murió al año siguiente en casa de sus padres. No he sabido bien los detalles de su muerte; pero se me ha dicho

que en sus últimos instantes habia visto una figura hácia la cual habia querido lanzarse llamándole *pater Spiridion*. Aquel niño estaba lleno de fe, de inteligencia y benignidad. Solo le he conocido algunos instantes sobre la tierra, pero creo le volveré á encontrar en mas alta esfera. Era de aquellos que no pueden permanecer aquí bajo, y que tienen ya desde esta vida una mitad de su alma en un mundo mejor.

« Estuve ocupado algunos dias en preparar mi observatorio, en escoger los libros que preferia, en colocarlos en mi celda y en arreglarlo todo en mi nuevo imperio. En el ínterin que el convento se agitaba para celebrar la eleccion de su nuevo jefe, que los unos se entregaban á sus sueños de ambicion mientras los otros se consolaban de sus frustradas esperanzas abandonándose á la intemperancia, recibia una infantil alegría en aislarme de esa turba insensata, y en buscar, el olvidado de todos, mis sosegados placeres. Cuando hube acabado de arreglar la biblioteca, las colecciones de historia natural y los instrumentos de física y astronomía, lo que hacia con tanto zelo que todas las noches me acostaba extenuado de fatiga (pues todas aquellas preciosidades hacia muchos años que estaban descuidadas y abandonadas al mayor desórden), entré una noche en esta celda con un increible bienestar. Creia haber alcanzado una victoria mucho mayor que la de Donaciano, y haber asegurado el porvenir de toda mi vida sobre las únicas bases que podian convenirle. Solo una pasion tenia, la del estudio. Iba á poderme entregar á él para siempre sin distraccion y sin temor. ¡Cuánto me aplaudia á mí mismo por haber resistido al deseo de huir que tantas veces habia turbado mi espíritu los años anteriores! ¡Habia sufrido tanto en tener que observar las minuciosas prácticas del catolicismo, no abrigando ya fe alguna, simpatía alguna católica, y en ver consumirse en ellas un tiempo precioso! Habíame despreciado á mí mismo por el falso pundonor que me tenia ligado á mis votos.

« ¡ Votos insensatos, juramentos impíos ! habia exclamado muchas veces, no es el temor ó el amor á Dios el que os ha recibido ni el que me impide violaros. Ese Dios no existe, no ha existido nunca. No debe guardarse fidelidad á un fantasma, ni los empeños contraidos durante el sueño tienen fuerza ni realidad. El respeto humano es pues el que os ha hecho conservar vuestro poder sobre mí. Porque en mis dias de intolerante juventud y de fogosa devocion, he ajado en alta voz á los religiosos que apostataban; porque en otro tiempo he sostenido la absurda tesis que el juramento es indeleble, por eso temo hoy dia, retractándome, ser despreciado por esos mismos hombres que desprecio.

« Habiame dicho esas cosas, habíame hecho esos reproches, habia resuelto partir, colgar mi cogulla en los zarzales del camino, é ir á buscar la libertad de conciencia, la libertad de estudios á un pais mas ilustrado, á una nacion mas tolerante, Francia ó Alemania; pero nunca habia tenido valor para hacerlo. Habíanmelo impedido mil razones pueriles ú orgullosas. Acostéme repasando en mi imaginacion aquellas razones, que por una razon natural me complacia en encontrarlas excelentes, pues que desde entonces en adelante, el estado de monje y la morada en el monasterio eran para mí la mejor condicion que podia desear. En el número de aquellas razones, recordóme mi memoria el deseo de poseer el manuscrito de Espiridion, y la importancia que habia dado á la exhumacion de aquel precioso escrito. Apenas esta reflexion hubo herido á mi espíritu, cuando evocó mil imágenes fantásticas. La fatiga y la necesidad de dormir empezaban á turbar mis ideas. Encontrábame en una disposicion extraña y tal cual no la habia experimentado hacia mucho tiempo. Mi razon, siempre soberbia, estaba en toda su fuerza, y despreciaba profundamente las visiones que me habian asaltado en el catolicismo: explicábame ella los prestigios de la noche del 10 de enero por causas enteramente naturales. El hambre, la fiebre, la agonía de las fuerzas morales, y tambien la secreta insuperable desesperacion

de perder la vida de un modo tan horrible, habian debido producir en mi celebro un desórden próximo á la locura. Entonces habia creido oir una voz que salia de la tumba, y palabras que estaban en armonía con los sensibles recuerdos de mi precedente existencia católica. Las fantasmas que en otro tiempo habia creado mi imaginacion, debieron sin duda reproducirse por una ley fisiológica á la primera disposicion febril, y la debilidad de mis fuerzas físicas habia debido impedir, á la presencia de aquellas apariciones, las funciones de la razon y neutralizar las potencias del juicio. Un acontecimiento fortuito, la entrada de algun servidor en la sala del capítulo, habiéndome proporcionado la libertad mientras era presa de aquel delirio, debí por precision atribuir mi salvacion á causas sobrenaturales; y el resto de la vision se explicaba facilmente por la lucha que se habia establecido en mí entre el deseo de recobrar la vida y la debilidad de todo mi ser. No habia pues en todo ello nada de que no triunfase mi razon con palabras; pero las palabras no reemplazarán nunca las ideas, y aun cuando la mitad de mi espíritu se diese por satisfecha de esas soluciones, la otra mitad permanecia en una gran turbacion y rechazaba la calma del orgullo y la sancion del sueño.

« Apoderóse entonces de mí un malestar inconcebible. Conocí que mi razon no podia defenderme, por ingeniosa y prepotente que fuese, contra los vanos terrores de la enfermedad. Acordéme de que las apariencias me habian dominado de un modo tal, que habia tomado mis ilusiones por realidades. No hacia aun mucho tiempo, que lleno de calma, fuerza y alegría, habia creido ver salir lágrimas de un lienzo pintado, y oir las palabras de un niño que confirmaban aquel prodigio.

« Es verdad que habia una tradicion acerca de aquel retrato. En mi edad crédula habia oido decir que lloraba cuando se elegian malos priores; y el niño, poseido á su vez de esta fábula, habia sido fascinado por el miedo, hasta el extremo de ver lo que yo mismo me habia imaginado tambien ver

¡ Cuántos milagros no habian sido contemplados y atestiguados por millares de personas, alucinadas todas espontánea y contagiosamente por la misma vehemencia del entusiasmo fanático ! ¿ Qué tenia pues de particular ni sorprendente que lo fuesen dos ? pero que yo fuese una de ellas y que dividiese los sueños de un niño, he ahí lo que me maravillaba y humillaba extrañamente. ¡ Y qué ! pensaba yo, ¿ las imposturas del fanatismo cristiano dejan tan profundas huellas en el espíritu de los que han seguido su doctrina, que despues de tantos años de desengaño y de victoria no estoy aun libre de ellas ? ¿ Estoy condenado á conservar toda mi vida semejante enfermedad ? ¿ No hay pues medio alguno de recobrar enteramente la fuerza moral que desecha las fantasmas, y disipa las sombras con una palabra ? ¿ Por haber sido católico, no me será nunca permitido ser hombre, y debo á la menor languidez de mi estómago, al mas pequeño acceso de fiebre, ser presa de los terrores de la infancia ? ¡ Ay ! quizás es esto un justo castigo de la debilidad con que el hombre se abate ante groseros errores. Tal vez la verdad, para vengarse, rehusa iluminar enteramente los espíritus que la han despreciado largo tiempo ; quien sabe si los miserables que como yo se han postrado ante los ídolos y han adorado la mentira, están marcados con un indeleble sello de ignorancia, de locura y de cobardía ; puede que mi aniquilado celebro á la hora de la muerte se entregará á despreciables espantajos ; ¿ tal vez Satanás vendrá á atormentarme, y moriré quizás invocando á Jesus, como hacen muchos desgraciados filósofos, en quienes semejantes enfermedades del espíritu explican y revelan la lucha de la miseria humana con la luz celestial ?

« Entregado á aquellos dolorosos pensamientos, me dormí muy agitado, temiendo aun ser de nuevo juguete de algun sueño, y aterrorizándome tanto mas esto, cuanto que mi razon me demostraba las causas y consecuencias que podia acarrear.

« Tuve entonces una extraña vision. Imaginéme haber

vuelto al tiempo de mi noviciado. Veíame vestido con el hábito de lana blanca, un lijero bozo sombreaba apenas mi cara; paseábame con mis jóvenes compañeros, y Donaciano en medio de todos recogia nuestros sufragios para su eleccion. Dile mi voto como los demás, con indiferencia, para evitar las persecuciones. Se retiró entonces lanzándonos una mirada desdeñosa de triunfo, y vimos acercarse hácia nosotros un hombre jóven y hermoso, que reconocimos todos por el original del retrato de la sala mayor.

«Pero como sucede en todos los sueños, olvidamos en seguida nuestra sorpresa. Aceptamos como cosa cierta y posible que hubiese vivido hasta entonces, y aun algunos de nosotros decian que le habian conocido siempre. En cuanto á mí, conservaba de él solamente un confuso recuerdo, y, fuese costumbre ó simpatía, me acerqué á él con afecto. Pero nos rechazó con indignacion.

— ¡Jóvenes desgraciados! nos dijo con una voz llena de calma y melodía aun en medio de la misma cólera, ¿es posible que vengais á abrazarme despues de la cobardía que acabais de cometer? ¡Y qué! ¿habeis descendido hasta tal punto de egoismo y embrutecimiento, que habeis elegido por jefe no al mas virtuoso ni al mas capaz, sino al que á todos os consta ser el mas tolerante para el vicio y el mas insensible á la generosidad? ¿Es así como observais mis estatutos? ¿Es este el espíritu que con tanto afan traté de dejar entre vosotros? ¿Es este el estado en que os encuentro ya, despues de haberos dejado por algun tiempo?

« Entonces se dirigió á mi en particular, y señalándome á los otros:

— He ahí, dijo, el mas culpable de vosotros, pues que por su espíritu es ya un hombre y conoce el mal que hace. Su ejemplo es el que os arrastra, porque le considerais lleno de instruccion y sabiduría. Todos le amais, pero aun mas se estima á sí mismo. Desconfiad de él, es un orgulloso, y el orgullo le ha vuelto sordo á la voz de su conciencia.

« Y como una nube de tristeza y vergüenza cubrió mi frente, me reprendió severamente, pero cogiendo mis manos con una efusion de paternal enojo; y al propio tiempo que me echaba en cara mi egoismo, mientras me decia que habia sacrificado el sentimiento de la justicia y el amor á la verdad al vano placer de instruirme en las ciencias, conmovióse, y vi inundarse de lágrimas sus mejillas. Corrieron abundantemente las mias, porque sentia el aguijon del arrepentimiento y todos los agudos dolores de un corazon desgarrado. Apretóme entonces contra el suyo con ternura y sentimiento, y me dijo entrecortadamente:

— Lloro por tí, porque á tí mismo es á quien has causado el mayor mal, y tu vida entera está condenada á expiar esa falta. ¿Tenias acaso el derecho de aislarte en medio de tus hermanos y de decir: Todo el mal que desde hoy en adelante se hará aquí me será indiferente, porque no tengo la misma creencia que ellos, porque merecen ser tratados como perros, y porque aquí yo solo estimo mi reposo, mis placeres, mis libros, mi libertad? ¡Ó Alejo! ¡Desgraciado hijo! ¡serás un viejo desgraciado, porque has perdido el sentimiento del bien y el odio al mal; porque has sufrido en silencio el triunfo de la iniquidad; porque has preferido tu bienestar á tu deber, y has levantado con tus propias manos el trono de Baal en este rincon de la sociedad humana á que te habias retirado para cultivar el bien y servir al verdadero Dios!

« Agitábame con angustia en mi lecho para escapar á aquellos reproches, pero no pude conseguir el despertarme: perseguíanme con una verosimilitud, con una consecuencia y tan al caso; arrancábanme lágrimas tan amargas y me cubrian de confusion tal, que me seria imposible decir hoy dia si fue un sueño ó una vision. Poco á poco reaparecieron los personajes. Donaciano se adelantó furioso hácia Espiridion, cuya voz se extinguió y cuyas facciones se borraron. Donaciano gritaba á sus viles partidarios:

— *¡Destruidle! ¡destruidle! ¿Qué viene á hacer entre los*

vivos? ¡ Hacedle entrar de nuevo en la tumba, volvedle á la nada!

«Entonces trajeron los monjes leña y teas encendidas para quemar á Espiridion; pero en lugar del que me habia anonadado con sus reprensiones é inundado con sus lágrimas, solo ví el retrato del fundador que los secuaces de Donaciano arrancaban del cuadro y arrojaban á la hoguera. Desde que el fuego empezó á consumir el lienzo, tuvo lugar una horrible metamórfosis. Espiridion reapareció vivo agitándose en medio de las llamas y gritando:

— ¡ Alejo, Alejo! ¡ tú eres el que me das la muerte!

«Me lancé en medio de la hoguera y solo encontré el retrato hecho cenizas. Por repetidas veces la figura viviente de Hebronius y el inanimado lienzo que la representaba se cambiaron el uno en otro: tan pronto veía arder en medio del incendio la hermosa cabellera de mi maestro y volverse hácia mí sus ojos llenos de sufrimiento, de cólera y de dolor, como percibia arder solo una efigie al soplo de las groseras exclamaciones y estúpidas risas de los monjes. Despertéme bañado de sudor y quebrantado por la fatiga. La almohada estaba empapada con mis lágrimas. Me levanté, abrí precipitadamente la ventana. El nacer del alba disipó mi sueño y mis ilusiones; pero todo el dia permanecí abrumado de tristeza y conmovido de la fuerza y justicia de los reproches que resonaban aun en mis oidos.

«Desde aquel dia consumiéronme los remordimientos. Reconocia en aquel sueño la voz de mi conciencia que me gritaba que en todas las religiones, en todas las filosofías, era un crímen elevar el poder del engañador y entrar en proposiciones con el vicio. Por aquella vez la razon confirmaba este decreto de la conciencia; mostróme ella en lo pasado á Espiridion como un hombre justo, severo, incorruptible, enemigo mortal del egoismo y de la mentira; decíame, que en el paraje de la tierra donde nos haya lanzado la suerte, por falsa que sea nuestra posicion, por degradados que sean los seres que nos rodeen, nuestro deber consiste siempre en

trabajar en combatir el mal y hacer triunfar el bien. Un instinto de nobleza y dignidad humana que abrigaba en mi pecho, me decia que en semejante caso, aun cuando no pudiésemos hacer bien alguno, era bello morir por el sufrimiento resistiendo al mal, y cobarde el tolerarlo para vivir en paz. Aquellos estudios, de que tanta alegría me habia prometido sacar, no me causaron ya mas que disgusto. Mi alma entorpecida se extravió en vanos sofismas y trató inutilmente de arrojar de sí el descontento por medio de malas razones. En tal extremo temia, en esta disposicion enfermiza y penosa, ser presa de nuevas alucinaciones, que luché durante muchas noches contra el sueño. Á consecuencia de aquellos esfuerzos entré en una excitacion nerviosa peor que la debilidad de las facultades. Las fantasmas que temia ver durante el sueño se presentaron aun mas espantosas ante mis ojos abiertos. Parecíame ver escrito en carácteres de fuego sobre todas las paredes el nombre de Espiridion. Indignado de mi propia debilidad, resolví poner fin á aquellas angustias con un acto de valor. Tomé el partido de bajar á la tumba del fundador y sacar el manuscrito. Hacia tres noches que no dormia. La cuarta, á eso de las doce, tomé un escoplo, una lámpara y una alzaprima, y penetré silenciosamente en la iglesia, decidido á ver aquel esqueleto y tocar aquellos huesos que mi imaginacion hacia seis años revestia de una forma celeste, y que mi razon iba á restituir á la eterna nada contemplándoles con calma.

« Llegué á la piedra del *Hic est*, levantéla sin mucho trabajo y empecé á bajar la escalera; acordábame que constaba de doce gradas. Pero habia descendido tan solo seis cuando mi cabeza estaba ya extraviada. Ignoro lo que pasaba dentro de mí; á no haberlo experimentado, nunca pudiera creer que el valor de la vanidad pudiese encubrir tanta debilidad y tan cobarde terror. Apoderóse de mí el frio de la fiebre; el miedo me hacia dar diente con diente; dejé caer la lámpara, y sentí que mis rodillas se doblaban bajo mi peso

« Un espíritu sincero no hubiese tratado de superar aquel angustioso apuro. Hubiérase abstenido de llevar adelante una prueba superior á sus fuerzas; hubiera dejado su empresa para un momento mas favorable y hubiera esperado con sencillez y paciencia á que se hubiesen serenado sus facultades mentales. Pero yo no queria tener siempre ante mi vista el mentís. Indignábame de mi debilidad, mi voluntad queria forzar y reducir mi imaginacion. Continué bajando en medio de las tinieblas; pero perdí el espíritu y fuí presa de las ilusiones y fantasmas.

« Parecíame que seguia bajando siempre y que me hundia en las profundidades del Erebo. Finalmente llegué con lentitud á un paraje sólido y liso, y oí una lúgubre voz que pronunció las siguientes palabras que parecia confiar á las entrañas de la tierra.

— *No volverá él á subir la escalera.*

« En seguida oí elevarse hácia mi, del fondo de invisibles abismos, mil formidables voces que cantaban con extraña cadencia:

— *¡ Destruyámosle! ¡ Que se le destruya! ¿ Qué viene á hacer entre los muertos? ¡ Que vuelva á sus sufrimientos! ¡ Que se le vuelva á la vida!*

« Un débil resplandor atravesó entonces las tinieblas, y ví que estaba en el último escalon de una escalera tan vasta como el pie de una montaña: detrás de mi habia millares de escalones de hierro candente; delante de mi nada mas que el vacío, así bajo mis pies como sobre mí cabeza el sombrío azul de la noche. Apoderóse de mí un fuerte vértigo, y dejando la escalera, pensando que me era ya imposible volverla á subir, me lancé blasfemando en el vacío.

Pero apenas hube pronunciado aquella maldicion cuando se llenó de formas y confusos colores el vacío, y poco á poco me ví á pie llano en una inmensa galería do avanzaba temblando. La oscuridad reinaba á mi alrededor; pero el fondo de la bóveda se iluminaba por un resplandor rojo y me mostraba las formas espantosas y extrañas de la arqui-

tectura. Parecia haber sido tallado todo este monumento, por su fuerza y solidez gigantesca, en una montaña de hierro ó en una caverna de lavas negras. No podia distinguir los objetos mas cercanos, y los hácia que me adelantaba tomaban un aspecto de mas en mas siniestro, y mi terror aumentaba á cada paso. Los enormes pilares que sostenian la bóveda, y los follajes de la bóveda misma, parecian hombres de sobrenatural estatura, entregados todos á inauditos tormentos; los unos, suspendidos por los pies y estrechados entre los anillos de monstruosas serpientes, mordian el pavimento y sus dientes se hundian en el mármol; otros, incrustados en el suelo hasta la cintura, eran tirados á lo alto, estos por los brazos cabeza arriba, aquellos por los pies cabeza abajo, hácia los capiteles formados por otras figuras humanas inclinadas sobre ellos y encarnizadas en torturarles. Otros pilares representaban todavía grupos de figuras ocupadas en devorarse unas á otras, y cada una de ellas solo ofrecia un pedazo roido hasta las rodillas ó hasta las espaldas, pero cuya cabeza furiosa conservaba bastante vida todavía para morder, y devorar á lo que estaba á su alcance. Habia algunas que, medio desolladas, se esforzaban con la parte superior de su cuerpo en desprender la piel de la otra mitad enganchada en el capitel ó retenida en el zócalo, otras aun, que batiéndose se habian arrancado tiras de carne por las que se tenian suspendidas la una á la otra con la expresion de un odio y sufrimiento indecibles. Á lo largo del friso, ó mejor á modo de friso, habia á cada lado una hilera de seres inmundos, revestidos de forma humana, pero de horrosa fealdad, ocupados en despedazar cadáveres, devorar miembros humanos, torcer vísceras y repartirse sangrientos desperdicios. Pendian de la bóveda en forma de lazos y rosetones, niños mutilados que parecian arrojar lastimeros gritos, ó que huyendo con terror de los antropófagos, se lanzaban de cabeza, y parecia que iban á estrellarse sobre el pavimento.

« Cuanto mas adelante iba, todas estas estatuas, alum-

bradas por la luz del fondo, mas tomaban el aspecto de la realidad; estaban ejecutadas con una verdad que nunca el arte del hombre hubiera podido alcanzar. Hubiérase dicho que era una escena de horror á la que habia sorprendido en medio de su realidad viva un desconocido cataclismo, y ennegrecido y petrificado como la arcilla en el horno. La expresion de la desesperacion, de la rabia ó de la agonía estaba tan bien pintada sobre todos aquellos rostros contraidos; el juego ó la tension de los músculos, la exasperacion de la lucha, el estremecimiento de la carne desfalleciente estaban reproducidas con tanta exactitud, que era imposible sostener su vista sin disgusto y terror. El silencio y la inmovilidad de aquella representacion acrecentaban tal vez el horrible efecto que me habia causado. Volvime tan débil que me detuve y quise retroceder.

« Pero oí entonces en el fondo de aquellas tinieblas que habia atravesado confusos rumores como los de un tropel que anda. Pronto se hicieron mas distintas las voces y mas estrepitosos los ruidos, y se apresuraron los pasos tumultuosamente acercándose con una presteza increible; era aquel ruido el de una carrera irregular, sofrenada, pero cada vez mas próxima, mas impetuosa, mas amenazadora. Me imaginaba que era perseguido por aquel tropel desordenado, y traté de ganarle la delantera precipitándome bajo la bóveda en medio de las lúgubres esculturas. Pero me pareció que aquellas figuras empezaban á agitarse, á humedecerse de sudor y sangre, y que sus ojos de esmalte rodaban en las órbitas. Distinguí de pronto que todas me miraban y estaban inclinadas hácia mi, las mas con la expresion de una espantosa risa, las otras con la de una aversion furiosa. Tenian todas levantado el brazo sobre mí, en ademan de aplastarme bajo los miembros palpitantes que se arrancaban las unas á las otras. Habia algunas que me amenazaban con su propia cabeza que tenian entre las manos, ó con cadáveres de niños que habian arrancado de la bóveda.

« Mientras que turbaban mi vista tan abominables imáge-

nes, retumbaban en mi oido siniestros ruidos que se aproximaban. Tenia delante de mi espantosos objetos, detrás de mí ruidos mas horrorosos aun: risas, ahullidos, amenazas, sollozos, blasfemias, y de pronto momentos de silencio durante los cuales parecia que el tropel, conducido por el viento, salvaba distancias enormes y ganaba sobre mí céntuplo terreno.

« Finalmente se acercó tanto el rumor que no pude esperanzar ya el escaparme; traté de ocultarme detrás de los pilares de la galería; pero se animaron de pronto las figuras de mármol, y agitando sus brazos, que extendian hácia mí con frenesí, trataron de asirme para devorarme.

« Echóme pues el miedo en el centro de la galería, donde los brazos no podian alcanzarme, y el tropel vino, el espacio se llenó de voces y el pavimento se inundó de pasos. Fue como una tempestad en los bosques, como una ráfaga sobre las olas; fue la erupcion de la lava. Me pareció que el aire se abrasaba, y que mis espaldas se doblaban bajo el peso de la oleada. Fuí arrastrado como una hoja de otoño en el torbellino de los espectros.

« Iban todos vestidos de negro, y sus ardientes ojos brillaban bajo sus sombríos capuchos como los de un tigre en el fondo de su cueva. Habia algunos que parecian estar sumidos en una desesperacion sin límites, otros que se entregaban á una alegría insensata ó feroz, otros en fin cuyo selvático silencio me helaba y espantaba aun mas. Á medida que avanzaban, las figuras de mármol y bronce se agitaban y retorcian con tanto esfuerzo, que acababan por desprenderse de su asustador engaste, por despegarse del pavimento que encadenaba sus pasos, por arrancar sus brazos y espaldas de la cornisa; y los mutilados de la bóveda se desasian tambien, y arrastrándose como culebras á lo largo de las paredes conseguian alcanzar el suelo. Y entonces todos aquellos antropófagos gigantescos, todos los desollados, todos los mutilados, se unian al tropel de espectros que me arrastraban, y recobrando las apariencias de una com-

pleta vida, se ponian á correr y á ahullar como los otros ; de modo que el espacio se agrandaba al rededor nuestro , y la muchedumbre se esparcia en las tinieblas como un rio que ha roto sus diques; pero el lejano resplandor la atraía y guiaba siempre. De pronto se hizo mas viva esa pálida claridad y ví que habíamos llegado al fin. El tropel se dividió, se derramó por unas galerías circulares , y percibí bajo mis pies á una distancia inconmensurable el interior de un monumento tal que jamás la mano del hombre hubiera podido construirle. Era una iglesia gótica semejante en su gusto á las que los católicos erigian en el siglo undécimo , en aquel tiempo en que habiendo llegado á su apogeo su poder moral , empezaban á levantar cadalsos y hogueras. Los altos pilares , las arcadas ojivas, los animales simbólicos, los adornos raros , todos los caprichos de una arquitectura orgullosa y fantástica estaban allí desplegados en un espacio y bajo tales dimensiones, que un millon de hombres hubiera podido cobijarse so la misma bóveda. Pero esta bóveda era de plomo, y las galerías superiores donde se estrujaba la multitud estaban tan inmediatas al techo, que nadie podia estar en ellas de pie , y con la cabeza encorvada y las espaldas quebrantadas me veía obligado á mirar lo que pasaba en el fondo de la iglesia , bajo mis pies, á una profundidad que causaba vértigos.

« Al pronto solo discernia los rasgos de la arquitectura , cuyas partes inferiores flotaban en el vacío , mientras que las medias se iluminaban de rojos resplandores entrecortados de sombras negras , como si hubiese estallado un foco de incendio de algun punto á que no podia llegar mi vista. Poco á poco esta siniestra claridad se difundió á todas las partes del edificio , y distinguí una porcion de personas arrodilladas en la nave , mientras que una procesion de sacerdotes con ricos vestidos clericales desfilaba lentamente por el medio , y se dirigia al coro cantando con voz monótona.

« *¡ Destruyámosle ! ¡ destruyámosle ! ¡ sea devuelto á la tum-*

ba lo que pertenece á la tumba! »

« Este lúgubre canto dispertó mis temores y paseé mi vista al rededor; pero ví que estaba solo en una balaustrada: el tropel habia invadido las otras y parecia no ocuparse de mí. Traté entonces de escapar de aquel lugar de espanto, en donde un instinto secreto me anunciaba la ejecucion de algun terrible misterio. Ví á mis espaldas muchas puertas; pero estaban guardadas por las horribles figuras de bronce que con fisgona sonrisa y hablando entre sí decian:

« *Van á destruirle, y las trizas de su carne nos pertenecerán.*

« Helado por estas palabras, acerquéme á la balaustrada, encorvándome á lo largo del pasamano de piedra para que no pudiesen verme. Sentí un tal horror á lo que iba á tener lugar, que cerré los ojos y me tapé los oidos. Con la cabeza envuelta en mi capuz y doblada sobre mis rodillas, llegué á figurarme que todo aquello era un sueño, y que estaba dormido sobre el lecho de mi celda. Hice inauditos esfuerzos para dispertarme y librarme de la pesadilla, y creí dispertarme en efecto. Pero al abrir los ojos me hallé aun en la balaustrada, rodeado á alguna distancia de los espectros que á ella me habian conducido, y ví en el fondo de la nave la procesion de los sacerdotes que habia llegado al medio del coro, y que formaba un grupo comprimido, en cuyo centro se llevaba á efecto una escena de horror que jamás olvidaré. Habia un hombre tendido en un ataud, y aquel hombre estaba vivo. No se quejaba ni hacia resistencia alguna; pero partian de su seno ahogados quejidos, y sus profundos suspiros acogidos por un melancólico silencio se perdian bajo la bóveda que los trasmitia al tropel insensible. Muchos sacerdotes armados de clavos y martillos permanecian á su alrededor, prontos á sepultarle en cuanto hubiesen logrado arancarle el corazon. Pero en vano venian por turno con los brazos sangrientos y hundidos en el entreabierto pecho del mártir á registrar y torcer sus entrañas; ninguno podia arrancar aquel corazon invencible, que la-

zos de diamante parecian retener victoriosamente en su lugar. De rato en rato los verdugos dejaban escapar un grito de rabia, al que contestaban de lo alto de la galería imprecaciones mezcladas á una rechifla. Durante aquellas abominaciones el gentío prosternado en la iglesia permanecia inmóvil en actitud de meditacion y de recogimiento.

« Entonces uno de los verdugos se acercó ensangrentado á la balaustrada que separaba el coro de la nave, y dijo á aquellos hombres arrodillados:

— ¡Almas cristianas, fieles fervientes y puros, ó mis queridos hermanos, orad! redoblad vuestras súplicas y lágrimas á fin de que se cumpla el milagro, y podais comer la carne y beber la sangre de Cristo, vuestro divino Salvador.

« Y los fieles se pusieron á rezar en voz baja, á golpearse el pecho, y á cubrir de ceniza sus frentes, mientras que los verdugos continuaban torturando su presa, y la víctima murmuraba llorando las siguientes palabras á menudo repetidas: *¡O Dios mio, ilumina esas víctimas de la ignorancia y de la impostura!*

« Parecíame que un eco de la bóveda, tal cual una voz misteriosa, conducia estas quejas á mi oido. Pero estaba de tal modo envarado por el miedo, que en lugar de contestarle y levantar mi voz contra los verdugos, me ocupaba solo en espiar los movimientos de los que me rodeaban, temiendo no dirigiesen su rabia contra mi viendo que no era de los suyos.

« Despues traté de dispertarme, y durante algunos minutos mi imaginacion me conducia á escenas risueñas. Veíame sentado en mi celda, en una hermosa mañana, rodeado de mis libros favoritos; pero un nuevo suspiro de la víctima me arrancaba de aquella dulce vision, y otra vez me encontraba frente de una agonía interminable y de infatigables verdugos. Miré al paciente y me parecia que se transformaba á cada instante. No era ya Cristo, era Abelardo, y despues Juan Huss, y despues Lutero.... Púdeme arrancar

aun á este espectáculo de horror, y me se figuraba que volvia á ver la claridad del dia y que huia lijero y rápido por una risueña campiña. Pero una risotada feroz que partió de mi lado me sacó de repente de esta dulce ilusion, y apercibí á Espiridion en el féretro, en pugna con los infames que pulverizaban su corazon dentro su pecho sin poderse apoderar de él. Despues ya no era Espiridion, era el viejo Fulgencio que me llamaba diciendo.

— ¡ Alejo ! ¡ Hijo mio Alejo ! ¿ vas pues á dejarme perecer ?

« No bien hubo pronunciado mi nombre, cuando vi en el ataud en lugar suyo mi propia figura, con el seno entreabierto, el corazon despedazado por las uñas y tenazas. Sin embargo yo seguia oculto tras de la balaustrada, y contemplando á otro yo mismo en las angustias de la agonía. Entonces sentíme desfallecer, mi sangre se heló en las venas, un frio sudor cubrió todos mis miembros, y experimenté en mi propia carne todas las torturas que veia sufrir á mi espectro. Traté de recoger las pocas fuerzas que me quedaban, y de invocar á mi vez los nombres de Espiridion y de Fulgencio. Mis ojos se cerraron, y mi boca murmuró palabras de que mi espíritu no tenia ya conciencia. Cuando volví á abrir los ojos, vi cerca de mí una bella figura arrodillada en una actitud de calma. La serenidad se reflejaba en su ancha frente, y sus ojos no se dignaban bajarse hácia mi suplicio. Dirigia sus miradas hácia la bóveda de plomo, y vi que sobre su cabeza penetraba por una ancha abertura la luz del cielo. Un fresco viento agitaba los bucles de oro de sus hermosos cabellos. Habia en su fisonomía, en sus facciones, una melancolía inefable mezclada de esperanza y piedad.

— Ó tú, cuyo nombre no ignoro, le dije en voz baja, tú que pareces invisible á esas espantosas fantasmas y que te dignas manifestarte á mí solo, á mí solo que te conoce y adora, ¡ sálvame de estos terrores, líbrame de este suplicio !...

« Volvióse hácia mí y me miró con ojos abiertos y pro

fundos, que á la vez parecian compadecer y despreciar mi debilidad. Despues con una sonrisa angelical, extendió la mano, y toda la vision se convirtió en tinieblas. Oí entonces solo su voz amiga, que me dirigió las siguientes palabras:

« Todo cuanto has creido ver aquí existe solo en tu cerebro. Tu sola imaginacion ha forjado el horrible sueño contra que has estado luchando. Sírvate esto de ejemplo para ser en lo sucesivo mas humilde, y acuérdate de la debilidad de tu espíritu antes de emprender lo que no eres aun capaz de ejecutar. Los demonios y larvas no son otra cosa que creaciones del fanatismo y de la supersticion. ¿De qué te sirve toda tu filosofía, si no sabes distinguir las puras revelaciones que el cielo otorga de las groseras visiones evocadas por el miedo? Observa que todo cuanto has creido ver ha pasado dentro de tí mismo, y que tus sentidos engañados no han hecho mas que dar una forma á las ideas que largo tiempo hace te preocupan. Tú has visto en ese edificio compuesto de figuras de mármol y bronce, á su vez devoradoras y devoradas, un símbolo de las almas que el catolicismo ha endurecido y mutilado, una imágen de los combates á que se han entregado las generaciones en el seno de la Iglesia profanada, devorándose las unas á las otras, devolviéndose las unas á las otras el mal que habian sufrido. Esa oleada de furiosos espectros que te ha arrastrado consigo, es la incredulidad, es el desórden, el ateismo, la pereza, el odio, la concupiscencia, la envidia, en una palabra todas las malas pasiones qne han invadido la Iglesia, cuando la Iglesia ha perdido la fe; y esos mártires cuyas entrañas se disputaban los príncipes de la Iglesia, eran los Cristos, eran los mártires de la nueva verdad, eran los santos de lo futuro atormentados y despedazados hasta el fondo del corazon por los bellacos, los envidiosos y los traidores. Tú mismo, en un instinto de noble ambicion, te has visto colocado en ese ensangrentado cenotafio, á la vista de un clero infame y de un pueblo imbécil. Pero tú eras doble á

tus propios ojos; y mientras que la mas bella mitad de tu ser sufria con constancia la tortura y rehusaba entregarse á los fariseos, la otra mitad, que es egoista y corbarde, se ocultaba en la sombra, y para escapar á sus enemigos dejaba espirar sin eco la voz del anciano Fulgencio. Así es ¡ó Alejo! como el amor á la verdad ha sabido preservar tu alma de las viles pasiones del vulgo; pero tambien es así ¡ó monje! como el amor al bienestar y el deseo de la libertad te han hecho cómplice del triunfo de los hipócritas, con los cuales estás condenado á vivir. Vamos, dispiértate y busca en la virtud la verdad que no has podido hallar en la ciencia.

« Apenas hubo terminado de hablar, me desperté; estaba en la iglesia del convento, tendido sobre la piedra del *Hic est* al lado del sepulcro entreabierto. Habia venido ya el dia; los pajarillos cantaban alegremente revoloteando al rededor de los vidrios, el sol naciente arrojaba oblicuamente sobre el fondo del coro un rayo de oro y púrpura. Ví distintamente entrar en ese rayo al que me habia hablado, y perderse en él como si se hubiese confundido con la luz celeste. Paséme las manos por todo el cuerpo con espanto. Estaba abotagado por un sueño de muerte, y mis miembros envarados por el frio de la tumba. La campana tocaba maitines, apresuréme á colocar en su puesto la piedra, y pude salir de la iglesia antes que hubiesen entrado en ella los pocos fervientes que no se dispensaban de los oficios de la mañana.

« Al dia siguiente me quedaba solo de aquella terrible noche una profunda lasitud y un penoso recuerdo. Las diversas emociones que habia experimentado se perdian en la postracion de mi cerebro. Parecíanme igualmente febriles la vision asquerosa y la aparicion celeste; repudiaba tanto la una como la otra y atribuía ya solo la dulce impresion de la última al recobro de mis facultades y al fresco de la mañana.

« Desde aquel momento solo una idea, solo un fin me do-

minó: entibiar mi imaginacion como habia conseguido entibiar mi corazon. Pensé que así como me habia despojado del catolicismo para abrir á mi inteligencia una via mas extensa, debia tambien desprenderme de todo entusiasmo religioso para retener mi razon en un camino mas recto y mas firme. La filosofía del siglo habia combatido mal en mi el elemento supersticioso. Resolví pues buscar las raices de aquella filosofia, y retrocediendo un siglo me remonté á las causas de las ideas incompletas que me habian seducido. Estudié á Newton, Leibnytz, Keppler, Malebranche, y sobre todo á Descartes, padre de los geómetras, que habian zapado el edificio de la tradicion y de la revelacion. Persuadíame que buscando la existencia de Dios en los problemas de la ciencia y en los raciocinios de la metafísica, me apoderaria en fin de la idea de Dios, tal cual queria concebirla, serena, invencible, infinita.

« Empezó entonces para mi una nueva serie de trabajos, de fatigas y sufrimientos. Habíame lisonjeado ser mas fuerte que los especuladores á quienes iba á pedir la fe; sabia bien que la habian perdido al querer demostrarla, y atribuia este funesto error á la inevitable extenuacion de las facultades empleadas en estudios demasiado profundos. Prometíame guiar mejor mis fuerzas, evitar las puerilidades en que les habian extraviado concienzudas pesquisas, desechar con discernimiento cuanto habia tenido ingreso á la fuerza en sus sistemas; en una palabra, marchar á pasos agigantados en la carrera do se habian ellos arrastrado con dificultad. Allí, como en todas partes, el orgullo me empujaba á mi perdicion, y bien pronto fue consumada. Lejos de ser mas firme que mis maestros, me dejé caer mas bajo á espaldas de las cumbres que ansiaba alcanzar y en donde vanamente me engreía de permanecer. Habiendo llegado á esas alturas de la ciencia que escala la inteligencia, pero á cuyos pies el sentimiento se para, apoderóse de mí el vértigo del ateismo. Orgulloso por haberme encumbrado tan alto, no queria comprender que habia alcanzado apenas el pri-

mer grado de la ciencia de Dios, porque podia ya explicar con cierta lógica el mecanismo del universo, sin embargo que no podia penetrar el pensamiento que habia presidido á su creacion. Plúgome considerar el universo solo como una máquina, y suprimir el pensamiento divino como un elemento inútil para la formacion y duracion de los mundos. Habituéme á buscar en todo la evidencia y á despreciar el sentimiento, como si él no fuese una de las principales condiciones de la certeza. Creéme pues un modo raquítico y grosero de ver, de analizar y de definir las cosas; y volvime el mas obstinado, el mas vano y el mas limitado de los sabios.

« Transcurrieron diez años de mi vida en estos trabajos, diez años que se hundieron en el abismo, sin hacer crecer ni un solo tallo herbóreo en sus bordes. Por largo tiempo luché contra el frio de la razon. Á medida que me apoderaba de esa triste conquista, yo mismo me asustaba de ello, y preguntábame que haria de mi corazon si nunca llegaba á despertarse. Pero poco á poco los placeres de la vanidad satisfecha ahogaban esa inquietud. Nadie se figura las inconsecuencias y lijerezas en que cae el hombre dedicado en apariencia á las mas graves ocupaciones. En las ciencias embriagan de tal modo las dificultades vencidas, que las resoluciones juiciosas, los instintos del corazon, la moral del alma, son sacrificadas en un abrir y cerrar de ojos á los frívolos triunfos de la inteligencia. Cuanto mas me avanzaba hácia esos triunfos, tanto mas quimérico me parecia lo que habia pensado al principio. Llegué por fin á creerlo tan inútil como imposible; resolví pues no buscar mas verdades metafísicas, de cuya via mis estudios físicos me alejaban cada vez mas. Habia estudiado los misterios de la naturaleza, la marcha y el reposo de los cuerpos celestes, las leyes invariables que rigen el universo así en sus esplendores infinitos como en sus mas imperceptibles detalles; en todas partes habia vislumbrado la mano de hierro de una inconmensurable potencia, profundamente insensible á las nobles

emociones del hombre, generosa con profusion, ingeniosa hasta rayar en minuciosa en cuanto tiende á sus satisfacciones materiales; pero consagrada á un inexorable silencio en todo cuanto se refiere á su ser moral á sus inmensos deseos ¿seria preciso decir á sus infinitas necesidades? Esa avidez con que algunos hombres privilegiados tratan de comunicar íntimamente con la Divinidad, ¿no era quizás una enfermedad del cerebro, que se podia colocar al lado del desarreglo de ciertas producciones anormales en el reino vegetal y de ciertos instintos exagerados en los animales? ¿Era acaso el orgullo, esa otra enfermedad comun al mayor número de los hombres, que adornaba con sublimes colores y realizaba con pomposos nombres esa fiebre del espíritu, testimonio de lasitud y debilidad, mas bien que de fuerza y salud? No, exclamaba yo; es una impudencia, una locura, y sobre todo una miseria el querer escalar el cielo. ¡El cielo que no existe en parte alguna aun para el mas atrasado discípulo por poco que conozca el mecanismo de la esfera! ¡el cielo en donde el vulgo cree ver en medio de un trono formado de exhalaciones de la tierra un ídolo tallado bajo el modelo del hombre, sentado sobre las esferas como un arador sobre el Atlas! ¡el cielo, el éter infinito, sembrado de soles y de mundos infinitos, que el hombre imagina deber atravesar despues de su muerte, como las aves de paso van de uno á otro campo, y en donde los compadecibles preceptores teológicos escogen sin duda una constelacion por dominio y los rayos de un astro por vestido! ¡el cielo y el hombre, es decir el infinito y el átomo! ¡qué extraña aproximacion de ideas! ¡qué ridícula antítesis! ¿Cuál fue pues el primer celebro humano que cayó en semejante demencia? y hoy dia un papa, que se intitula rey de las almas, abre con una llave las dos medias hojas de la puerta de la eternidad á cualquier que dobla la rodilla ante su disciplina diciendo: «*Admitidme.*»

«Asi es como yo hablaba, y entonces una amarga risa se apoderaba de mi, y arrojando por el suelo los sublimes es-

critos de los padres de la Iglesia y de los filósofos espirituales de todas las naciones y de todas épocas, pisoteábalos con una especie de rabia, mientras repetia estas palabras favoritas de Hebronius en las que creia hallar la solucion de todos mis problemas: ¡Ó ignorancia, ó impostura!

«Empalideces, niño, dijo Alejo interrumpiéndose; tu mano tiembla entre las mias y tus azorados ojos parecen interrogar á los mios con ansiedad. Cálmate, y no temas que amarguen tu vida semejantes angustias, espero que esta relacion te preservará de ello para siempre.

«Felizmente para el hombre, ese pensamiento de Dios, que desconoce y niega tan á menudo, ha presidido á la creacion de su ser con tanto amor y cuidado como á la del universo. Hale hecho él perfeccionable en el bien, corregible en el mal. Si en la sociedad el hombre puede considerarse á menudo como perdido para la sociedad, en la soledad nunca el hombre está perdido para Dios; pues mientras le queda un soplo de vida, este soplo puede hacer vibrar una cuerda desconocida en el fondo de su alma, y cualquiera que ha amado la verdad tiene muchas cuerdas susceptibles de romperse antes de perecer. Á menudo dormítanse las sublimes facultades de que está dotado para cobrar vida como el gérmen de las plantas en el seno de la tierra, y al salir de un largo reposo brillan con mas poder. Si tanto aprecio el retiro y la soledad, si persisto en la creencia de que es preciso observar los votos monásticos, es porque he conocido mas que otro alguno los peligros y la victoria de esa larga lucha con la conciencia en que se ha consumido mi vida. Si hubiese vivido en el mundo, me hubiera perdido para siempre. El hálito de los hombres hubiera extinguido lo que el soplo de Dios ha reanimado. El incentivo de una vana gloria me hubiera embriagado, y encontrando siempre mi amor hácia la ciencia nuevas excitaciones en la aprobacion de los otros, hubiera vivido en el enajenamiento de una falsa alegría y en el olvido de la verdadera felicidad. Pero aquí, solo, sin ser comprendido de

nadie, viviendo por mí mismo, y no teniendo mas estímulo que mi orgullo y mi curiosidad, acabé por apagar mi sed y por cansarme de mi propia estima. Sentí la necesidad de dividir con alguno mis placeres y mis penas, á falta del amigo celeste que me habia enajenado, y sentílo sin manifestármelo, sin querérmelo confesar á mí mismo. Además de los soberbios hábitos que el orgullo del espíritu habia dado á mi carácter, no estaba rodeado de seres con quienes pudiese simpatizar, la grosería y la ruindad se levantaban á mi alrededor para rechazar en todas partes los afectos de mi corazon.

«Esto sin embargo fue una felicidad para mí. Conocia que la sociedad de hombres inteligentes hubiera encendido en mí una fiebre de discusion y una sed de contraversias que me hubieran afirmado cada vez mas en mis negaciones; mientras que en mis largas veladas solitarias, en lo mas fuerte de mi ateismo, sentia todavía en algunos instantes violentas aspiraciones hácia ese Dios que llamaba yo la ficcion de mis años juveniles; y aun cuando en esos momentos concibiese un profundo desprecio hácia mí mismo, lo cierto es que volvia á ser bueno en ellos, y que mi corazon luchaba con valor contra su propia destruccion.

«Las grandes enfermedades tienen fases en las que el mal reporta el bien, y despues de las mas espantosas crisis es cuando de pronto se efectúa la curacion como por milagro. La época que precedió á mi retorno á la fe fue la en que me creí el mas firme sectario de la *razon pura*. Habia conseguido ahogar todos los instintos de mi corazon, y triunfaba en medio de mi desprecio hácia toda religion, y de mi olvido de toda emocion religiosa. Apenas hube llegado á ese apogeo de mi fuerza filosófica, cuando se apoderó de mi la mas fuerte desesperacion. Un dia que habia trabajado durante muchas horas en no sé que detalles de observacion científica con extraordinaria lucidez, sentíme mas persuadido que nunca de la omnipotencia de la materia y de la imposibilidad de otro espíritu creador y vivificante, que el

que yo llamaba en lenguaje de naturalista las propiedades vitales de la materia. Experimenté entonces de pronto en mi ser físico un frio glacial, y me metí en cama calenturiento.

«Nunca habia tomado precaucion alguna para conservar mi salud. Padecí pues una enfermedad larga y dolorosa. Mi vida no estuvo en peligro, pero opusiéronse intolerables sufrimientos á toda ocupacion de mi cerebro. Apoderóse de mí un profundo despecho; la mansion, la soledad y los sufrimientos me causaron una tristeza mortal. No queria recibir los cuidados de persona alguna, pero las instancias hipócritamente afectuosas del prior y las de un cierto convertido enfermero, llamado Cristóforo, me obligaron á aceptar su compañía por la noche. Padecia insoportables insomnios, y ese tal Cristóforo, bajo pretexto de alijerar y suavizar mi fastidio, venia cada noche á dormir cerca de mi cama con pesado y profundo sueño. Era seguramente la mas buena y limitada de las criaturas humanas. Su estupidez habia encontrado gracia cerca los otros monjes en atencion á su bondad. Tratábanle como una especie de animal doméstico laborioso, á menudo necesario y siempre inofensivo. Su vida no era mas que una serie de beneficios y sacrificios. Como sacaban partido de él, le habian habituado á que contasen con la eficacia de sus cuidados, y esa confianza en que no queria tomar parte, hacia que me fuese excesivamente importuno. Sin embargo, un sentimiento de justicia que el ateismo no habia podido destruir, me obligaba á soportarle con paciencia y á tratarle con suavidad. Al principio me habia algunas veces enojado contra él y le habia arrojado de la celda. En lugar de darse por ofendido, afligíase de tener que dejarme solo, presa de mi mal; dirigia con gangosa voz un rezo detrás de la puerta, y al nacer el dia le encontraba sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, durmiendo es verdad, pero prefiriendo hacerlo con el frio y sobre el duro suelo, antes que resignarse á pasar en su cama las horas que habia resuelto

consagrarme. Su paciencia y abnegacion me vencieron. Soportaba su compañía por hacerle favor, porque, con gran sentimiento mio, solo yo estaba enfermo en el convento; y cuando Cristóforo no tenia alguien á quien cuidar, se consideraba el hombre mas infeliz del mundo. Poco á poco me acostumbré á verle, así como á su perrito, que se habia identificado de tal modo con él, que tenia todo su carácter, todos sus hábitos, y que á poco mas hubiera preparado las tisanas y tomado el pulso á los enfermos. Estos dos seres comian y dormian juntos. Cuando el monje iba y venia de puntillas del uno al otro lado del aposento, el perro daba igual número de pasos, y desde que el buen hombre se dormia, el paciente animal hacia otro tanto. Si Cristóforo rezaba, Baco, que así se llamaba el perro, se sentaba gravemente delante de él y permanecia en esta postura, arrugando la oreja y siguiendo con los ojos los menores movimientos de brazos y cabeza con que el monje acompañaba su oracion. Si este último me animaba á tomar paciencia con simples consuelos y con comunes promesas de próxima curacion, Baco se ponia derecho sosteniéndose con sus piernas posteriores, y poniendo sus patas delanteras sobre mi cama me lamia las manos con aire afectuoso. Me acostumbré tanto á ambos que uno y otro se me hicieron necesarios. En el fondo creo que tenia una secreta preferencia por Baco; tenia mas inteligencia que su amo, su sueño era mas lijero, y sobre todo no hablaba.

Hiciéronse tan intolerables mis sufrimientos que todas mis fuerzas se abatieron. Al cabo de un año de tan cruel suplicio estaba tan vencido que no deseaba ya la muerte. Temia tener que sufrir aun mas para dejar la vida, y hacia consistir el ideal de la felicidad en una existencia sin padecimientos. Mi desazon era tan grande que no podia estar un instante sin mi enfermero: obligábale á comer en mi presencia, y el espectáculo de su robusto apetito era una diversion para mí. Todo cuanto me habia antes chocado en él, me complacia luego, hasta su pesado sueño, sus interminables

rezos, y sus cuentos de mujer. Habia llegado hasta el extremo de recibir un placer en que me atormentase, y cada noche rehusaba la pocion que me presentaba, para divertirme por espacio de un cuarto de hora con su infatigable importunidad y sus sencillas insinuaciones, que él consideraba ingeniosas para conducirme á sus fines. Estas eran mis únicas distracciones, en las que encontraba una especie de alegría interior, que el buen hombre parecia adivinar, aunque mis facciones enjutas y contraidas no pudiesen expresarla ni aun por medio de una sonrisa.

« Cuando empezaba á restablecerme se declaró en el convento una enfermedad epidémica. El mal se presentaba súbito, terrible, inevitable: era como fulminante. Mi pobre Cristóforo fue uno de los primeros atacados. Olvidé mi debilidad y el peligro, dejé mi celda y pasé tres dias y tres noches al pie de su cama. Al cuarto espiró entre mis brazos. Fueme tan sensible esta pena, que faltó poco para que no le sobreviviese por mucho tiempo. Efectuóse entonces en mí una extraña crisis, curéme pronto y completamente; despertóse mi ser moral á la manera que si saliese de un largo sueño; y por la primera vez despues de muchos años, comprendí por medio del corazon los dolores de la humanidad. Cristóforo era el único hombre á quien habia apreciado despues de la muerte de Fulgencio. Una separacion tan pronta y tan amarga me recordó mi primer amigo, mi juventud, mi piedad, mi sensibilidad, todas mis felicidades perdidas para siempre. Volví á mi soledad lleno de desesperacion. Baco me siguió á ella; yo era el último enfermo que su amo habia cuidado; habíase por consiguiente acostumbrado á vivir en mi celda y parecia querer poner en mi su afecto, pero no pudo conseguirlo, pues le consumió la pena. No dormia ya, olfateaba sin cesar el sillon en que acostumbraba dormir Cristóforo, y que colocaba todas las noches cerca de mi cabecera para tener á la vista algo que me recordase la presencia de mi pobre amigo. No era Baco ingrato á mis caricias, pero nada podia calmar su inquietud. Al menor

ruido, se levantaba y miraba la puerta con una mezcla de esperanza y de desaliento. Entonces experimentaba una necesidad de hablarle como á un ser simpático.

—No volverá ya nunca, le decia, solo á mí es á quien debes amar ahora.

«Comprendiame, estoy seguro de ello, porque venia á mi encuentro y me lamia las manos con aire triste y resignado. Despues se echaba y procuraba dormirse; pero nunca llegaba mas que á quedarse en un estado de sopor doloroso, entrecortado de débiles quejidos que me rasgaban el alma. Cuando perdió toda esperanza de hallar al que seguia siempre esperando, resolvió dejarse morir. Rehusó comer y le ví espirar sobre el sillon de su amo, mirándome con un aire de reproche, como si fuese yo la causa de sus fatigas y de su muerte. Cuando vi empañados sus ojos y sus miembros helados, no pude detener un torrente de lágrimas; llorábale aun mas amargamente que á Cristóforo. Parecióme que perdia á este por segunda vez.

« Este acontecimiento, en apariencia pueril, acabó de precipitarme de lo alto de mi orgullo en un abismo de dolores. ¿De qué me habia servido ese orgullo? ¿De qué mi inteligencia? La enfermedad habia vuelto impotente el uno; la humildad de un hombre caritativo, el afecto fiel de un pobre animal me habian socorrido mas que la otra. Ahora que la muerte me arrebataba los únicos objetos de mi simpatía, la razon, de que habia hecho mi Dios, me enseñaba como único consuelo que nada quedaba ya de ellos, y que debian ser para mí como si jamás hubiesen existido. No podia acomodarme á esa idea de absoluta destruccion, y sin embargo mi ciencia me vedaba dudar de ello. Probé de continuar mis estudios, confiando librarme del despecho que me devoraba; pero solo sirvió esto para absorver algunas horas del dia. Desde que entraba en mi celda, desde que me echaba en la cama para dormir, se me hacia cada dia mas sensible el horror de mi aislamiento; volvíame debil como un niño, y bañaba de lágrimas mi almohada; echaba á menos aque-

llos sufrimientos físicos que me habian parecido insoportables, y que me hubiesen sido entonces agradables, si hubiesen podido traer á mi lado á Cristóforo y Baco.

« Convencime profundamente en aquella ocasion, de que la mas débil amistad es un tesoro mas precioso que todas las conquistas del genio, que la mas sencilla emocion del corazon es mas dulce y mas necesaria que todas las satisfacciones de la vanidad. Convencime por el testimonio de mis propias entrañas, de que el hombre ha sido creado para amar, y que la soledad sin la fe y el amor divino, es el silencio de la tumba sin el reposo de la muerte. No podia esperanzar volver á recobrar la fe: era un dorado sueño desvanecido que me dejaba lleno de arrepentimiento; lo que yo llamaba mi razon y mis luces la habian desterrado para siempre de mi alma. Mi vida no podia ser mas que una vigilia árida, una realidad mortificante. Agitáronse en mi celebro mil pensamientos de desesperacion. Pensé en dejar el claustro, en lanzarme en el torbellino del mundo, en abandonarme á las pasiones, hasta á los vicios, para procurar evadirme á mí mismo por medio de la embriaguez ó el embrutecimiento. Estos deseos se borraron prontamente. Habia ahogado demasiado á tiempo mis pasiones, para que me fuese posible hacerlas revivir. El mismo ateismo no habia hecho mas que robustecer por medio del estudio y de la reflexion mis austeras costumbres. Por otra parte, á través de todas mis transformaciones habia conservado un sentimiento de lo bueno, un deseo de lo ideal, que no repudian facilmente las inteligencias un poco elevadas. No me cernia ya en los sueños de la perfeccion divina, sino solamente en ver el universo material, en contemplar el esplendor de las estrellas y la regularidad de las leyes que rigen la materia; habia tomado tal amor al órden, á la duracion y á la belleza de las cosas exteriores, que no me hubiera sido nunca dable vencer mi horror hácia todo lo que hubiese turbado esas ideas de grandor, sublimidad y armonía.

« Traté de crearme nuevas simpatías; pero no pude en-

contrarlas en el claustro. En todas partes encontraba la malicia y la falsedad, y cuando daba con alguno de espíritu sencillo, vislumbraba la cobardía bajo la benignidad. Traté de establecer algunas relaciones con el mundo. En tiempo del abad Espíridion, tantos cuantos hombres distinguidos habia en el pais y viajeros instruidos en sus caminos venian á visitar el convento, á pesar de su situacion salvaje y de la dificultad de las travesías que á él conducen; pero desde que se habia transformado en madriguera de pereza, ignorancia y glotonería, solo la casualidad nos conducia, cual sucede hoy dia, de tiempo en tiempo algunos pasajeros indiferentes, ó algunos curiosos desocupados. Nadie encontré pues á quien abrir mi corazon, y permanecí solo entregado á un sombrío abatimiento.

« Durante algunas semanas y meses viví así de esa manera sin placer y casi sin pena; tan quebrantada y postrada se hallaba mi alma bajo el peso del despecho. El estudio habia perdido todo su atractivo para mí; poco á poco se me hizo odioso; solo servia para ponerme á la vista ese siniestro problema del destino del hombre abandonado sobre la tierra á todos los elementos de sufrimiento y de destruccion, sin porvenir, sin promesas y sin recompensa. Preguntábame entonces no solo de que servia vivir, si que tambien de que el morir; nada por nada, dejé trascurrir al tiempo y mi frente se iba despejando sin oponer resistencia á ese abatimiento del alma y del cuerpo que me conducian lentamente á un reposo mas triste aun.

« Llegó el otoño y la melancolía del cielo dulcificó un poco el amargor de mis ideas. Gustábame andar sobre las hojas secas, y ver pasar esas grandes bandadas de aves viajeras que vuelan con simétrico órden y cuyo grito salvaje va a perderse en las nubes. Envidiaba la suerte de aquellos seres que obedecen á instintos siempre satisfechos y á quienes la reflexion no atormenta. En cierto sentido me parecian mas completos que el hombre pues no desean mas que lo que pueden poseer; y si bien el cuidado de su conserva-

cion es un continuo trabajo, á lo menos no conocen el fastidio que es la peor de las fatigas. Complacíame tambien en ver abrirse las últimas flores del año. Toda suerte me parecia preferible á la del hombre, aun la de las plantas; y cobrando simpatía hácia aquellas existencias efímeras, no tenia mas placer que cultivar un pequeño ángulo del jardin y rodearlo de encañizados, para impedir que pisoteasen mis céspedes pies profanos y que cogiesen mis flores sacrílegas manos. Cuando se acercaban rechazaba á los curiosos con tanto enfado, que creyeron me habia vuelto loco, y el prior se alegró de verme caer en un embrutecimiento tal.

« Las tardes eran frescas, pero suaves; acontecíame á menudo, despues de haber buscado en la fatiga de un trabajo manual la esperanza de un poco de reposo por la noche, acostarme sobre un banco de césped que yo mismo me habia formado, y permanecer sumido en una vaga ilusion largo tiempo despues de puesto el sol. Dejaba flotar mis espíritus como las hojas que el viento arranca á los árboles; estudiaba el modo de vegetar; hubiera querido olvidar el ejercicio del pensamiento. Quedábame de este modo en una especie de adormecimiento, que no era ni la vigilia ni el sueño, ni el sufrimiento ni el bienestar, y ese débil placer era el único aun que podia gustar. Poco á poco esta languidez se hizo mas dulce, y el trabajo de mi voluntad para llegar á ella se hizo mas fácil. Mi beatitud consistia entonces sobre todo en perder la memoria de lo pasado y la aprension del porvenir. No pensaba mas que en lo presente. Comprendia la vida de la naturaleza, observaba todos sus diminutos fenómenos, penetraba hasta en sus menores secretos. Escuchaba aquellas caprichosas armonías, y el sentimiento de todas esas cosas inapreciables para los espíritus agitados conseguia distraerme de mí mismo. Por medio de esa suave admiracion aliviaba sin saberlo mi corazon lleno de un amor sin fin y de un entusiasmo sin alimento. Contemplaba la gracia de una rama blandamente cimbrada por el viento, enternecíame el canto débil y melan-

cólico de un insecto. Los perfumes de mis flores me inclinaban al reconocimiento; su hermosura preservada de toda alteracion por mis cuidados, me inspiraba un sencillo orgullo. Por la primera vez, despues de muchos años, me hacia sensible á la poesía del claustro, santuario colocado en lugares elevados para que el hombre viva en él sobre el estrépito del mundo, absorto en la contemplacion del cielo. Tú sabes ese ángulo que forma el terraplen del jardin por el lado del mar, al fin del emparrado que sostienen pilares cuadrangulares de mármol blanco. Allí se levantan cuatro palmeras; yo fuí quien las plantó, y allí era donde habia formado el cuadro de mi jardin, hoy dia borrado y confundido en la huerta que ha ocupado el lugar del bello jardin creado por Hebronius. Este lugar era aun, en la época de que te estoy hablando, uno de los mas pintorescos de la tierra, segun el sentir de los pocos viajeros que lo visitaban. Las ricas fuentes de mármol, que hoy dia están solo consagradas á viles usos, murmuraban entonces con musical armonía. El agua pura del manantial caia en conchas de mármol rojo que la trasladaban de una á otra, y huía luego misteriosamente bajo la sombra de los cipreses y de las higueras. Las ramas de los limoneros y de los algarrobos se comprimian y entrelazaban estrechamente al rededor de mi retiro y le aislaban segun mi gusto. Pero por el lado del glasis perpendicular que domina la ribera, habia formado una abertura en mis emparrados, y podia admirar á todo mi placer, á través de un cuadro de flores y de verdor, el sublime espectáculo del mar estrellándose contra las rocas y tiñéndose en el horizonte con los fuegos del ocaso ó de la aurora. Allí, perdido en ilusiones sin fin, parecíame percibir armonías inapreciables á los sentidos groseros de los otros hombres, algun lastimero canto exhalado sobre la africana ribera, y conducido por cima los mares por el viento del sur, ó el cántico de algun dervis, santo ignorado, perdido en las ásperas soledades del Atlas, y mas feliz en su miseria cenobítica con la fe, que yo en el seno de

mi opulencia monacal con la duda.

« Poco á poco llegué á descubrir un profundo sentido en los menores hechos de la naturaleza. Abandonándome al encanto de mis impresiones con la sencillez que produce el desaliento, retrocedia insensiblemente los límites estrechos de lo *cierto* hasta los de lo *posible*, y bien pronto lo posible, visto con cierta emocion del corazon, abrió á mi alrededor horizontes mas vastos de lo que mi razon se hubiera atrevido á presentir. Parecióme encontrar motivos de misteriosa prevision en todo lo que me habia parecido entregado á la ciega fatalidad. Recobré el sentido de felicidad que habia tan deplorablemente perdido. Busqué los goces relativos de todos los seres como habia buscado sus sufrimientos, y maravillóme el verlos tan equitativamente repartidos. Cada ser tomó una forma y una voz nueva para revelarme facultades desconocidas para la fria y superficial observacion que habia puesto en la ciencia. Desarrolláronse á mi alrededor infinitos misterios contradiciendo todas las sentencias de un saber incompleto y de un juicio precipitado. En una palabra la vida tomó á mis ojos un carácter sagrado y un fin inmenso, que no habia entrevisto ni en las religiones, ni en las ciencias, y que mi corazon enseñó con nuevo trabajo á mi inteligencia descarnada.

« Una noche escuchaba con recogimiento el ruido de la mar bonancible que venia á deslizarse sobre la arena; buscaba el sentido de esas tres olas, mas fuertes que las otras, que vuelven siempre juntas á intervalos regulares, como un ritmo señalado en la armonía eterna; oí un pescador que cantaba á las estrellas echado de espaldas en su barca. Sin duda habia muy frecuentemente oido el canto de los pescadores de la costa, y quizás ese tan á menudo como los demás; pero mis oidos habian permanecido siempre cerrados á la música como mi cerebro á la poesía. No habia visto en los cantos del pueblo mas que la expresion de groseras pasiones, y habia desviado mi atencion con desprecio. Aquella noche como las otras noches me incomodó al principio oir

aquella voz que apagaba la de las olas y que turbaba mi audicion. Pero al cabo de algunos instantes observé que el canto del pescador seguia instintivamente el ritmo del mar, y pensé que quizás era él uno de esos grandes y verdaderos artistas que la misma naturaleza se toma el cuidado de enseñar, y cuya mayor parte mueren tan ignorados como han vivido. Correspondiendo este pensamiento á los hábitos de suposiciones en que hacia tiempo me complacia, escuché sin impaciencia el canto medio salvaje de aquel hombre medio salvaje tambien, que celebraba con voz lenta y melancólica los misterios de la noche y la suavidad de la brisa. Sus versos tenian poca rima y estaban mal medidos, sus palabras encerraban aun menos sentido y poesía; pero el encanto de su voz, la sencilla habilidad de su tonillo, y la maravillosa belleza de su melodía, triste, larga y monótona como la de las ondas, me chocaron tan vivamente, que de pronto me fue revelada la música. ¡La música!... parecióme deber ser la verdadera lengua poética del hombre, independiente de toda palabra y de toda poesía escrita, sometida á una lógica particular y teniendo el poder de expresar ideas del mas elevado órden, ideas demasiado vastas para ser emitidas en otro lenguaje. Resolví estudiar aquel divino arte á fin de proseguir mi descubrimiento, y lo estudié en efecto con algun éxito como te lo habrán dicho quizás. Pero una cosa paralizó siempre mi vuelo, y fue el haber hecho demasiado uso de la lógica aplicada á otro órden de facultades. Jamás pude componer, y sin embargo esto es lo que mas hubiera ambicionado. Cuando ví que no podia transmitir mi pensamiento en esa lengua, demasiado sublime sin duda para mi organizacion, me dediqué á la poesía é hice versos. No conseguí mas ventajas en ella; pero tenia una necesidad de poesía, que buscaba una salida antes de pensar en poseer un alimento, y mi poesía era débil, porque quiere ella ser alimentada con un sentimiento profundo, del que solo tenia un vago presentimiento.

« Descontento tambien de mis versos, púseme á escribir en prosa procurando conservarla una forma lírica. El único asunto en que podia ejercitarme con alguna facilidad era mi tristeza y los males que habia sufrido buscando la verdad. Te recitaré un trozo :

« ¡ Ó grandeza mia ! ¡ ó mi fuerza ! habeis pasado como una nube tempestuosa y habeis caido sobre la tierra para asolar como el rayo. Habeis llevado la muerte y la esterilidad á todos los frutos y á todas las flores de mi campo. Habeisle convertido en un arenoso desierto, y me he sentado solo en medio de mis ruinas. ¡ Ó grandeza mia ! ¡ Ó mi fuerza ! ¿ Érais ángeles buenos ó malos ? »

« ¡ Ó orgullo mio ! ¡ Ó ciencia mia ! os habeis levantado como los ardientes torbellinos que el simoun esparce por el desierto. Al igual que el casquijo, al igual que el polvo, habeis sepultado laś palmeras, encenagado ó secado las fuentes. He buscado las ondas do uno se refrigera y no las he hallado ya ; porque el insensato que quiere abrir su ruta hácia las orgullosas cimas del Horeb, olvida el humilde sendero que conduce al manantial umbrío. ¡ Ó ciencia mia ! ¡ Ó orgullo mio ! ¿ Sois los enviados del Señor, sois los espíritus de las tinieblas ? »

« ¡ Ó mi virtud ! ¡ Ó mi abstinencia ! Os habeis alzado como torres, como muros de mármol, como murallas de bronce. Me habeis abrigado bajo heladas bóvedas, me habeis sepultado en fúnebres antros llenos de angustias y terrores ; y he dormido sobre un lecho duro y frio, do á menudo he soñado que habia un cielo propicio y fecundos mundos. Y cuando he buscado la luz del sol, no la he vuelto á hallar ; porque habia perdido la vista en las tinieblas, y mis débiles pies no podian conducirme ya al borde del abismo. ¡ Ó mi virtud ! ¡ Ó mi abstinencia ! ¿ Érais hijas del orgullo, ó consejos de la sabiduría ? »

« ¡ Ó religion mia ! ¡ Ó mi esperanza ! Habeisme conducido como frágil é incierta barquilla por mares sin riberas, por medio de brumas falaces, vagas ilusiones, informes imágenes

de una patria desconocida. Y cuando cansado de luchar contra el viento y de gemir doblegado bajo la tempestad, os he preguntado á donde me conduciais, habeis encendido luminosos faros sobre los escollos para mostrarme lo que era preciso evitar, de lo que era necesario huir y no lo que era indispensable alcanzar. ¡Ó religion mia! ¡Ó mi esperanza! ¿Érais el sueño de la locura, ó la voz misteriosa del Dios vivo?»

«En medio de estas ocupaciones inocentes, mi alma habia recobrado calma y vigor mi cuerpo; pero sacóme de mi reposo un imprevisto azote. Al contagio que habian sufrido el monasterio y sus alrededores sucedió la peste que desoló todo el pais. Habia tenido ocasion de hacer algunas observaciones acerca de la posibilidad de preservarse de las enfermedades epidémicas por un sistema higiénico muy sencillo. Participé mis ideas á algunas personas; y como debieron darse el parabien de haberles prestado crédito, se extendió la reputacion de que poseía remedios maravillosos contra la peste. Al paso que negaba la ciencia que se me atribuia, me prestaba gustoso á comunicar mis humildes descubrimientos. Entonces vinieron á buscarme de todas partes, y pronto ni el tiempo ni mis fuerzas pudieron apenas bastar al número de consultas que venian á pedirme; hasta fue preciso que el prior me concediese el extraordinario permiso de salir á todas horas del monasterio é ir á visitar los enfermos. Pero á medida que la peste extendia sus estragos, los sentimientos de piedad y humanidad, que al principio habian impulsado á los monjes á mostrarse accesibles y compasivos, se borraron de sus almas. Un miedo egoista y cobarde heló todo espíritu de caridad. Prohibióseme el comunicar con los pestíferos, y cerráronse las puertas del monasterio á los que venian á implorar socorro. No pude contenerme y manifesté mi indignacion al prior.

«En otro tiempo me hubiera enviado á los calabozos, pero los espíritus estaban de tal modo consternados por el temor á la muerte, que me escuchó con calma. Entonces me propu-

so un término medio; que era el de establecerme á dos leguas de aquí en la ermita de San Jacinto, y permanecer allí con el ermitaño, hasta que la terminacion del contagio y la ausencia de todo peligro para *nuestros hermanos* me permitiesen volver á entrar en el convento. Faltaba solo saber si aquel consentiria en dejarme entregar á los deberes de mi nuevo cargo de médico y dividir conmigo su estera y su pan negro. Se me permitió irle á ver para sondear sus intenciones y me trasladé allí al instante mismo. No confiaba hallarle favorable á mi peticion. Ese hombre que una vez al mes venia á pedir limosna á la puerta del convento me habia inspirado siempre desapego. Aun cuando la piedad de las almas sencillas no le dejaba carecer de lo necesario, estaba obligado por sus votos á mendigar de puerta en puerta en épocas periódicas, mas bien como un acto de abyeccion que para asegurar su subsistencia. Sentia un gran desprecio hácia esa práctica; y aquel ermitaño con su gran cráneo cónico, sus ojos pálidos y hundidos, que no parecian capaces de suportar la luz del sol, su encorvada espalda, su silencio feroz, su blanca barba acostumbrada á todas las intemperies del aire, y su grande y descarnada mano, que sacaba de debajo el hábito mas bien con un gesto de mando que con la apariencia de la humildad, habia llegado á ser para mí un tipo de fanatismo y de hipócrita orgullo.

« Cuando hube trepado la montaña sorprendióme el aspecto del mar. Viéndole así desde lo alto hundirse en sus abismos, parecia un inmenso llano de azur sobremanera inclinado hácia las rocas enormes que se desplomaban. Y sus olas regulares, cuyo movimiento no era mas sensible, presentaban la apariencia de paralelos surcos trazados por el arado. Esa masa azul, que se levantaba como una colina y que parecia compacta y sólida como el zafiro, me causó un vértigo tal de entusiasmo, que me apoyé en los olivos de la montaña para no precipitarme en el espacio. Pareciame que á la vista de ese elemento magnífico

el cuerpo debia tomar las fuerzas del espíritu, y recorrer su inmensidad en tan sublime vuelo. Acordéme entonces de Jesus marchando sobre las olas y representéme á ese hombre divino, grande como los montes, resplandeciente como el sol. «¡Alegoría de la metafísica, ó vision de una confianza exaltada, exclamé, eres mas grande y poética que todas nuestras certezas medidas con el compás, y todos nuestros raciocinios alineados con el cordel!...

«Mientras soltaba estas palabras, una especie de salmodiado lamento, débil y lúgubre plegaria que parecia salir de las entrañas de la tierra, me forzó á volverme. Busqué por algun tiempo con la vista y el oido el paraje de donde podian proceder aquellos extraños sonidos; y habiendo por fin subido á una roca vecina, vi bajo mis pies, á alguna distancia, en una separacion de aquella, al ermitaño desnudo hasta la cintura, y ocupado en cavar una hoya en la arena. Cerca de él yacia tendido un cadáver envuelto en una estera, y cuyos pies azulados, manchados por las huellas que habia dejado la peste, salian de aquella rústica mortaja. Un fétido hedor se exhalaba de la entreabierta fosa apenas cubierta el dia anterior sobre otros cadáveres apresuradamente sepultados. Al lado del difunto habia una pequeña cruz de madera de olivo toscamente labrada, único adorno del comun mausoleo, un cuerno de asperon con una rama de hisopo para la ablucion lustral, y una pequeña hoguera de humeante enebro para purificar el aire. Un ardiente sol caia á plomo sobre la calva cabeza y flacas espaldas del solitario. El sudor pegaba á su pecho las largas mechas de su barba de color de ámbar. Lleno de respeto y piedad me adelanté hácia él. No manifestó sorpresa alguna, y arrojando su azadon me hizo seña de coger el cadáver por los pies, mientras hacia él otro tanto por las espaldas. Cuando le hubimos enterrado, plantó de nuevo la cruz, hizo la inmersion de agua bendita; y rogándome que reanimase la hoguera, se arrodilló, murmuró una corta oracion, y se alejó sin ocuparse mas de mí. Cuando hubimos

llegado á la ermita fue solo cuando observó que yo marchaba á su lado, y mirándome entonces con un poco de extrañeza me preguntó si tenia necesidad de descansar. Expliquéle en pocas palabras el objeto de mi visita. Me contestó solo por un apreton de mano, despues abriendo la puerta de la ermita, me mostró en una sala excavada en el seno de la roca cuatro ó cinco desgraciados pestíferos agonizando sobre unas esteras.

— Son, me dijo, pescadores de la costa y contrabandistas cuyos padres, apoderados de terror, les han arrojado de sus chozas. Nada puedo hacer por ellos mas que combatir la desesperacion de su agonía con palabras de fe y de caridad, y despues sepultarlos cuando han cesado de sufrir. No entre V. hermano, añadió, viendo que me adelantaba hácia el umbral; estas gentes no tienen ya recurso alguno, y ese lugar está infestado, conserve V. sus dias para los que pueda salvar aun.

— ¿Y V., padre mio, le dije, no teme V. nada por sí?

— Nada, me repuso sonriéndose, tengo un preservativo seguro.

— ¿Y cuál es?

— Es, dijo con aire inspirado, la mision que estoy obligado á cumplir que me hace invulnerable. Cuando dejaré de ser necesario, volveré á ser un hombre como los demás; y cuando caeré, diré: — Señor, cúmplase tu voluntad; pues que me recuerdas que nada tienes ya que mandarme.

« Mientras decia esto, animáronse sus extinguidos ojos y parecieron reflejar los rayos de sol que habian absorvido. Su brillo fue tal que volví los mios y los dirigí automáticamente hácia el mar que centellaba á nuestros pies.

— ¿En que piensa V.? me dijo.

— Pienso, respondí, que Jesus ha andado sobre las olas.

— ¿Qué tiene eso de asombroso? repuso el digno hombre que no me comprendia; lo único que puede causar admiracion es que san Pedro que estaba cara á cara del Señor haya dudado.

« Volví en seguida al monasterio para dar cuenta al abad de mi mensaje; hubiera podido ahorrarme ese trabajo, y acordarme que los monjes se inquietan muy poco por la observancia de la regla, sobre todo cuando el miedo les gobierna. Encontré todas las puertas cerradas, y cuando me asomé por la rejilla, me dieron con ella en la cara, diciéndome que cualquiera que fuese el resultado de mis gestiones no podia volver ya á entrar en el convento. Fuíme pues á dormir á la ermita.

« Tres meses pasé en compañía del ermitaño. Era verdaderamente un hombre de los antiguos dias, un santo digno de los mas bellos tiempos del cristianismo. Fuera del ejercicio de las buenas obras, era quizás un ser vulgar; pero su piedad era tan grande que en caso necesario suplia el genio. Parecíame sobre todo admirable en sus exhortaciones á los moribundos. Entonces estaba verdaderamente inspirado; borbotaba su elocuencia como un torrente de las montañas; lágrimas de compuncion inundaban su cara arrugada por las fatigas. Conocia exactamente las fibras de los corazones humanos. Combatia las angustias y los terrores de la muerte, á la manera que Jorge el celeste guerrero aterraba los demonios. Poseia una maravillosa inteligencia de las diversas pasiones que habian podido ocupar la existencia de dichos moribundos, y tenia un lenguaje y promesas apropiadas para cada uno de ellos. Notaba con satisfaccion que estaba poseido del sincero deseo de darles un instante de alivio moral en su penoso despido de este mundo, y no preocupado por las vanas formalidades del dogma. En esto elevábase sobre sí mismo; porque su fe en la aplicacion personal tenia todas las minuciosidades del catolicismo mas estricto y rígido: pero la bondad es un don de Dios superior á los poderes y amenazas de la Iglesia. Una lágrima de sus moribundos le parecia mas importante que la ceremonia de la extremauncion, y un dia le oí pronunciar una palabra demasiado fuerte y grande para un católico. Habia presentado el crucifijo á los labios del agonizante; este vol-

vió la cabeza, y tomando la otra mano del ermitaño se la besó dando el último suspiro.

— ¡Y bien! dijo el ermitaño cerrándole los ojos, ya te será perdonado puesto que has sido reconocido; y si has comprendido el afecto de un hombre en este mundo, sentirás la bondad de Dios en el otro.

« Con los calores del verano cesó el contagio. Pasé aun algun tiempo en la ermita antes que osasen llamarme al convento. Éranos á los dos muy necesario el reposo; y debo decir que aquellos últimos dias del año llenos de calma, de frescor y de suavidad, en uno de los lugares mas magnificos que sea posible imaginarse, lejos de toda sujecion, y en la sociedad de un hombre verdaderamente respetable, pueden contarse en el número de los pocos buenos de mi vida. Gustábame aquella existencia ruda y frugal, y pareciame ser otro hombre cuando volvia á la ermita, despues que un trabajo útil, un afecto sincero me habian entonado. Mi corazon se dilataba como una flor al soplo de las brisas de la primavera. Comprendia el amor fraternal bajo un extenso punto de vista, el afecto hácia todos los hombres, la caridad, la abnegacion; en una palabra, la vida del alma. Observaba ciertamente algo de puerilidad en las ideas de mi compañero, vuelto á la calma de su vida habitual. Cuando no le sostenia el entusiasmo, volvíase capuchino hasta cierto punto; pero no trataba de combatir sus escrúpulos, y estaba penetrado de respeto hácia la fe purificada en el crisol de una virtud tal.

« Cuando recibí la órden de volver al monasterio, estaba algo enfermo. El miedo de que condujese conmigo un gérmen de contagio hizo aguardar muy pacientemente mi retorno. Recibí inmediatamente licencia para permanecer fuera el tiempo necesario á mi restablecimiento, tiempo que no se limitaba, y que resolví alargar cuanto me fuese posible.

« Hasta entonces una de las principales ideas que me habian impedido quebrantar mi voto era el temor del escán-

dalo. No que me diese cuidado alguno personal la opinion de un mundo con el que no queria establecer relaciones de ninguna especie, ni que conservase respeto alguno hácia esos monjes que no podia apreciar; pero una rigidez natural, un instinto profundo de la dignidad del juramento, y mas que todo esto quizás un invencible respeto hácia la memoria de Hebronius me habian retenido. Ahora que el convento me rechazaba, por decirlo así, de su recinto, parecíame podia abandonarlo sin dar una muestra de mal ejemplo, ni variar mis resoluciones. Examinaba la vida que habia observado en el claustro, y la que podia observar aun. Preguntábame si podia producir lo que no habia aun producido, alguna cosa grande ó útil. Esa vida de benedictino que habia Espiridion practicado y soñado sin duda para sus sucesores se habia vuelto imposible. Los primeros compañeros del sabio retiro de Espiridion debieron hacerle vislumbrar los hermosos dias del claustro, y los grandes trabajos llevados á cabo bajo estas antiguas bóvedas, santuario de la erudicion y de la perseverancia. Pero Espiridion contemporáneo de los últimos hombres notables que haya producido el claustro, murió sin embargo disgustado de su obra, y á lo que se asegura, desilusionado sobre el porvenir de la vida monástica. En cuanto á mí, que puedo decir sin orgullo, puesto que se trata de penosos trabajos emprendidos y no de gloriosas obras terminadas, que he sido el último de los benedictinos de este siglo, veia bien que aun mi papel de paciente erudito no era ya aguantable. Para estudios sosegados se necesita un espíritu sosegado tambien, ¿y cómo hubiera podido estarlo el mio en el seno de la tormenta que tronaba sobre la humanidad? Veia las sociedades próximas á disolverse, temblar los tronos como cañas que las olas van á sepultar, dispertarse los pueblos de un largo sueño y amenazar á cuanto les habia tenido encadenado, lo bueno y lo malo confundidos bajo la propia fatiga del yugo, en el mismo odio del pasado. Veia rasgarse de arriba á bajo la cortina del templo, como en la hora de la resurrec-

cion del crucificado, cuya imágen eran esos pueblos, y quedar á descubierto, ante los ojos de la venganza, las torpezas del santuario. ¿Cómo hubiera podido permanecer mi alma indiferente á la proximidad de ese vasto destrozo que iba á tener lugar? ¿Cómo hubiera podido mi oido quedar sordo al rugido de la marea que subia, impaciente por romper sus diques y sumergir los imperios? En vísperas de las catástrofes, cuyos efectos sentiremos bien pronto, los últimos monjes pueden muy bien acabar apresuradamente de vaciar sus cubas, y repletos de vino y manjares, tenderse sobre su mancillado lecho, para esperar en él sin zozobra la muerte en medio de los vapores de la embriaguez. Pero yo no soy de los suyos, no entro en ese número, inquiétome por saber como y porque he vivido, porque y como debo morir.

«Habiendo examinádo con madurez el uso que podia hacer de la libertad que me arrogaba, no ví, fuera de los trabajos del espíritu, cosa otra alguna que me conviniese en este mundo. Al principio de mi separacion del catolicismo habíanme agitado sin duda grandes ambiciones; habia hecho gigantescos proyectos; habia meditado la reforma de la Iglesia bajo un plan mas vasto que el de Lutero; habia ideado el desarrollo del protestantismo. Seguramente, porque al igual que Lutero, era cristiano, y concebido en el seno de la Iglesia, no podia imaginar una religion, por mucho que se emancipase, que no fuese en su principio engendrada por la misma Iglesia. Pero dejando de creer en Cristo, volviéndome filósofo como mi siglo, no me era ya posible encontrar medio de ser un novador, habíanse atrevido á todo cuanto era posible atreverse. En materia de libertad de principios, habia ido yo tan lejos como los otros, y veia bien que para sentar un dictámen nuevo en medio de todos aquellos destructores, era preciso tener un plan de reedificacion cualquiera que proponerles. Hubiera podido hacer alguna cosa en favor de las ciencias, y quizás debia haberlo hecho; pero además de que no tenia anhelo alguno de

formarme un nombre en ese reino de los conocimientos, verdaderamente solo sentia deseos y energía para las cuestiones filosóficas. No habia estudiado las ciencias mas que para que me sirviesen de guia en el laberinto de la metafísica, y para llegar al conocimiento del Ser supremo. No habiendo logrado ese fin, no amaba ya esos estudios que me habian apasionado indirectamente, y me se figuró la pérdida de toda creencia una cosa tan triste de experimentar, que me hubiera igualmente parecido penoso el anunciarlo á los hombres. Por otra parte, ¿que hubiera sido una voz mas en ese gran concierto de maldiciones que se elevaba contra la espirante Iglesia? Hubiera sido una cobardía arrojar la piedra contra ese moribundo en pugna ya con la revolucion francesa que empezaba á estallar, y que causará en nuestras comarcas, no lo dudes, Ángel, un estremecimiento mas fuerte y mas próximo de lo que se complacen en creer aquí. He ahí porque á menudo te he aconsejado no desertar del puesto, do quizás honrosos peligros vendrán pronto á buscarnos. En cuanto á mí, si no soy ya monje por el espíritu, lo soy y lo seré siempre por el hábito. Es una condicion social, no diré como otra cualquiera, pero lo es; y cuanto mas desconceptuada esté, tanto mas preciso se hace comportarse como hombre de honor. Si somos llamados á vivir en el mundo, puedes estar seguro que mas de una mirada de ironía y de desprecio vendrá á escudriñar la guarida de esas aves nocturnas cuya raza habita hace mas de mil y quinientos años en las tinieblas y el polvo de las viejas paredes. Los que se presentarán entonces en medio de la sociedad con el oprobio de la tonsura, deben llevar la cabeza mas erguida que los otros; porque la tonsura es indeleble, y en vano repululan los cabellos sobre el cráneo: nada oculta ese estigma en otro tiempo venerado, hoy dia aborrecido de los pueblos. Sin duda, Ángel, pagaremos la pena de crímenes que no hemos cometido, y de vicios que no hemos conocido. Huyan pues los que habrán merecido los suplicios; oculten su cara los que habrán merecido los bo-

felones. Pero nosotros, nosotros podemos presentar el rostro á los insultos y las manos á la cuerda, y llevar en espíritu y verdad la cruz de Cristo, este sublime filósofo que raramente me oyes apellidar, porque su ilustre nombre, pronunciado sin cesar á mi alrededor por tantas bocas impuras, no puede salir de mis labios mas que á propósito de las cosas mas serias de la vida, y de los sentimientos mas profundos del alma.

« ¿De qué podia pues servirme mi libertad? de nada que me satisfaciese. Si hubiese escuchado solo los impulsos de una vana avidez de estrépito, de variaciones y de espectáculos, hubiera partido por mucho tiempo, para siempre quizás. Hubiera explorado lejanas comarcas, atravesado extensos mares y visitado las naciones salvajes del globo. Vencí mas de una viva tentacion de ese género. Á veces deseaba unirme á algun sabio misionero, é ir á buscar lejos del ruido de las naciones modernas la calma de lo pasado en pueblos religiosos conservadores de las leyes y creencias de la antigüedad. La China, y particularmente la India, me ofrecian un ancho campo de pesquisas y observaciones. Pero sentia en seguida una insuperable repugnanciá hácia ese reposo de la tumba del que ciertamente no aventuraba á escapar y que iba vivo á colocarme ante la vista. No quise ver pueblos muertos intelectualmente, uncidos, encadenados como estúpidos animales al yugo labrado por sus abuelos, y marchando todos á la una como momias en su sudario de jeroglíficos. Por terrible, por violento, por sangriento que fuese el desenlace del drama que se preparaba á mi alrededor, era la historia, era el movimiento eterno de las cosas, era la accion fatal ó providencial del destino, en una palabra era la vida lo que hervia bajo mis pies como la lava. Preferia ser arrastrado por ella como una paja, que ir á buscar los vestigios de una vegetacion petrificada bajo cenizas heladas para siempre.

« Al mismo tiempo que mis ideas tomaron este giro, vino á asaltarme otra tentacion, y fue la de ir precisamente á

lanzarme en medio del movimiento de las cosas, y abandonar esta tierra, en donde no parecia llegar la hora de que despertasen de su letargo, para ver estallar la tempestad. Olvidando entonces que era monje y habia resuelto permanecer monje, me sentía hombre, y hombre lleno de energía y de pasiones; pensaba entonces en lo que puede llamarse la vida de accion, y cansado de reflexion, me dejaba arrastrar como un novel estudiante (deberia mas bien decir como un jóven animal), por la necesidad de remover y ocupar mis fuerzas. Mi vanidad me cernia entonces en una atmósfera de mentidas promesas. Decíame, que tal vez me aguardaba allí un papel útil; que las ideas filosóficas habian terminado su tarea; que era llegado el momento de aplicar esas ideas; que en adelante se trataba ya de abrigar grandes sentimientos; que los caracteres iban á ser puestos á prueba, y que los grandes corazones serian tan necesarios como raros. Engañábame: las grandes épocas engendran los grandes hombres; y recíprocamente las grandes acciones nacen unas de otras. La revolucion francesa tan calumniada á tus oidos por todos esos imbéciles á quienes espanta y todos esos gazmoños á quienes amenaza, produce todos los dias, sin que de ella deba quedarte duda alguna, Ángel, falanges de héroes, cuyos nombres solo llegan aquí acompañados de maldiciones, pero cuyas huellas buscarás ávidamente un dia en la historia contemporánea.

« En cuanto á mí, abandonaré este mundo, sin saber claramente la solucion del gran enigma revolucionario ante el cual van á estrellarse tantos diminutos orgullos ó temerarias inteligencias. Habré pasado por esta vida como sobre una pendiente rápida que conduce á abismos en que seré lanzado sin tener el tiempo necesario para dirigir una mirada á mi alrededor, y sin haber servido para otra cosa que para señalar por mis sufrimientos una hora mas de espera en el cuadrante de la eternidad. Sin embargo, como veo á los hombres actuales atraerse aun mayores males en vista del porvenir, de los que nos hemos hecho nosotros en vis-

ta de lo pasado, díjeme á mí mismo que todos esos males deben reportar grandes bienes. Porque creo hoy dia que hay una accion providencial, y que la humanidad obedece instintiva y simpáticamente á los grandes y profundos designios del pensamiento divino.

« Pugnaba con ese nuevo entusiasmo de ambicion, último rayo de una juventud de corazon mal comprimida, y prolongada por lo tanto mas allá de los tiempos propios de candor y de inexperiencia. La revolucion americana me habia tentado vivamente, la de Francia me tentaba mas aun. Un buque que se dirigia á aquel reino fue arrojado á nuestras costas por vientos contrarios. Algunos pasajeros vinieron á visitar la ermita y á reponerse en ella mientras se preparaban á emprender de nuevo su camino. Eran personas distinguidas, á lo menos me lo parecieron tales, sin duda por la gran necesidad que experimentaba de oir hablar con libertad de los acontecimientos políticos y del movimiento filosófico que los producia. Estos hombres estaban llenos de fe en el porvenir y llenos de confianza en sí mismos. No estaban muy acordes sobre los medios que se habian de poner en juego : pero era fácil columbrar que todos les parecian buenos en los momentos del peligro. Este modo de considerar las mas delicadas cuestiones de equidad social me gustaba y asustaba á un tiempo mismo ; todo cuanto rebosaba valor y sacrificio despertaba ecos adormecidos en mi seno. Sin embargo las ideas de violencia y ciega destruccion turbaban mis sentimientos de justicia y mis hábitos de paciencia.

« Entre aquellas gentes, habia un jóven corso, cuyas austeras facciones y miradas profundas no se han borrado nunca de mi memoria ; su actitud descuidada, unida á una gran reserva, sus palabras enérgicas y concisas, sus ojos claros y penetrantes, su perfil romano, cierta desmaña graciosa que parecia desconfianza de sí mismo, pronta á convertirse en colérica audacia á la menor provocacion, todo me llamó la atencion en aquel jóven ; y aun cuando él afec-

taba despreciar todas las cosas presentes y apreciar solo un cierto ideal de austeridad espartana, creí adivinar que ardia en deseos de lanzarse en la carrera de la vida, creí presentir que llenaria sus páginas con brillantes hechos. Ignoro si me he engañado. Quizás no ha podido abrirse paso aun, tal vez su nombre es uno de los que llenan y ocupan hoy dia todo el mundo, puede ser tambien haya caido sobre el campo de batalla tronchado como una tierna espiga antes de haber llegado á la época de madurez. Si vive, si prospera, haga el cielo que su poderosa energía haya servido al desarrollo de sus rígidos principios, y no al de ambiciosas pasiones. Fijó poco su atencion en el viejo ermitaño, y aun cuando yo fuese menos digno de ella, concentróla toda sobre mí, durante las pocas horas que empleamos en andar á lo largo y ancho del terraplen de rocas que rodea la ermita. Su andar era reprimido, siempre rápido, á cada instante bruscamente interrumpido, como el movimiento del mar que se detenia para escuchar con admiracion. Su pensamiento parecia abrazar el cielo y la tierra; pero se fijaba mas en esta que en aquel, y las instituciones divinas no le parecian otra cosa que protectoras instituciones de los grandes destinos humanos. Su Dios era la voluntad, el poder su ideal, la fuerza su elemento de vida. Acuérdome distintamente del rapto de entusiasmo que se apoderó de él cuando traté de escudriñar sus ideas religiosas.

« ¡Oh! exclamó él con viveza, no reconozco mas que á Jehovah, porque es el dios de la fuerza.

« ¡Oh! ¡si, la fuerza! ¡allí está el deber, allí está la revelacion del Sinaí, alli está el secreto de los profetas!

« El deseo de la fuerza es la precision de desarrollo con que la necesidad castiga á todos los seres. Cada cosa quiere ser, porque debe ser. Lo que no tiene la fuerza de querer está destinado á perecer, desde el hombre sin corazon hasta el tallo de la yerba privado de jugos nutricios. ¡O padre mio! ¡tú que estudias los secretos de la naturaleza, inclínate ante la fuerza! ¡Observa en todo qué ansia de inva-

sion, qué obstinacion de resistencia! ¡Cómo el liquen trata de devorar la piedra! ¡Cómo la yedra estrecha los árboles y procurando atravesar su corteza se enlaza á su alrededor como un áspid enfurecido! Ves al lobo escarbar la tierra y al oso ahondar la nieve antes de acostarse en ella. ¡Ay! ¿Cómo no se harian la guerra los hombres entre sí, nacion contra nacion, individuo contra individuo? ¿Por qué razon la sociedad no seria un perpetuo conflicto de voluntades y de necesidades contrarias, cuando todo es trabajo en la naturaleza, cuando las ondas del mar se levantan las unas contra las otras, cuando el águila destroza á la liebre y la golondrina al gusanillo, cuando la helada hiende los pedruscos de mármol y la nieve resiste al sol? Levanta la cabeza; ves esas masas graníticas que se alzan sobre nosotros como gigantes, y que hace siglos están sosteniendo los asaltos de los vientos desencadenados; ¿qué quieren esos dioses de piedra que cansan el soplo de Éolo? ¿Porqué la resistencia de Atlas bajo el peso de la materia? ¿Porqué los terribles trabajos del cíclope en las entrañas del gigante y las lavas que impetuosamente arroja por la boca? Es que cada cosa quiere ocupar su lugar y llenar el espacio mientras se lo permite su poder de extension; es que para desprender una partícula de esos granitos es preciso la accion de una fuerza exterior formidable; es que cada ser y cada cosa encierra en sí los elementos de produccion y destruccion, es que la creacion entera ofrece el espectáculo de un gran combate, en donde el órden y duracion reposan solo sobre la lucha incesante y universal. ¡Trabajemos, pues, criaturas mortales, trabajemos en nuestra existencia! ¡Ó hombre! Ocúpate en reformar tu sociedad si es mala; en ello imitarás al industrioso castor que edifica su casa. Dedícate á conservarla si es buena; en ello te parecerás al arrecife que se defiende contra las invasoras olas. Si te abandonas, si entregas á la quimera del acaso el cuidado de tu porvenir, si sufres la opresion, si descuidas la obra de tu libertad, morirás en el desierto como la incrédula raza de Israel. Si te

duermes en la cobardia, si soportas los males que el hábito te ha hecho familiares, á fin de evitar los que crees lejanos; si aguantas la sed, por desconfianza de la agua de la roca y de la vara del profeta, mereces que el cielo te abandone, y que el mar ruede sobre tí sus ondas impasibles. Sí, sí, el mayor crimen que el hombre puede cometer, la mayor impiedad con que puede manchar su vida es la pereza y la indiferencia. Los que han aplicado la santa palabra de la resignacion á esa sumision cobarde y negligente, los que han tenido por un mérito en los hombres el sufrir la insolencia y despotismo de otros hombres, esos, digo, han pecado; son unos falsos profetas, y han extraviado la raza humana en vias de maldicion.

« Así es como se explicaba, mientras la brisa marina agitaba sus largos cabellos negros. No he tratado de reproducirte la fuerza y la concision de su palabra, me seria imposible conseguirlo; solo he conservado la memoria de sus ideas y de su cara que ha permanecido impresa en mí largo tiempo despues de su partida. Acompañéle en la lancha que le condujo á bordo del buque. Apretóme la mano con fuerza al despedirse, y sus últimas palabras fueron:

« ¿Vamos, no se decide V. á seguirnos?

« Estremecióse en este instante mi corazon, como si hubiese querido salirse del pecho; sentí hácia aquel hombre un movimiento de extraordinaria simpatía, como si su energía me comunicase un ignorado reflejo. Pero al mismo tiempo esa faz desconocida de su ser que burlaba mi penetracion, me heló de temor y solté su mano blanca y fria como el mármol. Seguíle largo tiempo con la vista desde lo alto de las rocas. de donde le percibia de pie sobre la cubierta del barco, con un anteojo en la mano observando los arrecifes de la costa; ya no se acordaba de mí. Cuando las velas del buque se confundieron con el horizonte desapareciendo á mi vista, sentia no haberle preguntado su nombre. Hasta entonces no me habia acordado.

« Cuando me hallé solo sobre la orilla, parecióme que aca-

baba de extinguirse el último resplandor de mi vida y que entraba en la eterna noche. Constriñóse fuertemente mi corazon, y aun cuando el sol ardia sobre mi cabeza, me hallé de pronto como rodeado de tinieblas. Acudieron entonces á la memoria las palabras de mi sueño, y las pronuncié en voz alta y como en una especie de desesperacion:

« *¡ Sea devuelto á la tumba lo que á la tumba pertenece!* »

« Pasé el resto del dia en una gran agitacion. Mientras aquellos viajeros me habian animado á seguirles, me habia sentido mas fuerte que sus sugestiones; luego que no me era posible ya mudar de parecer, dudaba si mi negativa habia sido mas bien un rasgo de temor que de sabiduría. Hallábame abatido, incierto; lanzaba sombrías miradas á mi alrededor, mi hábito negro me parecia una capa de plomo, estaba disgustado de mí mismo. Arrastréme hasta mi cama de juncos y me dormí deseando no volver á despertar.

« Volví á ver en sueños al abad Espiridion, por la primera vez despues de doce años. Parecióme que entraba en la celda, que pasaba junto al ermitaño, y que venia á sentarse familiarmente á mi lado. No le veía distintamente, y sin embargo le reconocia; estaba cierto de que se hallaba allí, de que me hablaba, y reconocia el mismo sonido de voz que tenia él en mis sueños precedentes, á pesar del largo tiempo que habia trascurrido desde el último. Hablóme viva y extensamente y me desperté muy conmovido, pero me fue imposible acordarme de una sola palabra de lo que me habia dicho. Sin embargo conservaba la impresion de sus advertencias, y todo el dia permanecí lánguido y pensativo como un niño reprendido por una falta cuya gravedad no conoce. Paseábame perseguido de la idea de Espiridion y no pensando por otra parte en rechazarla; no me causaba ya espanto, aun cuando se unia siempre en mi pensamiento á una amenaza de alienacion mental; importábame poco desde entonces perder la razon, con tal que mi locura fuese

apacible; y como me sentia inclinado á la melancolía, preferia en mucho este estado á la lucidez de la desesperacion.

«La siguiente noche recibí la misma visita y tuve igual sueño, y lo propio la tercera noche. Empezaba á no preguntarme ya si era esa una de aquellas ideas fijas que se apoderan de los celebros enfermos, ó si verdaderamente habia una comunicacion posible entre las almas de los vivos y las de los muertos. Tenia si ya no el espíritu á lo menos el corazon bastante tranquilo, porque hacia algun tiempo que me dedicaba seriamente á la práctica del bien. Habia abandonado el deseo de volverme mas ilustrado y mas hábil, por el de hacerme mas puro y mas justo. Dejábame pues arrastrar por el destino. Mi último sacrificio, aunque me habia sido muy costoso, habíase consumado; habia obrado lo que mi conciencia me habia dicho ser mejor. Ignoraba si esta sombra tan asidua en visitarme estaba descontenta de mi pesar, pero no me causaba ya miedo alguno, pues me sentia bastante fuerte para hacer poco caso de los muertos, ya que habia podido romper para siempre con los vivos.

«Al cuarto dia recibí la órden formal del alto clero de volver á mi convento. El obispo de la provincia habia oido hablar de mi conferencia con unos viajeros, cuyo rápido paso habia burlado las fiscalizaciones de su policía. Temíase no tuviese algunas relaciones secretas con promotores de insurreccion ó con extranjeros imbuidos de malos principios; preveníaseme que me trasladase al instante al monasterio. Cedí á esta expresa órden con la mas completa indiferencia. Sin embargo, conmovióme la pena del buen ermitaño, aun cuando su respeto hácia las órdenes superiores le hubiese impedido poner objecion alguna á mi partida ni mostrar descontento de ninguna especie. En el momento de verme desaparecer entre los árboles, me llamó, se arrojó en mis brazos, y se arrancó de ellos llorando para precipitarse en su oratorio. Entonces corrí tras él á mi turno, y por la primera vez despues de muchos años, me arrodillé ante un hombre y ante un sacerdote y le pedí su bendicion. Fue

este el último adios: murió el invierno siguiente á los noventa años de edad; era un hombre demasiado oscuro para que pensasen en Roma canonizarlo; sin embargo nunca cristiano alguno mereció mas el patriciado celeste. Los paisanos de la comarca se repartieron su vestido de paño burdo, y llevan aun pedacitos de él como reliquias. Los bandidos de las montañas, para quienes jamás su puerta se habia cerrado, pagaron una magnífica funcion fúnebre en la iglesia de su parroquia para honrar su memoria.

« Apartéme de él á cosa de mediodia, y tomando el camino mas largo para volver al convento, segui por la playa, haciendo novillos por la última vez de mi vida con las espaldas encorvadas por la edad y el corazon gastado por la tristeza.

« El dia era ardoroso, pues que ya la primavera dejaba sentirse por el lado de las peñas. El camino que seguia no estaba trazado, habíale tan solo excavado el mar en la base de las montañas. Mil asperezas de la roca disputaban aun la orilla á la accion invasora de las olas. Al cabo de dos horas de marcha por aquellos arenales de fuego, sentéme, postrado de fatiga, sobre un pedrusco de granito negro, en medio de la nevada espuma de las ondas. Era este paraje selvático, y el mar formaba allí lúgubres armonías. Una antigua y arruinada torre, asilo de cernícalos y paviotas, parecia pronta á desplomarse sobre mi cabeza. Roidas sus piedras por el aire salitroso, habian adquirido el grano y color de las vecinas rocas, y la vista no podia ya distinguir en muchos parajes donde concluia el trabajo de la naturaleza y donde empezaba el del hombre. Comparéme á esas ruinas abandonadas que los huracanes arrebataban piedra á piedra, y preguntéme si el hombre estaba obligado á aguardar así su destruccion del tiempo ó de la casualidad; si despues de haber terminado su tarea ó consumado su sacrificio, no tenia el derecho de apresurar el reposo de la tumba; y agitáronse en mi celebro extraños pensamientos de suicidio. Levantéme entonces y me puse á andar so-

bre el borde de la roca, con tanta rapidez y tan próximo al abismo, que ignoro como no caí en él. Pero en aquel instante oí detrás de mi como el crugido de un vestido que rozaba con los musgos y malezas. Volvíme sin ver á nadie, y emprendí de nuevo mi carrera. Pero por tres veces percibí pasos tras los mios, y á la última una mano fria como la nieve se posó sobre mi cabeza ardiente. Reconocí entonces al Espíritu, y aterrorizado, detúveme diciendo:

— Manifiesta tu voluntad y te pertenezco; pero que sea la voluntad paternal de un amigo, y no el antojo de un caprichoso espectro; porque puedo evadirme de todo y aun de tí mismo por la muerte.

« No recibí respuesta, y dejé de sentir la mano que me habia detenido; pero buscando con la vista, ví delante de mí, á alguna distancia, al abad Espiridion en su antiguo traje, tal cual se me habia aparecido en el lecho de muerte de Fulgencio. Marchaba rápidamente sobre el mar siguiendo el largo rastro de fuego que el sol arroja en él. Cuando hubo llegado al horizonte, se volvió y me pareció brillante como un astro; con una mano me señaló el cielo, con la otra el camino del monasterio. Despues desapareció de repente, y emprendí de nuevo mi camino, trasportado de gozo y lleno de entusiasmo. ¿Qué me importaba ser loco? Habia tenido una vision sublime.

— ¿Padre Alejo, díjele interrumpiendo su narracion, debióle á V. costar sin duda algun trabajo el volver á los hábitos de la vida monástica?

— Sin duda alguna, repuso él, la vida cenobítica era mas conforme á mis gustos que la del claustro; sin embargo poco me llamaba esto la atencion. Una vana indagacion de felicidad aquí bajo no era el fin de mis trabajos, una pueril necesidad de dicha y de bienestar no era el objeto de mis deseos; solo uno ocupaba mi vida, el de obtener la esperanza, si no la fe religiosa. Mientras que desarrollando las potencias de mi alma hubiese podido llegar á sacar el mejor partido posible para la verdad, la sabiduría, ó la virtud,

me hubiera considerado tan feliz, cuanto le es dado al hombre serlo en este mundo; pero ¡ay! vino aun á asaltarme la duda sobre este particular, despues del último é inmenso sacrificio qne habia hecho. Es verdad que estaba mas cerca de la virtud, que antes de salir de mi retiro. Fatigado de cultivar el estéril campo de la pura inteligencia, ó por mejor decir, comprendiendo mas bien la extension de ese vasto dominio del alma, que una vana filosofía habia querido reducir al círculo de las frias especulaciones de la metafísica, conocia la vanidad de cuanto me habia seducido, y la necesidad de una sabiduría que me hiciese mejor. Poniendo en juego el afecto, habia hallado el sentimiento de caridad; con la amistad habia comprendido la terneza del corazon; con la poesía y las artes volvia á hallar el instinto de la vida eterna; con la celeste aparicion del propicio genio de Espiridion, recobraba la fe y el entusiasmo; pero me quedaba todavía algo por hacer, lo sé bien, y era llevar á cabo un deber. Cuanto habia hecho para aliviar á mi alrededor algunos males físicos no era mas que una obligacion pasajera, de la que no podia hacerme un mérito, y por la que la Providencia me habia céntuplamente recompensado, dándome dos sublimes amigos: el ermitaño en la tierra, Hebronius en el cielo. Vuelto al convento, tenia sin duda alguna mision que llenar; pero la gran dificultad consistia en saber cual era esa. Acudia pues aun á mi espíritu la idea de desconfiar de lo que en otro tiempo hubiera llamado las visiones de un celebro propenso á lo maravilloso, y de preguntarme de que podia servir un monje en el fondo de su monasterio en el siglo en que vivimos, despues que los trabajos concluidos por los grandes eruditos monásticos de los siglos pasados han dado sus frutos, y cuando no existen ya en los conventos tesoros ocultos que exhumar para la educacion del género humano; cuando, sobre todo, la vida monástica ha cesado de probar y de merecer para una religion, que ella misma no prueba ni merece ya para las generaciones contemporáneas. ¿Qué puede pues hacer-

se para el presente, cuando se está ligado á lo pasado? ¿Cómo marchar y hacer marchar á los otros, cuando se está agarrotado á un poste?

« Esta es una gran cuestion, la verdadera gran cuestion de mi vida. Para decidirla he consumido mis últimos años, y es preciso que te lo confiese, mi querido Ángel, no la he resuelto. Todo cuanto he podido hacer es resignarme, despues de haber reconocido dolorosamente que nada mas podia.

« ¡Ó hijo mio! ningun paso he dado hasta ahora para destruir en tí la fe católica. No soy partidario de las educaciones demasiado rápidas. Cuando se trata de echar por tierra convicciones adquiridas, y no se ha podido formular lo desconocido de una idea nueva, es preciso no apresurarse á lanzar una jóven inteligencia en los abismos de la duda. La duda es un mal necesario; todavía mas, puede decirse que es un gran bien, y que sufrida con dolor, con humildad, con la impaciencia y con el deseo de llegar á la fe, es uno de los mayores méritos que una alma sincera puede ofrecer á Dios. Si, ciertamente, si el hombre que se duerme en la indiferencia de la verdad es vil, si el que se enorgullece en una negacion cínica es insensato ó perverso, el hombre que llora su ignorancia es respetable, y el que trabaja ardientemente para salir de ella es grande, aun cuando nada haya recogido todavía de su trabajo. Pero se necesita tener una alma fuerte, ó una razon ya madura para atravesar ese mar tumultuoso de la duda sin ser engullido por ella. Muchos espíritus jóvenes se han aventurado á ello, y privados de brújula, se han perdido en ella para siempre, ó se han dejado devorar por los monstruos del abismo, por las pasiones á quienes ningun freno encadenaba. En vísperas de abandonarte, te dejo en manos de la Providencia. Ella prepara la libertad material y moral. La luz del siglo, esa gran claridad de desengaño que se delinea tan brillante sobre lo pasado, pero que tan pocos rayos presta para lo futuro vendrá á buscarte al fondo de estas tenebrosas bóvedas. Mi-

rala sin palidecer, y no obstante guárdate de que te embriague demasiado. Los hombres no reedifican de un dia á otro lo que han destruido en una hora de lasitud ó de indignacion. Está seguro que la morada que te ofrecerán no será idónea á tus necesidades. Fórmatela pues tú mismo á fin de estar al abrigo el dia de la tempestad. Ninguna otra leccion puedo darte mas que la de mi vida. Hubiera querido que esto hubiese sido algo mas tarde, pero el tiempo urge y los acontecimientos se hacinan rápidamente. Voy á morir, y si he adquirido, á costa de treinta años de sufrimientos, algunas nociones puras, quiero legártelas; haz de ellas el uso que tu conciencia te mostrará. Te lo he dicho y no te admire la calma con que te lo repito, mi vida ha sido un largo combate entre la fe y la desesperacion; va á terminarse ahora en la tristeza y resignacion, en cuanto concierne á esa vida en sí misma. Pero mi alma está llena de esperanza en el porvenir eterno. Si á veces aun me ves presa de grandes combates, lejos de escandalizarte, sirvan para edificarte. Observa cuan imposible es la desesperacion á la razon y á la conciencia humana, pues que habiendo agotado todos los sofismas del orgullo, todos los argumentos de la incredulidad, toda la languidez del desaliento, todas las angustias del temor, la esperanza triunfa en mí al aproximarse la muerte. La esperanza, hijo mio, es la fe de este siglo.

« Pero prosigamos nuestra relacion. Habia entrado en el convento en un estado de exaltacion. Apenas hube atravesado sus verjas, cuando me pareció sentir caer sobre mis espaldas el enorme peso de estas heladas bóvedas, bajo las cuales venia por segunda vez á enterrarme. Cuando la puerta se cerró tras de mí con un estrépito formidable, mis lúgubres ecos despertados como en sobresalto me acogieron con fúnebre concierto. Aterroricéme entonces, y en un movimiento de espanto imposible de describir, volví atrás, y fui á tocar esa fatal puerta. Si hubiese estado entreabierta, creo que era cosa hecha y que huia para siempre. El porte-

ro me preguntó si habia olvidado alguna cosa.

—Sí, le respondí azorado, he olvidado el vivir.

« Esperaba que la vista de mi jardin me consolaria, y en lugar de ir en seguida á presentarme y ponerme bajo las órdenes del prior, corrí hácia él. Pero no quedaba ya el menor rastro: la huerta lo habia invadido todo; mis emparrados habian desaparecido; mis hermosas plantas habian sido arrancadas; solo las palmeras habian sido respetadas, é inclinaban sus frentes alteradas en una actitud taciturna, como para buscar en el suelo recientemente removido los céspedes y las flores que tenian costumbre de abrigar. Volví á mi celda, conservábase en el mismo estado que el dia de mi partida, pero ella solo me recordaba penosas memorias. Fuí á ver al prior; mis facciones estaban trastornadas, observólo á la primera mirada que me dirigió y leí sobre su frente la alegría de un insultante triunfo. Devolvióme entonces el desprecio toda mi energía; y aunque nuestra conversacion giró en apariencia sobre cosas generales, le di á entender en pocas palabras que no me equivocaba acerca la distancia que mediaba entre un hombre como él, atado á la regla por vulgares intereses, y un hombre como yo devuelto á la esclavitud por un acto heróico de la voluntad. Por algunos dias fuí el objeto de una cobarde y malévola curiosidad. No podian persuadirse que únicamente el miedo de la disciplina escolástica me hubiese reconducido al convento, y regocijábanse con la idea de mi sufrimiento. No les proporcioné la satisfaccion de sorprender un suspiro en mi pecho ó una queja en mis labios. Mostréme impasible, pero me costó mucho.

El momento de entusiasmo que me habia causado mi magnífica vision á orillas del mar se disipó prontamente, porque no se renovó como me habia lisonjeado, y vuelto de nuevo á la lucha de las tristes realidades, tuve sobrado tiempo para considerarme aun otra vez como un ser racional condenado á sufrir una pasajera aberracion, y á darse friamente razon de ella el resto de su vida. En otro siglo esas

visiones hubieran podido hacer de mí un santo ; pero en el presente , reducido á ocultarlas como una debilidad ó enfermedad , no veía en ellas mas que un asunto de humillantes reflexiones sobre la extraña pobreza del humano espíritu. Sin embargo , á fuerza de meditar sobre aquellas cosas llegué á decirme , que siendo la naturaleza del alma un profundo misterio , las facultades de esa misma alma debian ser tambien profundamente misteriosas ; porque una de dos : ó mi espíritu gozaba en ciertos momentos el poder de reanimar ficticiamente lo que la muerte habia hundido en lo pasado ; ó lo que la muerte habia segado con su guadaña tenia el poder de reanimarse para comunicar conmigo. Ahora bien, ¿quién podria negar ese doble poder en el dominio de las ideas? ¿Quién ha pensado jamás en admirarse de ello? ¿Todas las obras maestras del arte y de la ciencia , que nos conmueven hasta el punto de hacer palpitar nuestros corazones y correr nuestrás lágrimas , son monumentos que cubren á muertos? ¿La huella de un gran destino bórrase acaso por la muerte? ¿No aparece aun mas brillante á través de los transcurridos siglos? ¿Existe en el espíritu y en el corazon de las generaciones en el estado de un simple recuerdo? No , vive , y llena siempre á la posteridad con su luz y su calor. ¿Platon y Cristo no están siempre presentes y de pie en medio de nosotros? Ellos piensan , sienten por medio de millones de almas : hablan y obran por medio de millones de cuerpos. Por otra parte , ¿qué es el recuerdo mismo? ¿No es una sublime resurreccion de los hombres y de los acontecimientos que han merecido escapar á la muerte del olvido? Y esta resurreccion, ¿no es obra del poder de lo pasado que viene á buscar lo presente , y del de lo presente que va á buscar lo pasado? La filosofía materialista ha podido pronunciar , que todo poder habiendo sido deshecho para siempre por la muerte , los difuntos no tenian otra fuerza entre nosotros que la que nos placia restituirles por la simpatía ó el espíritu de imitacion. Pero ideas mas adelantadas deben restituir á los hombres

ilustrados una inmortalidad mas completa, y hacer solidarios el uno de otro ese poder de los vivos y ese poder de los muertos que forman un lazo invencible al través de las generaciones. Los filósofos se han mostrado demasiado ávidos de la nada, cuando cerrándonos la entrada del cielo, nos han rehusado la inmortalidad sobre la tierra.

« Sin embargo existe allí de un modo tan sensible, que se ve tentado uno á creer que los muertos renacen en los vivos, y, por lo que respeta á mi opinion, creo en una engendracion perpetua de las almas, que no obedece á las leyes de la materia ni á los vínculos de la sangre, sino á leyes misteriosas, á vínculos invisibles. Algunas veces me he preguntado, si era tal vez yo el mismo Hebronius, modificado en una nueva existencia por las diferencias de un siglo posterior al suyo. Pero como este pensamiento era demasiado orgulloso para ser completamente verdadero, díjeme á mí mismo que podia él ser yo, sin haber dejado de ser él, del mismo modo que en el órden físico, reproduciendo un hombre la estatura, las facciones y las inclinaciones de sus abuelos, los hace revivir en su persona, teniendo al mismo tiempo una existencia que le es propia y que modifica la existencia trasmitida por ellos. Y esto me condujo á creer que gozamos dos inmortalidades, ambas materiales é inmateriales: la una que pertenece á este mundo y que trasmite nuestras ideas y nuestros sentimientos á la humanidad por medio de nuestras obras y nuestros trabajos; la otra de que se toma cuenta en un mundo mejor por nuestros méritos y sufrimientos, y que conserva un poder providencial sobre los hombres y cosas de este mundo. Así es como podia admitir sin presuncion que Espiridion vivia en mí por el sentimiento del deber y del amor á la verdad que habia ocupado su vida, y sobre mí por una especie de divinidad, que era la recompensa y la indemnizacion de sus penas en esta vida.

« Abismado en estos pensamientos, olvidaba insensiblemente este mundo exterior, cuyo estrépito, que habia lle-

gado hasta mí por un instante, tanto me habia agitado. Los instintos tumultuosos que una hora de desvarío habia dispertado se apagaron, y díjeme que los unos eran llamados á mejorar la forma social por medio de brillantes acciones, mientras que á los otros les estaba reservado el buscar en la calma y meditacion la solucion de esos grandes problemas que indirectamente atormentan á la humanidad; porque los hombres trataban, con la espada en mano, de abrirse una via, la cual no habia iluminado aun la luz de un nuevo dia. Combatian en las tinieblas, asegurándose al principio una libertad necesaria, en virtud de un derecho sagrado. Pero conocido y aplicado su derecho, faltaríales conocer su deber, y eso es de lo que no pueden ocuparse durante esa tempestuosa noche, en cuyo seno les sucedia á menudo herir á sus hermanos en lugar de herir á sus enemigos.

« Ese trabajo gigantesco de la revolucion francesa, no era, ni podia ser únicamente una cuestion de pan y abrigo para los pobres; era mucho mas elevada; y á pesar de cuanto se ha llevado á cabo, á pesar de cuanto ha abortado en Francia acerca de este particular, segun mi modo de ver, eran otras causas de mucho mas interés las que en efecto producian y confirmaban esa revolucion. Debia ella proporcionar al pueblo, no solo un bienestar legítimo, sino que debia y debe, no lo dudes hijo mio, acabar de dar, suceda lo que sucediere, la libertad de conciencia al género humano entero. ¿Pero qué uso hará él de esa libertad? ¿Qué nociones de su deber habrá adquirido, combatiendo como un valiente soldado durante siglos, durmiendo bajo la tienda y velando sin cesar, con las armas en la mano, contra los enemigos de su derecho? ¡Ay! cada guerrero que cae sobre el campo de batalla, vuelve sus ojos al cielo y se pregunta por que causa ha combatido, porque es un mártir, si todo ha terminado para él en aquella amarga hora de la agonía. Sin duda alguna presiente una recompensa, porque si su único deber consistia en conquistar su derecho y el de su

posteridad, conoce bien que todo deber cumplido merece una recompensa, y ve por otra parte que su recompensa no la ha recibido en este mundo, pues que no ha gozado de su derecho. Y cuando se habrá conquistado enteramente este derecho para las generaciones futuras, cuando todos los deberes de los hombres entre sí quedarán establecidos por el mutuo interés, ¿será esto bastante para la felicidad del hombre? ¿Esa alma que me atormenta, esa sed de lo infinito que me devora, quedarán satisfechas y apagadas porque mi cuerpo estará al abrigo de la necesidad, y mi libertad preservada de ataques? Por apacible, por benigna que supongamos la vida de este mundo, ¿llenará ella los deseos del hombre, y la tierra será bastante vasta para su pensamiento? ¡Oh! no es á mí á quien seria preciso contestar sí. ¡Sé demasiado lo que es la vida reducida á satisfacciones egoistas; he sentido demasiado lo que es el porvenir privado del sentido de la eternidad! Monje y viviendo al abrigo de todo peligro y de toda necesidad, he conocido el fastidio, esa hiel vertida sobre todos los alimentos. Filósofo y sujetando al imperio de la fria razon todos los sentimientos del alma, he conocido la desesperacion, ese abismo entreabierto ante todos los despojos del pensamiento. ¡Oh! Que no me digan que el hombre será feliz cuando no tenga soberanos que le abrumen bajo el peso del servicio personal, ni sacerdotes que le amenacen con el infierno. Sin duda no necesita tiranos ni fanáticos, pero si una religion; porque tiene un alma y es preciso que conozca á Dios.

«He ahí porque siguiendo con atencion el movimiento político que se efectuaba en Europa, y viendo cuan quiméricos habian sido mis sueños de un dia, cuan imposible era sembrar y recoger en tan corto espacio, cuan lejos de su objeto habian ido á parar los hombres de accion por la necesidad del momento, y cuan preciso era inclinarse á derecha é izquierda antes de dar un paso por esa aun no trillada via, me reconcilié con mi suerte, y reconocí que no era yo uno de aquellos. Aun cuando sintiese dentro de

mí una pasion hácia el bien, perseverancia y energía, mi vida se habia entregado demasiado á la reflexion; habia abrazado la de la humanidad entera con miras demasiado extensas, para hacer, con el hacha en la mano, el oficio de azadonero en una selva de cabezas humanas. Compadecia y respetaba á esos intrépidos trabajadores, que resueltos á sembrar la tierra, y parecidos á los primeros cultivadores, echaban abajo las montañas, rompian las rocas, y sangrientos entre las zarzas y los precipicios, herian sin debilidad y sin compasion al temible leon y al tímido ciervo. Era preciso disputar el suelo á devoradoras razas, era indispensable fundar una colonia humana en el seno de un mundo presa de los ciegos instintos de la materia. Todo era permitido, porque todo era necesario. Para matar al buitre el cazador de los Alpes se ve obligado tambien á atravesar el cordero que tiene entre sus garras. Las desgracias privadas destrozan el alma del espectador, sin embargo la salud general hace inevitables esas desgracias. Los excesos y los abusos de la victoria no pueden ser imputados ni á la causa de la guerra, ni á la voluntad de los capitanes. Cuando un pintor traza á nuestra vista grandes hazañas, se ve obligado á diseñar en los extremos de su cuadro ciertos detalles espantosos que nos conmueven penosamente. Aquí los palacios y los templos se desploman en medio de las llamas; allí los niños y las mujeres son triturados bajo los pies de los caballos; mas allá espira un valiente sobre las rocas teñidas de sangre. Sin embargo el vencedor aparece en el centro de la escena en medio de una falange de héroes, la sangre vertida nada quita á su gloria, conócese que la mano del dios de los ejércitos se ha levantado ante ellos, y los rayos que brillan sobre sus frentes anuncian que han llenado una santa mision.

« Tales eran mis sentimientos hácia esos hombres, entre los que sin embargo no habia querido colocarme. Admirábales; pero comprendia que no podia imitarles, porque eran de una naturaleza diferente á la mia. Ellos podian ejecutar

lo que yo no podia, porque yo pensaba como ellos no podian pensar. Abrigaban la heróica pero romancesca conviccion de que tocaban á su fin, y que un poco mas de sangre derramada les haria llegar el reinado de la justicia y de la virtud. Error que no podia yo compartir, porque colocado sobre la montaña, veia lo que ellos no podian distinguir á través de los vapores de la llanura y del humo del combate; error santo, sin el cual no hubieran podido imprimir al mundo el gran movimiento que debia sufrir para evadirse de sus lazos. Es necesario para que llegue á término la marcha providencial del género humano, que existan dos especies de hombres en cada generacion, los unos llenos de esperanza, llenos de confianza, llenos de ilusion que trabajen para producir una obra incompleta; los otros llenos de prevision, llenos de paciencia, llenos de seguridad que trabajen para que esa misma obra incompleta sea aceptada, apreciada y continuada sin desaliento, aun en el caso mismo de que parezca haber abortado. Los unos son marineros, los otros son pilotos; estos ven los escollos y los señalan, aquellos los evitan, ó van á estrellarse en ellos segun el viento del destino les arroja hácia su salvacion ó hácia su pérdida, y sea lo que fuere de unos y otros, el buque marcha y la humanidad no puede ni perecer ni detenerse en su carrera eterna.

« Era pues demasiado viejo para vivir en lo presente, y demasiado jóven para vivir en lo pasado. Hice mi eleccion, proseguí de nuevo mi vida de estudio y de meditacion filosófica. Volví á empezar todos mis trabajos, considerándolos con razon como incompletos. Volví á leer con austera paciencia cuanto habia leido con impetuosa avidez. Osé medir otra vez la tierra y los cielos, la criatura y el creador, sondar los misterios de la vida y de la muerte, buscar la fe en mis dudas, reedificar cuanto habia destruido y construirlo bajo nuevas bases. En una palabra traté de revestir á la Divinidad de su sublime misterio con la misma perseverancia que habia puesto en despojarla de él. Entonces es

cuando conocí ¡ ay ! cuanto mas difícil es edificar que derruir. Solo un dia basta para arruinar la obra de muchos siglos. En la duda y la negacion habia andado á pasos agigantados; para rehacer un poco mi fe empleé muchos años, ¡y qué años! ¡Cuán llenos de fatigas, de incertidumbres y de penas! Cada dia ha sido señalado por lágrimas, cada hora por combates. Ángel, Ángel, el mas desgraciado de los hombres es aquel que se ha impuesto una tarea inmensa, que ha comprendido su extension é importancia, que no puede hallar fuera de ella ni satisfaccion ni reposo, y que conoce que le venden sus fuerzas y le abandona su poder. ¡ Ó infortunado entre tódos los hijos de los hombres el que sueña poseer la luz negada á su inteligencia ! ¡ Ó deplorable entre todas las generaciones humanas la que se agita y destroza para conquistar la ciencia prometida á mejores siglos ! Colocado sobre un suelo movedizo, hubiera querido construir un santuario indestructible; pero faltábanme para ello así los elementos como la base. Mi siglo tenia nociones falsas, conocimientos incompletos, juicios erróneos, así acerca de lo pasado como de lo presente. Sabíalo, aun cuando obraban en mis manos los documentos reputados por mas perfectos de mi época sobre la historia de los hombres y sobre la de la creacion; sabíalo, porque sentia en mí una omnipotente lógica, á la cual todos esos documentos sobre que yo hubiera querido apoyarla venian á dar un desesperante mentís. ¡ Oh ! ¡ si hubiese podido transportarme en alas de mi pensamiento al manantial de todos los conocimientos humanos, explorar la tierra por toda su superficie y hasta el fondo de sus entrañas, interrogar á los monumentos de lo pasado, buscar la edad del mundo en las cenizas de que es su seno el vasto sepulcro, y en las ruinas do innumerables generaciones han sepultado el recuerdo de su existencia ! Pero era preciso contentarme con las observaciones y conjeturas de sabios y viajeros, cuya incompetencia, presuncion y lijereza conocia. Habia momentos en que, enardecido por mi conviccion, estaba resuelto á partir en clase de misionero, á

fin de ir á escudriñar todos aquellos restos que no habian sido comprendidos, ó á desenterrar todos aquellos tesoros ignorados, cuya existencia ni aun se habia sospechado. Mas era viejo, mi salud, que habia recobrado por un momento con el ejercicio y el aire libre de las montañas, se habia alterado de nuevo con la humedad del claustro y las vigilias del trabajo. Y luego, ¡cuánto tiempo no hubiera necesitado para descorrer una imperceptible punta de ese velo que me ocultaba el universo! Por otra parte no era yo un hombre propio para entrar en pormenores, y esas pesquisas perseverantes y minuciosas que admiraba en los hombres puramente estudiosos, no eran para mi carácter. No era hombre de accion ni en la política, ni en la ciencia. Sentíame llamado á cálculos mas extensos y mas elevados, hubiera querido manejar inmensos materiales, edificar con el fruto de todos los trabajos y de todos los estudios un vasto pórtico para servir de entrada á la ciencia de los futuros siglos.

« Era yo mas bien un hombre sintético que analítico. Ansiaba sacar conclusiones de todo, concienzudo hasta el martirio, no pudiendo aceptar nada que no satisfaciese á la vez á mi corazon y á mi inteligencia y condenado á un eterno suplicio; porque la sed de la verdad es inextinguible, y cualquiera á quien no le satisfacen los juicios del orgullo, de la pasion y de la ignorancia, está llamado á sufrir sin intermision. ¡Oh! exclamaba yo á menudo, ¿porqué no habia de ser un cartujo embrutecido por el miedo del infierno y destinado á cavar, como una bestia de carga, un pedazo de tierra para hacer nacer algunas legumbres, mientras espera engrasarla con sus despojos. ¿Porqué todos mis quehaceres en este mundo no han de estar reducidos á recitar oficios para llegar á la hora del reposo, y manejar una azada para conservar mi apetito, ó para arrojar la reflexion importuna, y llegar ya en esta vida á un estado de muerte intelectual?

« Sucedíame á veces dirigir la vista sobre aquellos de nuestros monjes que por excepcion se han conservado

sinceramente devotos: Ambrosio, por ejemplo, que vimos morir el año pasado en olor de santidad, como dicen ellos, y cuyo cuerpo estaba enjuto por los ayunos y las maceraciones: aquel era seguramente un hombre de buena fe; á menudo le habia tenido envidia. Una noche se apagaba mi lámpara cuando no habia acabado aun mi trabajo, buscaba luz en el claustro, y percibila en su celda; la puerta estaba entreabierta, penetré en ella sin hacer el menor ruido para no distraerle, porque le suponia abismado en sus oraciones. Halléle dormido sobre su cama, su lámpara estaba colocada sobre una mesita muy cerca de su cara y frente de sus ojos. Tomaba hacia mas de cuarenta años todas las noches esta precaucion para no dormirse demasiado profundamente y no faltar un minuto á las horas de los oficios. La luz, cayendo á plomo sobre sus marchitas facciones, formaba profundas sombras, estragos de un voluntario sufrimiento. No estaba acostado, sino solamente apoyado sobre su lecho y enteramente vestido á fin de no perder un solo instante en inútiles cuidados. Estuve largo tiempo observando aquella cara estrecha y larga, aquellas facciones enflaquecidas por el ayuno del éspiritu mas aun que por el del cuerpo, aquellas mejillas pegadas á los huesos de la faz como una cubierta de pergamino, aquella frente blanca y alta, amarilla y reluciente como la cera. Verdaderamente no era aquel un hombre, sino un esqueleto secado con la piel, un cadáver que se habian olvidado de sepultar, y que los gusanos habian abandonado porque no les ofrecia alimento alguno. Su sueño no se asemejaba al reposo de la vida, sino á la insensibilidad de la muerte, ninguna respiracion elevaba las paredes de su pecho. Dióme miedo, porque aquello no era hombre ni cadáver, era la vida en la muerte, una cosa que no tiene nombre en la lengua humana, ni sentido en el órden divino. ¿Ese es pues un santo varon? pensaba yo; ciertamente los anacoretas de la Tebáida no han ayunado ni orado mas, y sin embargo no veo aquí mas que un objeto de espanto, nada que atraiga el

respeto, porque todo rechaza aquí la simpatía. ¿Qué compasion puede tener Dios por esta agonía y esta muerte anticipadas á sus decretos? ¿Qué admiracion puedo concebir, yo hombre, hácia esa vida estéril y ese corazon helado? Ó viejo, que cada noche enciendes tu lámpara como un viajero precisado á partir antes de la aurora, ¿á quién has pues iluminado durante la noche, á quién has guiado durante el dia? ¿Á quién pues ha sido útil tu larga y laboriosa peregrinacion sobre la tierra? Tú nada de tí has dado á la tierra, ni la sustancia de la reproducion animal, ni el fruto de una inteligencia productiva, ni el grosero servicio de un robusto brazo, ni la simpatía de un corazon tierno. ¿Crees que Dios ha criado la tierra para servirte de baño purificatorio, y consideras haber hecho bastante para ella legándola tus huesos? ¡Ah! razon tienes para temer y temblar en esta hora; haces bien en estar pronto siempre á parecer ante el juez. Ojalá puedas hallar á tu última hora una fórmula que te abra la puerta del cielo, ó un instante de remordimientos que te absuelva del peor de todos los crímenes, el de no haber amado nada fuera de tí. Y hablando así, retiréme silenciosamente, sin aun querer encender mi lámpara en la de aquel egoista, y desde aquel dia preferí mi miseria á la de los devotos.

« Aunque presa de toda la fatiga y de toda la inquietud de una alma que busca su via, necesité muchos dias de agotamiento y angustia para aceptar el decreto que me condenaba á la impotencia. No puedo ocultármelo hoy dia, mi mal era el orgullo. Sí; creo que en todas épocas, y aun actualmente, he sido y soy un orgulloso. Ese zelo ardiente de la verdad es un sentimiento laudable; pero puede llegar á ser extremado. Esnos preciso hacer uso de todas nuestras fuerzas para desmontar el campo del porvenir, pero seria indispensable tambien que cuando nuestras fuerzas no bastasen, nos diésemos por satisfechos de lo poco que hubiésemos hecho, sentándonos con la sencillez del labrador al borde del surco trazado. Esta es una leccion que he reci-

bido á menudo del amigo celeste que me visita, y de la que nunca he sabido aprovecharme. Existe en mí una ambicion de lo infinito que raya en delirio. Si hubiese sido lanzado en la vida del mundo y no hubiese tenido ocasion de elevar mis miras á mas alto punto, habria ambicionado la gloria y las conquistas; hubiera tenido siempre á la vista la existencia de Alejandro ó Carlomagno, como he tenido la de Pitágoras y Sócrates. Hubiera codiciado el imperio del mundo; hubiera tal vez hecho mucho mal. Gracias á Dios he cesado de vivir, y todo mi crímen consiste en no haber podido hacer bien. Habia pensado, al entrar en el convento, rehacer mis estudios con fruto y escribir una gran obra sobre las mas elevadas cuestiones de religion y de filosofía. Pero no habia tenido en cuenta mi edad y mis fuerzas. Tenia cincuenta años cumplidos, y habia sufrido durante mis veinte últimos un siglo por año. Viendo por otra parte cuan desprovisto estaba de materiales que me inspirasen entera confianza, resolví almenos sentar las bases y trazar el plan de mi obra, á fin de legar aquel primer trabajo, si posible era, á algun hombre capaz de continuarlos ó de hacerlo continuar; recordóme vivamente esta idea mi juventud, y el secreto legado á mí por Fulgencio como lo habia sido por Espiridion á este último; y persuadime que habia llegado ya la hora de exhumar aquel manuscrito. No era ya esta una vulgar ambicion, no una fria curiosidad lo que á ella me incitaba, tampoco una supersticiosa obediencia: era un sincero deseo de instruirme y de utilizar para los otros hombres un documento precioso, sin duda alguna, sobre las importantes cuestiones de que me ocupaba. Miraba como un deber la publicacion inmediata ó futura de este manuscrito; porque bajo cualquier aspecto que considerase las extrañas relaciones que habia tenido mi espíritu con el espíritu de Hebronius, siempre me quedaba la conviccion de que habia adornado á aquel hombre una gran imaginacion.

« Por la tercera vez, en el espacio de cerca veinte y cinco

años, emprendí pues la exhumacion del manuscrito. Pero un hecho muy sencillo vino á oponerse á mis designios, y por natural que fuese aquel hecho, me hundió en un abismo de reflexiones.

« Habíame provisto de los mismos instrumentos que me habian servido la última vez: aquella última vez que sin duda habrá quedado fija en tu menoria, á pesar de lo largo de esta narracion; te acordarás que tenia entonces treinta años cumplidos, y que tuve un acceso de delirio y una vision espantosa. Tambien recordaba yo aquel terrible alucinamiento, pero no temia su reproduccion. Hay imágenes que el cerebro no puede ya crearse, cuando ciertas ideas y ciertos sentimientos que las evocaban no existen en nuestra alma. Habíame desprendido desde entonces para siempre de los lazos del catolicismo; lazos tan fuertemente apretados y tan cortos, que se necesita toda la vida para salirse de ellos, pero por la misma razon imposibles de anudar una vez rotos.

« Hacia una noche clara y fresca, y mi salud era bastante buena; habia escogido precisamente semejante concurso de circunstancias, porque parecia que el trabajo material seria bastante penoso. ¡Pero cómo! no pude, Ángel, ni aun mover la piedra del *Hic est*. Gasté en ello tres largas horas, atacándola en todos sentidos, asegurándome de que solo estaba unida al piso por su propio peso, reconociendo aun las señales que habia hecho en ella en otro tiempo con mi escoplo, cuando la habia levantado lijeramente y sin fatigas. Todo fue inútil; resistió á mis esfuerzos. Bañado en sudor, extenuado de lasitud, vime obligado á volverme á la cama, y permanecer en ella postrado y quebrantado durante muchos dias.

« Este primer contratiempo no me desanimó. Recomencé mi trabajo á la siguiente semana; pero falló del mismo modo. Un tercer ensayo, emprendido un mes mas tarde, no fue mas feliz, y fue desde entonces preciso renunciar á ello; porque las pocas fuerzas físicas que habia conservado has-

ta entonces, me abandonaron para siempre desde aquella época. Sin duda empleé el resto de las que me quedaban en esa lucha inútil contra una fosa. El sepulcro permaneció mudo, los cadáveres sordos, la muerte inexorable. Fuí á arrojar en un zarzal del jardin mi cincel y mi palanca, y volví triste y tranquilo á sentarme sobre esa tumba que no queria entregarme sus tesoros.

« Permanecí allí hasta el amanecer, perdido en mis pensamientos. El fresco de la mañana habia helado en mi cuerpo el sudor de que estaba inundado, y quedé paralizado; perdí no solo el poder de obrar, sino aun la voluntad; no oí las campanas que señalaban los oficios, ni fijé atencion alguna en los religiosos que vinieron á recitarlos. Estaba solo en el universo, no habia entre Dios y yo mas que esa tumba, que ni queria recibirme ni dejarme partir; imágen de mi existencia entera, símbolo que me habia vivamente herido, y cuya comparacion me absorvia enteramente. Cuando vinieron á levantarme, como no podia moverme ni hablar se figuraron que mi celebro se habia aletargado como el resto. Engañábanse; poseia toda mi razon; no la perdí un solo instante mientras duró la enfermedad que siguió á aquel accidente. Es inútil decir que se achacó á casualidad, y que no se sospechó nunca lo que habia intentado.

«Una ardiente fiebre sucedió á aquel frio mortal: sufrí mucho, pero no deliraba; tuve aun fuerza para ocultar bastante la gravedad de mi mal á fin de que no me cuidasen mas de lo que queria serlo y para que me dejasen solo. Durante las horas que el sol brillaba en mi celda sentíame mas aliviado; ideas mas apacibles ocupaban mi espíritu; pero por la noche se apoderaba de mi una inexorable tristeza. La inaccion es dichosa á los cerebros activos; el fastidio, que es el peor de todos los sufrimientos que acarrean las enfermedades, me abrumaba con todo su peso, y la vista de mi celda me era insoportable. Esas paredes que me recordaban tantas agitaciones y desalientos sufridos sin llegar al

conocimiento de lo verdadero; ese lecho en el que habia soportado tan á menudo y por tan largo tiempo la fiebre y las dolencias, sin conquistar la salud por precio de tantas luchas con la muerte; esos libros á quienes tan en vano habia interrogado; esos astrolabios y telescopios que no sabian mas que buscar y medir la materia; todo ello me sumia en un sombrío furor. ¿De qué sirve sobrevirse á sí mismo? me decia, ¿y porqué haber vivido cuando nada se ha hecho? ¡Insensato, que querias por medio de un rayo de tu inteligencia iluminar la humanidad en los futuros siglos, y que no tienes siquiera la fuerza necesaria para levantar una piedra, á fin de ver lo que está escrito debajo! ¡Desdichado, que durante el ardor de la juventud solo has sabido ocuparte en resfriar tu espíritu y tu corazon, y cuyo espíritu y corazon se apresuran á animarse cuando ha llegado la hora de la muerte! muere pues, ya que no tienes ni cabeza ni brazo; porque si tu corazon abriga la temeridad de querer vivir aun y de arder por lo ideal, ese divino fuego no servirá mas que para consumir tus entrañas, y poner en evidencia tu impotencia y tu nulidad.

« Y hablando así, me agitaba en mi lecho de dolor, y lágrimas de desesperacion corrian por mis mejillas. En aquel momento una voz pura se elevó en el silencio de la noche y me habló en estos términos:

« ¿Crees no tener falta alguna que expiar; tú que te atreves á quejarte con tanta amargura? ¿A quién acusas de tus males? ¿No eres tú solo tu implacable enemigo? ¿Á quién imputarás la falta de tu culpable orgullo, de ese insaciable amor de tí mismo que te ha cegado cuando podias acercarte al ideal por medio de la ciencia, y que te ha hecho buscar ese ideal en tí solo?

— ¡Mientes! exclamé con fuerza, sin pensar siquiera en preguntarme quien podia hablarme de aquella suerte. ¡Mientes!, repetí, yo me he aborrecido siempre, siempre me he parecido fastidioso, molesto, insoportable á mi mismo. He buscado el ideal en todas partes, con el ardor del

ciervo que busca la fuente en un dia abrasador; hame consumido la sed del ideal, y si no lo he hallado.....

— La culpa la tiene el ideal, ¿no es verdad? interrumpió la voz con un tono de fria conmiseracion. Es preciso que Dios comparezca ante el tribunal del hombre, y que le dé cuenta del misterio con que ha osado envolverse, mientras que el hombre se dignaba tomar el trabajo de buscarle, ¡y no llamais á esto orgullo, vosotros!...

— ¡Vosotros! repuse lleno de admiracion; ¿quién eres pues tú que miras con compasion la raza humana, y que te crees sin duda exento de sus miserias?

— Soy, respondió la voz, el que tú no quieres conocer, pues le has buscado siempre do no existe.

« A estas palabras cubrióse de sudor todo mi cuerpo; palpitaba mi corazon con tal violencia, que parecia iba á salirse del pecho, y levantándome sobre mi lecho, le dije.

— ¿Eres pues tú el que duerme bajo la piedra?

— Hasme buscado bajo la losa, repuso él, y la losa te ha resistido. Deberias saber que el brazo de un hombre es menos fuerte que la argamasa y el mármol. Pero la inteligencia atraviesa las montañas y el amor puede resucitar á los muertos.

— ¡Ó maestro mio! exclamé con trasporte, te reconozco. Esa es tu voz, esa tu palabra. Bendito seas, tú que me visitas en la hora del dolor. ¿Pero en dónde debia buscarte, donde te encontraré sobre la tierra?

— En tu corazon, respondió la voz. Dispon en él una morada do yo pueda descender. Purifícale como una casa que se adorna y se perfuma para recibir á un huésped querido. ¿Hasta entonces, qué puedo hacer en tu favor?

« Callóse la voz y en vano hablaba; ya no me contestó. Estaba solo en medio de las tinieblas, hallábame tan conmovido que me deshice en lágrimas. Repasé mi vida entera en medio de la amargura que destrozaba mi corazon. Vi en efecto que toda ella habia sido un largo combate y un grande error; porque habia siempre querido elegir entre mi ra-

zon y mi sentimiento, y no habia tenido fuerza suficiente para hacer aceptar lo uno por el otro ó viceversa. Queriendo siempre apoyarme en pruebas palpables, sobre bases sentadas por el hombre, y no considerando suficientes esas bases, no habia tenido bastante valor ni bastante talento para saber prescindir del testimonio humano y para rectificarlo con esa poderosa certeza que el cielo prodiga á las almas grandes. No habia sabido desechar la física y la geometría en aquellos casos en que destruian el testimonio de mi conciencia. Habia faltado fuego á mi corazon y por lo tanto poder á mi cerebro para decir á la ciencia: Tú eres la que te equivocas; nosotros nada sabemos; tenemos todavía que aprenderlo todo. Si el camino que seguimos no nos conduce á Dios, es porque lo hemos equivocado; volvamos atrás y busquemos á Dios; porque lejos de él estamos en las tinieblas; y bien pueden gritar los hombres que nuestra habilidad nos ha hecho á nosotros mismos dioses, seguimos nosotros sintiendo el frio de la muerte, y somos arrastrados en la vida como astros que se extingüen y desvian del órden natural.

« Desde aquel dia me abandoné á los mas ardientes movimientos de mi alma, y efectuóse en mí un gran prodigio. En lugar de entibiarme moralmente con los años, sentí mi corazon, vivificado y renovado, rejuvenecerse á medida que mi cuerpo se inclinaba hácia la destruccion. Siento que la vida animal me abandona como un vestido usado; pero á medida que me despojo de ese terrestre envoltorio, mi conciencia me revela la certeza de mi inmortalidad. El celeste amigo ha vuelto á menudo; pero no esperes que entre en el detalle de sus apariciones, esto es siempre un misterio para mí, misterio que no he tratado de indagar y sobre el cual me seria imposible tender la red de una fria análisis; conozco demasiado lo que se aventura en el exámen de ciertas impresiones; el espíritu se hiela anatomizándolas, y la impresion se borra. Aunque he considerado un deber mio establecer mis últimas creencias religiosas lo mas ló-

gicamente posible en algunos escritos de que te hago depositario, me he permitido echar un velo de poesía sobre las horas de entusiasmo y ternura que, disipando á mi alrededor las tinieblas del mundo físico, me han puesto en relacion directa con ese espíritu superior. Hay cosas íntimas que vale mas callar que entregarlas al escarnio de los hombres. En la historia que he escrito simplemente de mi vida oscura y dolorosa, no he hecho mencion de Espiridion. Si el mismo Sócrates ha sido acusado de charlatanismo é impostura por haber revelado sus comunicaciones con el que él llamaba su genio familiar, ¡ cuánto mas tachado de fanatísmo no lo seria un pobre monje, si confesaba haber sido visitado por un fantasma! No lo he hecho, pues, ni lo haré; y sin embargo explicaríalo sencillamente al sabio modesto y juicioso, que sin ironía y sin preocupacion quisiese penetrar en las maravillas de un órden de cosas tan antiguo como el mundo, que espera una nueva explicacion. ¿Pero dónde encontrar hoy dia un sabio de esa especie? En estos tiempos la obra de la ciencia consiste en despreciar cuanto parece sobrenatural, porque la ignorancia y la impostura han abusado por demasiado tiempo de ello. Lo mismo que los hombres políticos se ven forzados á decidir con la espada las cuestiones sociales, se ven obligados los hombres de estudios, para abrir un nuevo campo á la análisis, á arrojar confusa é indistintamente al fuego los libros mágicos de los hechiceros y los milagros de la fe. Llegará un dia en que habiéndose terminado la obra necesaria de la destruccion, se buscará cuidadosamente entre los restos de lo pasado una verdad que no puede perderse, y que sabrán separar del error y de la mentira, al igual que Creso reconoció en otro tiempo por positivos signos que todos los oráculos eran impostores, excepto la Pitia de Delfos que le habia revelado sus acciones ocultas con un poder incomprensible. Quizás llegarás á ver tú la aurora de esa nueva ciencia, sin la cual la humanidad es inexplicable y su historia está desprovista de sentido. Todos los milagros, todos los augurios y pro-

digios de la antigüedad, tal vez no serán á los ojos de tus contemporáneos, supercherías de brujos ó terrores imbéciles autorizados por los sacerdotes. ¿No ha dado ya la ciencia satisfactoria explicacion de muchos de los fenómenos que parecian sobrenaturales á nuestros abuelos? Del mismo modo ciertos hechos que parecen imposibles y falaces en este siglo, tendrán tal vez una solucion no menos natural y concluyente cuando la ciencia habrá ensanchado sus horizontes. En cuanto á mí, aunque la palabra *prodigio* carezca de sentido para mi entendimiento, pues que lo mismo puede aplicarse á la salida del sol cada mañana que á la reaparicion de un muerto, no he tratado de hacer indagaciones sobre esas cuestiones difíciles; hubiérame faltado tiempo para ello. He oido hablar de Mesmer, mas no sé si es un impostor ó un profeta; pues desconfio de lo que he oido referir, porque los asertos son demasiado atrevidos, y las pretendidas pruebas demasiado completas para un órden de descubrimientos tan reciente. No comprendo todavía lo que entienden por esa palabra magnetismo; te invito á que lo examines en su tiempo y lugar. Por lo que respecta á mí, no he tenido ocasion de extraviarme en esas atrevidas proposiciones; he evitado aun dejarme seducir por ellas. Tenia un deber mas terminante y exigente que cumplir, el de escribir bajo la impresion de mis conversaciones con el *Espíritu* los interrumpidos fragmentos de mi eterna meditacion.»

Interrumpióse aquí Alejo y puso su mano sobre un libro que conocia bien por habérselo visto consultar muy á menudo, aunque con gran extrañeza mia, me habia parecido siempre formado de hojas en blanco. Como le miraba con sorpresa se sonrió.

—No soy loco como presumes, prosiguió él, este libro está lleno de caracteres muy legibles para cualquiera que conozca la composicion química de que me he servido para escribir. Parecióme necesaria esta precaucion, para escapar al espionaje de la censura monástica. Te enseñaré un pro-

ceder muy sencillo, por medio del cual harás reaparecer los caracteres trazados sobre estas páginas, cuando llegue la ocasion. Ocultarás este manuscrito hasta tanto que pueda ser útil para algo ó para alguien; si se presentará ó no este caso es lo que ignoro. Tal cual está, incompleto, sin órden y sin conclusion, no merece ver la luz pública. Tal vez á tí, tal vez á algun otro toca el rehacerlo. Solo tiene un mérito, el de ser la relacion fiel de una vida de angustias, y la sencilla exposicion de mi estado presente.

—¿Y ese estado, me será permitido, padre mio, rogaros me lo hagais conocer mejor?

—Lo haré en tres palabras, que reasumen para mí toda la teología, respondió él abriendo la primera página de su libro: *Creer, esperar, amar.* Si la Iglesia católica hubiese podido conformar todos los puntos de su doctrina á esa sublime definicion de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza, la caridad, ella seria la verdad sobre la tierra, seria la sabiduría, la justicia, la perfeccion; pero la Iglesia romana ha asestado contra sí misma el último golpe; ha consumado su suicidio el dia en que ha hecho á Dios implacable y eterna la condenacion. En ese dia todos los corazones grandes se han separado de ella, y faltando á su filosofía el elemento de amor y misericordia, la teología cristiana no ha sido mas que un juego de imaginacion, un sofisma, en el que grandes inteligencias se han defendido en vano contra el testimonio interior de su conciencia; un velo para cubrir vastas ambiciones, una máscara para ocultar enormes iniquidades.... »

Aquí se detuvo de nuevo el padre Alejo y me observó atentamente, para ver que efecto produciria en mí ese anatema definitivo. Comprendíle, y cogiendo sus manos entre las mias, se las apreté fuertemente, diciéndole con voz firme y una sonrisa que debia revelarle toda mi confianza:

« ¿Así, padre, no somos ya católicos?

—Ni cristianos, repuso él con fuerte acento, ni protestantes, añadió estrechando mis manos; ni filósofos como

Voltaire, Helvecio y Diderot; ni aun somos socialistas como Rousseau y la Convencion francesa, ¡ y sin embargo no somos paganos ni ateos!

—¿Qué somos pues, padre Alejo? le dije; porque vos lo habeis dicho, tenemos una alma, Dios existe y necesitamos una religion.

—Una tenemos, contestó él levantándose y extendiendo hácia el cielo sus flacos brazos con un movimiento de entusiasmo. Tenemos la única verdadera, la única inmensa, la única digna de la Divinidad. Creemos en la Divinidad, es decir que la conocemos y la queremos; esperamos en ella, es decir que la deseamos y trabajamos para poseerla; la amamos, es decir que la sentimos y la poseemos virtualmente, y el mismo Dios es una trinidad sublime de la quo es nuestra vida mortal el debilitado reflejo. Lo que es fe en el hombre, es ciencia en Dios; lo que es esperanza en el hombre es poder en Dios; lo que es caridad, es decir piedad, virtud, esfuerzo, en el hombre, es amor, es decir produccion, conservacion y progresion eterna en Dios. Así Dios nos conoce, nos llama y nos ama; él es quien nos revela ese conocimiento que tenemos de él, él es quien nos manda la necesidad que de él habemos, él es quien nos inspira ese amor de que por él ardemos; y una de las grandes pruebas de Dios y sus atributos, es el hombre y sus instintos. El hombre concibe, aspira y prueba sin cesar en su esfera finita, lo que Dios sabe, quiere y puede en su esfera infinita. Si Dios pudiera dejar de ser un foco de inteligencia, de poder y amor, el hombre caeria al nivel de los brutos, y cada vez que una inteligencia humana ha negado la Divinidad, se ha suicidado ella misma.

—Pero, padre mio, esos grandes ateos del siglo cuyas luces y elocuencia se preconizan....

—No hay ateos, repuso el padre Alejo con calor; no, no los hay; mas en tiempos de investigacion y de trabajo filosófico, cuando los hombres, disgustados de los errores de lo pasado, buscan un nuevo camino hácia la verdad yerran en-

tonces por senderos desconocidos. Los unos cansados, se sientan y entregan á la desesperacion. ¿Pero qué es esa desesperacion sino un grito de amor hácia esa Divinidad que se oculta á sus fatigados ojos? Otros se encumbran á todas las cimas con ardiente precipitacion, y en su sencilla presuncion, exclaman que han alcanzado el fin y que no se puede ir mas lejos. ¿Pero qué es esa presuncion, qué esa ceguedad, sino un deseo inquieto y una impaciencia inmoderada de abrazar la Divinidad? No, esos ateos, cuya gran inteligencia con razon se ensalza, son almas profundamente religiosas que se fatigan ó se equivocan en su vuelo hácia el cielo. Si tras ellos vemos arrastrarse almas bajas y perversas que invocan la nada, el acaso, la naturaleza brutal, para justificar sus vergonzosos vicios y sus groseras inclinaciones, todavía se rinde ahí un homenaje á la magestad de Dios. Para dispensarse de inclinarse hácia el ideal, y de sostener por medio del trabajo y la virtud la dignidad humana, se ve la criatura forzada á negar ese mismo ideal. Pero si una voz interior no turbase el innoble reposo de su degradacion, no se tomaria tanto trabajo en desechar la existencia de un juez supremo. Cuando los filósofos de este siglo han invocado la Providencia, la naturaleza, las leyes de la creacion, no han hecho mas que suplicar al verdadero Dios bajo estos nombres nuevos. Refugiándose en el seno de una Providencia universal y de una naturaleza inagotablemente generosa, han protestado contra los anatemas que las sectas feroces se lanzaban las unas á las otras, contra las monstruosidades de la inquisicion, contra la intolerancia y el despotismo. Cuando Voltaire, á la vista de una estrellada noche, proclamaba al relojero celeste; cuando Rousseau conducia á su discípulo á la cumbre de una montaña para revelarle la primera nocion del creador al salir del sol; aun cuando fuesen estas pruebas incompletas y miras muy cortas en comparacion de las pruebas brillantes é infalibles certitudes que el porvenir reserva al hombre, eran á lo menos gritos del alma dirigidos á ese

Dios que todas las generaciones humanas han proclamado bajo nombres diversos, y adorado bajo diferentes símbolos.

—Pero esas brillantes pruebas, esas certitudes, le dije, ¿de dónde las extraeremos, si desechamos la revelacion, y si el sentimiento interior no nos basta?

—No rechazamos la revelacion, repuso él con viveza, y el sentimiento nos basta hasta cierto punto; pero nosotros añadimos aun otras pruebas: en cuanto á lo pasado el testimonio de la humanidad entera; en cuanto á lo presente la adhesion de todas las creencias puras al culto de la Divinidad y la voz elocuente de nuestro propio corazon.

— Si, os entiendo bien, repuse, aceptais de la revelacion lo que tiene de eternamente divino, las grandes nociones sobre la Divinidad y la inmortalidad, los preceptos de deber y virtud que de ella se derivan.

—El hombre, contestó él, arranca al cielo mismo el conocimiento de lo ideal, y la conquista de las verdades sublimes que á él conducen es un pacto, un himeneo entre la inteligencia divina que busca tambien el corazon del hombre, aspira á difundirse en él y consiente en reinar en él. Reconocemos pues maestros, sea cual fuere el nombre con que queramos designarlos. Héroes, semidioses, filósofos, santos ó profetas podemos inclinarnos ante esos padres y esos doctores de la humanidad. Podemos adorar en el hombre investido de una alta ciencia y de una alta virtud un espléndido reflejo de la Divinidad. ¡Ó Cristo! llegará tiempo en que te levantarán nuevos altares mas dignos de tí, restituyéndote tu verdadera grandeza, la de haber sido verdaderamente el hijo de la mujer y el salvador, es decir el amigo de la humanidad, el profeta de lo ideal.

— Y el sucesor de Platon añadí yo.

— Como Platon fue otro de los reveladores que adoramos, y cuyos discípulos somos.

« Sí, prosiguió Alejo despues de una pausa, como para darme tiempo para pesar sus palabras, nosotros somos los discípulos de esos reveladores, pero sus libres discípulos.

Tenemos el derecho de examinarlos, comentarlos, discutirlos, y aun corregirlos; porque si gozan por su genio de la infalibilidad de Dios, participan por su naturaleza de la impotencia de la razon humana. Es pues no solo un privilegio nuestro, sino un deber y un destino nuestro, el explicarlos y ayudar á la continuacion de sus trabajos.

—¡Nosotros, padre mio! exclamé con espanto. ¿Pero de dónde nos viene pues esa órden?

—Es por haber venido despues que ellos. Dios quiere que marchemos; y si hace que se levanten profetas en medio del curso de las edades, es para impeler las generaciones delante de ellos, como conviene á hombres, y no para encadenarlos tras sí como es propio de viles rebaños. Cuando Jesus curó al paralítico no le dijo: « Prostérnate y sígueme. » Díjole. « Levántate y marcha. »

—¿Pero á dónde iremos, padre mio?

—Iremos hácia el porvenir, iremos cargados de lo pasado y llenando nuestros dias presentes por el estudio, la meditacion, y un continuo esfuerzo hácia la perfectibilidad. Con valor y humildad, sacando de la contemplacion del ideal la voluntad y la fuerza, buscando en la oracion el entusiasmo y la confianza, obtendremos que Dios nos ilumine y nos ayude á instruir á los hombres, cada uno segun sus fuerzas.... Las mias están agotadas, hijo mio. No he hecho lo que hubiera podido hacer si no hubiese sido educado en el catolicismo. Te he contado cuanto tiempo he necesitado y cuantas penas he sufrido para llegar á poder proclamar sobre el borde de mi tumba esta sola palabra. « Soy libre. »

—¡Pero esta palabra quiere decir mucho, padre mio! exclamé. En vuestra boca es omnipotente para mí, y solo de vuestra boca he podido oirla sin desconfianza ni turbacion. Quizás sin esa palabra vuestra toda mi vida hubiera sido un continuo error. Si hubiese continuado mis dias en este claustro, es probable que hubiese vivido agoviado y embrutecido bajo el yugo del fanatismo. Si hubiese vivido en el tumulto del mundo, es posible que me hubiese dejado

extraviar por las pasiones humanas y las máximas de la impiedad. Gracias á vos, espero mi suerte á pie firme. Me parece que no puedo sucumbir ya á los peligros del ateismo, y conozco que he sacudido para siempre las trabas de la supersticion.

— Y si esta palabra de mis labios, dijo Alejo profundamente conmovido, es el único bien que he podido hacer en este mundo, esas de los tuyos son una recompensa suficiente. No moriré pues sin haber vivido, porque el fin de la vida es transmitir la vida. He pensado siempre que el celibato era un estado sublime, pero enteramente excepcional, porque imponia inmensos deberes. Pienso aun que el que rehusa dar la vida física á seres de su especie debe dar en cambio, por medio de sus trabajos y luces, la vida intelectual al gran número de sus semejantes. Por esa razon venero la fecunda virginidad de Cristo. Pero cuando despues de haber abrigado en mi juventud orgullosas esperanzas de virtud y ciencia, me he visto encorvado bajo el peso de los años y sin haber hecho obra alguna grande, me he afligido y arrepentido de haber abrazado un estado á cuya altura no habia sabido elevarme. Hoy dia veo ya que no caeré del árbol como un estéril fruto. La simiente de la vida ha fecundado tu alma. Tengo un hijo, una criatura mas preciosa que un fruto de mis entrañas; tengo un hijo de mi inteligencia.

— Y de tu corazon, le dije doblando mis rodillas ante él; porque tienes un corazon muy grande, ó padre Alejo, un corazon mas grande aun que tu inteligencia. Y cuando exclames: « Soy libre; » esa palabra poderosa envuelve esta otra: « Amo y creo. »

— Amo, creo y espero, tú lo has dicho, respondió él con ternura; si no fuese así no seria libre. Los brutos no conocen leyes en el fondo de las selvas, y sin embargo son esclavos, porque no conocen el precio, ni la dignidad, ni el uso de su libertad. El hombre privado de ideal es el esclavo de sí mismo, de sus instintos materiales, de sus pasio-

nes feroces, tiranos mas absolutos, dueños mas fantásticos que todos los que ha derrocado antes de caer bajo el imperio de la fatalidad.»

Seguimos hablando así todavía por largo tiempo. Ocupóse de los grandes misterios de la fe pitagórica, platónica y cristiana, que decia ser un mismo dogma continuado y modificado, y cuya esencia le parecia el fondo de la verdad eterna; pero verdad progresiva, decia él, en cuanto estaba rodeada aun de espesas nubes, y que pertenecia á la inteligencia humana ir rasgando uno á uno aquellos velos hasta el último. Esforzóse en reunir todos los elementos sobre los cuales fundaba su fe en un *Dios Perfeccion:* así es como él le llamaba. Y decia: 1.º Que la grandeza y hermosura del universo, accesible á los cálculos y á las observaciones de la ciencia humana, nos mostraban en el Creador el órden, la sabiduría y la ciencia omnipotente: 2.º que la necesidad que experimentan los hombres de reunirse en sociedad y de establecer entre sí relaciones de simpatía, de religion comun, y de proteccion mutua, probaba en el legislador universal el espíritu de soberana justicia: 3.º que los movimientos continuos del corazon del hombre hácia el ideal, probaban el amor infinito del padre de los hombres, profusamente difundido en la gran familia humana, y manifestado á cada alma en particular, en el santuario de su conciencia. De ello deducia tres clases de deberes para el hombre. El primero, aplicado á la naturaleza exterior: deber de instruirse en las ciencias, á fin de modificar y perfeccionar á su alrededor el mundo físico. El segundo, aplicado á la vida social: deber de respetar ó establecer instituciones libremente aceptadas por la familia humana y favorables á su desarrollo. El tercero, aplicable á la vida interior del individuo: deber de perfeccionarse á sí mismo en vista de la perfeccion divina, y de buscar sin cesar para sí y para los otros las vias de la verdad, de la sabiduría y de la virtud.

Estas conversaciones y lecciones fueron tan largas como la narracion que las habia motivado. Duraron muchos dias,

y nos absorvieron de tal modo á uno y otro, que apenas hacíamos uso del tiempo necesario para dormir. Mi maestro parecia haber recobrado para instruirme una fuerza viril. No se acordaba ya de sus sufrimientos y me los habia hecho olvidar á mí mismo; leíame su libro y me lo iba al propio tiempo tiempo explicando. Era este una extraña obra llena de una magnimidad y sencillez sublimes. No habia adoptado una forma metódica; confesaba no baber tenido tiempo para reasumirse, y haber escrito mas bien como Montaigne, dia por dia, una serie de ensayos en donde habia expresado sencillamente, ya los fervores religiosos, ya los accesos de tristeza y desaliento bajo cuyo imperio se habia hallado. «He conocido, decia él, que no era yo capaz de escribir una gran obra para mis contemporáneos, tal cual la habia soñado en mis dias de noble pero ciega ambicion. Entonces conformando mi decision á la humildad de mi posicion, y mis esperanzas á la debilidad de mi ser, pensé en difundir mi corazon entero sobre estas íntimas páginas, á fin de formar un discípulo que, habiendo comprendido bien los deseos y las necesidades del alma humana, consagrase su inteligencia á buscar el alivio y la satisfaccion de esos deseos y de esas necesidades, cuya importancia tarde ó temprano conocerán los hombres todos, despues de las agitaciones políticas. Expresion lastimera de la triste época en que me ha arrojado la suerte, no puedo hacer mas que despedir un grito de angustia á fin de que me devuelvan lo que me han quitado: una fe, un dogma y un culto. Conozco bien que nadie puede responderme aun y que voy á morir fuera del templo, lleno de turbacion y de espanto, pudiendo conducir á los pies del juez supremo como único mérito el obstinado combate de mis sentimientos religiosos contra la accion disolvente de un siglo sin religion; pero espero, y mi misma desesperacion hace nacer en mi nuevas esperanzas; porque cuanto mas sufro por mi ignorancia, tanto mayor horror tengo á la nada, y tanto mas siento que mi alma tiene sa-

grados derechos á esa celeste herencia, por la cual abriga un insaciable deseo.... »

Hacia tres noches que duraban estas conferencias, y á pesar del poderoso interés que á ellas me encadenaba, se apoderó de pronto de mí una postracion tal, que me adormecí cerca la cama de mi maestro, mientras él seguia hablando aun, en medio de las tinieblas, porque todo el aceite de la lámpara se habia consumido y la aurora no aparecia aun por el horizonte. Al cabo de algunos instantes me desperté. Alejo soltaba aun inarticulados sonidos y parecia hablarse á sí mismo. Hice esfuerzos increibles para escucharle y resistir al sueño; sus palabras eran ininteligibles, y venciéndome ya la fatiga, dormíme de nuevo con la cabeza apoyada sobre el borde de su cama. Entonces, en medio de mi sueño, oí una voz llena de dulzura y armonía que parecia continuar los discursos de mi maestro, y yo le escuchaba sin despertarme y sin comprenderle. Finalmente sentí como un refrigerante soplo que corria por entre mis cabellos, y la voz me dijo: « *Ángel, Angel, la hora ya ha llegado.* » Imaginéme que espiraba mi maestro, y haciendo un gran esfuerzo, despertéme y extendí las manos hácia él. Las suyas estaban calientes y su normal respiracion anunciaba un apacible reposo. Levantéme entonces para encender la lámpara; pero creí sentir el roce de un ser de una naturaleza indefinible, que se colocaba delante de mí y se oponia á mis movimientos. No tuve miedo, y le dije con voz segura:

— ¿Quién eres tú, y qué quieres? ¿Eres acaso el que nosotros amamos? ¿Tienes algo que mandarme?

— Ángel, dijo la voz, el manuscrito está bajo la piedra, y el corazon de tu maestro será atormentado hasta tanto que haya cumplido la voluntad de aquel.... »

Aquí se perdió la voz, no oí otro ruido alguno en el aposento, mas que la débil é igual respiracion de Alejo. Encendí la lámpara, me aseguré de que dormia, de que estábamos solos, de que todas las puertas estaban cerradas;

senténme incierto y agitado. Despues al cabo de pocos instantes tomé mi partido, salí de la celda sin ruido, con la lámpara en una mano, y en la otra una barra de acero que quité de una de las máquinas del observatorio, y me trasladé á la iglesia.

Como yo, tan jóven, tan tímido y tan supersticioso hasta aquel dia, tuve voluntad y valor para emprender semejante cosa solo, es lo que me seria imposible explicar. Sé únicamente que mi espíritu se elevó á su mas alta fuerza en aquel instante, ya que me hallase bajo el imperio de una exaltacion extraña, ya sea que un poder superior obrase en mí, sin mi conocimiento. Lo cierto es que ataqué sin temblar la piedra del *Hic est* y que la levanté sin gran esfuerzo. Bajé á la bóveda y encontré el ataud de plomo en su nicho de mármol negro. Ayudado de la palanca y del cuchillo conseguí desoldar sin trabajo una parte de él. Encontré en el paraje que correspondia al pecho, que es hácia donde habia dirigido mis pesquisas, harapos de ropa, que levanté y que se enroscaron al rededor de mis dedos como telas de araña. Despues, deslizando mi mano hasta el paraje do habia latido aquel noble corazon, sentí sin horror el frio de sus huesos. No estando ya retenido el paquete de pergamino por los pliegues del vestido, rodó al fondo del féretro; saquélo, y cerrando apresuradamente el sepulcro, volvíme al lado de Alejo y depositó mi manuscrito sobre sus rodillas. Apoderóse entonces de mí una especie de vértigo y estuve á pique de perder el conocimiento; pero pudo mas mi deseo; porque Alejo desplegaba el manuscrito con mano firme y apresurada.

«¡Hic est veritas!» exclamó él dirigiendo sus miradas á la divisa favorita de Hebronius que servia de epígrafe á este escrito: ¿Qué veo Angel? ¿Daré crédito á mis ojos? Toma, mira tú mismo, me parece que soy presa de alguna ilusion.

Miré; era uno de esos hermosos manuscritos del décimo tercio siglo, trazados sobre pergamino con una limpieza y

elegancia á que no puede compararse la imprenta; trabajo manual, humilde y lleno de paciencia, de algun monje desconocido. ¡Pero cuál fue mi sorpresa, cuál la consternacion de mi maestro Alejo, viendo que ese manuscrito no era otra cosa que el Libro de los Evangelios segun el apóstol san Juan.

— ¡Hemos sido engañados! dijo Alejo. Aquí ha habido una sustitucion. Fulgencio habrá dejado burlar su vigilancia durante los funerales de su maestro, ó bien Donaciano ha sorprendido el secreto de nuestras conversaciones; ha sacado el libro y puesto en su lugar la palabra de Cristo, sin notas ni comentarios.

— Esperad, padre mio, dije despues de haber examinado atentamente el manuscrito; este es un monumento muy raro y muy precioso. Es de mano propia del célebre abad Joaquin de Flore, monje cisterciense de la Calabria.... Su firma lo atestigua.

— Si, dijo Alejo volviendo á tomar en sus manos el manuscrito y mirándolo con cuidado, ¡el que llamaban el *hombre vestido de lino*, el que miraban como inspirado, como un profeta, el mesías del nuevo Evangelio á principios del siglo trece! No sé que profunda emocion conmueve mis entrañas á la vista de esos caracteres. ¡Ó amante de la verdad, á menudo he percibido las huellas de tus pasos sobre mi propio camino! Pero observa, Ángel, nada aquí debe escapar á nuestra atencion; porque ciertamente no sin objeto ha servido este precioso ejemplar de mortaja al corazon de Hebronius. ¿Observas estos caracteres trazados con letras mas grandes y con mas elegancia que el resto del texto?

— Están tambien señalados por un color particular, y quizás no son estos los únicos. ¡Veamos, padre mio!

Hojeamos el Evangelio de san Juan y encontramos en aquella maravillosa obra caligráfica del abad Joaquin tres pasajes escritos en caracteres mayores, mas adornados, y con otra tinta que el resto; como si el copista hubiese querido fijar la meditacion del comentador sobre estos textos

decisivos. El primer escrito en letras de hermoso azur, era el que encabeza tan magníficamente aquel Evangelio:

« En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. Era la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. »

El segundo pasaje estaba escrito en letras de brillante púrpura. Era el siguiente:

« Mujer, creeme, que viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalen adorareis al Padre. Mas viene la hora, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. »

Y el tercero, escrito en letras de oro, era el que dice así:

« Y esta es la vida eterna. Que te conozcan a tí, solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien enviaré. »

Habia señalado aun otro pasaje, pero únicamente por el tamaño de los caracteres; era el que sigue del capítulo X:

Jesus les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi padre, ¿por cual de ellas me apedreais? — Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo. — Jesus les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois? *Pues si llamó Dioses á aquellos á quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar; ¿á mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios?*

« ¡Angel! exclamó Alejo, ¿cómo no ha llamado la atencion de los cristianos este pasaje cuando han concebido la idea idólatra de hacer de Jesucristo un Dios Todopoderoso, un miembro de la divina Trinidad? ¿No se ha explicado él mismo sobre esa pretendida divinidad? ¿No ha rechazado la idea de ella como una blasfemia? ¡Oh! si, hánoslo dicho

ese hombre divino. Todos somos dioses, todos somos los hijos de Dios, en el sentido en que san Juan lo entendia al exponer el dogma al fin de su Evangelio. « Á todos cuantos han recibido la palabra (el *logos* divino) ha dado el derecho de ser instituidos hijos de Dios. » Si, el Verbo es Dios; la revelacion es Dios, es la verdad divina manifestada; y el hombre es Dios, en el sentido de ser el hijo de Dios y una manifestacion de la Divinidad, pero una manifestacion finita, solo Dios es la Trinidad infinita. Dios estaba en Jesus, el Verbo hablaba por medio de Jesus, pero Jesus no era el Verbo.

« Pero tenemos otros tesoros que examinar y comentar, Ángel, pues hé aquí tres manuscritos en lugar de uno. Modera el ardor de tu curiosidad, como domino la mia. Procedamos con órden, y pasemos al segundo antes de mirar el tercero. El órden con que ha colocado Espiridion estos tres manuscritos bajo una misma cubierta debe ser sagrado para nosotros, y significa incontestablemente el progreso, el desarrollo y el complemento de su pensamiento. »

Desarrollamos el segundo manuscrito. No era menos curioso ni magnífico que el primero. Era aquel libro perdido durante siglos, desconocido á las generaciones que nos separan de su aparicion en el mundo; aquel libro perseguido por la Universidad de Paris, tolerado al principio y condenado despues, y entregado á las llamas por la santa sede en 1260, era la famosa *Introduccion al Evangelio eterno*, escrito autógrafo del autor, el célebre Juan de Parma, general de los franciscanos y discípulo de Joaquin de Flore. Al presentarse á nuestra vista este monumento de la herejía, apoderóse de Alejo y de mí un involuntario estremecimiento. Aquel ejemplar, probablemente único en el mundo, estaba en nuestras manos; ¿y qué es lo que íbamos á aprender por medio de él? ¡Con qué pasmo leimos el sumario escrito en la primera página!

« La religion tiene tres épocas, como los reinados de las
« tres personas de la Trinidad. El reinado del Padre ha du-

« rado mientras la ley de Moisés. El reinado del Hijo, es « decir la religion cristiana, no debe durar siempre. Las « ceremonias y sacramentos de que se rodea esta religion no « deben ser eternos. Ha de llegar un tiempo en que cesa- « rán estos misterios, y entonces debe empezar la religion « del Espíritu Santo, en la que los hombres no necesitarán « ya de sacramentos, y rendirán al Ser Supremo un cul- « to puramente espiritual. El reinado del Espíritu Santo « ha sido predicho por san Juan, y ese reinado es el que « va á suceder á la religion cristiana, como la religion cris- « tiana ha sucedido á la ley de Moisés. »

— ¡Cómo! exclamó Alejo, ¿es este el sentido bajo el que deben entenderse las palabras de Jesus á la Samaritana: *Mujer, creeme, que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalen adorareis al Padre, sino que le adorareis en Espíritu y Verdad?* ¡Si, la doctrina del Evangelio eterno! esa doctrina de libertad, de igualdad y fraternidad que separa á Gregorio VII de Lutero, así lo ha comprendido.

Pues bien, esa época es muy grande; ella es la que despues de haber llenado el mundo fecunda aun el pensamiento de todos los grandes herejes, de todas las sectas perseguidas hasta nuestros dias. Condenada, destruida, vive y se desarrolla esa obra en todos los hombres pensadores que nos han producido; y desde las cenizas de su hoguera, el Evangelio eterno arroja una llama que abrasa la serie de las generaciones. ¡Wiclef, Juan Huss, Gerónimo de Praga, Lutero! ¡Habeis nacido de esa hoguera, habeis sido incubados bajo esa ceniza gloriosa; y tú mismo, Bossuet, protestante mal disfrazado, último obispo; y tú tambien, Espiridion, el último apóstol; y nosotros tambien, los postreros monjes! ¿Pero cual era pues el pensamiento superior de Espiridion relativamente á esa revelacion del siglo trece? ¿El discípulo de Lutero y de Bossuet, se volvió hácia lo pasado para abrazar la doctrina de Amaury, de Joaquin de Flore y de Juan de Parma?

— Abra V. el tercer manuscrito, padre mio; sin du-

da será la llave de los otros dos.»

Efectivamente el tercer manuscrito era obra del abad Espiridion, y Alejo que habia visto á menudo textos sagrados copiados por su propia mano é incluidos entre los de Fulgencio, reconoció en seguida la autenticidad de este escrito. Era muy corto, y se reducia á estos cuantos renglones:

«Jesus (vision adorable) se me ha aparecido y me ha di-
«cho:—De los cuatro Evangelios el mas divino, el me-
«nos infesto de las formas pasajeras de la humanidad en
«el momento en que he llevado á cabo mi mision, es el
«Evangelio de Juan, de aquel sobre cuyo seno me he apo-
«yado durante la pasion, de aquel á quien recomendé á mi
«madre al morir. Tu no observarás mas que este último. Los
«otros tres, escritos bajo terrestre inspiracion para el tiem-
«po en que han sido escritos, llenos de amenazas ó anate-
«mas, ó de restricciones sacerdotales en el seno del anti-
«guo moseismo, serán para tí como si no existiesen. Res-
«ponde; ¿me obedecerás?

«Y yo Espiridion, servidor de Dios, he contestado: Obe-
«deceré.

«Jesus me dijo entonces: Cristiano en tu vida pasa-
«da, pertenecerás pues á la escuela de Juan, serás Jua-
«nista.

«Y cuando Jesus me hubo dicho aquellas palabras, sentí
«como efectuarse una division en todo mi ser. Parecióme
«morir. No era ya cristiano; pero pronto sentí renacerme
«y ser mas cristiano que nunca. Porque habíame sido re-
«velado el cristianismo, y oí una voz que decia á mis oidos
«aquel versículo del décimo séptimo capítulo del *único*
«Evangelio: *y esta es la vida eterna: Que te conozcan á tí,*
» *solo Dios verdadero, y á Jesu-Cristo á quien enviaste.*

«Entonces me dijo Jesus:

«Recogerás á través de los siglos la tradicion de tu es-
«cuela.

«Y acordéme entonces de cuanto habia leido en otro
«tiempo sobre la escuela de san Juan, y los que á menudo

« habia apellidado herejes, se me presentaron como verda-
« deros vivientes.

« Jesus añadió:

« Pero borrarás y rayarás con cuidado los errores del es-
« píritu profético para no conservar mas que la profecía.

« La vision habia desaparecido; pero sentíala, por decir-
« lo así, continuarse secretamente en mí. Corrí hácia mis
« libros, y la primera obra que se vino á mis manos, fue
« un manuscristo del Evangelio de san Juan, hecho por
« Joaquin de Flore.

« El segundo fue la *Introduccion al Evangelio eterno de*
« *Juan de Parma.*

« Recibí el Evangelio de san Juan adorando.

« Y leí la *Introduccion al Evangelio eterno* sufriendo y gi-
« miendo. Cuando hube acabado de leerle, lo único que que-
« dó fijo en mi imaginacion fue la siguiente frase:

« *La religion tiene tres épocas, como los reinados de las tres*
« *personas de la Trinidad* ».

« El resto habia desaparecido y borrádose de mi espíritu.
« Pero aquellas palabras brillaban ante los ojos de mi inte-
« ligencia, como un faro resplandeciente é inextinguible.

« Aparecióseme entonces Jesus de nuevo y me dijo:

« *La religion tiene tres épocas, como los reinados de las tres*
« *personas de la Trinidad.*

« Yo contesté: ¡Así sea!

« Jesus repuso:

« El cristianismo ha tenido tres épocas, y las tres épocas
« se han cumplido.

« Y desapareció. Y ví pasar sucesivamente ante mí (vi-
« sion adorable) á san Pedro, san Juan y san Pablo.

« Detrás de san Pedro estaba el gran Papa Grego-
rio VII.

« Detrás de san Juan, Joaquin de Flore, el san Juan del
« décimo tercero siglo.

« Detrás de san Pablo estaba Lutero.

« Perdí los sentidos »

Mas lejos, despues de un intervalo estaba escrito por la misma mano:

« El cristianismo debia tener tres épocas, y las tres épo-« cas se han cumplido. Así como la Trinidad divina tiene « tres fases, la concepcion que el espíritu humano ha teni-« do de esa misma Trinidad en el cristianismo debia tener « tres fases sucesivas. La primera, que corresponde á san Pe-« dro, encierra el período de la creacion y el desarrollo je-« rárgico y militante de la Iglesia hasta Hildebrando, el san « Pedro del onceno siglo; el segundo, que corresponde á « san Juan, abraza el período desde Abelardo hasta Lutero; « el tercero, que corresponde á san Pablo, comienza en Lu-« tero y acaba en Bossuet. Este es el reinado de la libertad « de exámen y del conocimiento, como el anterior era el « del amor y el sentimiento, como el que habia precedido « era el de la sensacion y de la actividad. Allí acabó el cris-« tianismo, y allí comienza la era de una nueva religion. « No busquemos pues la verdad absoluta en la aplicacion « literal de los Evangelios, sino en el desarrollo de toda la « humanidad anterior á nosotros. El dogma de la Trinidad « es la religion eterna; la verdadera comprension de ese « dogma es eternamente progresiva. Nosotros pasaremos y « volveremos á pasar eternamente quizás por estas tres fa-« ses de manifestaciones de la actividad, del amor y de la « ciencia, que son los tres principios de nuestra esencia « misma, pues que estos son los tres principios divinos que « *recibe cada hombre al venir al mundo*, á título de *hijo de* « *Dios:* y cuanto mas conseguiremos manifestarnos simul-« táneamente bajo esas tres fases de nuestra humanidad, « mas nos acercaremos á la perfeccion divina. Hombres del « porvenir, á vosotros es á quienes toca realizar esta profe-« cía, si Dios está en vosotros. Será ella la obra de una nue-« va revelacion, de una nueva religion, de una nueva socie-« dad, de una nueva humanidad. Esta religion no abjurará « el espíritu del cristianismo, pero le despojará de sus for-« mas. Ella será al cristianismo lo que la hija es á la ma-

«dre, cuando la una se inclina hácia la tumba, y la otra se « halla en el lleno de su vida. Esa religion, hija del Evan- « gelio; no renegará de su madre, sino que continuará su « obra, y lo que su madre no ha podido comprender, lo « explicará ella; lo que su madre no ha osado, lo osará ella; « lo que su madre no ha hecho mas que empezar, lo acaba- « rá ella. Esta es la verdadera profecía que se apareció ba- « jo un velo de luto al gran Bossuet en su hora postrera. « Trinidad divina, recibe y recobra el ser de aquel á quien « has iluminado con tu luz, abrasado con tu amor, y crea- « da de tu misma substancia, tu servidor *Espiridion.* »

Alejo dobló el manuscristo, le colocó sobre su pecho, cruzó encima sus manos, y quedó sumido en una profunda meditacion. Pintábase sobre su frente una gran serenidad. Permanecí á su lado inmóvil, atento, espiando todos sus movimientos, y tratando de comprender los pensamientos que agitaban su alma por medio de la expresion de su fisonomía. De pronto ví rodar de sus ojos gruesas lágrimas que inundaron sus marchitas mejillas, como una bienhechora lluvia sobre agostado erial. « ¡ Soy feliz ! me dijo arrojándose en mi seno. ¡ Ó mi vida ! ¡ mi triste vida ! ¡ ya no siento tantos dolores ni fatigas, pues que me han proporcionado este inefable instante de luz, de certeza y de caridad ¡ ¡ Caridad divina, te comprendo por fin ! ¡ Lógica suprema, no podias fallar ! Espiridion amigo, bien lo sabias tú cuando me decias: ¡ Ama y comprenderás ! ¡ Ó frívola ciencia mia ! ¡ ó mi esteril erudicion ! ¡ vosotras no me habeis ilustrado sobre el verdadero sentido de las escrituras ! Solo despues que he comprendido la amistad, y por ella la caridad, y por la caridad el entusiasmo de la fraternidad humana, me he hallado en estado de comprender la palabra de Dios. Ángel, déjame esos manuscritos durante las pocas horas que me resta aun pasar á tu lado, y cuando no exista ya no los sepultes conmigo. Ha llegado ya la hora en que la verdad no debe dormir en los sepulcros, sino obrar á la luz del sol y remover el corazon de los hombres de buena

voluntad. Volverás á leer esos Evangelios, hijo mio, y comentándolos aprenderás la historia; tu cerebro, que he llenado de hechos, de testos y de fórmulas, es como un libro que encierra en sí la vida, pero que no tiene conciencia de ello. Así es como habia hecho de mi propia inteligencia un pergamino durante treinta años. El que todo lo ha leido, todo lo ha examinado sin comprender cosa alguna, es el peor de los ignorantes, al paso que aquel que sin saber leer ha comprendido la sabiduría divina, es el sabio mayor de la tierra. Ahora recibe mis adioses, hijo mio, y prepárate á dejar el claustro y á volver á la vida.

—¿Qué decis? exclamé ¿dejaros? ¿volver al mundo? ¿Es esa vuestra amistad? ¿son esos vuestros consejos?

—Ya conoces bien que nuestra suerte está decidida. Nuestra raza ha terminado ya, y Espiridion, á decir verdad, ha sido el último monje. ¡Ó maestro infortunado, añadió levantando los ojos al cielo, tambien tú has sufrido mucho, y tu sentimiento lo han ignorado los hombres! Pero Dios te ha recibido en expiacion de tus sublimes errores y te ha enviado en tus últimos instantes el instinto profético que te ha consolado; porque tu grande corazon ha olvidado sin duda sus propios padecimientos al percibir el porvenir de la raza humana vuelta con su fe hácia el ideal. Así pues he llegado el resultado mismo que tú. Aun cuando hayas consagrado tu vida solo á los estudios teológicos, y haya la mia abrazado un mas dilatado círculo de conocimientos, hemos hallado y sacado la misma conclusion; y es que lo pasado ha terminado ya y no debe poner trabas ni obstáculos al porvenir; es que nuestra caida es tan necesaria como lo ha sido nuestra existencia; es que no debemos ni el uno renegar, ni maldecir al otro. ¡Y bien! Espiridion, en la oscuridad sombría de tu claustro y en el secreto de tus meditaciones has sido mas grande que tu maestro, porque este ha muerto lanzando un grito de desesperacion, creyendo que el mundo iba á desplomarse sobre él; y tú te has dormido en la paz del Señor, lleno de una divina esperanza hácia la

raza humana. ¡Oh! si, te amo mas que á Bossuet; porque tú no has maldecido tu siglo, y has abjurado noblemente una larga serie de ilusiones, respetables incertidumbres, sublimes esfuerzos de una alma ardientemente prendada de la perfeccion. Bendito y glorificado seas: el reino de los cielos pertenece á aquellos cuyo espíritu es vasto y sencillo su corazon.»

Cuando hubo hablado así, puso sus manos sobre mi cabeza y me dió la bendicion; despues preparándose á levantarse: «Vamos, dijo, ya sabes que la hora ha llegado ya.»

—¿Qué hora, le dije, y que es lo que quiere V. hacer? Estas palabras han herido ya mis oidos esta noche, y creia ser el único que las habia oido. ¿Decidme, maestro, qué significan?

—Esas palabras las he oido tambien yo, repuso él, pues mientras tú bajabas á la tumba de nuestro maestro, yo tenia aquí una larga conversacion con él.

—¿Le habeis visto? le dije.

—No, no le he visto nunca de noche, y si solo de dia, á la claridad del sol. Jamás le he visto y oido á un tiempo mismo: por la noche es cuando me habla, de dia cuando se me aparece. Esta noche me ha explicado lo que acabamos de leer y mas aun; y si te ha mandado exhumar el manuscrito, ha sido con el objeto de que nunca la duda se apoderase de tu alma, acerca lo que los hombres de este siglo llamarian nuestras visiones y delirios.

—¡Delirios celestes, exclamé, y que me harian odiar la razon, si pudiese ella anonadar su efecto! Pero no lo tema V. padre mio; vivirá para siempre jamás en mi corazon la memoria sagrada de estos dias de entusiasmo.

—¡En el interin ven! dijo Alejo poniéndose á andar por su celda con seguro paso, y enderezando su cuerpo quebrantado con la nobleza y facilidad de un jóven.

—¡Pues qué! ¡andais! ¿Estais pues curado? le dije; este es un prodigio nuevo.

—Solo la voluntad es un prodigio, repuso él, y el poder

divino es el que la cumple en nosotros. Sígueme, quiero volver á ver el sol, las palmeras, los muros de este monasterio, la tumba de Espiridion y de Fulgencio, hállome poseido de una alegría infantil, mi alma se sale de su centro. Es preciso que abraze esa tierra de dolores y esperanzas, en la que las lágrimas son fecundas, y que no en vano han ahondado nuestras rodillas fatigadas de rezos.

Bajamos para trasladarnos al jardin; pero al pasar por delante del refectorio, donde estaban reunidos los monjes, se detuvo un instante y arrojó sobre ellos una mirada de compasion. Al ver de pie delante de ellos á aquel Alejo que creian moribundo, quedaron aterrorizados, y uno de los convertidos que les servia y que se hallaba cerca de la puerta murmuró estas palabras:

« Los muertos resucitan, es el presagio de alguna gran desgracia.

— Sí, sin duda respondió Alejo, entrando en el refectorio por efecto de una súbita resolucion; si, una grande desgracia os amenaza. Y hablando en voz alta, con una cara animada de la energía de la juventud y centelleantes los ojos con el fuego de la inspiracion: ¡ Hermanos, dijo, dejad la mesa, no acabeis vuestro pan, rasgad vuestros vestidos, abandonad estas paredes que el rayo conmueve, ó bien preparaos á morir!

Los monjes asustados y consternados, se levantaron tumultuosamente y como si hubiesen esperado ver algun prodigio. El prior les mandó que volviesen á sentarse. ¿No veis les dijo, que este anciano es presa de un acceso de delirio? Angel, conducidle otra vez á su lecho y no le dejeis salir mas de su celda; os lo mando.

— Hermano, ya nada tienes que mandar aquí, repuso Alejo con la calma de la fuerza; tú no eres ya jefe. tú no eres ya monje, tú no eres ya cosa alguna. Es preciso huir, te digo, tu hora y la nuestra ha llegado ya.

Los religiosos se agitaron otra vez. Donaciano los contuvo de nuevo, y temiendo alguna violenta escena: Perma-

neced tranquilos y dejadle hablar, les dijo, vereis como sus ideas están turbadas por la fiebre.

—¡Ó monjes! dijo Alejo suspirando; ¡á vosotros es á quienes la fiebre ha perturbado el entendimiento; á vosotros, raza en otro tiempo sublime, hoy dia abyecta, á vosotros que habeis engendrado por medio del espíritu tantos doctores y profetas que la Iglesia ha condenado á las llamas! vosotros que habeis comprendido el Evangelio, y que habeis intentado valerosamente practicarlo. ¡Ó vosotros, discípulos del Evangelio eterno, padres espirituales del grande Amaury, de David de Dinant, de Pedro Valdo, de Segarel, de Dulcin, de Eon de la Estrella, de Pedro de Bruys, de Lollard, de Wiclef, de Juan Huss, de Gerónimo de Praga, y finalmente de Lutero! ¡monjes que habeis comprendido la igualdad, la fraternidad, la comunidad, la caridad y la libertad! ¡monjes que habeis proclamado las verdades eternas que el porvenir debe explicar y poner en práctica, y que ahora nada producis ni podeis ya comprender! Esto es ocultarse por demasiado tiempo bajo los pliegues de la capa de san Pedro, Pedro no puede protegeros ya, en vano es que hayais hecho paces con los pontífices y sometídoos á los poderosos de la tierra. Estos nada pueden ya en favor vuestro. Acércase el reinado del Evangelio eterno, y vosotros no sois sus discípulos; y en lugar de marchar á la cabeza de los pueblos revolucionados para aniquilar las tiranías, vais á ser abatidos y exterminados como los pedestales de esa misma tiranía. ¡Huid os digo, solo una hora os queda, tal vez menos de una hora! Rasgad vuestros hábitos y ocultaos en el fragor de los bosques, en las cavernas de la montaña: hase desplegado la bandera del verdadero Cristo, y su sombra os rodea ya.

—¡Profetisa! exclamaron algunos monjes pálidos y trémulos.

—¡Blasfema, apostata! exclamaron algunos otros indignados.

—¡Qué se le saque de aquí; que se le encierre! gritó el

prior trastornado y temblando de rabia.

Sin embargo nadie se atrevió á llegarse á Alejo. Parecia estar protejido por un ángel invisible.

Cogió mi brazo, pues se le figuraba que no andaba bastante aprisa, y saliendo del refetorio me arrastró hácia las palmeras. Contempló por un rato el mar y las montañas con delicia, despues volviéndose hácia el norte me dijo:

« ¡Ellos vienen! vienen con la rapidez del rayo.

— ¿Quién, padre mio?

— Los terribles vengadores de la libertad ultrajada. Tal vez las represalias seran insensatas. ¿Mas quién puede sentirse investido de semejante mision y guardar la calma de la justicia? Los tiempos han madurado; es preciso que el fruto caiga; ¿qué importan algunas briznas de yerba rotas?

— ¿Hablais de los enemigos de nuestro pais?

— Hablo de centellantes espadas colocadas en mano del Dios de los ejércitos. Acércanse, el Espíritu me lo ha revelado, y este es el último de mis dias, como dicen los hombres. Pero no muero, no te dejo, Ángel, tú lo sabes.

— ¿Vais á morir, exclamé cogiendome á su brazo con insuperable esfuerzo; ¡oh! ¡no digais que vais á morir! Me parece que empiezo á vivir yo hoy.

— Tal es la ley providencial de la sucesion de los seres y de las cosas, repuso. ¡Ó hijo mio, adoremos al Dios infinito! ¡Ó Espiridion! no te suplico que te aparezcas á mí en este dia, ábrese ante mis ojos un mundo, en el que tu forma humana no es necesaria á mi certitud; tú estás conmigo, tú resides en mí. No hay necesidad que la arena rechine bajo tus pies para que sepa hallar tu huella en mi camino. ¡No! ¡no mas visiones, no mas prestigios, no mas sueños extáticos! Ángel, los muertos no dejan el santuario de la tumba para venir, bajo una forma sensible, á instruirnos ó reprendernos; pero viven en nosotros, como lo decia Espiridion á Fulgencio, y nuestra imaginacion exaltada los resucita y los pone en pugna con nuestra conciencia, cuan-

do esa misma conciencia nuestra incierta, y esa sabiduría incompleta, rechazan la luz que hubiéramos debido hallar en ellos....

En aquel momento un lejano rumor vino á retumbar como un debilitado eco en la falda de las montañas, y el mar lo repitió a lo lejos con sonido mas imperceptible aun.

— ¿Qué es esto, padre mio? pregunté á Alejo que escuchaba sonriéndose.

— Es el cañon, repuso él, es el vuelo de la conquista que se dirige hácia nosotros ».

Despues se puso á escuchar, y oíase un regularizado estampido.

« No es esto combate, dijo; es un himno de victoria. Hannos conquistado; la Italia no existe ya. No se despedace tu corazon con la idea de haber perdido tu patria. No es hoy cuando la Italia ha dejado de ser; y lo que acaba de hundirse es la Iglesia de los papas. No roguemos por los vencidos: Dios sabe lo que hace, y los vencedores lo ignoran. »

Al entrar en la iglesia se dirigió precipitadamente hácia nosotros el prior seguido de algunos monjes. El semblante de Donaciano estaba desencajado por el miedo.

— ¿Sabeis lo que pasa? nos dijo; ¿ois el cañon? ¡se están batiendo!

— Se han batido, repuso firiamente Alejo.

— ¿Quién os lo ha dicho, exclamaron todos; teneis alguna noticia? ¿podeis comunicarnos algo?

— No son mas que conjeturas mias, contestó tranquilamente; pero os aconsejo que huyais, ó que prepareis un gran convite para los huéspedes que os van á llegar....

Y en seguida, sin dejar que le dirigiesen mas preguntas, les volvió la espalda y entró en la iglesia. Apenas habíamos puesto los pies en ella cuando se oyeron confusos gritos afuera. Eran una especie de cantos de triunfo y entusiasmo, mezclados con imprecaciones y amenazas. Ningun gri-

to, ninguna amenaza contestó á aquellas extrañas voces. Todos los habitantes del pais habian huido al acercarse el vencedor, como una bandada de tímidas avecillas al aproximarse el milano. Era un destacamento de soldados franceses enviados á merodear. Errando por las montañas habian descubierto las cúpulas del convento, y dirigiéndose hácia esa presa habian atravesado las avenidas y torrentes con esa espantosa rapidez que solo en sueños vemos. Descendian hácia nosotros como una tempestuosa nube. En un instante las puertas quedaron hechas añicos, é inundados los claustros de soldados ebrios, que hacian resonar las bóvedes con ronco y terrible canto, del cual entre otras palabras hirieron mi oido las siguientes:

Libertad, libertad adorada,
Combate con tus defensores....

Ignoro lo que acaeció en el convento. Oí á lo largo de las paredes exteriores de la iglesia precipitados pasos, que parecian querer horadar los mármoles del pavimento en su fuga llena de espanto. Hubo sin duda un gran pillaje, violencias, una espantosa orjía.... Alejo, de rodillas sobre la piedra del *Hic est*, parecia estar sordo á todos aquellos ruidos. Absorto en sus pensamientos, parecia una estatua sobre una tumba.

Abrióse de pronto estrepitosamente la puerta de la sacristia; adelantóse un soldado con desconfianza; despues creyéndose solo corrió hácia el altar, forzó la cerradura del tabernáculo con la punta de su bayoneta, y empezó á ocultar precipitadamente en su morral los viriles y cálices de oro y plata. Viendo entonces Alejo que yo estaba conmovido, se volvió á mí y me dijo:

« Sométete, ha llegado la hora; la Providencia que me permite morir, te manda á tí vivir. »

En este momento entraron otros soldados y armaron disputa con el que se les habia anticipado: injuriáronse, y se

hubieran batido sin duda, si no les hubiese parecido precioso el tiempo para ocultar otros objetos antes que llegasen sus compañeros de pillaje. Se apresuraron pues á llenar sus mochilas, chacós y bolsillos de cuanto en en ellos cupo. Para mejor conseguirlo, pusiéronse á romper con la culata de sus fusiles los relicarios, las cruces y los candelabros. En medio de aquella destruccion que Alejo contemplaba con impasible semblante, el Cristo del altar mayor, despegado de la cruz, cayó con gran estrépito. ¡Mira! exclamó uno de los soldados, ¡ahí tienes al descamisado Jesus que nos saluda ya! Soltaron los otros la risa, y corriendo hácia los pedazos de aquella efigie, vieron que no era mas que de madera dorada. Pisoteáronla con alegría burlona y brutal; y uno de ellos, cogiendo la cabeza del crucificado, la arrojó contra las colunas que nos protegian, viniendo á rodar á nuestros pies. Alejo se levantó, y lleno de fe, dijo:

«¡Ó Cristo! pueden destruir tus altares y arrastrar tu imágen por el polvo. No es á tí, hijo de Dios, á quien se dirigen estos ultrajes. Desde el seno de tus padres veslos sin cólera ni dolor. Sabes que el estandarte de Roma, la enseña de la impostura y de la concupiscencia, es lo que derrocan y rasgan en nombre de esa libertad, que tu hubieras sido el primero en proclamar hoy dia, si la voluntad celeste te hubiese llamado á la tierra.

— ¡Muera! ¡muera ese fanático que nos injuria en su lengua! exclamó un soldado lanzándose hácia nosotros con el fusil en la mano.

— ¡Atraviesa con la bayoneta á ese viejo inquisidor! contestaron los demás siguiéndole.

Y uno de ellos, atravesando con un bayonetazo el pecho de Alejo, exclamó:

— ¡Abajo la inquisicion!

Alejo se inclinó y se sostuvo sobre un brazo, mientras extendia el otro hácia mí para impedir que le defendiese. ¡Ay! ya aquellos insensatos se habian apoderado de mí y me ataban las manos.

« Hijo mio, dijo Alejo con la serenidad de un mártir, nosotros mismos no somos ya mas que imágenes que destruyen, porque han dejado de representar las ideas que constituian su fuerza y santidad. ¡Esto es obra de la Providencia, y la mision de nuestros verdugos es sagrada, aun cuando no la comprendan aun! Sin embargo, ellos lo han dicho, tú lo has oido: á nombre del *descamisado Jesus* profanan el santuario de la iglesia. Este es el principio del reinado del Evangelio eterno profetizado por nuestros padres. »

Despues cayó de bruces en el suelo, y habiéndole dirigido otro soldado un golpe á la cabeza, la piedra del *Hic est* quedó inundada de sangre.

« ¡Ó Espiridion! dijo con voz moribunda, ¡hase purificado tu tumba! ¡Ó Ángel! ¡haz que este rastro de sangre sea fecundado! ¡Ó Dios! ¡te amo, haz que los hombres te conozcan!...

Y espiró. Entonces una figura radiante apareció á su lado y yo caí exánime.

FIN DE ESPIRIDION.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES,

Ó

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS,

publicada bajo la direccion

DE D. JAIME TIÓ.

El Editor.

ESTA *Biblioteca* contendrá los partos mas prodigiosos del entendimiento humano; la historia, que enseña, corrige y mejora; el teatro, que tambien mejora, corrige y enseña; libros de crítica, de moral y de religion, viajes que deleiten y admiren, las epopeyas de los principales pueblos y los mejores poemas del nuestro.

Una agradable variedad de escritos y de escritores de todos tiempos satisfará sin duda alguna al lector mas exigente, cualquiera que sea su gusto, sea cual fuere su inclinacion. Con este fin alternaremos unos libros con otros para que así sea su lectura mas deliciosa. Ya daremos una

de esas obras sesudas, profundas y filosóficas en que se encierran las meditaciones de un sabio, las reflexiones de la experiencia, los arcanos que adivinan los genios para divulgarlos luego en pro de todo el género humano, uno de esos libros en fin en que se refleja el alma de Kant ó el espíritu de Bentham, y en seguida otro de naturaleza enteramente distinta. Aquel habrá nacido entre las tinieblas del norte, este bajo los rayos del sol del mediodia, ý será fogoso como la imaginacion de Alfieri, ardiente como el entusiasmo de Mery, sublime como el pensamiento de Espronceda, apasionado como el corazon de Zorrilla y libre como el genio de nuestros mejores vates.

No excluimos á los escritores de novelas, pues injusto fuera segregarlos, cuando sus escritos sean historias de las costumbres de diferentes siglos como las de Scott, fisiologías de pasiones como las de Gœthe y de Balzac, cuadros llenos de ingenio y de entusiasmo como los de D'Arlincourt, ó historias del arte como las de Hugo y de Saintine. Antes al contrario, á obras de esta naturaleza las daremos siempre lugar en nuestra *Coleccion*, para que el ánimo descanse despues de lecturas serias ó se solace tras de severos estudios.

Con este objeto nos hemos procurado relaciones con los principales editores extranjeros, que nos remitirán cuanto salga de sus prensas aun antes que se publique en su pais. Si conviniere saldrán al mismo tiempo las obras originales, así las de amena literatura, como las de profundo estudio, que sus traducciones, que se harán directamente del idioma en que aquellas estén escritas.

Si se mira la parte económica de nuestro **TESORO** se hallará que, siendo mas barata de cuantas colecciones se han publicado en España, es al mismo tiempo la mas hermosa, pues no se queda atrás de las que hacen en Paris Charpentier y Gosselin, á quienes hemos tomado por modelos. En un tomo de tres á cuatrocientas páginas, de letra clara, pero muy compacta y bien legible, de que puede servir de muestra esta obra, encerraremos siempre la materia que

otros editores pongan en dos, resultando así nuestros libros á la mitad del precio á que se venden los de las ediciones vulgares cuando menos.

Condiciones de la suscripcion.

Esta interesante COLECCION, adornada con PRIMOROSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ACERO, se publica por tomos de igual tamaño, los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos volúmenes regulares sin cansar por esto la vista del que los lee.

De este modo se evita el inconveniente de que se extravien, rasguen ó ensucien entregas que aun deben encuadernarse, y al recibir cada una de ellas puede ya leerse sin quedar la impaciencia de curiosidad hasta que llegue la segunda.

Su precio es excesivamente módico, pues por solos 12 rs. vn. en Barcelona y 14 fuera de ella, cada tomo de 300 páginas, y 10 y 12 reales respectivamente los que no lleguen á este número, los mismos que cuesta la suscripcion á cualquier gabinete de lectura, pueden hacerse los suscriptores con una *selecta biblioteca*, quedando así compensadas las ventajas que algunos creen encontrar en las suscripciones por cuadernos, las cuales en último resultado aumentan siempre considerablemente el coste total de las obras.

Publícase un tomo cada mes; y mas adelante se dará uno cada quince dias si así pluguiese á la mayoría de los suscriptores.

Estos no tienen que pagar nada adelantado, sino solo dejar nota de su nombre y habitacion, donde se les pasarán los tomos que podrán satisfacer á medida que los vayan recibiendo, sin que tengan obligacion de suscribirse á toda la coleccion pues podrán hacerlo á las obras que mejor les convengan.

Fuera de suscripcion se venderán estas mucho mas caras

Obras publicadas.

EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde D'ARLINCOURT, y traducido por D. Jaime Tió; 1 tomo de 416 páginas con lám. Para los suscriptores. . . . . 12 rs.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, y terminada por D. Jaime Tió; 1 t. de 400 pág. lám. . . . . 12 rs.

EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió; 1 t. de 260 pág. lám. . . 10 rs.

GUERRA DE GRANADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES; historia escrita por D. D. HURTADO DE MENDOZA; seguida de LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por el mismo autor; 1 t. de 270 pág. lám. . . . . 10 rs.

SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por FEDERICO SOULIÉ, y traducida por D. J. Tió; 1 t. de 350 pág. lám. . . . 12 rs.

OBRAS EN PROSA DE SILVIO PELLICO.— MIS PRISIONES. Memorias del autor, traducidas del original italiano por J. Llausás. Las precede una noticia biográfico-crítica por *A. de Latour*, y las completan notas y aclaraciones históricas de *Pedro Maroncelli.* — DEBERES DEL HOMBRE, traducidos por M. Milá: 1 t. de 325 pág. lám. . 12. rs.

LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del *Peregrino* por el vizconde D'ARLINCOURT; traduccion de D. J. V. M. de G. 1 t. de 416 pág. lám. 12 rs.

LELIA.—ESPIRIDION. Por JORGE SAND. 2 t. de 333 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.

Obras en prensa.

AVENTURAS Y VIDA DEL PÍCARO GUZMAN DE ALFARACHE, por *Aleman*; 2 t. lám.

LA TORRE DE LONDRES, por *W. Harrison*, traducida del inglés por Viale y Baeza; 2 t. lám.

NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES; 2 t. lám.

TEATRO DE DUMAS. Primera serie: contiene: *Cristina de Suecia.—Enrique III.—Catalina Howard.—Margarita de Borgoña.—Caligula.* Traduccion de J. Tió; 1 t. lám.

